

BESOS SABOR

→ a ←

Café

Raquel Antunez

Besos sabor a café
Raquel Antúnez

Edición en formato digital: Diciembre de 2016.

Título original: Besos sabor a café.

Copyright @ Raquel Antúnez, 2016

rqantunez@gmail.com

Diseño de portada: Marta Fernández Nix.

Corrector: M. Jesús Casas.

Maquetación: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Por todos aquellos besos que alguna vez nos han hecho estremecer de emoción.

Raquel Antúnez

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Las estrellas destacaban en un cielo despejado y la luna llena bañaba la calzada de una suave luz que me permitía distinguir con claridad por donde pisaba. Como si acabara de darme cuenta de que estaba en mitad del barrio a pleno rendimiento pensé en por qué había salido de noche a correr, ya que habitualmente hasta que amanecía no pisaba la calle. Me encogí de hombros mientras me limitaba a disfrutar del aire fresco que se agradecía a esas alturas de junio. La música inundaba mis oídos a través de los auriculares, *Spotify* me acompañaba cada día en mi rutina deportiva, haciéndome tararear y marcando el compás de mis pasos.

Atravesé la calle hasta llegar a la principal, olía a fritos, a cenas tardías y a café, uno de mis olores favoritos. Instintivamente cuando el aroma a café llegaba a mi nariz me pasaba la lengua por los labios intentando saborearlo. Troté unos minutos por la zona, pero me aburría sobremanera, así que enfilé el camino hacia el parque Guinardó.

El parque era una de las zonas más concurridas del barrio, donde podías encontrar personas practicando deporte, trabajando con el portátil al cobijo de la sombra de un árbol, leyendo, de picnic o simplemente disfrutando de la tarde sobre el césped. Niños corriendo por doquier y animales que junto a sus dueños acudían a su paseo diario, por ello me sorprendió cuando al acceder vi que no había nadie allí, bueno, nadie no... estaba él.

Con una sola de sus sonrisas ya lograba descolocarme, sin embargo, intenté que no lo notase manteniendo el ritmo. Parecía estar esperándome mientras acariciaba la cabeza de su perro que daba saltitos de felicidad de un lado a otro. De forma repentina, las nubes inundaron el cielo de grandes manchas grisáceas anegando todo a nuestro alrededor de una oscuridad súbita. Extrañada escruté las farolas a mi paso cuando noté que su brillo se atenuaba cuanto más me acercaba.

Contesté a su sonrisa con una semejante, era fácil ruborizarse, pero también lo era disimularlo en plena carrera, aparté la mirada para continuar mi camino. Unos pasos más allá me paré en seco y al girarme comprobé que él continuaba escudriñándome. Su perro yacía tumbado tranquilamente atado

a un poste cercano y me pregunté cómo había podido amarrarlo tan rápido.

¡Dios! Estaba increíblemente guapo aquella noche, camisa a cuadros roja a juego con sus *All Stars* y vaqueros oscuros. No llevaba jersey, hacía calor y no era necesario. Me gustaba, le sentaba bien. Debía rondar los cuarenta y cinco tal vez, eso lo separaba de mí unos veinte años, en otro momento de mi vida quizás nunca me hubiese fijado en él, pero tal y como transcurría mi aburrida existencia en los últimos meses, su sonrisa era lo único agradable que permanecía estable cada día. Medía alrededor de metro ochenta y cinco. Cuerpo fibroso, no excesivamente, pero se advertían unos bíceps marcados bajo la ropa. El abundante vello que cubría sus brazos me hacía imaginar que su pecho no estaba desierto precisamente. La piel algo bronceada y un afeitado apurado, con una preciosa sonrisa de dientes blancos. Hasta ahora no había atinado a mirar sus ojos el tiempo suficiente como para averiguar su color, sin embargo, había notado unas pequeñas arruguitas que lucían alrededor de ellos y se intensificaban cuando me sonreía tras aquellas gafas de pasta negras. Su cabello castaño, con pinceladas de color gris, lucía siempre perfectamente peinado.

En actitud relajada, con la espalda apoyada en un árbol y brazos cruzados no paraba de mirarme, así que ¿por qué no?, me dije, y caminé en su dirección. En lugar de esperarme, comprobó algo a su alrededor y se internó entre los árboles a la zona más oscura del parque. Me sorprendió un cosquilleo que comenzaba en mis piernas, ascendiendo lentamente, mientras iba tras él. Dejé caer los auriculares, llenando mis oídos del sonido de sus pisadas sobre la hierba húmeda de la zona. Tiré de la goma que sujetaba mi cabello haciendo que cayera cual cascada cubriéndome media espalda, no llevaba mi sudadera, aunque hubiera jurado que me la había puesto al salir, solo un top ceñido y unos leggins negros.

Durante unos minutos mi pulso se aceleró más que si estuviera en plena carrera, un nudo constreñía mi estómago y una instantánea humedad inundó mi ropa interior. Cuando por fin se giró, me agarró de la mano y tiró de mí hasta apoyarme en un árbol cercano. Mi pecho alterado, como cada centímetro de mi cuerpo, subía y bajaba de forma agitada. Su mirada en mis ojos me enloquecía y el tacto suave de sus manos internándose en mi cuello hasta llegar al cabello erizó cada poro de mi piel. Con firmeza me acercó a él

y estrelló un beso en mis labios, abriendo un camino caliente de su lengua hasta la mía. Su boca ardía y tenía un sabor peculiar, dulce y afrutado que devoré. Pronto su evidente erección apretándose contra mí me hizo tambalear de puro deseo.

Mi top se esfumó y milagrosamente, en lugar de mi sostén deportivo, llevaba uno de mis sujetadores favoritos de encaje, jamás en la vida me había puesto nada así para ir a correr, pero no tenía tiempo de indagar en el por qué, estaba realmente entretenida encargándome de desabrochar cada botón de su camisa. Sus manos comenzaron a explorar mi cuerpo. Entre desesperación y deseo nos deshicimos del resto de la ropa y apoyándome en el árbol entrelacé mis piernas alrededor de su cintura. Tuve que aferrarme a sus hombros para mantener el equilibrio, podía adivinar en su mirada el deseo y la codicia por poseerme de una vez y por fin, con suavidad y lentitud, se deslizó dentro de mí sin apartar sus ojos de los míos. Un gemido escapó de mi garganta.

—Oh sí, Adriana—, susurró con la respiración entrecortada. Aceleró el ritmo mientras mi cuerpo se contraía involuntariamente. La corteza del árbol contra mi espalda raspaba, aún así rogué que no parase.

—Oh sí, quiero más —susurré moviendo las caderas buscando mi propio placer.

Mis músculos se tensaron, mi sexo convulsionaba. Él reaccionó clavando sus dedos en mis nalgas para ayudarse a entrar y salir con furor. Nuestros jadeos hacían eco en el parque desierto y al fin me dejé ir, explotamos, noté cómo me llenaba de él derritiéndome en sus brazos. Se apartó un poco, me sonrió y me besó con ternura.

Un sonido estridente y repetitivo nos interrumpió, dejándonos petrificados, abrazados, sin hablar, sin respirar en medio de la noche. ¿Sería la policía? Curiosamente, tenía la sensación de que los árboles se habían disipado a nuestro alrededor y era incapaz de averiguar cómo había pasado tal cosa. Lo cierto era que me importaba bastante poco, solo quería estar allí con él, sin interesarme lo demás. El sonido se hacía más fuerte, se acercaba. La luz se había intensificado y no veíamos nada, no parecía una sirena de la policía, eso era... ¿mi despertador?

Mi cama estaba desierta al igual que el resto de la habitación, solo los

rayos de luz que se filtraban entre las rendijas de mi persiana eran testigos de que estaba en la cama, sola, mojada y caliente.

—¡Vaya despertar! —Refunfuñé parando el aparato que no dejaba de retumbar. No tenía ganas de salir de la cama y menos aún de mi fantasía, así que me tapé la cabeza con la almohada instándome a ese momento con él, pero el sueño me había liberado de sus garras y no lograba volver a caer en él, me abracé a ella recreándome en la sensación de hacía solo unos minutos —Mmmm... ¿por qué te has colado en mis fantasías? —Pregunté al aire.

Me desperecé unos minutos después, era la hora. Con un brinco me alejé de mis sábanas, y dejando mi cama deshecha, sorteando mi edredón negro y blanco que estaba hecho un ovillo en el suelo, abandoné la reconfortante oscuridad de mi dormitorio.

Mientras salía el café me cambié de ropa: top fucsia, leggings negros y deportivas negras y fucsias, a juego con mi pelo, que esta última vez me había dado por teñirlo de rosa con mechones negros aquí y allá. Necesitaba levantar ánimos y cuando me miraba al espejo y veía mi cabello sonreía sin remedio, no pensaba llevarlo mucho tiempo, solo unas semanas hasta el inicio del verano en el que los rayos de sol destruirían el color sin piedad. Me hice una cola de caballo y me lavé la cara.

Con la música en mi móvil a todo volumen animándome y el sol asomándose tímidamente en el horizonte, comencé a dar zancadas en el asfalto, mi pulso se aceleraba y los problemas se evaporaban a cada minuto. Las gotas de sudor resbalaban por mi frente, los pasos cada vez eran más ligeros, hasta que lo vi a él, estaba con su perro como cada mañana. Me gustaba verlo allí, se había colado en mis sueños esa noche y todavía podía notar la humedad en mis partes íntimas. Aquel día iba especialmente elegante, ya que por norma general, aunque bien vestido, no solía llevar traje y corbata. Había imaginado mil veces en qué trabajaría. ¿Periodista? ¿Informático? ¿Ingeniero? ¿Arquitecto? Desde luego mecánico no parecía con su indumentaria habitual. Lo ignoraba, ni siquiera sabía dónde vivía exactamente y mucho menos su nombre, lo cierto era que cada día, cuando nos encontrábamos en el parque, un calor inexplicable inundaba mi cuerpo e imaginaba mil formas de lanzarme a besarle y quitarle toda esa ropa tan perfectamente planchada.

Lo vi de lejos acariciar al perro, un labrador marrón grande y precioso. Miró la hora, la remiró, sacó su móvil comprobando algo, la volvió a mirar antes de levantar la cabeza y al verme guardó el aparato en el bolsillo de su chaqueta y sonrió, sonrió, sonrió y mi corazón se agitó con más fuerza. ¿Serían cosas mías? Daba la impresión de que me estaba esperando.

No era la primera vez que en cuanto entraba al parque sonaba de entre mi lista infinita en orden aleatorio *Loco de amor* de Juanes, como si alguna fuerza suprema nos estuviera vigilando y la colocara allí a modo de banda sonora, tal y como ocurría en ese instante:

*“Un nudo en mi voz, otro en mi corazón
me da cuando te veo llegar y debo disimular.
Me gustas tanto que siento enloquecer
y cuando sueño tu piel mi alma comienza a arder...”*

La emoción se volatilizó en cuanto se interrumpió la melodía con el sonido de mi móvil, un vistazo a la pantalla me chivó que Álvaro estaba al otro lado.

— ¡Ahora no! — Maldije. Con los auriculares puestos no necesitaba acercarme el teléfono a la oreja para descolgar, un movimiento de mi dedo en la pantalla era suficiente—. Buenos días, Álvaro —dije parando de correr e intentando recuperar el aliento.

—Adriana, ¿dónde demonios estás? —*Buenos días cariño*, pensé poniendo los ojos en blanco y resoplé.

—Donde estoy todos y cada uno de los días de mi vida a esta hora desde hace meses. He salido a correr.

—Quiero que vuelvas a casa. Tenemos que hablar —exigió. Parecía enfadado.

—Álvaro. Déjame un poquito en paz, ¿vale? Acabo de salir, me quedan cuarenta y cinco minutos. Acuéstate a dormir.

—Llevo toda la noche trabajando. Ya que te mantengo lo mínimo que espero es encontrarte en casa cuando llego y ¿qué narices ha pasado en la cocina? —Me gritaba al otro lado—. Ni siquiera has hecho la cama o por lo

menos colocarla un poco que parece que anoche montaste una fiesta allí.

—Álvaro, acuéstate, no pienso discutir contigo. Te lo he dicho mil veces, necesito salir a correr. Luego me encargo de todo lo demás.

—Eres una tremenda egoísta. Podrías haber dejado preparado algo de comer antes de largarte así.

Colgué el teléfono y se me saltaron las lágrimas. Ese tío era un idiota, por qué narices no lo había dejado ya, me reproché una y otra vez. ¿Y a dónde iba a ir? Me sequé las lágrimas con el brazo, miré mi móvil para activar de nuevo la música y cuando levanté la cabeza di un respingo porque se acercaba directamente a mí, con cara de preocupación, el hombre del Labrador. *No, no, no por favor*, me repetí, *que no me pregunte nada, hoy no*.

—Hola, ¿estás bien?

Las lágrimas ya salían sin remedio e intenté explicar entre hipidos que no pasaba nada, que solo era un imbécil que llevaba más de dos años amargándome la existencia, pero lo que salió fue ininteligible y el hombre fue quedándose pálido por momentos. Maldije mis puñeteras hormonas sin poder hacer nada por evitar gimotear. Entonces hizo algo que no me esperaba y que de forma abrupta cortó mi llanto apretando un fuerte nudo en la boca de mi estómago. Se acercó a mí y me abrazó. Definitivamente después de aquello terminaría en el manicomio. Un señor que no conocía de absolutamente nada se había lanzado a abrazarme después de verme gritarle al aire y echarme a llorar como una energúmena en medio del parque. Entonces recordé que el señor en cuestión era el que se había colado en mis sueños durante las últimas semanas, por no decir meses, al que había deseado acercarme en un millón de ocasiones y nunca encontraba el pretexto y, entonces me relajé, le dejé hacer y apreté mis brazos a su cintura, apoyando mi cabeza en su pecho. Olía a ángeles divinos del cielo. Cuando notó que ya me había relajado y remoloneaba para no retirarme de sus brazos, se apartó un poco y me agarró las mejillas para que lo mirara a los ojos.

—¿Mejor? —me limpió una lágrima que andaba perdida mejilla abajo e inevitablemente me sonrojé y comencé a temblar con una sonrisa tonta.

—Sí, gracias.

—Me llamo Carlos y este es Bender.

—¿Bender? ¿Como el robot ese de *Futurama*? —pregunté, me arrepentí sobre la marcha, ese señor no sabría ni qué era *Futurama*, a lo mejor era el perro de alguno de sus cinco o seis hijos... ¿hijos? ¿Tendría alguno de mi edad? Calculé mentalmente, bueno, no era imposible.

—Sí, soy un pelín friki —lo miré de arriba abajo con su traje de Armani, su camisa perfectamente planchada y su corbata impecable. ¿Friki? ¿Sabría el señor lo que era ser friki? Seguro que se lo había oído al mayor de sus hijos y quería hacerse el moderno conmigo. Sonreí amablemente, me daba igual, estaba para mojar pan. —¿Y tú cómo te llamas?

—Adriana.

—Encantado, tengo un poco de prisa, pero si te vas a sentir mejor puedo invitarte a un café.

Sonreí como una tonta mirándolo a la cara.

—¡La leche! ¡Lo que me faltaba ya! —una voz tras de mí erizó cada poro de mi piel, al volverme, vi a Álvaro que venía como una fiera hasta donde estaba yo.

Era casi tan alto como Carlos, pero más delgado. Intimidaba cuando se ponía a gritar así como un salvaje, lo que últimamente hacía constantemente. Aún llevaba el uniforme del trabajo y tenía una barba descuidada de unos días, solía afeitarse una vez a la semana, en su día libre, cuando acostumbraba a salir con alguno de sus amigos a tomar una cerveza. Su cabello rubio, que habitualmente se recogía en una coleta baja para ir a trabajar, le colgaba ahora por los hombros de forma desordenada, con aquellas pequeñas ondulaciones en las puntas que siempre me habían encantado acariciar. Sus ojos grises me fulminaban.

—Oh, mierda —susurré— Álvaro, no es lo que crees.

Me agarró del brazo.

—Tira para casa, anda —exigió muy cabreado. Ninguno de los dos dijo nada mientras Álvaro me arrastraba calle abajo, un mohín asomó a mi boca, se había esfumado mi única oportunidad de acercarme al tío cañón que tanto me gustaba, que ahora miraba pasmado cómo me dejaba arrastrar.

Álvaro me soltó un sermón de una hora sobre cuáles eran mis

responsabilidades en casa mientras él me mantuviera y maldije el día en el que tomé la decisión de dejar todo en Canarias para mudarme con él a Barcelona. Llevábamos juntos siete años, y hasta que no me quedé en desempleo no empezó a portarse como un auténtico capullo, como si fuera mi dueño y yo su esclava. Nunca antes me había insultado y mucho menos me había exigido nada. Pero allí estaba, perdida en una ciudad que no era la mía, sin trabajo y dependiendo de él, sobreviviendo día a día sin demasiado que hacer, sin familia ni amigos en los que apoyarme. Procuré no escuchar ninguno de sus reproches.

—¿Cuántas veces te has acostado con ese tío? —escupió al fin lo que rumiaba en su cabeza y provocaba en él esa expresión amarga.

—¿Cómo? —levanté la cabeza sorprendida.

—Ya me has oído —dijo.

—Acabo de conocerlo —respondí mosqueada—. Álvaro. No sé cómo puedes pensar eso.

—Mierda Adriana, llevas meses sin dejar que te toque un pelo, ¿qué quieres que piense? —me echó en cara.

—Que te portas como un imbécil conmigo y lo último que me apetece es tocarte.

—De verdad, Adriana —se relajó—, no sé qué haces aquí conmigo. ¿Qué te retiene aquí? Vuelve a casa con tu familia, no queda nada entre tú y yo, te estoy manteniendo y no muestras ni un poco de gratitud. No cumples con tu parte y encima sales por ahí desde las ocho de la mañana a tirarte a todo el que se te pone por delante —no me molesté en contestarle.

Me hablaba con odio y repugnancia y no estaba dispuesta a llorar delante de él, a intentar explicarle que no soportaba estar todo el día en casa encerrada, que estaba siempre sola, que no conseguía trabajo y no tenía ningún tipo de vida social ni de ningún otro tipo, que planchar, limpiar y hacer de comer cada día, una y otra vez, lo mismo siempre, era agotador y frustrante, aún así lo hacía, pero era incapaz de hacer como las amas de casa perfectas y limpiar cada rincón de mi casa con un cepillo de dientes para que reluciera todo cuando él llegase de trabajar.

Estaba cansada de todo, cansada de él, cansada de que no entendiera desde el primer momento que no me apetecía tener sexo porque estaba todo el día deprimida desde que me despidieron y que cada vez que sentía que no me apoyaba o no me entendía menos ganas tenía de acercarme a él.

Me trasladé a Guinardó con el trabajo ya apalabrado, pues el negocio era de un familiar de Álvaro, acababa de cumplir diecinueve años entonces, después de tres años la empresa entró en quiebra y me despidieron, demasiados gastos para plantearme continuar estudiando y entrevista tras entrevista me daban con la puerta en las narices, eso no ayudaba a la autoestima. Había engordado casi quince kilos desde entonces y hacía unos meses había decidido preocuparme por mí, salir a correr cada día me ayudaba a bajar de peso, a desconectar, a sentirme mejor conmigo misma, a olvidar las continuas discusiones con Álvaro, a echar un poco menos en falta a mi familia y a mis amigos de toda la vida.

Álvaro me miraba y cada segundo que tardaba en contestar se cabreaba aún más.

—Es por el dinero, solo estás aquí por el puñetero dinero. Te pagaré el pasaje para que vuelvas a casa, me saldrá más barato que mantenerte. No voy a echarte a la calle como si fueras un perro, pero no quiero seguir contigo, no quiero seguir con esto.

Asentí, en algo tenía que darle la razón, aquello no iba bien.

—Vale, volveré a casa si me compras el pasaje —respondí al fin tras un suspiro ahogado. Todo se había terminado, ya no tenía sentido continuar.

Se me quedó mirando con cara de odio.

—Por el puto dinero —susurró, se lo decía más a sí mismo que a mí supuse—. Joder, menuda mierda.

Se levantó, fue hasta el dormitorio y pegó un portazo que me dejó temblando un buen rato. Me quedé clavada en el sofá hasta que lo sentí roncar y entonces lloré, ¿qué quedaba de aquel chico cariñoso que me iba a buscar cada día con una gran sonrisa y me hacía promesas de amor eterno, que me cantaba canciones o que me llevaba a ver las estrellas? Nada. Álvaro ya no era ese chico.

No sabía si había dicho en serio lo de pagarme el pasaje, volver a casa de mi madre no era lo que más deseaba en el mundo, pero estaría mucho mejor que ahora. Entonces lo recordé a él, a Carlos, si volvía a Canarias no volvería a verlo. *No importa*, me dije, *está casado y tiene seis hijos y un perro, ¿recuerdas?* Me reocriminé y sonreí tontamente entre lágrimas al recordar su abrazo de esa misma mañana, su olor, los latidos de su corazón, su chaqueta de marca llena de mis lágrimas, su dedo enjugándolas.

Me levanté del sofá y fui hasta la cocina, me puse a limpiar y a preparar algo de comer para cuando Álvaro se despertase. Trabajaba en el turno de noche como vigilante de seguridad en unos almacenes, así que por la mañana él tenía que descansar y yo procurar no hacer ruido, por lo que con los auriculares y la música a tope en mi móvil me dispuse a dejar la casa como una patena. No se tardaba demasiado en limpiar el piso, era bastante pequeño. Apenas un par de habitaciones, salón, cocina y cuarto de baño, espacio más que suficiente para él y para mí a un precio considerable para estar en una zona tan buena y tranquila de Horta. Para cuando terminé estaba mucho más tranquila, preparé la mesa con mimo después de pasar por la ducha y ponerme unos vaqueros y un top bonito, con la intención de que se calmaran las aguas y Álvaro olvidase nuestra discusión de esa mañana.

Sobre las cinco de la tarde salió del dormitorio, yo lo esperaba en el sofá mientras pasaba canales en la televisión sin que nada de lo que ponían me convenciera demasiado, acurrucada bajo mi manta favorita, que él mismo me había regalado al poco de mudarnos para las tardes de películas. Me miró sin decir nada y se dio la vuelta para ir hasta el cuarto de baño.

Lo seguí y me apoyé en el quicio de la puerta con los brazos cruzados sobre mi pecho, intentando averiguar su humor.

—¿Estás más tranquilo? —pregunté.

—Sí —susurró—. Perdona que te hablara así, perdí los nervios —Me miró y sonreí.

Me acerqué a él, que se estaba lavando las manos, y lo abracé por la espalda.

—Tranquilo, no pasa nada. ¿Has tenido una noche dura en el trabajo?

—Sí, un poco —Álvaro se dio la vuelta para envolverme con sus brazos y

besar mi frente—. Adriana, ¿quién era ese tío del parque?

—Nadie, solo un hombre que veo cada día cuando voy a correr, me vio llorar cuando hablamos por teléfono y se acercó a ver qué me pasaba. Estoy en esos días, ya sabes, sensible.

—Y te dejaste abrazar por un desconocido —afirmó más que preguntó.

—Tengo mucha falta de cariño últimamente, Álvaro.

Me levantó la barbilla y me besó en los labios. En su mirada gris, escondido al fondo, detrás de un velo de mal genio encontré a mi Álvaro, el de siempre, el que me había querido toda la vida, el que había estado escondido tanto tiempo. Acaricié su mejilla notando como su barba raspaba suavemente las yemas de mis dedos.

—Te quiero Adriana.

—Lo sé. Yo también.

—¿Vas a irte? —preguntó mirándome a los ojos, pude atisbar cierto tono de terror en su voz.

—No. No me iré a menos que quieras perderme de vista.

—No quiero eso, cariño. No soporto la idea de perderte.

¿Cariño? Hacía siglos que no me llamaba así. Le sonreí y besé con ternura. Álvaro metió las manos bajo mi top y me acarició. Hacía meses que no nos besábamos, meses que no hacíamos el amor, meses que no me hablaba de otra forma que no fuera con desprecio. Echaba de menos el cariño, hablar con él durante horas, ver una peli juntos, tomarnos un café, un helado o una cerveza por ahí. Todo había cambiado, sabía que aquello no era más que un espejismo, sin embargo me dejé llevar y arrastrar hasta la cama, donde hicimos el amor y nos quedamos remoloneando un buen rato abrazados hasta que el hambre atenazaba. Comimos y después de pasar por la ducha se fue a trabajar, y yo me quedé en casa feliz, por primera vez desde hacía meses. Con la sensación de que no quería estar en otro sitio que no fuera allí con él. *Solo es una racha*, me dije mil veces, como ya me había repetido una y otra vez durante dos años, *todo mejorará cuando encuentres trabajo, seguro*.

Capítulo 2

Al despertar la mañana siguiente me planteé si debía salir a correr como cada día de los últimos meses o si era mejor evitar un nuevo enfrentamiento con Álvaro, pero la casa estaba recogida, había comida en el frigorífico y él parecía haberse quedado tranquilo después de haber hecho las paces. Sabía que si me esperaba hasta que regresara Álvaro del trabajo se me haría tarde, el calor se haría insoportable y se me haría muy pesado. Me había propuesto bajar de peso y correr me sentaba bien. Así que me enfundé un top, leggings y mis deportivas y me dispuse, móvil en mano, a otra mañana de rutina deportiva.

Cuando llegué hasta el parque vi a Carlos, me planteé dar la vuelta y buscar otra ruta, sin embargo se había portado bien conmigo y realmente no quería hacerlo. No tenía ganas de darle mil explicaciones sobre mi vida, pero tampoco quería que se preocupara. Miraba la hora, tal y como había hecho el día anterior. Llevaba una sudadera, vaqueros y unas All Stars rojas. Verle tan informal era nuevo y estaba aún más guapo si cabía.

Mi mejor sonrisa iluminó mi cara y recé para que no hiciera preguntas. Corrí hasta él, mientras comprobé que me seguía con la mirada. Al pasar a su lado dejé caer los auriculares sin dejar de pegar saltitos para no perder el ritmo.

—¡Hola Bender! —acaricié la peluda cabeza del perro, que subió las piernas a mi pecho lamiéndome la cara y haciéndome parar.

—Bender, no es de buena educación besar a una mujer así, sin pedir permiso ni nada —al mirarme sonrió y por fin pude atisbar esos dos preciosos ojos color miel, coronados por unas pequeñas y encantadoras arruguitas que aparecían y se esfumaban según sonreía o no—, bueno, ni abrazar tampoco... perdona si te causé problemas ayer.

—Tranquilo, solo fue un malentendido —comprobé mi reloj, según mi itinerario aún quedaban cuarenta minutos de carrera y dudé un instante antes de seguir hablando—. En realidad me apetece mucho ese café que me ofreciste ayer. ¿Sigue en pie?

—Claro —oh Dios, esos dientes perfectos, esa boca... —. Precisamente

hoy tengo el día libre, esta noche tengo que viajar por trabajo y he podido escaquearme un poco del despacho.

Ahora me explicaba su atuendo.

—¡Genial! —respondí.

—¿Quieres que espere a que termines de correr?

Lo pensé un instante, acababa de salir de casa y aún olía bien, a champú de frutas que había usado la noche anterior. Cuarenta minutos después no sabía a qué podría oler exactamente, pero no creo que fuera muy agradable.

—No, qué va... vamos ya.

Bender y él se adelantaron ofreciéndome unas fabulosas vistas de su trasero, prieto y muy bien puesto. Un tono escarlata tiñó mis mejillas cuando se volvió y me pilló mirándole embobada.

—¿Vienes? —me preguntó riendo. Asentí y apreté el paso. Acaricié una vez más a Bender tratando de disimular mi vergüenza—. ¿Te importa si dejo a Bender en casa primero? Es aquí mismo.

Me encogí de hombros y escruté disimuladamente a nuestro alrededor, si Álvaro me pillaba tendríamos una bronca monumental. Al menos, después de la discusión del día anterior no me había llamado por teléfono para controlar dónde estaba.

Salimos del parque y caminamos por Virgen de Monserrat hasta que llegamos a Garriga y Roca, subimos la cuesta a pie hasta llegar a la zona de los chalets se paró frente a una casa elegante y moderna con fachada blanca decorada con piedra.

—Espera aquí un minuto. No tardo nada.

—Vale —respondí.

—¿O quieres pasar? —Se me vinieron a la cabeza mil formas de hacer el amor con Carlos en su casa, de lanzarme a besarlo, de que me arrancara la ropa y yo a él y ruborizándome de forma instantánea me quedé sin palabras. Soltó una carcajada como si pudiera leer mis pensamientos—. No tardo nada.

Se perdió casa adentro y me maldije por no ser más rápida en responder, pero luego pensé en Álvaro, era mejor así. Curioseé un poco a través de la

verja de entrada, en el jardín interior, buscando juguetes o algo que indicara que Carlos era un hombre casado con seis hijos. Allí no había nada, solo un césped bien cortado y flores aquí y allá repartidas. Una barbacoa, una mesa y sillas de terraza, una sombrilla plegada y poco más.

Cuando salió de casa sin Bender intenté fijarme en sus manos para comprobar si llevaba algún tipo de alianza, sus dedos lucían desnudos. Sin preguntarme a dónde me apetecía ir, enfiló el camino y simplemente lo seguí. Charlando animadamente se interesó por mi lista de *Spotify*, se la mostré, sobre todo me gustaba la música pop española y era lo que escuchaba básicamente, corriera o no. Sonrió sin compartir conmigo si era de su agrado.

Pasamos a una cafetería y fue directamente al fondo del local. Me senté frente a él.

—Para mí un capuchino, con mucha nata —pidió al camarero—, y a Adriana...

—Pues mira, va a ser que lo mismo que él —apremié antes de sentarme.

—¿Puedo preguntarte por lo que pasó ayer? —Me encogí de hombros, no me apetecía nada hablar de Álvaro y de nuestra relación un tanto caótica—. Y bien, ¿a qué te dedicas?

Cambió de tema y yo se lo agradecí. Nos quedamos en silencio un momento en lo que el camarero colocaba las tazas delante de nosotros, aquel capuchino tenía una pinta deliciosa.

—Estoy desempleada. Hace casi tres años. La empresa en la que trabajaba como administrativa cerró y no he conseguido trabajo desde entonces, de ningún tipo, ni de administrativa, ni de cajera, ni camarera... nada —me encogí de hombros—, ¿y tú?

—Trabajo en una asesoría. Me paso el día entre números: facturas, impuestos, contabilidad... apasionante.

Sonreí.

—¿Y qué me dices de tus seis hijos?

Se atragantó con el capuchino y tosió.

—¿Cómo? —preguntó y yo me reí.

—He imaginado que estás casado y que tienes seis hijos y un perro.

—Tienes mucha imaginación. No estoy casado, ni tengo niños. Bender y yo vivimos solos —vi que se quedaba indeciso, supongo que quería preguntarme de nuevo por Álvaro.

—Álvaro y yo salimos juntos, hace seis años nos mudamos aquí y las cosas fueron muy bien hasta que me despidieron en el trabajo. Me echa en cara todos los días desde entonces que tiene que mantenerme y que a cambio hay unas obligaciones que tengo que cumplir, quizás tiene razón, pero no quiero pasarme el día entero limpiando y haciendo de comer, no quiero ser un ama de casa. Quiero volver a trabajar, quiero estudiar, quiero hacer mil cosas menos quedarme encerrada allí. Desde un tiempo para acá está muy celoso, no nos vemos mucho, él trabaja de noche y duerme casi todo el día. Se levanta sobre las cinco, se ducha, se tira un rato delante del ordenador, cenamos algo juntos y se va al trabajo. Solo hablamos para discutir.

—¿Suele insultarte? ¿Te trata mal?

—No, no... bueno, últimamente siempre está enfadado, cuando está enfadado no tiene palabras cariñosas ni para mí ni para nadie. Pero no me maltrata si es lo que me estás preguntando. Llevamos dos años muy malos, me he planteado muchas veces volver a Canarias, pero no me apetece volver a casa de mi madre. Tampoco me puedo permitir costearme el viaje. Precisamente ayer estuvimos hablando del tema. Por el momento, lo dejo pasar.

—¿Y no te planteas estudiar algo? Hasta que encuentres trabajo sería una buena opción.

—No, que va, el dinero no da para tanto. Me dedico básicamente a echar currículums en todos los sitios en los que veo ofertas de empleo. Estudié un Ciclo Superior de Administración y Finanzas y varios cursos de idiomas y comercio exterior. En cuánto llegué a Barcelona empecé a trabajar en el Departamento de Contabilidad de una empresa de Importación/exportación de un tío de Álvaro. Es mi única experiencia laboral, tres años y por lo visto no es suficiente.

—Entiendo —me respondió.

—En fin... antes lo llevaba peor. Un día dije se acabó, me hice un cambio

de look —dije señalando mi pelo— y desde entonces intento dedicarme un poco de tiempo para mí, voy a correr cada mañana.

—Lo sé, te he visto —me sonrió—. Me gusta tu pelo.

Me sonrojé y pensé que seguro que le horrorizaba, pero agradecía que fuera amable.

Los siguientes minutos los dedicamos a saborear el capuchino que estaba exquisito y me supo a gloria. Alargamos aquel momento al menos una hora hasta que Carlos pagó la cuenta y nos levantamos.

—Gracias por invitarme —dije con una tímida sonrisa.

Me sonrió y dimos un paseo, él me hablaba de su día a día, de anécdotas con Bender, del trabajo que hacía en su oficina, de que esa misma noche se iba a Madrid a unos exámenes que tenían que ver con su trabajo. Yo miraba disimuladamente a nuestro alrededor. Álvaro debería estar durmiendo, pero no descartaba que me hubiera seguido. Llegamos a la puerta de su casa.

—Bueno, gracias por la compañía. Tengo que preparar la maleta —dijo a modo de despedida.

—Vale —me acerqué y le di dos besos—. Gracias, he pasado un rato agradable.

—Estaba pensando, ¿por qué no me dejas tu currículum? Lo puedo entregar en la asesoría donde trabajo, hace tiempo que no contratan empleados nuevos, pero se acerca julio y es temporada de impuestos y mucho trabajo, igual tienes suerte.

—¿Tú crees? Vale, dime tu e-mail.

—Pasa, tengo algunas tarjetas dentro —lo miré incrédula, ¿de nuevo me ofrecía entrar? ¿Y si quería abusar de mí? Mmm... ¿y si quería abusar de mí aquel tremendo tío bueno?

Lo seguí adentro y Bender vino corriendo a saludarnos. Me quedé alucinada mirando a todas partes. La casa era enorme, el salón era una estancia espaciosa y muy luminosa, con un tresillo gris de al menos dos metros que se extendía imponente en medio de la habitación, justo detrás un comedor elegante en tonos negros que no parecía de *Ikea* precisamente.

Colgado en la pared, justo frente al sofá, había un televisor más grande que todo mi salón, en el parqué no había ni un arañón, relucía resplandeciente. Unas escaleras de hierro negras llevaban al piso superior. Al fondo de la estancia se veía una barra americana que era lo único que separaba la cocina del salón. No parecía el piso de un soltero, y menos aún el de un soltero que vivía con su perro.

—¡Hala! ¿Cómo limpias todo esto tú solo? — Pregunté alucinada. Carlos soltó una carcajada.

—Anda, ven.

Lo seguí. A la derecha del salón había un par de puertas y pasamos a la primera, que hacía de despacho y sala de lectura. Tenía una estantería que se cogía toda la pared llena de libros de arriba abajo y en otra pared una estantería repleta de Cds de música y vinilos antiguos. Me acerqué a curiosear, esa habitación era el paraíso para mí. Casi todo era música española, de todo, desde los ochenta, como Hombres G o Mecano hasta ese mismo año Pablo Alborán, La Oreja de Van Gogh, Efecto Pasillo... Me quedé boquiabierta y lo miré. Me sorprendía. Álvaro y yo nunca habíamos escuchado una canción que nos gustara a ambos y había llegado un momento en el que había pensado que la música que a mí me gustaba solo la escuchaban las chicas.

—Tenemos unos gustos muy parecidos —me dijo encogiéndose de hombros, mientras abría varios cajones buscando algo—, no veo las tarjetas, se me quedarían en el despacho.

Al final cogió un pedazo de papel y escribió algo que me tendió, con su nombre, un e-mail y su teléfono móvil.

—Gracias. Te lo enviaré desde que llegue a casa.

—Ese es mi número personal, para cualquier cosa o si quieres tomar otro café en ese teléfono me puedes localizar.

Cogí mi móvil y lo guardé en la agenda.

—¿Quieres tomar algo? Ahora mismo tengo que empezar a preparar el equipaje, pero puedes hacerme compañía.

Miré la hora.

—Debería irme a casa. Muchas gracias por todo. Lo he pasado bien.

Le di dos besos y acaricié las orejitas de Bender que se había tendido a mis pies antes de irme. Volví a casa con una sonrisa.

Cuando abrí la puerta Álvaro estaba tirado en el sofá, comiendo un paquete de ganchitos y una cerveza.

—Ese no es un desayuno muy sano, ¿no? —Le reñí sonriente—, ¿qué haces levantado todavía?

—A ti que te importa —refunfuñó por lo bajini. Vaya, volvía a estar de mal humor. Me acerqué para darle un beso—. A mí no te me acerques hasta que te duches, no tengo ganas de oler comoapestas.

—Yo también te quiero, imbécil — ironicé enfadada.

Me encerré en el cuarto de baño, donde disfruté de una larga ducha. Con el portátil en mano me tiré en el sofá, Álvaro ya se había ido a la cama, así que me acomodé y le envié un e-mail a Carlos con el currículum agradeciéndole su ayuda. Pensé en avisarle por WhatsApp, pero recordé que mi imagen de perfil era la misma hacía casi un año, una fotografía de Álvaro y mía un día en el que estaba de buenas, así que después de hacer veinte pruebas me hice una foto nueva que me gustaba y la colgué antes de enviarle el mensaje.

“¡Hola! Soy Adriana. Ya te he mandado el currículum. Que tengas buen viaje”.

“Hola, ahora mismo lo envío. Suerte y gracias”.

¿Y ahora qué hago? Todo el día por delante y nada que hacer. Aproveché que estaba delante del ordenador y comprobé las páginas de búsqueda de empleo y envié tres o cuatro currículum en ofertas donde cumplía el perfil y que como mínimo otras mil quinientas personas habían hecho lo mismo.

Miré hacia la puerta de la habitación, no entendía qué le pasaba a Álvaro y solo podía pensar una cosa, la relación con él estaba rota, muerta y él tenía razón, solo seguía allí porque no sabía con exactitud qué otra alternativa tenía. Nada perdía por indagar un poco en las webs de vuelos *low cost*, el verano estaba a la vuelta de la esquina y los pasajes a Canarias costaban un ojo de la cara al menos hasta septiembre, donde por una cantidad moderada que podría conseguir fácilmente, podría volver a casa de mi madre. Tendría

que vivir tres meses más en aquella pesadilla y me imaginaba que la cosa iría a peor. Me tumbé en el sofá y me quedé dormida, cuando me desperté eran cerca de las cuatro de la tarde y no había preparado nada de comer para Álvaro, la íbamos a tener si no cocinaba algo rápido, así que di un respingo y corrí a la cocina en el justo instante en que él abría la puerta del dormitorio.

Rápidamente saqué de su lugar las cosas necesarias para preparar una tortilla española, era su comida favorita, así que esperaba que con eso mejorara algo su actitud.

—Hola. Me voy a la ducha. ¿Queda mucho para comer? —preguntó.

—Acabo de empezar, no tardaré mucho, voy a hacer tortilla —respondí sin levantar la cabeza pelando patatas lo más deprisa que lo había hecho en la vida.

—¿Te acabas de despertar? —se me quedó mirando extrañado, supongo que veía la marca del cojín en mi cara.

—Sí, me quedé dormida en el sofá —contesté sabiendo que se iba a enfadar.

—¡Eres una holgazana, Adriana! No te puedes pasar el día tirada en el sofá y empezar a preparar la comida cuando te dé la gana, yo me tengo que ir a trabajar, lo menos que puedes hacer es dejarlo todo listo para cuando yo me levante. ¿Es mucho pedir?

—¡Álvaro! No soy tu esclava, tienes dos manos, si no estás conforme con lo que hago ¡hazlo tú! —Protesté.

—¿Por qué no te largas de mi casa de una puta vez? —me lo dijo serio, sin gritar, sin elevar la voz si quiera.

—Me iría encantada si tuviera a dónde ir, pero no tengo. Yo ni siquiera quería mudarme a esta ciudad Álvaro, vine por ti, dejé todo en Canarias por ti. ¡Yo no tengo la culpa de que me despidieran! —Intenté con todas mis fuerzas mantener la calma repitiendo unas palabras que había dicho demasiadas veces durante los últimos meses.

—Busca pasaje, te lo pagaré. Quiero perderte de vista cuanto antes.

Empecé a llorar.

—¿Por qué me tratas así? No sé qué esperas de mí —reproché desesperada por no entender lo que ocurría.

—Has tenido tres años para dejar de ser una mantenida, ahora lo único que espero es que dejes de gastar mi dinero, que dejes de vivir a mi costa.

Las lágrimas no paraban de salir y me corté con el cuchillo. Lo lancé a la encimera y fui hasta el fregadero a meter la mano debajo del agua para intentar cortar la hemorragia.

—Eres una inútil Adriana. ¡Mierda! Eres una inútil —lloré y lloré más—. ¡Lárgate! ¡Lárgate de mi vista! —Álvaro pegó un puñetazo a la puerta de la cocina. Nunca lo había visto así, daba miedo y no entendía el motivo de su ira.

Fui hasta el estudio donde teníamos los ordenadores, herramientas y trastos en general. Me tiré en un viejo sofá que hacía las veces de guardarropa para planchar y lloré toda la tarde hasta quedarme dormida, me desperté un par de veces, pero me di la vuelta y seguí durmiendo sin ningunas ganas de levantarme de allí.

Cuando al fin me desperecé y me levanté del sofá llevaba un par de horas despierta, eran las siete de la mañana, aún faltaba para que llegase Álvaro del trabajo. Agudicé el oído, por si acaso no lo había escuchado llegar. Hoy no estaba de humor para salir a correr. Me puse unos vaqueros y un top, cogí un par de cosas, una botella de agua y salí a la calle, no pensaba volver hasta que Álvaro se hubiera largado a trabajar.

Al par de horas llamé a mi madre con la esperanza de poder contarle lo que había pasado y que pudiera hacer algo por ayudarme, pero ella no estaba bien económicamente y me daba apuro pedirle el dinero para el billete. Mis padres se habían separado cuando yo era pequeña y él nunca pasó un céntimo a mi madre para cubrir los gastos de sus hijos, mi madre nos sacó adelante a Martín, mi hermano pequeño, y a mí. Cuando nació Martín, apenas dos meses después, mi madre descubrió que mi padre mantenía una relación paralela con otra mujer y lo echó de casa a patadas. Yo no había cumplido aún los tres años, así que mi madre, que nunca había trabajado, se vio de repente sola, sin trabajo y con dos hijos que mantener, así que gracias a algunos contactos por las mañanas se dedicó a limpiar comunidades de

vecinos y por las tardes consiguió un empleo a tiempo parcial en una farmacia de una amiga de su madre. La vida no había sido fácil para ella. Solía decirnos que éramos el único motivo de su sonrisa cada día. Mi padre no había mostrado nunca el más mínimo interés en nosotros, ni siquiera tenía su número de teléfono actual, así que si era complicado contarle esto a mi madre, a mi padre estaba completamente descartado.

Martín llevaba toda su adolescencia de noviazgo con una chica del instituto, Ebba, de madre alemana y padre español. Llevaban enamorados desde parvulario, según ambos decían cada vez que explicaban cómo habían comenzado a salir y yo me carcajeaba en su cara por tremenda ñoñez. Ebba era buena chica y nos llevábamos bien, en ese momento en que volvía a pensar en ellos sentí un pequeño pellizco en el corazón, los echaba de menos, a Martín y a ella, que se había convertido en una hija para mi madre, y yo se lo agradecía, porque mi madre había conseguido otro motivo más para sonreír en la vida y un cariño desmesurado y desinteresado de una chica agradable que además amaba a su hijo. Ambos decidieron estudiar Enfermería juntos en la Facultad y hacía unos tres años, la madre de Ebba les planteó que se fueran con ella a Alemania, donde el trabajo de enfermero estaba mucho mejor valorado, respetado y pagado. Tras meditarlo emprendieron un nuevo camino en un país extranjero, así que mi madre se había quedado sola.

Sin embargo, sabía que era feliz, porque sus hijos lo eran. Nunca le conté que me sentía una desgraciada o que estaba mal. Todo estaba bien, todo era perfecto, un jodido cuento de hadas. ¿Cómo iba a explicarle ahora que necesitaba que me pagara un pasaje para alejarme de la perfección absoluta? No quería preocuparla, no quería disgustarla... así que no lo hice. Sonreí todo lo que pude y una vez más, le conté que todo iba bien. *¿Los niños para cuándo?* Me preguntó, *quiero ser abuela... bufffff*, me reí... *ya llegarán*, le respondí, aunque esperaba que no sucediera con Álvaro por mi bien.

Fui dando un paseo hasta el parque Guinardo, lo recorrí disfrutando de su precioso paisaje, paseé durante un rato y salí sin rumbo, sin pensar en nada, escuchando la música de mi móvil, tarareando y notando un ligero aire fresco que corría esa mañana y que hacía que el calor del sol que ya comenzaba a apretar, fuera más soportable. Hasta que me di cuenta que estaba frente a la

casa de Carlos escuchando los ladridos felices de Bender al otro lado, me dio pena que estuviera allí encerrado y solo. Estaba acostumbrado a pasear un rato cada día. ¿Tendría comida suficiente? ¿Cuándo volvería Carlos de Madrid? Me encogí de hombros y seguí caminando. Mi móvil comenzó a sonar alrededor de las once de la mañana, cuando ya estaba cansada de andar y dar vueltas sin saber dónde afincarme. Álvaro insistía una y otra vez al otro lado del aparato, por supuesto no contesté. Sonó y sonó sin descanso durante los siguientes quince minutos.

Por fin se cansó y pude volver a Spotify. Las canciones que escuchaba quizás no tenían nada que ver conmigo, con mi historia, pero como siempre me pasaba cuando estaba en un estado de ánimo tal como el de esa mañana, me parecía que todas estaban hechas para mí. Tanteé cuáles eran mis opciones: suplicarle a Álvaro que no me dejase marchar, tal vez, pero para qué, ya solo quedaba miedo a rehacer mi vida sin él, no a perderlo en sí. No me gustaba en lo que se había convertido, no me gustaba cómo me faltaba al respeto cada día, cómo me trataba. No quería estar con él, no quería verlo más.

Volví al parque y me senté en una de las zonas arboladas, al cobijo de un árbol, observaba a las personas a mi alrededor disfrutando del aire fresco a la sombra. Tenía hambre. No había probado bocado desde el café del día anterior con Carlos. Seguía en mis trece, no pensaba volver a casa hasta que Álvaro se hubiera ido a trabajar, cogí una barra de cereales que había echado en el bolso antes de salir de casa y me la comí despacio para acallar los rugidos de mi estómago. Tarareando canciones, tumbada en medio de la nada, me quedé traspuesta. Mensajes incesantes bombardeaban mi WhatsApp, molestarme en mirarlos era inútil, estaba segura de que eran de Álvaro y leerlos no me haría ningún bien. Cuando me podía la curiosidad por saber cuántos exactamente tenía, ignoré los treinta y tres provenientes de Álvaro y me centré en el nombre de Carlos en negrita con un uno al lado rodeado en un círculo verde. Hacía horas que lo había mandado:

“Hola, estoy en el descanso, ¿qué tal estás?”

Lógicamente el descanso se habría terminado hacía rato, aun así tecleé.

No muy bien, he discutido con Álvaro y ando dando vueltas por toda la urbanización para no ir a casa a verlo.... Antes de darle a enviar, retrocedí.

¿Qué le importaba a Carlos que Álvaro quisiera echarme de casa y qué necesidad tenía él de que le volviera loco con mis problemas?

“*Bien, dando un paseo.*”, puse finalmente. A los cinco minutos me respondió:

“¿*Estás sola?*”

“*Sí*”, contesté.

Mi móvil sonó.

—¡Hola! —contesté feliz.

—Hola, es la hora del almuerzo y me aburro como una ostra aquí solo. ¿Ya has comido? —preguntó Carlos al otro lado.

—No, la verdad es que no.

—¿Y qué vas a comer? A mí acaban de servirme los calamares más tiosos que he probado en toda mi vida.

Sonreí. Por primera vez me daba cuenta de que Carlos tenía una voz preciosa, que me instaba a cerrar los ojos y abandonarme en ella.

—Pues no tengo ni idea de qué, ni cuándo.

—¿Cómo? —Rió—, ¿estás haciendo una de esas dietas exageradas que hacéis las adolescentes para perder peso?

Reí a carcajadas hasta que se me saltaron las lágrimas.

—¿Adolescente? ¿Acabas de llamarme adolescente? Hombre, gracias, no pensé que te pareciera tan joven —yo deseando hacerle el amor a todas horas y él pensando que yo era una cría.

—Las adolescentes, las jóvenes, lo mismo da.

—No, tranquilo —reí—. He discutido con Álvaro y ando dando vueltas por toda la urbanización, no pienso volver a casa hasta que se haya ido a trabajar.

—Anda, lo siento. ¿Por nuestro café de ayer?

—No, no... no tiene nada que ver contigo, tranquilo.

—Ve a mi casa y tócale al vecino de la izquierda —instó—. Él tiene llave,

lo llamaré en seguida para avisarle. Quédate ahí a pasar el día, come algo y haz lo que quieras, si quieres dormir ahí esta noche no hay problema.

—¡Qué dices! No, no puedo aceptarlo. No me conoces de nada —me ruboricé de vergüenza, no esperaba que quisiera solucionar mis problemas, solo pretendía compartirlo con alguien.

—¿Cómo que no? Venga, no seas tonta. Así haces compañía a Bender, que no le gusta estar solo —insistió.

—No te preocupes por mí, Carlos, de verdad, no tienes ninguna necesidad de cederme tu casa.

—No te la cedo, la comparto contigo. Venga, voy a llamar a Eduardo, no hagas que le obligue a ir a buscarte porque luego me cobrará el favor a un precio muy alto —estaba decidido, era terco y de ideas fijas, y no me hacía falta conocerlo mucho más para estar segura de que no me dejaría darle una negativa así tuviera que volver de Madrid en ese mismo momento.

—Vale —reí y sonó el pitido que me avisaba de que quedaba poca batería —. Ups, se me va a apagar el teléfono de un momento a otro.

—Cuando llegues a casa enchúfalo, si no tienes el cargador, en los cajones de mi escritorio debe haber alguno que te sirva. Avísame cuando estés allí —parecía satisfecho de haberse salido con la suya.

—Vale. Muchísimas gracias, Carlos.

Me incorporé sacudiéndome los pantalones y salí del parque dispuesta a dirigirme a Garriga i Roca, vi a Álvaro que subía por Virgen de Montserrat, caminaba mirando para todas partes, parecía muy cabreado. Si me veía en aquel momento la íbamos a tener muy gorda. Me incorporé rápido y recé para que no se percatara de mi presencia. Eché a correr y me metí en la primera calle que encontré. Corrí y corrí hasta llegar a casa de Carlos. El corazón se me iba a salir del pecho. ¿Qué había pasado con mi vida para tener que huir así de la persona con la que había compartido tantos años? Tenía miedo de Álvaro, esa era la realidad.

Llamé al timbre y esperé los dos minutos más largos de mi vida hasta que un chico joven, un poco mayor que yo quizás, salió a abrirme y me sonrió. Me saludó y me dejó las llaves de la casa de Carlos. Entré, apoyando mi

espalda en la puerta, y por fin respiré. Bender vino corriendo a saludarme y me agaché para abrazarlo, me tiró al suelo cuando se subió a mis hombros y me lamió la cara dando ladridos y saltos de un lado a otro.

—Hala, creo que nadie me ha dado nunca un recibimiento tan cariñoso como este —le dije feliz.

Jugué un rato con el perro, el cariño era mutuo desde luego, era adorable. Cuando por fin se calmó me levanté para enchufar mi móvil a la corriente. Llevaba mi cargador en el bolso, así que no tuve que rebuscar en los cajones.

Tecléé rápido para avisar a Carlos de que ya estaba en su casa. Al mismo tiempo no dejaban de entrarme mensajes de Álvaro, había muchos, demasiados. No quería saber lo que decían pero solo de pensarlo me ponía a temblar. Debía estar más enojado que nunca y cada vez peor, jamás me había enfadado con él y desaparecido de aquella forma sin avisarlo si quiera. No le iba a quedar más remedio que aguantarse porque por aquel día no pensaba volver.

Resoplé abandonando mi teléfono allí para poder buscar algo comestible en la cocina, eran las cuatro de la tarde y tenía un ligero mareo por el hambre acumulada. Justo cuando abrí la nevera sonó el móvil, no conocía el número, corría el riesgo de que fuera Álvaro, pero también podría ser Carlos. Si era Álvaro simplemente colgaría, no tenía por qué aguantarlo.

Descolgué con un saludo.

—Buenos días, quisiera hablar con Adriana Vidal —una voz de mujer me dijo al otro lado.

—Sí, soy yo, dígame —contesté con curiosidad.

—Soy Isabel Medina, la llamo de MBF asesores por un currículum suyo que nos llegó ayer. Nos gustaría hacerle una entrevista. ¿Está interesada?

—Claro, claro, sí —tartamudeé.

—Vale, mañana sobre las nueve, ¿le parece bien? —ni se inmutó por mi inseguridad.

—Sí, sí. ¿Me puede decir la calle?

Anoté la dirección y esperaba entender lo que había escrito porque me

había entrado un tembleque en todo el cuerpo que era imposible mantener el pulso.

Nerviosa tecleé un mensaje para Carlos: “¿Puedo llamarte?”, no dejó pasar ni siquiera dos minutos antes de telefonarme.

—¡Carlos! Me han llamado de la asesoría para una entrevista.

—¿De MBF? —preguntó sin decirme nada más.

—¡Sí! ¡Sí, sí, sí, sí, síiiii! —dije dando saltitos—. Mañana tengo una entrevista.

—¡Bien! Te lo dije, ahora mismo empezamos con trimestre de impuestos y la oficina será una locura entonces, es el momento idóneo para echar el currículum.

—Muchísimas gracias, Carlos —una sonrisa iluminaba mi rostro de oreja a oreja y me dolía la cara, no recordaba cuando fue la última vez que había sonreído de aquella manera.

—Yo no he hecho nada —rio.

—Eres mi ángel de la guarda —le contesté de corazón, había hecho más por mí en dos días que nadie en los últimos años desde que me encontraba aislada en aquella ciudad—. Bueno, voy a atracar tu nevera. Tengo que volver a casa a revisar lo que tengo en el armario, no sé si habrá algo limpio —intenté hacer memoria—, decente y planchado. Y... ¡ostras! Debería quitarme el rosa del pelo, ¿no?

—No será necesario, Adriana. Lo que les interesa son tus facultades, no tu pelo —contestó tajante con esa seguridad que empezaba a admirar en él.

—Pero la presencia...

—Tu pelo es perfecto —me interrumpió haciéndome enrojecer y dejar de divagar.

—Vaya, gracias.

—Se me ocurre algo. ¿A qué hora tienes la entrevista? —me preguntó.

—A las nueve.

—Vale... déjame que piense... mmm, esto se me suele dar bien. ¿Talla

cuarenta y dos? ¿Y calzas un treinta y ocho?

—Cuarenta y dos y treinta y nueve de pie —reí—, ¿por qué me preguntas eso?

—No te muevas de mi casa, ¿vale? Confía en mí —me pidió.

—¿Qué dices? Estás loco —seguía riendo pensando que me estaba gastando una broma.

—Hazme caso. Tengo que dejarte. ¿Cómo está Bender?

—Feliz, le caigo bien.

—Eso ya lo sabía —me dijo y podía advertir que él sonreía tanto como yo al otro lado de la línea.

—Gracias Carlos, por todo.

—No hay de qué. Tendrá que llegar un mensajero a alguna hora antes de las ocho —divagó.

—Estás loco —repetí.

—Sí, un poco.

.

Capítulo 3

De pronto, los nervios me embargaron, ¿una entrevista? No iba a una entrevista hacía años, *ay Dios...* ¿qué iba a ponerme? ¿Le iba a hacer caso a Carlos? Debería pasar por casa a coger ropa interior limpia y maquillaje al menos, algo llevaba en el bolso para escapar, pero mucho no podría hacer.

Bender y yo nos tiramos en la cama de Carlos, con un paquete gigante de papas y una Coca cola. Cuando me aburrí de comer y ver la tele, a alguna hora indeterminada de la tarde, me quedé dormida abrazada a Bender. Álvaro había dejado de insistir en llamar y pude descansar un buen rato hasta que mi móvil volvió a sonar, di un respingo por el susto, pero al mirar la pantalla y ver el nombre de Carlos instintivamente todo mi cuerpo se relajó.

—Hola —dije desperezándome.

—¿Estabas dormida?

—Sí, un poco. Bender y yo nos aburríamos y nos acostamos a dormir —contesté entre susurros acariciando la cabeza del animal apoyada en mi muslo, no quería despertarlo.

—¿No habrás dejado que Bender se suba a mi cama, verdad?

—Eeeehh, aaaahhh, pueees... —Bender levantó las orejillas y abrió un ojo como si averiguara que estábamos hablando de él, estregó el hocico en mi muslo y empujó mi mano con él para que lo acariciara, lo hice.

—Vaya, qué tío más listo tengo como amigo, te ha llevado a la cama a la primera de cambio. Normalmente, más bien, nunca, jamás lo dejo subir a mi cama, soy un poco maniático, pero no pasa nada.

—Ups, perdona —me disculpé ruborizada.

—Tranquila. Si todo sale bien tendrás al mensajero allí a las siete de la mañana, si a las siete y diez no ha llegado llámame, ¿vale? Coge lo que necesites de mi habitación o de mi baño. Por ahí tienes camisetas viejas si quieres ponerte alguna para dormir —miré hacia abajo, hacía rato que me había desnudado y le había cogido una camiseta Calvin Klein negra del cajón, vieja, vieja no parecía... ups.

—Eeeehh... vale, vale. Buenas noches.

—Buenas noches, Adriana. Un beso y suerte mañana. Cualquier problema me avisas —se despidió.

—Vale. Un beso.

Miré el desastre que había hecho en la habitación y me reí por lo bajini antes de abrazar a Bender y hacer una foto con mi móvil del panorama, la bolsa de patatas en medio de Bender y yo, lo suficiente para que apreciara su camiseta.

Se la mandé a Carlos *“Creo que no me vas a volver a dejar entrar a tu casa en la vida”*, escribí.

“Vaya, ya veo que has encontrado una camiseta para dormir... bueno, a ti te queda mucho mejor que a mí. No te preocupes, hoy tienes carta blanca, haz lo que quieras. Buenas noches”.

Sonreí y no tardé en quedarme dormida abrazada a Bender, al que no me apetecía nada echar de allí, total, ya había pasado toda la tarde conmigo en la cama, qué más daba un rato más.

A las siete de la mañana me desperté sobresaltada por un estruendo, por un momento me quedé perdida y no sabía dónde estaba, hasta que vi a Bender y sonreí. Me puse los vaqueros, bajé corriendo las escaleras y abrí la puerta. Me quedé un poco cortada al ver que un chico de unos veinte años me miraba con una sonrisa estúpida. No hacía falta pasar por un espejo para saber que estaba despeinada, con la cara hinchada y la marca de las sábanas grabada en mi cara.

Estuve a punto de darle con la puerta en las narices una vez me hubo entregado la caja y firmé el albarán. Subí apresuradamente a la habitación y Bender me seguía por toda la casa dando saltitos de emoción.

Abrí la caja y había una nota:

“Espero que sea de su agrado señorita Vidal. Seguro que tienes que darle un repaso con la plancha, la encontrarás en el vestidor de mi habitación. Suerte, guapa. Carlos”.

¿Cómo sabía mi apellido? Sonreí, era un fisgón, había estado curioseando

mi currículum, seguro.

Dentro de la caja había varios paquetes, en el primero de ellos encontré un vestido negro ejecutivo. ¡Vaya! No me había puesto nada parecido en la vida, ni lo había intentado. Escote barco, sin mangas, un cinturón fino de charol negro a la cintura y falda de tubo hasta la rodilla con una raja por detrás que quitaba el hipo. Era bonito, vale, quizás demasiado elegante para mí y seguro que me iba a quedar tremendamente ridículo con el pelo rosa fucsia, pero era precioso, eso sí.

Abrí otro de los paquetes y había unos taconazos de vértigo ¡rosas! Del mismo tono que mi pelo. Solté una carcajada. Carlos había pensado en todo. Por un momento me quedé paralizada. *¿Será gay? ¡Dios mío que no sea gay, que no sea gay por favoor!* En el siguiente paquete había un bolso del mismo tono que los zapatos. *¡Mierda! Es gay, solo un chico gay podría hacer una combinación así.* Suspiré y acaricié la cabeza a Bender.

—No te acerques a menos de diez metros de mi vestido, no quiero ir llena de pelos a la entrevista —le recriminé y suspiré mirando de nuevo la ropa—. Adiós a mi idea de formar una familia feliz con perro —le dije a Bender y me lamió la cara ignorando mi orden anterior.

Planché el vestido de forma meticulosa. Tras una ducha rápida me di cuenta de que Carlos no me había enviado ropa interior, siempre llevaba alguna pieza limpia en mi bolso, mi madre me había inculcado que siempre debía llevar las bragas de *“porsilasmoscas”*, las llamaba ella, y sinceramente, más de una vez me habían salvado la vida. Pero él no podía saberlo, así que me reí terminando de secarme antes de coger mi móvil para enviarle un WhatsApp.

“Buenos días. Muchas gracias, ya me ha llegado todo. Oye, una preguntita sin importancia y que no viene a cuento. ¿Eres gay?”

“Buenos días, jajaja, no, ¿por qué?”, tardó menos de medio minuto en responder.

“Nada, nada, yo que me lo preguntaba”. Respiré aliviada tras la información.

“Mándame una foto, venga, quiero ver lo que llevas puesto”. Seguía en línea y escribió muy deprisa. Solté una carcajada.

“La verdad es que estoy desnuda, completamente desnuda. Te escribía para decirte que se te olvidó la ropa interior”. Le contesté con descaro.

“Oh, vaya. Entonces no me mandes foto. Me daba un poco de corte comprarte ropa íntima”. Por un minuto me planteé la posibilidad de sacarme una foto envuelta en la toalla, tal y como estaba en aquel momento, pero deseché la idea de inmediato agitando la cabeza de forma enérgica intentando disipar el rubor que había teñido mis mejillas.

“Vale, ya me apañaré. No preguntes”.

“Vale, no pregunto, ve a vestirme que se te hace tarde”. Contestó y a los dos segundos dejó de estar en línea, así que no le escribí más.

No me hizo falta revolver demasiado para dar con un secador con el que adecentar un poco mi cabello. Me picaba la curiosidad de revisar sus muebles, oler sus perfumes, ver qué cremas usaba, pero me contuve, ya era tarde y no tenía tiempo para eso. El maquillaje quedó bastante bien, a pesar de llevar lo básico en el neceser de mi bolso. Me vestí y me subí a los andamios aquellos en forma de tacón. Nunca había llevado unos tan altos, me daba un miedo horroroso caerme y tenía que ir caminando hasta el despacho, no tenía dinero para coger un taxi.

Me hice una foto apuntando al espejo de cuerpo entero del vestidor de Carlos, envidiándolo por tener tremendo sueño femenino en su casa, y se la envié antes de quitarme los zapatos y ponerme mis deportivas. Los llevaría en la mano hasta una calle antes y escondería por allí las deportivas, con suerte nadie me las robaría y las encontraría de nuevo cuando saliera de la entrevista.

“¡Estas espectacular! ¿Te gusta?”. Escribió igual de rápido que hacía unos minutos.

“Bueno, no es mi estilo precisamente, pero es bonito y me gusta que los zapatos y el bolso sean del color de mi pelo, así no me siento tan ridícula”. Contesté un tanto insegura de mi aspecto.

“¿Ridícula? Para nada, estás genial. Ve y suerte”. Una vez más me hizo sonreír.

La gente me miraba raro por la calle: bien peinada y maquillada con un

vestido espectacular y unas deportivas de tela viejas y raídas, por no hablar del color de mi cabello. Caminé deprisa, la oficina no estaba lejos, llegaría en unos diez minutos. Me puse los tacones una calle antes y escondí las deportivas dentro de una bolsa, debajo de un coche cercano. Recé para que no se moviera de allí hasta que saliera de la entrevista.

Entré y pregunté a la chica que estaba en la recepción.

—Hola, quisiera ver a Isabel Medina. Tengo una entrevista —tartamudeé nerviosa, disimuladamente me sequé las palmas de mis manos en el vestido sin que se diera cuenta.

—¿Eres Adriana Vidal? —asentí—. Ven conmigo —Seguí a la chica hasta una sala de espera en la que estuve unos minutos y luego me hizo pasar a un despacho gigante —toma asiento, enseguida la atenderán.

Pocos minutos después accedió a la sala una mujer exuberante. Llevaba un vestido rojo muy elegante que se ajustaba a sus curvas de tal forma que por un momento pensé que podía ser hecho a medida y unos taconazos de vértigo del mismo color, además parecía recién salida de un centro de belleza, maquillada perfectamente con un bronceado que parecía natural y unos ojos negros y profundos que hipnotizarían a cualquiera, sus labios rojos denotaban una sensualidad y seguridad en sí misma que reafirmaba con cada uno de sus movimientos y su cabello negro, lucía sedoso y liso hasta casi la cintura. Caminó hacia mí y me tendió la mano. Yo solo esperaba que con el sudor de la caminata y las prisas no se me hubiera corrido el rímel o el eye liner, no se me había ocurrido comprobarlo en mi espejito antes de entrar. Empecé a temblar y me costaba tragar. Estaba nerviosa y me sentía incómoda con tal indumentaria, no creía necesario acudir así a una entrevista para trabajar de administrativa llevando facturas.

Hablamos durante un rato, parecía simpática, me miraba directamente a los ojos sin apartar la vista ni un instante y me obligué a hacer lo mismo, aunque me intimidaba. Respondí a todo intentando que no notara que estaba hecha un flan. En un momento de la entrevista su mirada comenzó a desviarse a mi cabello, y volvía a él de forma reiterada, así que me puse nerviosa, primero porque imaginaba que si había dejado de mirarme a los ojos es que ya no me prestaba atención, porque se aburriera, no le interesara mi perorata, o por lo que fuera... y segundo porque mi cabello me sumergía

en una mayor inseguridad, si cabía. Maldije el momento en que había hecho caso a Carlos, tendría que haber ido a casa, haberle suplicado perdón a Álvaro y pedido dinero para ir a teñirme el cabello. Al final me decidí a hablar.

—Disculpe, quería comentarle que si el color de mi pelo es un problema me lo cambiaré hoy mismo —me atreví a decir al fin.

—No creo que sea un problema, para mí no lo es al menos. En fin... ya hemos terminado. ¿Cuándo puedes empezar? —contestó cerrando la agenda que tenía frente a sí y recogiendo los papeles que había traído consigo.

—¿Empezar? ¿El puesto es mío? Pues, ¿ahora mismo? No tengo nada que hacer —reprimí las ganas de dar saltitos y gritos de felicidad.

Isabel sonrió abiertamente y noté que se esforzaba por no soltar una carcajada.

—Vale, qué te parece si comienzas mañana. Trabajarás para el señor Ferreira, él será el que te de las directrices de lo que tienes que hacer. Pasa ahora con Mónica a recursos humanos para el papeleo del contrato. ¿Te parece?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Genial!

Capítulo 4

—¡¡Me han cogido!! Mañana empiezo a trabajar —le dije, más bien le chillé a Carlos según me saludó tras la línea.

—¡Enhorabuena! Qué rápido todo —noté su sonrisa al otro lado.

—Trabajaré para un tal señor Ferreira —Carlos se atragantó y empezó a toser—. ¿Por qué toses? ¿Es simpático? Por favor, dime que no es un viejo verde y antipático.

—No, tranquila... es... no es antipático. Seguro que te va bien con el señor Ferreira —dijo al fin, sin encontrar exactamente un calificativo que lo definiera.

—¡Genial! Bueno, ahora sí tengo que ir a casa a preparar ropa. Hablaré con Álvaro, seguro que cuando le cuente que empiezo a trabajar se le pasa el enfado. Ayer lo pillé buscándome como un loco en medio de la calle, cerca del mirador... —me arrepentí al instante de contárselo, porque acababa de dejar a mi novio a la altura del betún, aunque en realidad se lo mereciera no quería criticarlo y menos con Carlos.

—Si necesitas cualquier cosa me llamas. Tienes la llave de mi casa, eres libre para ir cuando quieras —se ofreció sin pronunciarse sobre Álvaro.

—Gracias. ¿Cuándo vuelves? —cambié de tema.

—Esta noche —de pronto me pareció que estaba agotado.

—¿Te veré mañana en la oficina, entonces? —pregunté ilusionada.

—Eso espero —noté de nuevo su sonrisa al otro lado y sonreí feliz yo también.

Volví a casa de Carlos y me cambié de ropa, pensaba pagarle el vestido y los zapatos, pero estaba segura de que todo ello costaba casi media nómina, así que decidí protegerlo con mi vida. Comí algo y remoloneé, me daba miedo volver a casa y enfrentarme a Álvaro. Miré mi móvil y tenía ciento dieciocho mensajes suyos en el WhatsApp. Seguro que no me decía nada bonito, así que ni lo abrí. Suspiré y decidí dejar allí el vestido y los zapatos, si me veía aparecer con eso en la mano no sabía qué podía pensar.

Entré por la puerta y me quedé pálida cuando miré alrededor. Había cosas rotas por todas partes: jarrones, cuadros estallados contra el suelo, cajones abiertos y revueltos. ¿Habrían entrado a robar? Corrí asustada hasta el dormitorio y toda mi ropa estaba tirada por el suelo, pisoteada, mi maquillaje, mis perfumes y cremas desparramados por todas partes. Álvaro roncaba en la cama, empecé a temblar y me senté en una silla a mirar todo aquel desastre. Tendría que lavar cualquier cosa que decidiera ponerme al día siguiente para mi primer día de trabajo, tendría que lavarlo todo y el maquillaje había quedado inservible, eso seguro. Vi mi chaqueta favorita rajada, me la había regalado él, y me llevé las manos a la boca, intentando evitar un gemido por el llanto que me sobrevénía. Un sabor a bilis me advertía que estaba a punto de vomitar.

—Pensé que no iba a volver a verte —dijo Álvaro incorporándose en la cama. Tenía muy mal aspecto y la voz rasgada y algo afónica.

—Estás loco. Álvaro, tienes un problema —lo susurré porque me daba terror lo que se podía desatar después de aquello.

—Sí, lo sé Adriana. ¿Dónde demonios estabas? —su tono era neutral.

—Me dijiste que me largara, que no querías verme y eso fue lo que hice Álvaro —intenté responderle sin vomitar allí mismo.

—No juegues conmigo porque me estás cabreando mucho —me cortó enojado.

—Me das miedo Álvaro —musité. No contestó, parecía estar haciendo un esfuerzo sobrehumano por controlar la ira, apretaba los puños y respiraba con dificultad. Sin remedio me temblaban las piernas y las manos—. Mañana empiezo a trabajar. Venía a contártelo con la intención de que te tranquilizaras un poco y arreglar las cosas, pero aquí no queda nada por arreglar —dije señalando lo que él había hecho con mis cosas.

—¿Vas a trabajar? ¿Dónde? —preguntó sorprendido.

—De administrativa en una asesoría —fui escueta.

—¿Y eso? ¿Cómo ha sido tan rápido? —desconfiado me miraba con los ojos rasgados.

—Me encontré de nuevo con el hombre del parque —pensaba ocultarle la

verdad, pero ahora ya ¿para qué? Después de la que había armado daba por terminada mi relación con él, no tenía que ocultarle nada porque tampoco había hecho nada malo—. Me pidió que le enviara el currículum y así lo hice. Esta mañana tuve la entrevista y me han cogido.

—¿Te has follado al viejo del parque para que te diera trabajo? — sorprendido o cabreado, no sabía bien cómo estaba, pero seguro de sus palabras, sin duda.

—No te voy a contestar a eso Álvaro, estás desvariando —cada vez que abría la boca me hacía más daño.

Álvaro se levantó de la cama y salió de la habitación dando un portazo. Tenía que recoger un montón de cosas, elegir y lavar la ropa. Puse lavadoras y secadoras y limpié todo el dormitorio mientras él roncaba en el sofá, diría queapestaba a alcohol, pero prefería no acercarme para comprobarlo. Me encogí de hombros decidida a que no me estropeará el entusiasmo. Para cuando terminé de planchar el cielo se había teñido de negro y estaba tan extenuada que tras una ducha rápida me acosté a dormir evitando encontrármelo, pues aún no se había ido a trabajar y andaba trasteando en la cocina, de vez en cuando lo sentía maldecir y dar golpes, así que me quedé allí quieta, pasé la llave a la puerta de mi dormitorio, importándome un pimiento que él pudiera oírlo y se enfadase aún más. Pronto se iría a trabajar.

Sin percatarme de la hora me quedé dormida y a las seis y media sonó el despertador, quería plancharme el pelo y maquillarme con esmero y tranquilidad. Ya había elegido la ropa la noche anterior. Me vestí con cuidado, ilusionada por mi primer día, una blusa blanca de tacto sedoso, un pantalón negro con raya diplomática y unos tacones bonitos pero no tan exagerados como el día anterior.

Cuando ya estaba lista me miré y me remiré en el espejo, la ropa me quedaba muy ajustada, aún no había logrado quitarme todo el peso que gané cuando me habían despedido y desde luego no había podido comprarme ropa elegante desde entonces, pero era lo que había y tampoco me quedaba mal del todo.

Me tomé un café, tarareaba contenta y nerviosa, tres años sin trabajar eran demasiados y tenía unas ganas inmensas de enfrentarme por fin a mi primer

día de trabajo. Respiré hondo un par de veces con una sonrisa cuando tomé todas mis cosas dispuesta a salir que se volatilizó en cuanto comprobé que la puerta de casa no se abría. Rebusqué en mi bolso las llaves pero no las encontraba, recordaba haberlas dejado dentro, así que volví a mirar. Ni rastro. En el salón, en medio del desastre que había armado Álvaro que me negaba a limpiar, levanté cada objeto, rodé el sofá y moví los cojines, miré incluso en el baño y la cocina, hasta dentro de la nevera, pero no estaban.

Empecé a desesperar. Respiré hondo, aún tenía tiempo de sobra para llegar al trabajo, así que intenté tranquilizarme para poder pensar con tranquilidad.

Intenté telefonar a Álvaro una y otra vez pero no contestaba, así que le envié un WhatsApp suplicando para que lo leyese pronto.

“¿Has visto mis llaves? No las veo, tengo que irme al trabajo, voy a llegar tarde y no puedo abrir la puerta”.

“¿Yo qué culpa tengo de que seas una irresponsable?”, me contestó.

—¡Ya empezamos! —exclamé impotente y enfadada. Busqué de nuevo su nombre en la agenda y pulsé la opción de llamar, seguía ignorándome.

“¿Qué has hecho? ¿Me has encerrado en casa y te has llevado mis llaves? Tengo que irme a trabajar Álvaro, esto no tiene gracia. Más te vale que vengas a abrirme ya porque no puedo llegar tarde el primer día”.

En línea, leído, escribiendo... respiré hondo y comencé a contar hasta diez para no perder los estribos.

“No vas a moverte de ahí, no voy a dejar que vayas a acostarte con ese, te quedas en casita para que se te bajen un poco los humos”.

Intenté llamarlo de nuevo, pero una señal me indicaba que la llamada había sido rechazada.

“Álvaro, esto no está bien. Tú no estás bien. ¡Ven a abrirme de una vez!”.

“Tengo que dejarte, yo sí tengo un trabajo de verdad, aún me queda un rato para salir”.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Lancé el móvil encima de la cama ¿y ahora qué? Lloré enfurecida. Cómo narices iba a salir de ahí sin montar un espectáculo. Un cerrajero tardaría demasiado, llamar a la policía no iba a

servir de nada. Pensé en llamar a Carlos, pero tampoco iba a poder ayudarme y lo único que conseguiría sería que se retrasara él también arriesgándome a que lo amonestaran por mi culpa. Entonces recordé que mi suegra tenía copia de la llave de casa. Con suerte todavía no habría salido para el trabajo y podría pasar a abrirme. Carraspeé para que no se notara el llanto en mi voz.

El móvil y ella no eran muy buenos amigos, así que recé y recé para que lo cogiera lo antes posible. Vamos, vamos... ¡cógelo! Al tercer intento contestó.

—¿Adriana? ¡Buenos días! ¿Ha pasado algo? —yo no solía llamarla más que para emergencias y menos aún a esas horas de la mañana.

—¡Ay! ¡Hola Marisol! ¡Gracias a Dios! Por favor, necesito tu ayuda. Hoy empiezo a trabajar, anoche Álvaro se llevó mi llave sin darse cuenta y estoy encerrada en casa, no puedo salir —dije atropelladamente.

—¡Mi niña! ¿Qué dices? Es que se me hace tarde, ¿no puede salir Álvaro antes? —me respondió agobiada. *¡No! ¡No! No me dejes tirada, por favor. Piensa, piensa algo rápido que sea convincente,* me dije.

—Marisol, por favor, ya lo he llamado, está muy angustiado, dice que no puede irse y dejar el almacén solo que pueden despedirlo. Es mi primer día, si llego tarde será el último, desde luego. Es muy tarde, por favor, me queda media hora para poder llegar a tiempo.

—Vale, vale. Ya salgo —respondió tras un suspiro.

¡Toma! ¡Sí, sí, sí! Menos mal que tenía una suegra que era una santa. Respiré hondo y me miré en el espejo de la entrada, mi maquillaje no se había destrozado tanto, podría retocarme un poco el *rimmel*, el pintalabios y listos.

Me giré y vi el desastre del salón ¡Ostras! No podía dejar que Marisol viera todo aquello, si conducía rápido estaría en casa en unos veinte minutos. Me quité la blusa blanca con cuidado para que no se ensuciara ni arrugara y la coloqué en una silla. Corrí hasta el salón con una bolsa de basura en la mano tirando todo aquello que estaba desparramado por ahí, sacudí los sofás y barrí el piso lo más rápido que había hecho en mi vida. Todos los trastos que seguían vivos los metí en los cajones que encontré por el camino. Se notaba que el suelo y los muebles estaban sucios pero ya nada podía hacer, me coloqué la blusa justo en el momento que sentí unas llaves en la puerta.

—¡Por fin! ¡Vámonos, vámonos! Voy a tener que correr hasta el despacho —dije empujándola fuera para que no pudiera ver el salón—, venga, venga, venga. Gracias Marisol, te debo la vida —la abracé y la llené de besos.

—Anda tonta, no me debes nada. ¡Pero qué guapa! Nada de correr, te llevo en mi coche, total, ya llego tardísimo, por unos minutos más no pasa nada, ya se me ocurrirá alguna excusa.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —seguí besándola.

—Estás guapísima, pero ¿qué te ha pasado en el maquillaje? —me escrutaba de arriba abajo en busca de alguna señal extraña que explicara el caos de aquella mañana.

—Eeeh... nada, nada. Los nervios pensando que no llegaba. Ahora me lo retoco en el coche.

A las nueve en punto entraba por la puerta de la oficina con una sonrisa, más guapa de lo que había estado en los tres últimos años y más ilusionada que nunca.

Capítulo 5

La oficina se encontraba en la avenida Virgen de Montserrat, una zona céntrica, rodeada de pisos y casas de alto nivel adquisitivo. Junto a la puerta del edificio había una rampa que llevaba a un pequeño parking descubierto, que a aquella hora solo había tres coches aparcados, no vi a Carlos ni a ninguna otra persona por allí.

El portal estaba abierto de par en par, así que tras respirar hondo un par de veces subí las escaleras hasta la primera planta donde se encontraba la asesoría. La agradable sonrisa de Mónica, que ya estaba agazapada en la recepción, me ayudó a relajarme un poco. Servicial se acercó y me saludó, instándome a sentarme en uno de los tres sillones de piel apostados a la derecha de la recepción a modo de coqueta y minúscula sala de espera. Observé a mi alrededor como si fuera la primera vez que lo veía, pues el día anterior estaba tan nerviosa por la entrevista que había pasado por alto la decoración. La combinación de tonos blancos y naranjas que había en la pared y los muebles, y la cantidad ingente de luz natural que entraba por los ventanales llenaban la oficina de alegría. La organización parecía milimétrica y se veía todo aquello tan limpio y tan nuevo que parecía que se estuviera estrenando en aquel momento. El puesto de Mónica consistía en una larga mesa blanca con un portátil, una centralita de teléfono y bandejas metálicas de color naranja en el que se podían distinguir etiquetas que no acertaba a leer desde donde estaba sentada. En una esquina de la mesa había una pequeña planta, no entendía demasiado de flores pero parecía una orquídea. No había ni un papel, ni un bolígrafo fuera de su sitio. Mónica, que se había ausentado un momento, se acercaba de nuevo a mí con un par de tazas de café, me tendió una y se sentó a mi lado. Acababa de tomarme uno en casa y estaba de los nervios, quizás no era lo más adecuado, pero no pensaba ser descortés. Agradecía el gesto por parte de mi nueva compañera.

Durante media hora, Mónica se dedicó a darme cháchara, era una chica menudita y algo entrada en carnes, con el pelo cobrizo con un corte moderno. Maquillada de una forma sutil tras unas delicadas gafas rosadas que daban un aspecto más maduro a su cara dulce e infantil. Llevaba un pantalón negro de vestir y una blusa blanca de manga tres cuartos con el logo de la empresa en

el lado derecho. Unas sandalias de tacón que mostraban una pedicura perfecta, a juego con su manicura francesa. Como única joya lucía una alianza en su mano derecha, así que estaba casada, me sorprendió porque no parecía mayor que yo y para mí eso del matrimonio estaba muy lejano, era como de persona muy adulta, muy mayor. Cuando a los tres minutos de conversación sacó su móvil y me enseñó la foto de un bebé regordete de unos siete meses, que lucía una cinta amarilla a juego con un precioso vestido, y me di cuenta de que era su hija mis ojos iban a salirse de las órbitas, sin embargo evité cualquier tipo de comentario al respecto.

El tiempo se me pasó rápido en buena compañía hasta que llegó Isabel, que estaba en una videoconferencia importante que se había alargado más de lo que debía.

—Hola Adriana. ¿Preparada? —Isabel apareció con una sonrisa y me instó a seguirla.

—Buenos días, Isabel —dije poniéndome en pie—. Sí y con muchas ganas.

Una vez a solas en su despacho me explicó cuáles serían mis tareas, recalcándome nuevamente que estaría bajo las órdenes del señor Ferreira.

El primer contrato tenía una duración determinada de tres meses en el que la empresa valoraría cómo me desenvolvía no solo con mis labores en sí, sino también cómo respondía bajo situaciones de estrés cuando tuviera que trabajar bajo presión, lo cual tendrían ocasión de comprobar unos días más tarde cuando comenzara el periodo de liquidación de los trimestrales. Me importaba bastante poco el esfuerzo y las horas de más que tuviese que quedarme, empezar a trabajar después de tres años era lo suficiente motivador.

Una vez todos los puntos claros la seguí hasta el que sería mi área de trabajo. Era un despacho espacioso, con una mesa de reuniones al fondo de unos tres metros en color blanco como el resto del mobiliario. Había tres escritorios con ordenadores, cada cual tenía detrás un armario y una estantería con archivadores, igual de limpio, ordenado y luminoso que la recepción. Me encomendó mi primera tarea, organizar una tonelada de facturas, hasta que el señor Ferreira llegase, pues aún tardaría un poco.

Media hora más tarde, había hecho un despliegue en la mesa de reuniones, era el mejor sitio para poder separar las facturas por empresa y por meses. Tarareaba feliz, moviendo las caderas de un lado a otro mientras iba colocando cada impreso en su montañita correspondiente.

—Vaya, a mí no me divierte tanto hacer eso —di un respingo al escuchar una voz a mi espalda y cuando me giré vi a Carlos, que había abierto la puerta sigilosamente, al que sonreí ampliamente. Iba muy guapo, chinos, camisa a cuadros y jersey de pico todo en distintos tonos de azul que conjugaban a la perfección.

—No sabes lo feliz que soy en este momento, Carlos. ¡Y gracias a ti! ¡Gracias! ¡Gracias! —Pasó al despacho y soltó su maletín, las llaves y el móvil encima de uno de los escritorios—. ¡No me digas que trabajaremos en el mismo área! ¿Trabajas en este despacho?

Carlos sonrió y asintió.

—Sí, ahora me pondré a enseñarte a usar el programa para que proceses todas esas facturas cuando las hayas ordenado.

—¡Bien! —mis repentinos saltos de felicidad le hicieron soltar una carcajada.

—¿Quieres un café? —me ofreció.

—Acabo de tomarme uno que me sirvió Mónica, pero bueno, no te diré que no, así me espabilo del todo —no quería ni pensar en lo que iba a hacer la cafeína en mi organismo, estaba feliz y eufórica y en aquel momento me importaba bastante poco.

Carlos se acercó hasta una máquina monodosis en la cual, de forma mecánica, sirvió un par de tazas de café que acercó hasta donde estaba yo. El café en el trabajo sabía a gloria bendita.

—¿Qué tal con Álvaro? Espero que no tuvieras más problemas con él —preguntó preocupado.

—Tranquilo —hice un gesto con la mano para que se olvidara de Álvaro, no me apetecía nada pensar en él y en sus neuras en aquel momento—. Oye, te pagaré el vestido y los zapatos. Tuve que dejarlos en tu casa, no quería que me viera aparecer con eso para que no se enfadara. Ya pasaré a recogerlo.

—Es un regalo, no vas a pagármelo —me dijo sonriendo.

—¡Muchas gracias! Por todo —le di un abrazo y un beso en la mejilla—. Oye, voy a seguir trabajando ¿vale?, no quiero que llegue el señor Ferreira y se piense que estoy aquí de cháchara —Carlos se rio a carcajadas—. ¿Qué?

—Nada, nada. Sigue, yo tengo que responder unos correos urgentes y ahora me pongo contigo. ¿Te molesta la música?

—Para nada —sonreí.

La música sonaba suave desde su ordenador, aun así podía distinguir las letras de canciones que me sabía de memoria y tarareando y moviendo las caderas continué con el trabajo. Tras acabar esperé unos minutos a que Carlos me pudiera atender y explicar cuál era el siguiente paso.

El programa de gestión de la empresa parecía sencillo y bastante intuitivo, de igual forma tomé nota meticulosamente de todo lo que me explicaba para no tener que interrumpirlo con dudas a no ser que fuera estrictamente necesario. Sentados lado a lado frente a mi ordenador tuve que hacer un esfuerzo atroz para no desconcentrarme, lo cual suponía una ardua tarea ya que cualquier roce con su brazo o su pierna me producía una descarga eléctrica por todo el cuerpo, mi ropa interior hacía rato que estaba húmeda solo con notar su olor y cada vez que me sonreía me derretía en mi sitio. Era agradable tener trabajo después de tanto tiempo, pero sobre todo trabajar con él, con el protagonista de mis sueños más húmedos de los últimos meses, ¡era increíble!

Enfrascada y concentrada en facturar la documentación que tenía delante sin cometer errores no había escuchado a Isabel que había irrumpido en nuestro despacho, donde Carlos y yo trabajábamos en silencio, escuchando música, cada uno en su mesa. Me hablaba directamente y tuvo que llamar mi atención un par de veces para que al fin la escuchara.

Isabel me sonrió cuando levanté la cabeza.

—Es la hora del descanso, Adriana. Ya veo que Carlos pretende tenerte haciendo extras desde el primer día —bromeó—. Puedes irte a casa, sobre las cuatro debes estar de vuelta en la oficina —asentí y sonreí—, ¿vienes? —le preguntó esta vez a Carlos.

—No. Id vosotros.

Isabel asintió con una sonrisa y le guiñó un ojo.

—Vaya, la jefa liga contigo, ¿no? —bromeé una vez Isabel había cerrado la puerta del despacho. Carlos soltó una tremenda carcajada.

—Eres muy divertida, ¿lo sabías? ¿Dónde vas a comer? ¿Te vas a casa?

Me encogí de hombros, ir a casa no me apetecía nada de nada. ¿Cruzarme con Álvaro? Íbamos a tener una buena bronca después de lo de esa mañana y estaba demasiado feliz para pensar en ello en ese momento. Tampoco tenía dinero para comer fuera, quizás un par de euros en el bolso.

—A casa no me voy. Sacaré algo de la máquina y daré un paseo para despejarme, hace un día precioso —contesté al fin.

—Iba a pedir una pizza justo aquí al lado e ir hasta mi casa para sacar un poco a Bender, ¿me acompañas? —me ofreció.

Dudé un momento, no tenía dinero y me daba vergüenza que me invitara, así que rechacé la oferta.

—La verdad es que no tengo hambre, ¿no puedo quedarme trabajando? Le he cogido el tranquillo a esto.

—Anda, vamos —puso los ojos en blanco y se acercó para tirar de mí y lo siguiera sin poner más excusas—, yo te invito, pesada, no puedes quedarte aquí. Ahora viene el equipo de limpieza y te aseguro que cuando Dolores pase por aquí, no querrás estar.

Suspiré y lo seguí con una sonrisa, aferrada a su mano.

—Bueno, vale. Oye, ¿y el tal Ferreira? Pensé que lo conocería hoy.

—¿En serio, Adriana? —Soltó otra carcajada y se giró para mirarme a los ojos—. ¿Todavía no te has enterado de que yo soy Carlos Ferreira?

Me paré en seco y solté su mano.

—¿Eres mi jefe? —pregunté sorprendida.

—Eeeehh... un poco. Bueno, no. Soy tu compañero de trabajo, tu aliado, tu líder, si quieres verlo así.

—Ostras, eres mi jefe. Yo, yo... —palidecí recordando que cuando llegó

estaba cantando y bailando en el despacho, que me sirvió un café, que le di un abrazo y un beso y estuve dando ridículos saltitos de felicidad delante de sus narices— ¡Joder! Digo... jo, jolines... ¿por qué no me dijiste nada? No hubiera hecho el ridículo de esta forma.

—¿Para qué? A mí me gusta que actúes así, natural, como tú eres. Has trabajado muy bien hoy y me gusta, me has llenado el despacho de buen ambiente, de sonrisas y saltitos cursis... me encanta.

Abochornada y enrojecida agaché la cabeza y lo seguí, mientras pensaba que no era demasiado ético dejar que mi jefe me invitara a comer ¡en su casa! Donde había dormido la noche anterior y me había puesto un vestido ¡que él me regalo! Aaaayyy... por no hablar de los sueños húmedos en los que prefería no pensar en ese momento.

Capítulo 6

La jornada había llegado a su fin y el alivio que sentí al subir descalza los peldaños que separaban mi piso del portal, donde Carlos había insistido en acercarme, era indescriptible. Estaba más agotada y feliz que nunca, me dolía la cabeza de tanto memorizar tareas nuevas y de tantas cifras que comprobé, pero me acostumbraría y lo mejor es que lo haría cerca de él.

El tintineo de las llaves, que mi suegra me había prestado hasta que recuperase las mías, me hizo volver a la realidad: mi casa, mi vida, Álvaro... la sonrisa que había permanecido inalterable desde esa mañana se esfumó por arte de magia.

Fue un alivio comprobar que no había rastro de Álvaro en casa, no había caído en la cuenta de que no tendría por qué verlo durante la semana, pues nuestros horarios nos permitían perdernos de vista, era lo mejor, no quería encontrármelo y afrontar esa discusión que teníamos pendiente.

Exhausta me senté en el sofá con una taza de cacao caliente y un sándwich que devoré inmediatamente y me quedé dormida con mi libro electrónico encima del pecho antes de terminar la segunda página. Me desperté temprano, casi de un brinco, mucho antes de que sonara el despertador con la clara intención de arreglarme e irme lo antes posible para no correr el riesgo de cruzarme con Álvaro.

En lo que me vestía me planteé cuánto necesitaba salir a correr cada día, tendría que organizar mi horario para establecer otra rutina deportiva, no me gustaba hacerlo cuando anochece porque estaba todo atestado de gente y me daba vergüenza que me vieran. Prefería al alba, donde solo me encontraba con los más madrugadores, como Carlos.

Fui dando un paseo hasta el parque y por el camino paré en una pastelería, tenía suficiente dinero en la cartera para comprar unos bollos de azúcar. De lejos vi como Bender y él jugueteaban con una pelota de tenis, a Carlos se le veía en actitud relajada, ya no comprobaba la hora en ningún momento, ni miraba el móvil insistente como hacía las últimas veces que me lo había encontrado cuando corría. Me acerqué intentando no pisar la tierra para no ensuciar mis tacones y caminé despacio para no trastabillar con cualquier

piedra del camino. Al verme sonrió.

—Vaya, tu atuendo de hoy no parece muy cómodo para hacer running, ¿no? —me escrutó haciendo que me ruborizara.

—No me da tiempo de salir a correr por la mañana, ya me organizaré para hacerlo a otra hora. Te he traído un dulce —le respondí levantando la bolsa.

—Oh, gracias —dijo cogiéndola, al abrirla sonrió y comprobó la hora—. Todavía queda un rato para entrar a trabajar. ¿Vamos a casa y nos tomamos un café?

—Pueees... lo que usted ordene señor Ferreira.

—Así me gusta —sonrió—, las chicas buenas y obedientes —lo seguí con una sonrisa. Caminaba más despacio que él con la excusa de los tacones aprovechando para disfrutar de las increíbles vistas de su trasero.

Cuando llevábamos unos minutos caminando Carlos se giró y me pilló recreándome en su culo, creo que me saltaban chiribitas por los ojos y que sería fácil percibir la humedad que invadía en ese momento mi ropa íntima. Me ruboricé y tropecé al quedarse enganchado el tacón en una de las rendijas de la acera. A punto de comerme el suelo me agarró a tiempo.

—Joder —susurré.

—¿Me estaba mirando el culo señorita Vidal? —su gesto serio me descolocó.

—Yo, yo... ¡No! No, no, no... que va. ¿Cómo iba a hacer eso? —la diferencia entre mi cara y un tomate era... ninguna, básicamente.

Carlos miró a Bender.

—¿Tú qué crees? ¿Me estaba mirando el culo? —Bender ladró como respuesta, jodido chucho, parecía que sabía que le estaba hablando a él—. Bender cree que sí. Que no vuelva a pasar.

—Eeehhh, claro, claro... perdona —no podía averiguar si estaba de broma o no, pero en mi mente retumbaba la palabra jefe una y otra vez haciéndome temblar.

Carlos soltó una carcajada y tiró de la correa de Bender para que siguiera caminando.

—Me encantas, eres muy divertida, ¿lo sabías?

—Eso ya me lo dijiste ayer —refunfuñé por lo bajini molesta porque me había tomado el pelo.

Bender se quedó correteando en el jardín mientras nosotros pasábamos dentro de su casa.

Lo seguí hasta su cocina, los tacones retumbaban en el parqué. Carlos se giró hacia mí y me sonrió, esta vez no miraba su culo, nunca más. Nunca más me pillaría, quería decir.

Moviéndose con agilidad mientras tarareaba algo que no reconocí, comenzó a preparar el café, lo esperé sentada en un taburete alto de la barra americana de su cocina, con las manos en el regazo y las piernas cruzadas como una niña buena.

Esa mañana llevaba un pantalón de pinzas negro y camisa de botones gris claro, iba más formal de lo que era habitual y cuando vi que cogía una corbata que tenía colocada junto a una americana en una silla del comedor y comenzaba a ponérsela me tembló el pulso y se me fue la cabeza. Me quedé clavada observando sus movimientos, él se la ponía, pero yo solo imaginaba acercarme a él y quitársela poco a poco, desabrochar su camisa, colar mis manos por dentro y abrazarlo, sentir su piel, acariciar su espalda, su pecho y besarle, besarle sin parar. Me di cuenta de que me estaba mordiendo el labio con fuerza al escuchar la voz de Carlos.

—Adriana, ¡Adriana! ¿Dónde estás, chica? —Preguntó riendo—, te has quedado absorta.

—Estoy aquí —respondí sonriendo—, si yo te contara —susurré por lo bajini.

Carlos colocó delante de mí una taza de café con leche, nata y canela por encima y el suyo era una copia exacta.

—¡Hala! Esto sí que es un café en condiciones, ¡qué pinta! —Celebré golosa metiendo un dedo en la nata y chupándolo —Gracias.

Carlos me observaba con una sonrisa, siempre sonreía cuando me miraba. ¿Se reiría de mí? Lo escruté rasgando los ojos.

—¿Y si tú me contaras...? —preguntó. ¡Ostras! Me había escuchado.

—Eeeeh... nada, nada. Come, come, que se nos hace tarde.

Carlos no me quitaba el ojo de encima y me estaba poniendo nerviosa. En silencio tomó un poco de la mezcla de su taza con la cuchara saboreándolo y mi cabeza volvió a perderse. ¡Qué ganas de probar el café de sus labios! Esa boca, esos dientes perfectos. Acercarme a él, besarlo, morderlo suavemente.

—¿Qué te pasa hoy? —me preguntó carcajeándose de nuevo.

—Nada, serán las hormonas —se me escapó—, eeeh, eeeh... digooooo... nada, nada.

—¿Qué tal con Álvaro? —preguntó y me atraganté con el café. ¿Por qué me tenía que nombrar a Álvaro en aquel momento? Se me bajó toda la lívido de repente—. Veo que no es un buen tema.

Miré la hora en mi reloj.

—No es un buen tema cuando apenas quedan quince minutos para que nos terminemos de comer todo esto y lleguemos al trabajo. Nos van a despedir. Al menos a mí, así que date prisa.

—No te enteras de nada, Adriana —dijo riendo. Este hombre me tomaba por el pito del sereno. Iba a protestar pero me interrumpió antes de comenzar—. ¿Te puedo pedir un favor? —asentí—. Verás, hoy vienen unos clientes importantes y tienes que acompañarme a una reunión, se me olvidó avisarte ayer, estás muy guapa —me miró de arriba a abajo—, pero te necesito más formal. ¿Podrías ponerte el vestido negro?

Me ruboricé, y de pronto imaginé que venía hacia mí y me quitaba mi blusa gris de cuello alto y hombros al aire, desabrochando lentamente la cremallera que se escondía en un costado y que luego bajaba sus manos hasta el botón de mis pantalones negros. Agité la cabeza.

—Claro, claro. Perdona.

Se acercó hasta mí y me quitó la media coleta que sujetaba mi cabello.

—Mejor. Mucho mejor así —empecé a temblar, no se alejaba de mí y me quedé embobada mirando sus labios—. ¡Despierta Adriana! Ve a vestirte que llegamos tarde.

—¡Ostras! —Dije pegando un brinco—, ¡qué susto! Voy.

Subí rápido los escalones de dos en dos, corrí el pasillo de paredes inmaculadas y grandes espejos, sacudiendo la cabeza para que no se me fuera de nuevo a pensar en prácticas utilidades para ellos y me metí en su dormitorio. La cama estaba deshecha, unas sábanas negras y un edredón en tonos púrpura revueltos. Me daban ganas de tirarme allí y abrazarme a su almohada, pero me reprimí, ya era tarde. Me cambié lo más rápido que pude observándome en el espejo, intenté no pararme a mirar mis mejillas ruborizadas y mis pezones endurecidos, a veces pensaba que Carlos me leía la mente, pero tristemente yo era un libro abierto, no era nada complicado averiguar mis emociones y pensamientos con esa imagen que veía delante de mí. Por supuesto, me coloqué también los zapatos y agarré el bolso, ya cambiaría por el camino el contenido del mío a este.

Antes de bajar las escaleras volví a mirarme en uno de los espejos del pasillo. Mi cabello fucsia y negro brillaba, mis ojos brillaban, mi sonrisa brillaba... *¿ilusión? Navidad, pon tus sueños a volarrrrr....* Canté bajito a mi reflejo levantando los brazos y girando. Menuda bobería tenía hoy, tuve que carcajearme y auto-reprenderme antes de bajar las escaleras.

—¡Estás deslumbrante! Tenemos que buscar un uniforme para ti. Normalmente estamos en contacto continuo con los clientes. Buscaremos algo con lo que te sientas cómoda y grabaremos el logo de la empresa, ¿vale? Me urge que así sea porque tendrás muchas reuniones conmigo la próxima semana.

Asentí. Ya me había dado cuenta de que casi todos los empleados llevaban ropa muy elegante con el logo grabado. Solo esperaba que no me pidiera que fuera todos los días a trabajar con un vestido y unos tacones como esos, porque preciosa estaba un rato, pero era incomodísimo para pasarme tantas horas en la oficina.

Cada vez que me levantaba de mi silla Carlos me seguía con la mirada, me daba cuenta de que le costaba quitarme los ojos de encima. Así que sonreí, pisé fuerte y movía las caderas a posta. Bailaba, cantaba mientras cogía carpetas, ordenaba archivos o iba simplemente a por agua. Hasta que a mitad de mañana sonó mi móvil, que me había olvidado de apagar.

—Perdona, se me olvidó desconectarlo. Es Álvaro —me apuré mientras intentaba silenciarlo.

—Contesta, no pasa nada —me dijo quitándole importancia con un gesto de la mano, sin apartar si quiera la vista de su pantalla.

—¿Seguro? —pregunté y me confirmó asintiendo.

—Hola —contesté en un susurro.

—¿Dónde coño te has metido? Llevo dos días sin verte el pelo, ¿qué narices pasa? —como siempre Álvaro era todo cariño y ternura.

—Álvaro, cielo, no hemos coincidido en casa porque salgo de trabajar a las ocho de la tarde.

—¿Por qué no has venido a comer? —sabía que estaba intentando contener la rabia por el tono en el que me hablaba.

—Ahora no puedo hablar, simplemente no quería discutir —intenté no levantar el tono y hablar con suavidad, no quería montar un espectáculo delante de mi jefe.

—Pues por tu bien espero que hoy vengas a comer. Te esperaré despierto —me amenazó.

—Vale —no tenía intención de discutirle por teléfono que no era nadie para darme órdenes.

No me apetecía verlo, pero estaba claro que la situación no podía seguir así, teníamos que hablar. Lo nuestro estaba muerto, ya no había forma de revivirlo, pero necesitaba un tiempo antes de irme de casa, al menos uno o dos meses hasta que consiguiera un alquiler asequible y lograra reunir la fianza. Podríamos convivir puesto que apenas coincidiríamos y me las ingeniaría para no estar allí los fines de semana. Intenté pensar en positivo que todo se iba a aclarar con él y que dejaría de insultarme y tratarme como una mierda.

Capítulo 7

Después de la llamada de Álvaro se me habían quitado las ganas de sonreír o bailar, tontear con Carlos no me apetecía nada. Él levantaba la cabeza de vez en cuando y me miraba con el semblante serio o preocupado, no sabría definirlo con exactitud.

La mañana pasó deprisa, fuimos a la sala de juntas donde recibimos a los clientes que me había dicho en su casa, la reunión se alargó algunas horas hasta firmar el trato, así que oficialmente ya tenía el primer cliente al que yo llevaría buena parte de la facturación y contabilidad de su empresa. Atendí a cada palabra, estaba ilusionada, pero tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para que no se me fuera la cabeza a repasar mil veces la conversación que tendría con Álvaro al llegar a casa.

—Son las dos, ¿vienes conmigo? —me preguntó.

—No puedo —murmuré.

—Pues te llevo a casa —era una afirmación no una pregunta así que no contesté. Mientras lo veía ordenar unos documentos que tenía regados por la mesa Malú cantaba *Desaparecer* en su equipo y me quedé clavada en mi sitio, temblando, al ser consciente de que había llegado la hora de hacerle frente a Álvaro.

*“Ni pienso, ni busco, ni quiero volver
No quiero ni verte, ni hablar, ni saber
Yo quiero irme lejos, tanto como pueda
Quiero que me veas desaparecer...”*

No encontraba unas palabras más adecuadas para definir cómo me sentía en aquel momento.

Fuimos en silencio todo el trayecto, estaba nerviosa, había llegado un punto en el que le tenía miedo a Álvaro, pero no quería decirle nada a Carlos sobre todo porque no quería admitir que la situación se me estaba escapando de las manos mientras Álvaro se volvía más bruto.

Subí despacio los escalones hasta llegar a mi piso y al abrir la puerta lo vi

sentado en el sofá, con un par de botellas de vino vacías en la mesa frente a él. Tenía un aspecto tan deplorable que por primera vez en la vida me dio asco.

—¡Joder! ¿y esa ropa de putita estrecha? —me preguntó y resoplé antes de contestar.

—¿Por qué me hablas así? ¿Qué te pasa?

La botella que tenía en la mano cayó al suelo armando un gran estruendo, en lugar de romperse simplemente rodó por el salón vertiendo su contenido por todos lados.

—Estoy harto de ti —me dijo sin alterarse. Bueno, que no me levantara la voz ya era un paso.

—Me iré pronto, te lo prometo —contesté triste—, déjame que busque algún sitio donde vivir.

La mesa de centro del salón se volcó de una patada suya haciéndome dar un buen respingo.

—¡Estoy harto! —Repitió esta vez con un grito. Se levantó y acercándose a mí me agarró con firmeza del brazo arrastrándome hasta el dormitorio—, saca todas tus mierdas de mi habitación —me ordenó.

—Ahora no puedo Álvaro, en hora y media tengo que volver al trabajo, esta noche lo haré —intenté no perder los nervios, no serviría de nada discutir en ese momento en el que él estaba demasiado bebido siquiera para recordar la conversación al día siguiente—. Acuéstate, estás cansado y has bebido. Tienes que dormir antes de irte a trabajar.

—¡Cállate de una vez!

De un movimiento me aprisionó contra la pared, sin inmutarse si quiera, ni moverse un solo milímetro aunque le empujaba para que se apartara. Subió la falda del vestido y arrancó mis bragas.

—¡Álvaro! ¡Tranquilízate! No hagas eso por favor —susurré. Álvaro nunca me había hecho ningún tipo de daño físico, ignoraba qué pasaba por su cabeza para actuar así, pero debía ser realmente grave. Temblé y temblé aunque intentaba con todas mis fuerzas mantener la calma. De pronto se

apartó de mí quedándose paralizado.

—Mierda, Adriana. Perdóname. —aún temblaba cuando se apartó y me sujeté a la pared para no caerme—. Se me ha ido de las manos. Perdóname, de verdad, he bebido mucho, estaba preocupado, cabreado, hace días que no sé nada de ti.

Asentí temblando.

—No me vuelvas a tratar así en la vida, por favor. Por favor, te lo pido. No tengo a dónde ir, dame tiempo y tranquilízate.

Si no fuera porque me daba un pánico horroroso que se arrepintiera y volviera a acabar lo que había empezado me hubiera derrumbado allí mismo después de que se fuera al cuarto de baño. Sin embargo salí por piernas del edificio en cuanto tuve el suficiente pulso para colocarme unas braguitas. Tenía tantas ganas de alejarme de Álvaro, que los tacones no supusieron ningún inconveniente para llegar a la oficina.

Un silencio sepulcral se instaló en el despacho durante toda la tarde, roto únicamente por un tecleo constante. No levanté la cabeza de mi equipo a sabiendas de que Carlos me observaba continuamente. Agradecía que no me preguntase porque no me apetecía nada hablar de lo que había pasado en casa, aún trataba de asimilarlo.

Instintivamente temblé cuando escuché mi móvil sonar y el nombre de Álvaro aparecía en la pantalla, de nuevo había olvidado ponerlo en silencio. Fue la primera vez que miré a Carlos en toda la tarde, asintió sin decir nada y aunque no me parecía bien atender llamadas personales en horario de trabajo contesté.

—Estoy en el trabajo, no puedo hablar —contesté seca y cortante.

—Nena, nena no me cuelgues por favor —Álvaro estaba llorando y me quedé petrificada, no entendía nada de nada esos cambios radicales de actitud—. Por favor, Adriana, quiero pedirte disculpas por lo de esta tarde, no sé lo que me ha pasado. Nunca había estado tan celoso. Lo siento, lo siento, lo siento.

—Vale. Pero tenemos que hablar, ¿de acuerdo?

—Sí, claro. Mañana es sábado, ¿tienes que trabajar? —me preguntó más

tranquilo.

—No. Solo de lunes a viernes.

—Vale. Tomémonos el día para ti y para mí solos, ¿te apetece? Te llevaré a comer a algún sitio bonito y hablaremos de todo esto —propuso.

—Bueno... vale. Pero ahora tengo que colgar.

Intenté sonreír pero no me salía así que corté la llamada hundiendo la cabeza en mi pantalla y así evitar darle a Carlos la oportunidad para preguntar.

La noche se desplomó en mis hombros con todo el peso del cansancio y los nervios que había pasado las últimas horas. Tras pasar por la ducha me puse el pijama, caí rendida en la cama y no me desperté hasta que sentí unos brazos alrededor de la cintura y un beso en el cuello, instintivamente todo mi cuerpo se tensó, hacía meses que Álvaro no se mostraba cariñoso, pero en ese instante no era lo que más me apeteecía, desde luego.

—Buenos días, cariño. ¿Has descansado?

—Sí —respondí, volvió a besarme el cuello y su mano atravesó la camiseta de mi pijama para acariciarme la barriga. Le agarré la mano con suavidad—, ¿no te acuestas un rato?

—Llegué temprano, he dormido como cuatro horas y lo único que me apetece es pasar el día contigo —siguió besándome—. Mi vida, mi amor. Te quiero, te quiero... perdóname. Por favor, perdóname.

Me giré en la cama y me esforcé por sonreír.

—Lo de estos días ha sido muy duro, pero lo de ayer fue muy salvaje, cruel y ruin. Me asustaste.

—Lo sé, lo sé —me acarició la cara y me besó en los labios—, yo también me asusté. Me sentó mal la bebida porque no había probado bocado. Estaba hecho una furia, llevaba días sin verte.

—No puedes tratarme así, no puedes insultarme a todas horas y pretender que quiera pasar tiempo contigo, no puedes tratarme con desprecio y pretender que quiera hacerte el amor. Solo debes mirar atrás y pensar cómo me has hablado los últimos meses, por no decir años.

—Lo sé, estoy agobiado. Mi trabajo es frustrante, no soporto más trabajar en el turno de noche, me estoy desquiciando. Por el día no descanso bien, estoy siempre de mal humor, la cafeína vuela durante las horas de trabajo porque los ojos se me cierran solos y cuando llego a casa me cuesta conciliar el sueño. Estoy preocupado por las facturas, no damos abasto solo con mi nómina.

—Yo no tengo la culpa de que la empresa de tu tío cerrara. He buscado trabajo, mucho tiempo, no he parado de hacerlo y cuando por fin lo encuentro me montas una escenita que aún no entiendo. ¿Por qué? ¿Por qué me encerraste en casa? ¿Por qué ayer me trataste como una fulana? No lo entiendo Álvaro.

—Te alejas de mí, quiero alcanzarte pero no llego a tocarte, te me vas y no puedo retenerte. Estoy celoso, angustiado. Quiero recuperarte.

—Pues tú, tan bien como yo, sabes que esa no es la forma, ¿verdad?

Álvaro asintió mientras me acariciaba el cabello y por fin me relajé, me dije a mí misma que debía tener paciencia, no podía tirar una relación de tantos años por la borda. Tiempo al tiempo y quizás así volvería a quererlo, me esforzaría por mirarlo y que me dieran ganas de besarle, por desear estar con él en lugar de esa sensación de repulsa y de estómago revuelto que tenía en aquel momento en que él me estaba tocando y solo deseaba darle una fuerte patada en sus partes nobles y largarme de allí. Tuvimos algo muy bonito y eso no podía esfumarse de la noche a la mañana, me dije, aunque en el fondo sabía que no era algo espontáneo. Con el paso de los meses habíamos desandado lo andado y había llegado un momento en el que yo me había perdido en aquella relación. Intentaría buscar el camino de vuelta para quererlo como siempre y no tener que enfrentarme a una ruptura que nos haría daño a ambos. Había algo en los ojos de Álvaro que me hacía creer que tras esa máscara de capullo integral estaba aquel chico del que me enamoré, quizás yo no había hecho nada en los últimos meses por escucharle, por hacerle sentir mejor, por dejar que se desahogara como lo había hecho ahora. ¿Sería mi culpa? Yo también estaba frustrada, no me gustaba vivir a su costa y no hacer nada en todo el día. Ambos lo estábamos pasando mal y mirábamos solo nuestro ombligo. Fue lo que pensé antes de dejar que me besara y me abrazara. Lo intentaría, una vez más, por los siete años que

llevábamos juntos, por no hacerle daño.

Capítulo 8

Llamé a la puerta de su despacho y me dio paso, cargada de carpetas con la documentación que por fin había terminado, me costaba girar el pomo.

—Aquí está lo que me había solicitado, señor Ferreira —dije con una sonrisa. Me gustaba su traje oscuro, me gustaba verlo con corbata. Esa mañana lucía espectacular, muy bien peinado y afeitado, seguro que tocaba reunión con algún cliente importante.

—Pase, señorita Vidal —me respondió con el semblante serio—. Creí haberle dicho que necesitaba que estuviera terminado a primera hora, hoy se cierra plazo y son casi las doce —¿Estaba enfadado? Parecía molesto, mi sonrisa se esfumó.

—Disculpa, no he podido acabarlo antes.

Caminé hasta el fondo del despacho hacia la mesa de reuniones, dónde pensaba poner todas las carpetas. Con mis kilométricos taconazos era incapaz de caminar sin contonear las caderas de forma exagerada. Sonreí sin que me viera al comprobar que se había quedado embobado mirando mi trasero, con la vertiginosa raja de mi falda negra era inevitable, lo entendía. Sonreí de nuevo con cierta malicia, desabrochando disimuladamente un botón de mi blusa blanca, dejando al descubierto el lacito negro de mi sostén antes de girarme. Me apoyé ligeramente en la mesa de reuniones antes de hablar.

—De verdad, señor Ferreira, lo siento mucho. ¿Puedo compensarle de alguna manera? —pregunté con mi cara más angelical.

Me escrutaba sin alterar un ápice su gesto ácido. No abrió la boca durante unos segundos que se me hicieron eternos, y seguía sin hacerlo cuando rebuscó algo dentro de un cajón de su escritorio que guardó en su bolsillo, pero desde donde estaba era complicado averiguar de qué se trataba. Sus ojos se clavaron en los míos mientras se acercaba lentamente, la verdad era que empezaba a alarmarme que no sonriera, que no me dijera que no me preocupase o algo por el estilo, que ni siquiera se fijase en mi pronunciado y descarado escote, un segundo, dos segundos... alivio. Por fin sus ojos se posaron en la piel desnuda que dejaba entrever mi ropa, instintivamente me relajé y sonreí de nuevo.

Agarrándome por las caderas y de un movimiento hizo que me girase quedando de espaldas a él. Sorprendida pude comprobar que se disponía a cubrirme los ojos con un pedazo de tela negra que no me dio tiempo a identificar. Lo dejé hacer, quería saber a dónde nos llevaba todo aquello. El sonido de sus pasos me indicaba que se alejaba de mí, ignoraba a dónde había ido hasta que escuché la cerradura de la puerta. De nuevo pasos cercanos hasta que en un momento determinado sus pies dejaron de hacer ruido y ya no podía distinguir sus movimientos. ¿Se ha descalzado?, me pregunté. Desesperada ya porque los minutos pasaban sin que ocurriese nada, sin saber qué iba a pasar, qué hacía, qué miraba, qué pensaba...

—¿Carlos? —pregunté al fin.

—Silencio —respondió en voz baja y tajante a mi espalda—, no hable a menos que le pregunte.

Cerré la boca obedeciéndole. Ató las manos a mi espalda y me giró nuevamente. De un solo movimiento coló una mano por debajo de mi falda y me quitó el tanga. Una de sus rodillas empujó mis piernas, instándome a abrirlas. Una sensación muy parecida a una descarga eléctrica atravesó mi columna vertebral cuando noté cómo deslizaba un dedo por encima de mis labios vaginales, sin llegar más allá, supongo que ya había comprobado lo que quería, estaba húmeda y lo sabía.

Al girarme de nuevo para quedar de espaldas me subió la falda hasta la altura de mi cintura, el tacto de su piel suave en mis nalgas hizo que el estómago se contrajera, me acarició con suavidad y con su mano derecha me dio un azote haciéndome dar un respingo por la sorpresa, desde luego no esperaba eso. Siguió acariciando y volvió a dar otro azote en el mismo sitio, esta vez un poco más fuerte. Lejos de enfadarme me mojé aún más. Una nueva caricia premió la zona dolorida y sentí como se agachaba y me mordía en ese mismo punto, algo fuerte, al mismo tiempo introdujo un dedo en mi sexo haciéndome gemir, un azote aún más fuerte me hizo callar.

—Silencio —me exigió.

Volvió a girarme y me abrió las piernas, mi clítoris completamente abultado y deseoso agradeció el contacto de sus dedos con movimientos circulares, suaves, lentos. No me quedó más remedio que morder mi labio

inferior lo suficiente fuerte como para no volver a gemir. Temblaba y mi cuerpo se contraía de forma involuntaria. Supuse que lo notó cuando alejó su mano y escuché el ruido de su cinturón contra el suelo al bajarse los pantalones.

—Arrodíllate —su orden me hizo tragar fuerte, obedecí deseosa, pues sabía lo que venía a continuación.

No tardé en notar que frente a mis labios se erguía su miembro duro y mojado que me apresuré a devorar con placer, con las manos atadas a la espalda no podía controlar la profundidad, tan solo succioné y chupé. Mientras él movía las caderas, entrando una y otra vez, su sexo se endurecía cada vez más.

—Levántate —me exigió entonces, pero le ignoré remoloneando. No quería parar, me excitaba estar ahí abajo y sentir el poder de mi boca en él—. Que te levantes he dicho, ¿no me has oído? —Le hice caso a regañadientes y otro azote cayó en mi culo que ya empezaba a escocer—. La próxima vez no me haga repetirlo dos veces, señorita Vidal.

Asentí mordiéndome el labio, prefería no decir nada. Me dolía el trasero y si me daba una nueva nalgada se iba a llevar un buen mordisco. Los botones de mi camisa se fueron separando uno a uno ante él y liberó mis pechos bajando mi sostén, las caricias no tardaron en llegar, pellizcándolos con docilidad. Perdí el control de mi cuerpo y el temblor de mis piernas me hizo tambalearme, debió notarlo entonces, pues me empujó con delicadeza para hacerme sentar en la mesa. Su lengua sobre la piel ardiente de mis pezones emprendió un camino hacia mi boca donde me devoraba poco a poco y sabía tan condenadamente bien que no pude evitar un nuevo gemido.

—Adriana —me susurró al oído—, nos van a oír, por favor, contente —Vaya, de pronto su lado exigente se había esfumado. El juego terminaba, de un tirón desabrochó mis manos y me aferré a él, que apoyando su miembro sobre mi sexo me penetró suavemente —. Sssscch —murmuró de nuevo—, por favor, no hagas que nos escuchen.

Sus labios se unieron a los míos acallando mis gemidos que se volvieron incontrolables, se movió con ritmo adentro y afuera. Colé una de mis manos entre su piel y la mía, en busca de mi clítoris con intención de acelerar el

proceso. Su sexo se volvió de piedra y supe que también estaba a punto de terminar. Me concentré en no gemir, mis músculos se tensaron y aceleré el ritmo hasta que el clímax nos alcanzó haciéndonos convulsionar al mismo tiempo.

Me destapó los ojos entre abrazos y besos mimosos, entre sonrisas y caricias.

—Adriana... ¡Adriana! ¿Estás bien? —escuché—. Se te va a hacer tarde, ¿quieres apagar ya el despertador? Intento dormir.

Abrí los ojos y Álvaro me zarandeaba suavemente para que me despertase. *Dios mío de mi vida, del cielo y de la tierra, ¿pero eso qué ha sido?* Me notaba completamente mojada, mi sexo se contraía de forma involuntaria, sudaba a mares, con el corazón desbocado en mi pecho y me costaba recuperar el aliento.

—Perdona, no oí el despertador —reaccioné al fin apagándolo.

—¿Estás bien? ¿Tenías una pesadilla? —Me preguntó abriendo un ojo—, tienes mala cara.

—¿Eh? Sí, sí... una pesadilla... nada, solo un sueño. Me tengo que duchar.

Fui temblando hasta el cuarto de baño y el agua tibia sobre mi piel ardiendo me ayudó a calmar el ardor en mi entrepierna, que busqué con desesperación con el agua de la ducha a tope para que Álvaro no pudiera escuchar mis gemidos. Me corrí de nuevo, porque sabía que lo que había pasado entre sueños hacía tan solo unos minutos era exactamente eso. Me peiné y me vestí rápido para intentar alcanzar a Carlos en el parque con Bender. Hoy estrenaba uniforme, el sábado por la mañana me avisaron de la oficina para que pasara a recogerlo, a pesar de que Carlos me había dicho que podía elegirlo yo y había sido, sin duda, el protagonista indiscutible de mi “pesadilla”: falda negra ejecutiva de tubo hasta las rodillas con una raja en la parte trasera bastante más exagerada de lo que a mi parecer era lo adecuado. Blusa blanca de botones que por supuesto no se me ocurrió ponerme con un sostén negro debajo y bien abrochada casi hasta arriba y sobre ella una chaqueta negra. Me puse unos tacones no demasiado exagerados pues, al fin y al cabo, me esperaba una jornada de trabajo larga y dura, aquel día

empezábamos con los impuestos y ya me había advertido de que quizás tuviéramos que comer en el despacho.

Cuando Carlos me vio aparecer por el parque sonrió ampliamente.

—Estás espectacular —me dijo.

—Pensé que podía elegir mi propio uniforme, algo con lo que me sintiera cómoda —le reproché, llevaba la chaqueta colgada del brazo pues hacía mucho calor.

—¿No te gusta? —preguntó.

—Sí, claro que me gusta. Quizás no hubiera elegido la blusa blanca y seguramente hubiera preferido pantalón, antes que falda, pero es bonito.

—Pues yo no —dijo mirándome las piernas descaradamente.

—¡Oye! —Le di un golpe en el brazo—, ¿sabes que eso es denunciabile?

—Perdón, perdón —respondió riendo y levantando las manos en señal de disculpa—, solo pedí uno de prueba a ver si te gustaba, quería ver el contraste de tu cabello rebelde con un look tan formal.

—Estoy ridícula.

—Estás increíblemente guapa, pero si quieres lo devolvemos y buscas algo con lo que te sientas más cómoda.

—No, bah... me lo quedo —dije con una sonrisa y me desabroché un par de botones de mi blusa descaradamente delante de su cara, hasta que el lacito blanco de mi sujetador de encaje quedó al aire. Recordando mi sueño instintivamente mi ropa interior se humedeció—. Hace calor, ¿no?

Carlos rio desviando la mirada a mi escote y se acercó a mí haciéndome temblar entera de arriba a abajo y me abroché uno de los botones que acaba de soltar. Me quedé clavada en el sitio, me había rozado el pecho y se me había acelerado el pulso.

—Mejor así. Vamos, te invito a desayunar.

Me costó reemprender el camino tras él.

Empezaba a plantearme si Carlos sentía algún tipo de atracción sexual por mí o si, simplemente, le caía bien sin más. Había optado por hacer de ser

supremo y protector para mí: el abrazo en el parque el día de la llamada de Álvaro, ofrecerme su casa cuando habíamos discutido, encontrarme trabajo, invitarme a desayunar y almorzar a diario... por el momento me estaba planteando si tenía una actitud paternal o iba más allá porque la tensión sexual por mi parte era desorbitada.

Durante la jornada laboral intentaba concentrarme, a veces se me escapaba alguna mirada cuando estaba serio y concentrado, cuando me daba la espalda aprovechaba para observar su trasero, o cuando reía con alguien al teléfono me paraba a observar las arrugillas de sus ojos. Era divertido trabajar así, nunca deseaba que llegara la hora de volver a casa.

Tal y como me había anticipado la jornada se hizo dura, nuestras cabezas se hundieron en los ordenadores y tan solo se oía un suave hilo musical y el ruido de la cafetera de vez en cuando, teníamos mucho trabajo y no podíamos perder el tiempo.

—¿Te quedas a comer? —preguntó cuando habían dado las tres, mi estómago sonaba hacía rato, pero con la cantidad de trabajo pendiente no se me había ocurrido protestar. Había traído algo de dinero y pensaba hacer una visita a la máquina expendedora—. Sí, ¿quieres un sándwich? Voy a la máquina a sacar algo.

—No hace falta, las semanas que nos quedamos trabajando por los trimestrales Mónica encarga la comida para todos, corre a cargo de la empresa.

—Oh —sonreí—, vaya, qué considerados.

—Normalmente comemos todos juntos en la sala de reuniones, pero la verdad es que no me apetece mucho, seguro que nos entretenemos un montón y no hago más que pensar en toda la torre de facturas que tengo pendiente. ¿Te quedas conmigo?

—Por supuesto —le sonreí y descolgó el teléfono.

—Mónica, buenas tardes. ¿Podrías traer el almuerzo de Adriana y el mío, por favor? Gracias.

Seguimos trabajando hasta que apareció Mónica, que se dirigió con unas bolsas a la mesa de reuniones del despacho y lo colocó todo, se despidió

antes de marcharse deseándonos buena tarde.

—Solemos pedir algo ligero para poder seguir trabajando sin que nos caigamos redondos encima del teclado, espero que te guste.

Asentí tímida con una sonrisa, a mí todo me gustaba. Las ensaladas tenían una pinta deliciosa, comimos en silencio y ambos tomamos Cola light. Carlos no me quitaba los ojos de encima y a veces se le escapaba la mirada al escote, yo hacía como que no me daba cuenta, me gustaba que me observara.

Terminamos en seguida y preparé un par de cafés para ambos.

—¿Quieres algo de postre? —me preguntó Carlos en lo que yo, de espaldas a él, removía el contenido de las tazas.

—Si tú supieras —dije por lo bajini. Soltó una carcajada.

—¿Qué tengo que saber? —¡Ostras! Me había escuchado. Vaya, qué oído más fino.

—¿Qué? ¿Cómo? No sé de qué me hablas —respondí sin girarme completamente abochornada—. No quiero nada más, gracias.

—He traído algo dulce. ¿Te gusta el chocolate?

—Claro —contesté acercándome a él y tendiéndole su taza.

Fue hasta su mesa y sacó una pequeña caja de bombones de chocolate, tomamos unos pocos tras el café, yo solo podía pensar en saborear el chocolate de sus labios y me venía una y otra vez el sueño que había tenido la noche anterior, me ruborizaba y agachaba la cabeza.

—¿Qué te pasa hoy? —me preguntó después de un buen rato escrutándome. Supuse que dudaba en preguntármelo y por fin lo había soltado, pero qué iba a responderle, que estaba deseando dejar todas esas facturas por procesar y dedicarme a hacerle el amor una y otra vez. Me encogí de hombros, se acercó para coger un bombón, la caja estaba frente a mí, se me erizó el vello de los brazos y rápidamente supe que él lo había notado— ¿quieres? —me miraba a los ojos.

—¿Eh? No, no...

Temblé de nuevo, estaba haciendo un gran esfuerzo por contenerme y no hacer el ridículo más grande de mi vida. *Álvaro y yo seguimos juntos*, me dije

mentalmente, *aunque esta relación traumática que tenemos ahora dista horrores de lo que quiero en mi vida, no lo quiero, ya no...* me iba, me iba por los cerros de Úbeda. *Carlos es tu jefe*, me dije esta vez más firmemente, en todo ese tiempo él me escrutaba con su cara a menos de diez centímetros de la mía, miré sus labios. *¡Es tu jefe! ¡Y además es un viejo! Te pasa veinte años...* no funcionaba. *Es tu jefe, es tu jefe, es tu maldito jefe...* gritaba una especie de *Pepito grillo* dentro de mi cabeza.

Carlos rio sin moverse un ápice.

—Me encantas —dijo.

—¿Te estás riendo de mí? —le pregunté con una sonrisa.

Vi cómo se metía el último bombón en la boca y se manchaba los labios de chocolate. ¡Ay Dios! Hice un nuevo y desesperado esfuerzo por resistirme.

—Me encantaría saber lo que está pasando por tu cabeza en este momento —me dijo, se pasó de forma sutil la lengua por los labios para limpiarse el chocolate, un gesto completamente natural que me puso a mil.

—Pues... pues que tenemos mucho que hacer —dijo al fin. *Contrólate, contrólate, contrólate*, me repetí.

—Totalmente de acuerdo contigo, *pelirrosa*.

No se apartaba de mí, por el contrario se había acercado a unos cinco centímetros de mi boca y me sonreía. *¡Al carajo!*, pensé.

—¿Sabes qué? —Me lancé a decir—, que parece que sí que me está apeteciendo otro bombón —pero no me atreví a moverme.

—Pues me estoy comiendo el último.

—Eso parece. ¿Está rico? —no me decidía, era una locura.

—Dímelo tú.

Se acercó y posó sus labios en los míos, su lengua atravesó mi boca, sin duda, era el beso más delicioso que había recibido nunca y lo saboreé como si me fuera la vida en ello. Agarró mi coiletero y tiró de él sin dejar de besarme, y coló sus manos entre mi cabello.

Se separó y se quedó mirándome a los ojos.

—Tenemos que trabajar —me susurró—, pero tenía que hacerlo. Te pones tan irresistible cuando estás excitada.

—¡Eeh! Que yo... que... pero ¿qué dices?

Me sonrió y se acercó a besarme en los labios antes de incorporarse para dirigirse a su mesa. Me costó ponerme de pie para volver a mi sitio y trabajé el resto de la jornada con una sonrisa. A las ocho ninguno de los dos hizo amago de moverse y a eso de las diez de la noche entró Isabel a buscarnos.

—Venga, chicos, tenemos que irnos. Mañana espera otro día duro.

Miré a Carlos esperando que me diera el visto bueno, no quería irme, bueno, quería dejar de trabajar porque me dolía la cabeza y la espalda y ya no sabía qué estaba calculando, pero no quería separarme de él. Me venía a la cabeza mi sueño húmedo y quería hacerlo realidad sobre todas las cosas.

—Sí, ya vamos. Ve saliendo tú —le contestó él.

Recogimos en silencio. Carlos vino hacia mí y me dio un beso fugaz en los labios.

—Tengo que irme —asentí—. Estoy molido y mañana nos espera un día agotador. Te llevo a casa.

Fuimos en su coche en silencio mientras escuchábamos música, estaba tan cansada que me costaba mantener los ojos abiertos. Sin embargo, la idea de separarme de Carlos se me hacía insoportable por si todo aquello no era más que otro de mis sueños.

Cuando llegamos no sabía cómo despedirme, así que lo hizo él. Me pasó un mechón de cabello detrás de la oreja, en silencio y con expresión seria me miraba a los ojos hasta que por fin me besó, un beso tan caliente y tan profundo que de pronto se disipó todo rastro de sueño. Pensé incluso en pedirle a Carlos que subiera a casa, pero no estaba bien, recordé a Álvaro, aún salíamos juntos. Carlos pareció leerme la mente.

—No te pongas triste, ve con él.

—Carlos, entre Álvaro y yo ya no queda nada, solo miedo a seguir cada uno su camino, hablaré con él, romperé con él.

—Adriana, Adriana... —me interrumpió— no me des explicaciones. Haz

lo que tengas que hacer, pero no lo hagas por mí sino por ti. Soy... soy muy mayor para ti y tienes cosas que solucionar antes de pensar en nada con otra persona. Además, no estoy seguro de que esto sea una buena idea.

La certeza de sus palabras me golpeó atrayéndome de nuevo a nuestra realidad, al menos tenía el consuelo de haber satisfecho parte de una fantasía que llevaba hostigándome meses, solo que, al contrario de lo que pensé que sucedería, la realidad era mucho mejor de lo que había imaginado y me costaba no pensar en llegar a más, pero sabía que tenía razón y sabía, sobre todo, que tenía que solucionar mi situación actual. Nos despedimos y me bajé del coche con una sonrisa, porque sí, porque a pesar de todo me sentía feliz.

Cuando subía los escalones hasta mi piso oí unos gritos. Me quedé pálida al reconocer la voz de Álvaro, no debía estar en casa a esas horas, ni siquiera le había avisado que tardaría tanto en llegar.

Abrí despacio y pasé dentro.

—¿Álvaro? —pregunté en alto.

Vi un montón de botellas de cerveza vacías desparramadas por el suelo del salón y a él salir de la cocina con un sándwich.

—¿De dónde vienes vestida de putita? —me preguntó.

—Es mi uniforme Álvaro, te dije que esta semana tenía que hacer horas extras. ¿Por qué no estás en el trabajo?

—Hoy estoy enfermo. ¿Quién te ha puesto ese uniforme de zorra? ¿El viejo ese del parque? —por el momento su voz sonaba indiferente y eso me daba más miedo aún si cabía porque no sabía por dónde me iba a salir.

—¿Cuánto has bebido? —intenté contar las botellas que vi por ahí tiradas.

—Mucho... llevo horas esperándote, no has sido capaz de decirme que no pensabas venir en todo el día, llegas a la hora que te da la jodida gana, vestida así de a saber dónde.

—Vengo de la oficina —le interrumpí.

Álvaro se acercó a mí, apestaba a alcohol y sudor y di un paso hacia atrás repugnada. Me agarró del brazo y me aprisionó contra la pared.

—¿Quién te crees para mirarme con repugnancia? —me preguntó cerca de

mi cara, sin levantar la voz.

—Es que das asco, Álvaro.

Entonces pasó algo que nunca pensé que me pasaría a mí y mucho menos de manos de Álvaro, me cruzó la cara, me dio tal guantazo que se me saltaron las lágrimas del golpe. Me quedé allí clavada, decidí no decir nada más porque él estaba hecho una furia.

Se quedó parado y se apartó de mí.

—Per... perdona Adriana. Perdóname... te he visto besarte con ese tío y se me ha venido el mundo encima. ¿Por qué Adriana? Ahora estábamos bien, ¿por qué?

Pero no contesté, recapacité y me sentí mal porque en el fondo tenía razón, aún estábamos juntos, el fin de semana habíamos hecho las paces y según vi a Carlos no había parado de provocarlo ni un minuto hasta que conseguí lo que quería. Parecía que la que daba asco era yo.

Desde el sofá donde me había encaramado después de colocarme una vieja camiseta a modo de pijama, podía escuchar los sollozos de Álvaro ahogados en su almohada, estaba muy borracho, no era el momento para hablarlo. Dormí a ratos, a ratos temblaba sin entender qué había pasado, cómo podía Álvaro haber sobrepasado ese límite y cuánta culpa tenía yo, cuán egoísta había sido por pensar solo en mí desde un principio.

Cuando me despidieron, todo el tiempo que estuve fatal sin preguntarme cómo estaba él y ahora que no había sentido el mínimo remordimiento por lo de Carlos, y si no habíamos llegado más allá era simplemente porque no habíamos tenido ocasión. Desde luego lo que había hecho él no estaba bien, pero yo tampoco lo había hecho mejor y menos después del fin de semana que habíamos pasado.

Cuando me levanté Álvaro estaba en la cocina preparando café.

—Buenos días —le saludé.

—Hola —se giró para mirarme y se apoyó en la barra de la cocina cruzando los brazos en el pecho—, pensé que después de lo de anoche no volvería a verte en la vida.

—No sé qué esperas que te conteste.

—Yo... perdona... me quedé en casa con la excusa de que estaba enfermo, sabía que estarías todo el día trabajando pero no pensé que volverías tan tarde. Preparé la cena y tenía intención de pasar un rato agradable contigo, brindar, no sé... por pasar tiempo juntos. A las nueve menos cuarto abrí la primera botella de vino, y para cuando viniste ya había acabado con las reservas de alcohol.

—Lo siento por no haberte avisado, pero simplemente pensé que estabas en el trabajo. Álvaro, ¿tienes problemas con el alcohol?

—No, el único problema que tengo es contigo. Joder, Adriana, por un momento pensé que subirías a casa con ese tío. No entiendo nada de lo que haces.

Suspiré.

—Vale, se me ha ido de las manos, pero eso no te da derecho a ponerme la mano encima. Estoy muy enfadada, para mí esto ya no hay forma de recuperarlo, está roto y hundido. No me quedan ilusiones, no me queda nada que hacer contigo. No te quiero, Álvaro. No te quiero.

—Adriana, te estás pasando.

Me encogí de hombros y me fui temblando hasta la ducha, más por huir de él que otra cosa. ¿A dónde iba a ir? No podía irme de casa y no podía decirle nada a Carlos para que me echara una mano. No tenía amigos allí y pedirle ayuda a mi suegra no me parecía correcto. Si le contaba a Marisol lo sucedido la destrozaría.

Cuando volví a la cocina Álvaro me había servido el café y estaba preparándose el desayuno. Parecía otra persona distinta que la noche anterior, se había afeitado y duchado, llevaba una camiseta negra ajustada que era de mis favoritas, unos vaqueros rajados y andaba descalzo de aquí para allá. Intenté ser amable, de verdad que lo intenté con toda mi alma, porque aunque era cierto que en aquella relación no quedaba nada por recomponer y él no se había portado bien conmigo, tenía la sensación de que mi traición era casi mayor que la suya. Había sido muy egoísta, me sentía fatal por lo de Carlos, pero no podía evitar lo que sentía por él, lo había hecho mal, eso seguro.

Y en ese instante en que pensaba en Carlos, me sonó un WhatsApp suyo en el móvil:

“Estoy en el portal de tu casa, ¿bajas? Te invito a desayunar algo hipercalórico para aguantar la que nos espera en la oficina”.

Suspiré disimuladamente, intentando no sonreír y guardé el móvil en el bolso antes de hablar con Álvaro, que me escrutaba adivinando quién me había enviado un mensaje tan temprano.

—Álvaro, yo... no puedo hacer como si nada. Estoy enfadada y tengo que irme a trabajar. Me espera un día largo y duro, no tengo tiempo de pensar en todo esto ahora —dije intentando cortar aquella conversación que no era el momento de tener, quería irme apresuradamente de allí.

—Era él —afirmó más que preguntó, me puse nerviosa intentando pensar en alguna excusa convincente, pero no se me ocurría nada.

—Me tengo que ir Álvaro. Ya hablaremos, tienes razón en muchas cosas, pero supongo que la has perdido toda al perder las formas. Solo quiero irme al trabajo y hundir la cabeza en la lógica de los números, no quiero pensar en nada.

Álvaro se me quedó mirando y tras dejar en la encimera el paño de cocina con el que se secaba las manos hacía un minuto, se enfiló hasta la ventana. No quise darle mayor importancia a que mi jefe, con el que me había besado como si no hubiera un mañana la noche anterior, estuviera esperándome en el coche.

—Sí, ve, corre, que te está esperando —lo dijo con un tono tan frío y tan amenazante que intenté no mirarlo cuando le contesté, metiendo en mi bolso el móvil y las llaves de casa.

—Solo viene a buscarme porque hoy tenemos una reunión muy temprano y tenemos que estar allí antes. Sabe que no tengo dinero para coger un taxi —mentí descaradamente sin levantar la cabeza.

—A lo mejor te crees que soy idiota —refunfuñó. Vino hacia donde yo estaba y me agarró por el brazo y me zarandeó para que lo mirara a los ojos —. Por lo menos mientras vivas en mi casa espero que me respetes —agaché la cabeza de nuevo y me sacudió aún más fuerte—¡Mírame! Joder, mírame.

No voy a echarte a la calle, aunque no sé ni por qué, pero tampoco voy a dejar que te acuestes con ningún otro tío delante de mis narices mientras vivas aquí.

No contesté porque realmente tenía razón, pero no tenía intención de frenar nada que ocurriese con Carlos y supongo que Álvaro lo leía en mi cara, porque me sujetó contra la pared, mientras las yemas de sus dedos se enterraban en mis antebrazos, apretando con fuerza mientras respiraba con dificultad. Desde luego consiguió asustarme, las piernas me temblaban sin control.

—Te juro por Dios que si encima de puta, pongo la cama, te daré una paliza que no te va a reconocer ni tu padre. Llegados a este punto ya me da igual todo. Si quieres empezar una historia con ese tío, allá tú, eres libre de hacerlo, pero cuando no vivas en mi casa, cuando mi familia o mis amigos no puedan verte por ahí magreándote con él haciéndome quedar como un auténtico gilipollas.

—Tienes razón, Álvaro. Te entiendo.

Mi móvil empezó a sonar en el bolso, sabía que era Carlos y él también porque ejerció más fuerza aún con sus dedos.

—¡Lárgate de una puta vez!

Me exigió soltándome. Mientras bajaba en el ascensor intenté secar con un pañuelo de papel las lágrimas que se escapaban.

—Mierda, mierda, mierda... venga, no llores. Vete a trabajar y ya lo arreglarás todo —me animé. En el espejo del ascensor advertí las marcas enrojecidas de los dedos de Álvaro en mis brazos, así que me coloqué la chaqueta, evitando así que Carlos se diera cuenta y solo recé para que no permanecieran allí demasiado tiempo.

No me hizo falta levantar la cabeza para saber que Álvaro me estaba vigilando desde la ventana.

—¡Hola! Estaba a punto de marcharme ya, no contestabas... oh, mierda. ¿Estás bien? —me odié con todas mis fuerzas por no poder controlar el temblor y el llanto.

—No digas nada, por favor —le rogué. Hundí mi cara entre las manos y

lloré sin contenerme más.

Carlos condujo en silencio hasta su casa, aparcó sin decirme nada y caminamos hasta su puerta. Parecía bastante mosqueado.

—Te había preparado algo bonito para hoy, pero creo que no te va a apetecer nada.

—Estoy bien —sonreí lo cierto era que estar lejos de Álvaro ya era motivo para sentirme tranquila y relajada y estar con Carlos me hacía sentir protegida.

Entré en la cocina y Carlos tenía preparado un montón de pastelitos y bollos recién horneados, que supuse acababa de comprar en la panadería, no lo imaginaba yo pegándose horas delante del horno a las seis de la mañana para preparar algo así. Zumo de naranja en una jarra con copas de cristal y dos tazas vacías.

Sonreí y lo hice de verdad, había logrado sorprenderme.

—Gracias. Tú sí que sabes cómo quitarle las penas a una mujer. Me voy a poner gorda como una foca, pero feliz.

Hice un esfuerzo por bromear para romper una situación que se volvía incómoda por segundos. Carlos no reía, no sonreía, estaba serio, parecía enfadado, triste o las dos cosas al mismo tiempo, pero al menos se aguantó las ganas de preguntarme, por el momento. Y yo tenía tan pocas ganas de hablar de todo que disimulé.

—Dame un par de minutos —me pidió.

Lo vi encender el horno y trastear con la cafetera. Me preparó un capuchino, con nata, azúcar y canela y un minuto más tarde sacó del horno un par de sándwiches franceses que tenían una pinta espectacular.

—¡Menudo banquete! Qué buena pinta —y lo cierto era que no tenía un ápice de hambre, pues aún notaba las manos de Álvaro apretándome, pero por mi vida que haría el esfuerzo que hiciera falta para que desapareciera esa expresión del rostro de Carlos.

—Bueno, ya que seguramente tendremos que quedarnos de nuevo a comer en el despacho quería darte un buen chute de hidratos de carbono, cafeína y

azúcar para que rindieras bien.

—Ah... genial, por el bien de la comunidad entonces —sonreí levantando la copa de zumo a modo de brindis y le guiñé un ojo.

Mastiqué despacio intentando que la comida pasara a través del nudo de mi garganta. En aquellos momentos echaba en falta una amiga con la que desahogarme para poder seguir con mi vida como si nada, no obstante solo tenía a Carlos y encima me estaba dando cuenta de que la estaba liando, porque habíamos caído en la tentación de ir más allá y estaba en juego mi trabajo y la única persona que había demostrado por mí un poco de amistad en los últimos años. Había metido la pata hasta el fondo. Dejé con disimulo más de la mitad del sándwich en el plato porque era incapaz de contener las lágrimas y tragar al mismo tiempo. Bender me miraba con los ojos como platos y se relamía, me hizo soltar una carcajada, pellizqué el pan para darle un trocito.

—No se te ocurra hacer eso o estarás perdida, no te dejará comer tranquila nunca más, se pondrá a saltar a tu alrededor, a ladrar, a darte lengüetazos por todas partes hasta que sucumbas... te lo digo por experiencia.

Reí y me llevé el pedazo a la boca.

—Lo siento Bender, no me hace mucha ilusión ir al trabajo llena de tus pelos y tus babas por todas partes.

Carlos miró la hora.

—¡Ostras!

—Tranquilo, aún queda un rato, nos da tiempo de sobra incluso de pasear un poco a Bender si quieres.

Carlos colocó el sándwich en el plato y se sacudió las manos. Se limpió con una servilleta que había colocado en forma de flor, qué detalle, llevaba un rato preguntándome cómo diantres había hecho eso.

—Me enseñó un amigo que tiene un restaurante y le encantan estas pijadas —me dijo con una sonrisa como si me hubiera leído la mente—, perdí una apuesta tonta y tuve que aprender a doblar servilletas así, no está mal.

—Bueno, para ligar te vendrá de perlas.

Reímos.

—Mira, Adriana. Tenemos muchísimo trabajo en la oficina, necesito que estés al cien por cien.

—Lo estaré, te lo prometo —por primera vez temí que me despidiera, si me echaba estaría perdida de verdad—. Carlos, lo de estos días atrás, es que... bueno, me da vergüenza explicártelo... pero te prometo que estoy comprometida al cien por cien con el trabajo.

—Por favor, Adriana, dime qué ocurre, no estás bien. Confía en mí, desahógate, descarga toda esa porquería que estás guardando dentro para luego poder consolarte e irnos juntos a trabajar.

No me arrancaba a hablar, no sabía por dónde empezar y desde luego no quería que Carlos supiera lo que había pasado realmente en mi casa mientras él esperaba en el coche por mí. Cuando se percató de que no me apetecía en absoluto contárselo me abrazó y apoyé la cabeza en su pecho escuchando los latidos de su corazón durante un rato, eso me hacía sentir mejor.

—Deberíamos irnos al despacho, Carlos, van a despedirme si llego tarde.

—Nadie va a despedirte —dijo convencido.

—No quiero que te juegues tu puesto por mí, por favor, ni que me encubras.

Carlos se apartó de mí y me miró a los ojos.

—A ver Adriana, la asesoría en la que trabajas es mía, bueno, al menos al cincuenta por ciento, la otra mitad es de Isabel —explicó mirándome a los ojos.

—¿Cómo? ¿Es tuya? ¿Me mentiste? —pregunté alucinada y sintiéndome realmente una estúpida.

—¡No! No te mentí Adriana, te dije que me enviaras el currículum para mandarlo a la asesoría donde trabajaba. Isabel tuvo que realizar el proceso de revisar tu currículum y entrevistarte porque yo estaba fuera, si no lo hubiera hecho yo y la verdad es que pensaba que a estas alturas ya lo habías adivinado.

—Qué vergüenza —se me llenaron los ojos de lágrimas, porque estaba

sensible por todo y porque me sentía una idiota—. Estás loco, no me conoces de nada, me ofreces trabajo, me ofreces tu casa, me compras un vestido, me invitas a desayunar y comer prácticamente a diario... ¿por qué?

—Porque desde la primera vez que te vi cruzarte conmigo en el parque y vi cómo te sonrojabas al mirarme he tenido ganas de acercarme a ti, ahora no podríamos estar más cerca. No te hago ningún favor, trabajas bien, tú trabajas, yo te pago. Y además, quizás, por cómo se está terciando todo esto, deberías saber que Isabel es mi ex mujer.

—¿Quéééé? Ay Dios —susurré, limpiándome con el dorso de las manos las lágrimas que habían resbalado de mis ojos.

—Tranquila, nos divorciamos hace al menos cuatro... no, cuatro no, cinco años. Nos llevamos bien, somos buenos amigos, ella se ha vuelto a casar. Lo nuestro era una empresa familiar Medina-Bender-Ferreira, MBF. La custodia de Bender me la quedé yo.

Me quedé con la boca abierta de par en par. Vale, que incluyeran el nombre de Bender en las siglas de la empresa era bastante cómico, pero que me hubiera ocultado un montón de cosas que sin duda yo debía saber le quitaba toda la gracia. ¿O no tenía por qué habérmelo contado? Realmente no me conocía de nada, no tenía por qué confesarme toda su vida. Estaba confundida y no sabía si debía estar enfadada.

—Yo... no sé qué decir. No sé si me siento bien o humillada.

—No tienes que sentirte humillada, Adriana, por favor —me rogó.

—Vale —le respondí con media sonrisa.

—Además te voy a pedir otra locura.

—.... —¿Más?, me pregunté pero no lo dije en alto.

—Sé que no estás bien con Álvaro y juraría que te sientes atrapada en esa relación, sé que no tienes a donde ir así que quiero que te vengas a vivir aquí conmigo. Como amiga, no te asustes.

Me reí a carcajadas, Carlos estaba como una regadera, desde luego y al fin había logrado hacerme reír de verdad.

—Me parece que no Carlos, ya has hecho bastante de hermanita de la

caridad conmigo, no pienso mudarme a tu casa, no, no, no... No me mires así.

—No me gusta que me digan que no, es mi principal defecto —cruzó los brazos bajo el pecho y su ceño se frunció.

—No, no, lo siento pero no —dije tajante.

—¿Por qué no?

—Por un millón de razones, y porque, porque... porque ni siquiera me conoces.

—Te llamas Adriana Vidal, eres la adolescente más guapa con la que me he cruzado en la vida —solté una carcajada—, tienes una sonrisa preciosa que me alegra cada mañana. Eres una mujer responsable, trabajadora, tenaz, luchadora. Cuando te propones un objetivo vives por y para él, como levantarte a correr cada día, como hacer cada tarea de tu trabajo como si fuera la más importante del mundo, desde ordenar unos papeles a calcular los impuestos más complejos. Por alguna extraña razón no tienes amigos aquí, tu vida se puso en modo pause cuando te despidieron en tu anterior trabajo y hasta hace poco más de un par de semanas te sentías como un despojo, pensabas que no volverías a trabajar en la vida en una oficina, cuando, sinceramente, te lo mereces como la que más. Aplicada, organizada en el trabajo. Vives en una cárcel de la que por el momento no tenías salida, pero yo te doy una, no eres feliz allí, yo te doy la solución. Además, somos amigos, trabajamos juntos —me soltó toda la parrafada sin dejar de mirarme a los ojos.

—No trabajamos juntos, trabajo para ti. ¡Eres mi jefe! —rechisté.

—Esta es mi empresa, aquí no hay políticas anti-relaciones entre los empleados, porque las normas las pongo yo y te repito que solo compartiríamos casa como amigos, tengo habitaciones libres, podemos...

—Carlos —resoplé agobiada cortándole—, no. Mira, hoy estoy tan mal porque Álvaro nos vio besarnos y discutimos, no estuvo bien por mi parte aunque no deseaba otra cosa, pero fue muy egoísta. Déjame que intente solucionar las cosas con él, porque sé que ahora mismo no se siente nada bien, ya te dije que entre nosotros no queda nada, pero no puedo irme así. Y además, no puedo venir a vivir contigo—. Expliqué seria y tajante,

esperando que entendiera que no, en este caso, era no.

—¿Por qué no?

—Porque eres mi jefe, porque me gustas demasiado, y porque si nos precipitamos y algo sale mal voy a perderlo todo —lo dije sin pensar y quizás no debí soltarlo pero era la verdad.

Carlos suspiró y chasqueó con la lengua, miró la hora.

—Es tardísimo —protestó y suspiré aliviada porque al parecer lo había entendido al fin y no iba a insistir más.

—No, hombre. Venga, vámonos ya, todavía llegamos a las nueve —dije levantándome del taburete y cogiendo los platos sucios para colocarlos en el fregadero.

—No creo —dijo mientras se acercaba a mí, me quitó los platos de las manos y los dejó encima de la barra. Tragué con fuerza y se me erizó la piel cuando acarició mi brazo antes de besarme en los labios. Su lengua accedió tímidamente hasta la mía y el corazón me latió tan fuerte que tenía la certeza de que Carlos podía escucharlo—, me muero si no hago esto... —dijo, mientras comenzaba a desabrochar los botones de mi blusa—, digo si tú quieres. ¿Quieres?

¿Había una respuesta para eso? ¿Podía ser tan sincera como para decirle que llevaba meses deseándolo? Incluso mucho antes de cruzar palabra con él ya había soñado cómo hacerle el amor de decenas de formas diferentes pero sabía que debía frenar aquello, Carlos ahora mismo era mi jefe, mi amigo y hasta mi ángel de la guarda pero si pretendíamos algo pasaría de depender de Álvaro a depender de él, si algo iba mal, estaría incluso en una situación peor. No, no, no... me intentaba auto-convencer, venga, di no. Y un nudo en mi estómago me advertía que no debía seguir ese camino, así que suspiré.

—Deberíamos irnos al trabajo —susurré, girando la cabeza para que no me besara, pero sus labios aterrizaron en mi cuello haciéndome soltar un pequeño gemido.

Levanté la mirada hasta sus ojos, lo deseaba, pero no quería. Tenía tanto que solucionar antes. Agarré con suavidad sus manos pidiéndole al cielo que se diera cuenta por sí mismo y no tuviera que hacer nada más por frenarlo

porque no sería capaz y luego iba a arrepentirme y mucho, lo sabía. Al parecer, mis plegarias fueron escuchadas por una vez. Cuando levantó la cabeza y me miró apartó las manos de mi piel como si le quemara.

—Oh, perdona, tienes razón... —supe entonces que él entendía que no era solo por el trabajo que nos esperaba. Me sonrió y acarició mi mejilla antes de volver a abotonar uno a uno los botones de la blusa e interiormente rogué porque las marcas que me había dejado Álvaro hubieran desaparecido o que Carlos estuviera tan cegado por el deseo que no las percibiera.

Me coloqué la ropa lo mejor que pude y me acerqué a abrazarlo.

—No te disculpes, Carlos... yo también lo deseo, pero no es el momento.

—Lo sé —me besó en la frente—, deja que me refresque un poco antes de salir, voy al lavabo.

En ese momento sonó mi móvil y se tensó todo mi cuerpo, se me puso la piel de gallina y una piedra de cien kilos cayó en mi estómago, provocándome ganas de vomitar todo el desayuno que me había obligado a ingerir. Miré la pantalla antes de que él se moviera de mi lado. “Mamá”, suspiré aliviada y respiré hondo un par de veces antes de contestar.

—Voy a cogerlo —le dije a Carlos.

—Bien, voy al baño —sonrió.

—Hola mamá —intenté sonar alegre—, ¿qué haces levantada tan temprano?

—Hola cariño, es que ayer por la tarde te llamé a casa y me lo cogió Álvaro, el pobre se le notaba que estaba muy enfermo. Me contó lo de tu trabajo, ¿cuándo pensabas decírmelo?

—Ay, mamá... lo siento, soy un desastre, ha sido todo tan rápido y no he parado ni un minuto —sonreí y sonreí de verdad, porque era realmente feliz en mi trabajo nuevo.

—Me alegro mucho hija, ¿y qué tal todo con él? —me preguntó. Las madres y su sexto sentido.

—¿Con Álvaro? Bien, bien... bien —no quería contarle lo que estaba pasando y tampoco me apetecía mentirle. Miré hacia la puerta del cuarto de

baño cerrada, Carlos estaba tardando, ¿qué estaría haciendo allí adentro?

—Me ha dicho que haces demasiadas horas extras y no pasas por casa. Espero que no te estén explotando —el instinto sobreprotector de mi madre me hizo sonreír de nuevo, cómo la echaba de menos, cómo necesitaba un abrazo suyo o esas noches en las que me iba a la cama de madrugada porque empezábamos a hablar a la hora de la cena y ya no parábamos. Una vez más maldije mi decisión de marcharme de su lado.

—Anda, no le hagas caso, que es un exagerado —respondí al fin—. He cogido este trabajo con mucha ilusión y antes de contratarme ya me advirtieron de que las primeras semanas de julio serían complicadas, pero estoy feliz, muy feliz.

—Bueno, me alegro —no parecía muy convencida.

—Mamá, tengo que dejarte, ya llego tarde a la oficina —apremié—. Prometo llamarte y contarte todo con calma.

—Vale mi amor, un besito. Cuídate.

—Un beso —respondí y colgué antes de que me hiciera más preguntas.

Mi madre nunca me preguntaba por mi relación con Álvaro porque daba por supuesto que todo era perfecto, me extrañaba que ahora sí lo hiciera, pero... cosas de madre, me dije y no le di mayor importancia.

Me acerqué al cuarto de baño y llamé con los nudillos.

—¿Todo bien por ahí adentro? —Reí—, ¿necesitas ayuda? —bromeé. Me sentía mucho mejor después de pasar el momento de tensión y hablar con mi madre. Giré el pomo para asustarlo un poco, ese baño no tenía pestillo, lo sabía porque había entrado en él la noche que pasé en su casa. No tenía intención de abrir, solo quería fastidiarlo un poco.

—¡No! No, no... voy, ya voy... —respondió apurado y yo me reí a carcajadas—, serás mala —refunfuñó.

Abrió la puerta y salió azorado, cerrando tras de sí.

—¿Todo bien? —repetí la pregunta.

—No estaba haciendo nada de eso que piensa tu mente calenturienta, señorita. Vamos, llegamos tarde.

Reí de nuevo antes de seguirle.

Capítulo 9

—Por favor Adriana, vente a casa a dormir —me pidió Carlos mientras me cogía de las manos por quinta vez cuando paró el coche en el portal de mi edificio.

—Estaré bien —le acaricié la mejilla.

Carlos me besó fugazmente en los labios, mi estómago dio un vuelco, me gustaba esa cercanía pero recé mentalmente todo lo que sabía para que Álvaro no estuviera asomado a la ventana.

—Descansa *pelirrosa* —me dijo con una sonrisa, acariciando mi cabello.

—Caeré redonda en la cama, te lo aseguro. Descansa tú también.

Asintió y volvió a darme un beso fugaz soltándome y dejando al fin que me fuera.

Respiré hondo y fui rezando todo el camino, nerviosa, me temblaban las piernas y me sudaban las manos. Para cuando llegué a mi portal no me sorprendió ver a Álvaro con la puerta de mi piso abierta esperándome apoyado en el marco, de brazos cruzados. Me quedé clavada en el ascensor muerta de miedo.

—Entra —me dijo, no lo chilló, ni parecía una orden. Tampoco parecía estar borracho y tenía buen aspecto. Pasé dentro y fui hasta el salón—Te he visto.

—Yo... lo siento —no me atreví a girarme, no quería mirarle a la cara.

Se acercó a mí y se me erizó toda la piel del cuerpo antes de que me agarrara por el cabello y tirara, hasta colocar la boca a la altura de mi oreja a mi espalda.

—Joder, creo que no fui lo suficiente claro contigo cuando hablamos esta mañana.

—Perdóname Álvaro.

Sentí un sonido cerca de mi oído, un simple chasquido que hizo que se aliviara el dolor por los tirones que me daba en el cabello, pues se había

quedado con la coleta en su mano tras pasar la tijera justo por debajo de la goma de mi cola de caballo. Di un respingo al notar el roce de las tijeras en mis costillas..

—No puede mirarte así, no puede acariciarte el pelo, no puede besarte. Joder, eres mi novia... —paralizada de terror lo único que se me ocurría era mantenerme en silencio para no enfadarlo más—. No lo soporto Adriana, no puedo.

Me sujetaba con fuerza pero sabía que no iba a hacerme nada, estaba asustado y dolido, pero también sobrio, no iba a rebasar esa línea.

—Necesitas ayuda, Álvaro, no estás bien. Te agradezco todo lo que has hecho por mí, pero ya no te quiero. Por favor, suéltame y hablemos como personas civilizadas.

Álvaro aflojó la presión con la que me sujetaba y me aparté de él. Le cogí la mano y tiré de él hasta llegar al sofá.

—Necesito que me cuentes qué pasa, por qué estás tan violento, por qué bebes tanto, por qué de pronto te has vuelto un amargado.

Noté como apretaba los puños pero preferí no prestarle mayor atención.

—No lo sé, es el trabajo, el no dormir, tú... todo —dijo.

—¿Tan mal estás en el trabajo? —me sorprendía porque nunca hasta ahora me había dicho nada.

—Antes de que te despidieran estuve a punto de dejarlo muchas veces, casi lo había decidido del todo cuando cerró la empresa de mi tío. ¿Cómo narices iba a dejar esa mierda de trabajo que era lo que pagaba las facturas y nos daba de comer?

—Oh vaya, lo siento. No tenía ni idea —me extrañaba todo tanto, siempre estuvo contento. Cansado por el turno de noche, eso sí, pero el trabajo en sí nunca le había desagradado.

—No has dejado de mirarte tu puto ombligo estos últimos años —me recriminó.

—Tienes razón. Pero no puedes culparme porque me despidieran. He buscado trabajo, lo he pasado mal... —me excusé.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Deja de ser tan egocéntrica!

—Perdona —susurré, tenía razón. Me puse de pie, quería alejarme de él porque aún sobrio me daba miedo, pero tenía que hacer algo—. Se me ocurre solo una cosa. Deja ese trabajo y busca otro. Me quedaré aquí hasta que encuentres otra cosa. ¿Vale? Te lo debo, yo pagaré las facturas. Pero se acabó el alcohol y esos arrebatos violentos que te dan.

—Perdóname. He visto cómo te acariciaba el pelo, cómo te miraba y... no quería que lo hiciera más. No puedes estar con él y vivir conmigo.

—No voy a impedirlo, Álvaro.

—¿Le quieres? —escupió enfadándose más por minutos.

—¡No! Por Dios, acabo de conocerlo. Pero me gusta estar con él y contigo... ya no.

Álvaro se levantó y fue hasta el dormitorio y sin girarse a mirarme dijo.

—¿Sabes qué? Ya lo he dejado... el trabajo, digo...

Y luego dio un portazo. Me tapé la cara con las manos, no quería estar allí, no quería estar con Álvaro ni mantenerlo, ni darle la oportunidad de hacerme daño de verdad. Pero no podía marcharme, al fin y al cabo se lo debía y odiaba esa ridícula deuda acumulada durante tres años. De pronto di un respingo al pasarme las manos por mi cabello y recordar lo que había pasado. Me asomé al espejo. ¡Menudo desastre! ¿Cómo iba a ir al trabajo al día siguiente con ese aspecto? ¿Cómo iba a arreglarlo?

Resoplé y agarré mi móvil, era tarde, pero no encontraba otra solución.

—¿Sí? —contestó una voz adormilada al otro lado de la línea.

—Hola, ¿Diana? ¿Estabas dormida? —pregunté.

—Sí, he tenido un día... ajetreado, estaba cansada y me acosté temprano. Pero espera, ¿quién eres? —seguía sin reconocer mi voz.

—Soy Adriana Vidal, soy cliente de tu peluquería, no sé si sabes...

—¡Ah! Claro, Adriana... —no dijo nada más, supongo que estaba sorprendida por una llamada mía al anochecer, cuando en los últimos años solo la había llamado para pedir cita.

—Mira, es una larga historia, pero tengo un problema gordo y necesito tu ayuda. Yo... —caí en la cuenta de que no tenía dinero para pagarle—, Ayyy... nada, perdona por despertarte, déjalo. Buenas noches.

Colgué antes de que preguntara, no tenía ganas de darle mil explicaciones. Me asomé al espejo, aunque nunca había sido habilidosa con las tijeras y dudaba mucho que pudiera arreglar aquel desastre, busqué unas tijeras en el armario del baño dispuesta a intentarlo hasta que mi móvil comenzó a vibrar sin darme tiempo a nada.

—Oye bonita, no puedes despertarme, decirme que tienes un problema y colgarme como si nada —no parecía más molesta que curiosa.

—Es que... creo que no puedes ayudarme —dije a modo de disculpa, porque no sabía qué otra cosa podía explicarle.

—Inténtalo. ¿Quieres venir por casa? Creo que no vivimos lejos.

Apunté la dirección en un papel y quince minutos después estaba entrando en su piso agotada, hambrienta, desesperada y harta de todo.

Cuando la vi estaba apoyada en el alféizar de la puerta, llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta sin mangas. Parecía que acabara de plancharse el pelo, admiraba la capacidad de las peluqueras para esta siempre perfectas incluso recién levantadas.

Diana era una chica muy extrovertida de unos treinta años que hablaba hasta con su sombra, desde que vivía en Barcelona era mi peluquera, era simpática y lo más parecido a una amiga que tenía. Medía alrededor de metro sesenta, delgada. Durante una de mis visitas a su peluquería me había contado que se había operado los pechos aumentando dos tallas hacía como un año y la verdad es que tenía un cuerpazo de envidia. Llevaba el cabello rubio y largo, liso y con ondulaciones en las puntas y siempre, siempre sonreía.

Se me quedó mirando boquiabierta cuando se asomó a la puerta.

—Pero, pero... ¿estás loca? ¿Qué has hecho?

Pensé rápido, venía tan abstraída en todo que no pensé una historia que contarle.

—Eeeh... pues, la verdad... es que... yoooo... bueno, me puse a ver un video en *Youtube* sobre como cortarme el pelo, porque... bueno, no tenía dinero para ir a la peluquería y con el calor, pues...

—Vale, si no me lo quieres contar, no me lo cuentes, pero eso no te lo crees ni tú. Si ya me tienes miedo a mí con las tijeras, no te imagino haciendo tal cosa y menos con el uniforme de trabajo, a estas horas de la noche. Has conseguido trabajo, enhorabuena.

—Gracias —murmuré agachando la cabeza—. Es complicado. ¿Puedes hacer algo? Mañana tengo que ir a trabajar y no puedo ir así. No tengo dinero, pero te pagaré en cuanto cobre, lo que me pidas, me da igual.

—Anda, pasa.

La seguí por el salón hasta su cocina acomodándome en una silla frente a una pequeña mesa mientras ella abría y cerraba puertas haciendo no sabía qué. La cocina no era demasiado grande y los muebles eran de aspecto bastante clásico en color madera.

—¿Quieres un cacao? —Preguntó metiendo dos tazas de leche en el microondas—, es un poco tarde para café y necesito tomar algo para despejarme.

—Bueno, vale —mis tripas rugieron y ella lo oyó, se echó a reír, antes de abrir un armario y sacar un arsenal de galletas cubiertas de chocolate, bizcocho, croissants y demás dulces de la gama—, lo siento, no tengo nada sano.

En unos minutos nos tomamos el cacao y cogí un par de trozos de bizcocho y galletas. Ya estaba más tranquila, sabía que ella iba a solucionar mi problema, al menos el que tenía con mi cabello.

—Ha sido ese gilipollas con el que sales —afirmó y yo me encogí de hombros, tenía la boca llena y no tenía intención de vaciarla para explicárselo —, si a mí me hicieran algo así le cortarían los testículos.

—Ya... bueno, no sé explicarte lo que ha pasado.

—No hace falta, lo tengo muy claro —dijo mirando los cardenales de mis brazos, de los que no me había percatado. Intenté taparlo con la blusa, pero ya los había visto, así que era ridículo.

—No es tan grave como crees.

—Si tú lo dices.

—Diana, ¿no vienes a la cama? —escuché una voz masculina a mi espalda que me hizo dar un buen brinco por el susto. Me giré y vi a un maromo que estaba buenísimo, tenía músculos en los músculos. Venía en calzoncillos y no se veía rastro de vello por ningún lado de su cuerpo y su cabello estaba despeinado, parecía adormilado.

—¡Ostras! —Exclamé poniéndome de pie—, Ay, perdona Diana, estabas liada... yo... me voy a casa, ya pensaré en algo.

—Calla, cómo te vas a ir a casa con esos pelos —me dijo Diana—. A ver... vale... mmm, ¿Pedro? —el chico asintió—. Bien. Pedro, ¿te puedes marchar? No es nada personal, no te lo tomes a mal, pero es que mi amiga Adriana necesita ayuda.

Me quedé pálida, con la boca llena de galletas de chocolate, girando la cabeza de un lado a otro y con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—¿Cómo? Claro, vale, vale... me voy.

—Venga guapo, no te olvides los pantalones —el chico se quedó descolocado, no sabía si acercarse a despedirse con un beso y se quedó allí parado—. ¡Largo! —gritó, él y yo dimos un respingo y salió corriendo sin decir nada más. Un minuto después oímos la puerta de la calle y la miré sorprendida sin saber qué decir.

Empezó a reírse a carcajadas y yo la seguí, hasta que se me saltaron las lágrimas.

—¿Cómo te has pasado! El pobre. Perdona Diana, no pensé que podías estar con alguien.

—¡Bah! Ya nos hemos liado un par de veces y no tenemos absolutamente nada en común de lo que hablar, es más, cualquier tema que saquemos acaba en discusión así que por hoy ya había perdido su utilidad y no tenía muy claro cómo deshacerme de él. Bueno, ¿hacemos algo con ese desastre? —preguntó escrutando mi pelo.

—Por favor —supliqué.

—Voy a aprovechar para quitarte ese rosa, se te está cayendo y con el sol del verano se te puede quedar hasta verde.

—No quiero abusar, ya me pasaré por la *pelu* en cuanto cobre, solo arregla este desastre —le pedí.

—No era una pregunta, guapa. No estamos en el salón, así que en mi casa decido yo —dijo soltando otra carcajada y yo me encogí de hombros contagiándome de su risa. Total, peor de lo que me había dejado Álvaro no me iba a quedar, seguro.

Salí de su casa de madrugada, después de rechazar tres veces su invitación para dormir en el sofá, con la melena más corta que había tenido nunca, con un corte estilo falso Bob, intentó dejarme unos mechones más largos por delante con el poco margen que le había dejado Álvaro para improvisar, un color castaño claro con mechas color chocolate y otras rubias. Nunca había tenido mechas rubias y nunca hubiera dejado que me las hiciera si no hubiéramos estado en esa situación, me hubiera decantado por un negro o un rojo quizás... pero la verdad es que el resultado era espectacular.

Había perdido una melena larga y rosada y una noche de sueño, pero salí de allí con la sensación de haber ganado una buena amiga y confidente a la que terminé contándole toda mi vida. Me escuchó durante horas y se ofreció para ayudarme en lo que se ofreciera.

Capítulo 10

—¿Qué te has hecho en el pelo? —Carlos parecía exageradamente sorprendido—, ¿y cuándo demonios has ido a la peluquería si te dejé muy tarde anoche en tu casa?

—Mejor no preguntes —me encogí de hombros dispuesta a no darle explicaciones.

—Estás preciosa. Si con el pelo rosado me parecías una chica preciosa, con tu nuevo look me pareces una mujer más hermosa aún —me dijo mirándome atontado.

—¿Quieres decir que me hace más vieja? —pregunté seria aguantando una carcajada atravesada en mi garganta.

—No, no... claro que no —respondió riendo.

—Oh, qué pena, pensé que ya no te parecería una adolescente.

Reímos juntos.

—En serio, ¿cómo te has hecho eso? —volvió a preguntarme.

—No quiero contártelo, anda vamos, invítame a un café, por favor.

Dije adelantándome dando por zanjada la conversación.

La semana transcurrió más o menos tranquila, apenas pasé por casa más que para dormir. Llegaba tarde y me aseguraba de que estuvieran todas las luces apagadas antes de subir, si no era así me afincaba en las escaleras, sacaba mi libro electrónico del bolso y leía hasta que mis ojos se cerraban solos viendo a los vecinos subir y bajar mirándome con cara de estar planteándose llamar al manicomio. Me importaba muy poco lo que pensarán, me ponía los auriculares para no escuchar sus comentarios y así fueron transcurriendo los días en los que mis horas de sueño apenas llegaban a cuatro o cinco a lo sumo, pero conseguía mi objetivo de no cruzarme con Álvaro en ningún momento.

La actitud cariñosa y cercana de Carlos permanecía inalterable, sin embargo, después de frenarle en su casa no volvió a insinuarse, tocarme o besarme. Charlábamos y reíamos sin parar y lo deseaba, pero intentaba con

todas mis fuerzas que no se me notara, aunque nunca se me había dado demasiado bien disimular y de vez en cuando me sorprendía mirándolo embobada y se reía, negando con la cabeza. Al menos se lo tomaba con humor y no me mandaba a freír morcillas.

Mi madre había comenzado a llamarme de forma frecuente, se olía que algo iba mal, así que evitaba hablar con ella largo y tendido para evadir las mil preguntas que sabía que tenía ganas de hacerme. Tenía una buena excusa, estábamos a punto de llegar a la fecha de plazo y hacía muchas horas extras.

Carlos me acercaba a casa después del trabajo y nos despedíamos hasta el día siguiente. Una noche, afincada en las escaleras me quedé dormida. Me había cansado de apretar el interruptor de la luz, que con un temporizador de unos minutos, se apagaba sola y quedándome solo con la escasa iluminación de mi lector electrónico pasé un par de horas hasta que mis ojos no pudieron más. Sentí que alguien se sentaba a mi lado y di un respingo asustada, Álvaro había encendido la luz. Se me quedó mirando entre sorprendido, enfadado, intrigado y más sorprendido.

—¿Qué demonios haces durmiendo en las escaleras? —preguntó en un susurro, seguro de que los vecinos cotillas estaban esperando a escuchar lo que tenía que decir.

—No tengo una respuesta coherente para darte —no tenía fuerzas para inventarme alguna excusa que no se creería.

—Vamos a casa.

Se levantó y cogió mi bolso y mi libro electrónico. Lo seguí escaleras arriba, estaba completamente exhausta, me froté los ojos y fui directa al sofá con la intención de acabar cuanto antes con la discusión que sabía que venía a continuación, Álvaro no iba a dejar que me fuera a dormir tranquilamente. Se pasó la mano por el pelo apartándolo de la cara. Supuse que estaba intentando despejar la mente para hacerme las preguntas correctas sin perder los nervios.

—¿Tienes idea de lo que tienen que pensar ahora mismo los vecinos? —me preguntó al fin.

—No me importa mucho, la verdad —me encogí de hombros.

—Ha llamado hace un rato el presidente de la comunidad, los vecinos han

presentado una queja. En definitiva, me piden que te comunique que el alquiler que pagamos no incluye acampadas en las escaleras del edificio, que molestas a los vecinos y que eso debe acabar. Me pregunto cuánto tiempo llevas haciéndolo, no me vas a contestar, pero espero que no vuelvas a hacerlo, me has dejado en ridículo, por tu bien, no lo hagas más.

—Solo quería evitar más enfrentamientos —fui sincera porque lo vi tranquilo.

—Me voy a la cama Adriana. Tienes un aspecto deplorable, deberías cuidar un poco más tu imagen. Estás gorda y fea y además hueles fatal. Deberías plantearte que debes conservar tu trabajo al precio que sea, por si no lo recuerdas, eres tú la que paga las facturas ahora —forzó una sonrisa y se dio la vuelta, al entrar al dormitorio cerró la puerta tras de sí.

Mierda, susurré... ahora estaba más atrapada que hacía tan solo unas semanas.

Me quité con cuidado el uniforme y me puse una camiseta holgada que tenía tirada por ahí de la noche anterior. Por supuesto, Álvaro estaba en el paro, pero la casa parecía un estercolero, él no se ponía a limpiar y no parecía que hiciera de comer. Sin embargo la *Play* echaba humo, podía notar su calor sin tocarla, solo con pasar a su lado. La mesilla del salón estaba llena de botellines vacíos y el suelo desperdigado de patatas por todas partes. Tampoco me importaba demasiado, yo solo me pasaba por allí a dormir. El fin de semana lavaría y plancharía los uniformes y luego tendría que buscar algún plan para perderme.

Mi teléfono sonó estrepitosamente y me llevé un buen susto al ver en la pantalla el nombre de Ebba. Era tarde, cerca de las once de la noche y solo pude pensar que le había pasado algo a mi madre o a mi hermano.

—¿Ebba? ¿Qué ocurre? —respondí asustada.

—¡Hola, cariño! Cuánto tiempo sin hablar, ¿qué tal todo? —me aparté el móvil de la cara y miré de nuevo la hora. ¿De verdad me había llamado a las once de la noche para preguntarme cómo estaba? ¿Dormida?

—Puees, bien, bien. ¿Y tú y Martín como vais?

—Bien, hemos terminado las prácticas de enfermería hace un par de meses

y vamos a tomarnos un descanso antes de buscar trabajo. Tenemos algo apalabrado por medio de unos conocidos de mi madre para empezar en octubre, así que ahora nos toca relajarnos, descansar, viajar...

—¡Genial! ¡Cuánto me alegro! —era una tranquilidad saber que ellos estaban bien y estarían aún mejor en unos meses.

—Adriana, ¿sigues viviendo en Barcelona? —preguntó al fin tras un silencio algo extraño.

—Sí, claro, aquí sigo, he empezado a trabajar hace unos días y estoy muy contenta —contesté, estaba empezando a desesperarme ya que sabía que me había llamado para algo concreto y todavía no se atrevía a soltarlo.

—Nos lo contó tu madre. ¡Enhorabuena, cielo! Por fin, ya te tocaba. ¿Y sigues en el mismo piso de siempre?

—Sí, claro. ¿A dónde iba a irme? —solté una carcajada nerviosa.

—Y..., bueno... ¿podrías abrirnos la puerta? Estamos abajo, en tu portal —dijo empezando a reírse.

—¡¿Cómo?! —corrí hasta la ventana y vi a mi cuñada y a mi hermano dando saltos en medio de la carretera vacía saludándome con la mano.

—¡Hola! ¡Qué alegría! Eeeehh —me acordé de Álvaro y de que teníamos un pequeño problema de convivencia. Ups—. Oye, dame un minuto.

Asintió y colgamos la llamada.

Entré corriendo en el dormitorio que apestaba a mil demonios. ¡Ay mi madre!

—¡Álvaro! —lo zarandeeé, despegó un poco los ojos.

—¿Qué quieres ahora?

—Oye, que me acaba de llamar Ebba, está abajo con mi hermano. Mierda, van a subir, haz el favor de levantarte y ayudarme a recoger el salón en menos de tres minutos que es lo que tardarán en subir las escaleras.

—Es tu problema, no el mío —se dio la vuelta en la cama.

—Álvaro, cielo —dije apretando los dientes—, puedes hacer el favor de ponerme las cosas fáciles por una vez.

—Paso —dijo sin mirarme.

—Muy bien —me incorporé—, entonces ha llegado el momento de contarle a mi familia como se te ha ido la mano últimamente.

Se giró mirándome con odio.

—Te daré una paliza si abres la puta boca —me amenazó.

—Inténtalo —me enfrenté a él.

—Hija de puta —se levantó de la cama y me dio un fuerte empujón, me di con la pared en la coronilla, pero ni protesté ni me entretuve en pensar que me latía el chichón, que indudablemente me saldría.

Me puse un vaquero corto que alcancé en mi armario y me asomé a la ventana. Cerré la puerta del dormitorio a cal y canto, el olor y el desastre que había allí no podría disimularlo en unos minutos. Me asomé a la ventana y les indiqué que podían subir, apreté el botón del portero automático y para cuando llegué al salón habían desaparecido todas las botellas y basura acumulada en la mesilla, la ropa sucia que estaba tirada por ahí y Álvaro se esmeraba en barrer el desastre del suelo lo más rápido posible.

Mi hermano me sacaba al menos dos cabezas. Se había convertido en un joven de veinte años guapísimo, con un look *hipster* que le hacía aparentar ser mayor que yo incluso. Sus ojos seguían teniendo el mismo tono verdoso de siempre, pero denotaban cierto aire de madurez que no estaba ahí la última vez que lo vi. Estaba guapísimo, me abracé a él, hacía tanto tiempo que no lo veía que no me había dado cuenta cuánto lo echaba en falta hasta que sus brazos me rodearon y se me saltaron las lágrimas.

—Ay mi peque —dije sorbiendo por la nariz. Mi hermano soltó una carcajada, lo seguía llamando peque aunque tuviera veinte años, aunque midiera más de uno noventa y aunque fuera tan independiente como yo.

—Te he echado de menos —me dijo al oído.

—¿Qué pasa bichejo? —le oí decir a Ebba que se colgaba del cuello de Álvaro para abrazarlo, siempre se habían llevado bien y verlos así ahora me hacía añorar los viejos tiempos, vi sonreír a Álvaro como no lo había hecho desde hacía mucho y tuve la certeza de que él hacía tiempo que no era feliz.

Ebba tenía la misma cara dulce y aniñada de siempre, unos enormes ojos azules, los mofletes regordetes y labios carnosos. El pelo tan rubio que casi parecía blanco, larguísimo, como siempre se lo había visto, recogido en aquel momento en una cola de caballo. Aunque al lado de mi hermano no lo parecía era altísima, desde luego había sacado más genes alemanes que españoles.

Tras los saludos pasamos al salón, Álvaro sacó unas cervezas de la nevera y alguna cosa para picar. Se sentó en el suelo lejos de mí para que Martín, Ebba y yo nos sentásemos en el sofá. Hablamos durante horas, el sueño se había esfumado, estaba tan feliz de verlos allí, de tocar y abrazar a alguien que me quería de verdad y hacía tanto que no los veía que no podíamos parar de parlotear.

Cuando Martín se quedó dormido en el sofá Álvaro se retiró a la cama y Ebba y yo nos trasladamos a la cocina para no molestar al resto, me disculpé con ella, no la había visto tan sucia y tirada en mi vida.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué pasa aquí? —me preguntó entre susurros Ebba.

—¿Cómo? —intenté evitar su mirada haciéndome la loca.

—Adriana, nos conocemos. Algo pasa, aunque no sé qué es. Tu madre nos llamó preocupada hace un par de semanas, nos dijo que tenías problemas y que ella no podía venir hasta Barcelona, ya ha tomado todas las vacaciones del año y tampoco tiene dinero reunido para venir a verte, por eso nos lo pidió a nosotros, que venimos encantados eh, llevábamos posponiéndolo demasiado tiempo.

—Les he echado tanto de menos. A todos, a vosotros y a mi madre también —intenté cambiar de tema y disimular mi asombro. Madres, la mía sobre todo, no dejaría de sorprenderme nunca.

—Sí, sí... yo también te quiero, pero... quiero que me digas qué ocurre —para tener veinte años era demasiado listilla.

—Pues... —suspiré—, pongamos que me siento un poco atrapada aquí.

—¿En Barcelona? —preguntó en vista de que yo no seguía, intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—No. Aquí. En este piso con Álvaro.

—Oh, pasáis por una crisis —afirmó. Se levantó y abrió mi frigorífico, se sirvió un vaso de cola light y se volvió a sentar delante de mí.

—No es una crisis. Ya no lo quiero, no quiero estar con él.

—No lo entiendo, entonces, ¿por qué no has hecho nada? —me miraba extrañada y no sabía cómo explicarle todo lo que había pasado en las últimas semanas sin contarle demasiado.

—Bueno... Álvaro ya no está trabajando y ahora depende de mí. Después de tres años en los que me ha mantenido no puedo dejarlo colgado ahora.

—¿Por qué no? Él tiene una madre y una familia aquí. Si no os queréis no tiene sentido seguir juntos.

Hasta ahora no había pensado que durante todo el tiempo que yo estuve desempleada estaba sola al contrario que él, que seguía juntándose con sus amigos y tenía a gran parte de su familia para apoyarlo si lo necesitaba.

—Bueno, todo es más complicado de lo que parece.

—¿Y por qué no me cuentas qué es eso tan complicado que te ha cambiado la vida para que tengas esa expresión tan triste? —Insistió.

—Me gusta otra persona y a él no le ha sentado muy bien —parecía un buen resumen y no le hacía quedar mal a él precisamente.

—Oh, vaya... vale. Entonces lo entiendo menos. ¿Tienes a otra persona en tu vida y sigues con él?

—Básicamente hemos hecho un trato. No me iré hasta que encuentre trabajo —ahora que lo decía en alto era consciente de lo ridículo que sonaba.

—Quiero mucho a Álvaro, lo sabes y él también, pero por lo poco que me has contado parece que ha dejado el trabajo por despecho, por amarrarte y las dos sabemos que no buscará otra cosa si así te tiene pegado a él.

—No quería pensar eso de él, pero sí, seguramente sea así —afirmé y fui a por otra cerveza.

—Mira Adriana, tu madre nos dijo que llamó muchas veces a casa y que Álvaro contestaba en ocasiones bebido, o a veces descolgaba el teléfono y soltaba una cantidad ingente de injurias e insultos sin saber que era ella la que estaba al otro lado. Te notó extraña y más evasiva que nunca después de eso

y sospecha que puedas tener problemas más graves. ¿Tienes problemas más graves, Adriana?

—Tal vez, cielo... pero no quiero contártelos. No porque no confíe en ti, es simplemente, que no quiero decirlo en alto.

—Oh —respondió, parecía decepcionada y más intranquila aún.

—¿Y tú? ¿Cuándo piensas darme sobrinos? —pregunté intentando cambiar de tema.

—Ah no, todavía no ha llegado el momento de hablar de mí. Háblame del otro. ¿Qué hay de él?

—Bueno, es mi jefe, así que... —me miraba interrogante esperando que acabara la frase—. No hay nada, solo somos amigos. Álvaro me pidió que mientras viviésemos juntos evitara dejarlo en ridículo paseándome por la calle con otro hombre.

—¿Te has parado a pensar en todo lo que acabas de contarme? —me preguntó, parecía más confundida que al principio.

—No mucho, la verdad.

—No entiendo nada —permanecemos en silencio, ella digiriendo lo que acababa de contarle y yo tratando de asimilar que todo aquello era muy estúpido y que había tenido que contárselo a Ebba para darme cuenta — ¿Podemos quedarnos unos días en tu casa? — Preguntó tras unos minutos.

—Sí, claro, no hay problema. No puedo tomarme vacaciones, ni días libres, acabo de empezar a trabajar, pero podéis sacarme el jugo durante el fin de semana y durante la hora del almuerzo.

Empezaba a amanecer y el cansancio de pronto cayó en mis hombros como una pesada carga, necesitaba dormir unas horas al menos. Desplegamos, con cuidado de no despertar a Martín, el sofá del salón y Ebba se acostó a su lado. Yo suspiré y fui hasta mi dormitorio, donde en una esquina de la cama me tumbé y me quedé dormida sobre la marcha.

Me despertó un WhatsApp que sonaba en mi móvil un par de horas después.

“Buenos días, ¿qué haces?”, era Carlos.

“Buenos días. Dormir, como las personas normales”, tecleé rápidamente.

“Yo llevo despierto un par de horas. ¿Te vienes a desayunar?”, contestó.

“No puedo. Anoche vinieron de sorpresa mi hermano y su novia desde Alemania, realmente acabo de acostarme. Todos duermen”.

“Oh, qué bien. Si todos duermen, ¿cuál es el problema? Vente”.

Lo pensé un momento.

“¿Puedo llevar compañía? Me gustaría que alguien te conociera”. Escribí. Tardó en responder, supongo que no le apetecía mucho. *“Déjalo”*, escribí antes de que me contestara. *“Nos vemos el lunes, así descansas un poco de mí”*.

“Estoy cerca de tu casa, puedes venir con quien quieras, claro, salvo con Álvaro, por favor”.

Álvaro gruñó a mi espalda como si supiera que lo acababan de nombrar. Sonreí. De forma sigilosa me levanté y cogí algo de ropa alumbrando con el móvil para no despertar a Álvaro, cerré despacio el dormitorio y fui hasta Ebba.

—Ebba, cielo. ¿Estás muy cansada? —le pregunté entre susurros dándole pequeños golpecitos en el hombro.

—No sé por qué piensas eso —refunfuñó sin abrir los ojos.

—Vamos, levántate. Quiero que conozcas a Carlos —abrió los ojos de par en par y sonrió. La curiosidad, esa amiga traicionera que era capaz de mover montañas.

Nos duchamos y vestimos rápidamente. En menos de quince minutos salíamos en busca de Carlos y Bender que esperaban al final de mi calle. El perro olisqueaba todo y orinaba en todas las esquinas habidas y por haber, de pronto levantó la cabeza como si hubiera notado mi presencia y ambos giraron la cabeza en nuestra dirección. Sonreí, Carlos sonrió, Ebba se mantuvo alerta sin cambiar de expresión aún.

En un rato tanto el uno como el otro se habían ganado a mi cuñada que sonreía y me miraba sin mostrar ningún tipo de opinión.

Paseamos hasta llegar al parque de Guinardó, nos sentamos en un banco mientras charlábamos y observábamos a las personas que habían madrugado para hacer deporte.

—Tengo que volver a casa Carlos, he dejado a mi hermano con Álvaro y seguro que están a punto de levantarse, si no lo han hecho ya —acababan de dar las once.

—Vale — no parecía muy contento.

Nos levantamos los tres y noté que Carlos quería decirme algo pero no se atrevía delante de Ebba, que también se dio cuenta.

—Queeee... tengo que hacer una llamada a... esto a... tu madre, para decirle que llegamos bien —me dijo enseñándome su móvil y alejándose de nosotros.

—Vale, gracias —reí.

—¿Le has hablado de mí a la novia de tu hermano? —me preguntó Carlos mirándome a los ojos.

—Sí —respondí escuetamente encogiéndome de hombros.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó curioso.

—No quieras saberlo, Carlos —sonreí para que se tranquilizara—, pero nada malo, te lo aseguro.

—Es que me he sentido como en un examen.

—Tranquilo, creo que has aprobado —dije apoyando la mano en su brazo.

—Te echaré de menos hasta el lunes —me dijo comprobando que Ebba estaba lejos y no nos escuchaba.

—Yo también —suspiré con un mohín.

—Yo... —Carlos hablaba mientras vigilaba a Ebba, que estaba de espaldas a nosotros—. Lo siento pero no soporto las ganas —dijo al fin, acercándose a mí y besándome como no lo había hecho desde hacía días en su casa, justo antes de que lo frenara en su intención de seguir un camino que yo paré. Mi respiración se aceleró. Se separó de mí sin dejar de mirarme los ojos.

—No te vayas de Barcelona, por favor Adriana, no te vayas.

—¿Cómo? ¡Nooo! Como voy a irme. Tengo un contrato de trabajo, un contrato de alquiler, un absurdo acuerdo con Álvaro que ya te explicaré. Vivo aquí y aunque mi vida es un caos empiezo a ver felicidad donde hace unos meses solo había amargura.

—Vale. ¿Me lo prometes? —parecía agobiado.

—Claro —reí—. No voy a irme.

Esta vez lo besé yo aprovechando la coyuntura del momento tan pasional que acabábamos de vivir tipo telenovela. Me acarició la mejilla y me di la vuelta para volver con Ebba que nos miraba con ojos desorbitados.

Me acerqué a ella y ninguna de las dos dijo nada mientras enfilábamos el camino hasta mi casa.

Capítulo 11

Me desperecé en la cama, había dormido poco o eso creía, me dolía la cabeza como si me hubiera pasado un tractor por encima, había bebido tanto y tantas cosas diferentes la noche anterior que no sabía cómo había sido capaz de dar con la cama.

Martín y Álvaro, aunque mi intuición me decía que había sido idea de este último, habían planeado un fin de semana de spa y masajes en un hotel cercano, donde reservaron un par de habitaciones para pasar la noche. Era un hotel famoso en la zona, Álvaro y yo habíamos estado allí en una suite de lujo durante nuestras primeras vacaciones en Barcelona, habíamos reservado una habitación con jacuzzi y habíamos pasado unos días muy románticos. Lejos de entermecerme que me llevara de nuevo allí me hacía ver con mayor claridad que no quería estar con él, que todo aquello había quedado atrás, que aquellas personas que éramos ya no existían.

Por lo visto el plan era un día de relax, cena romántica en parejas y dormir allí cómodamente. Sin embargo a mí no me apetecía nada, así que cuando cayó la tarde los convencí para ir hasta el bar del hotel con la excusa de tomarnos una copa y así brindar por estar todos juntos. Mi intención era beber hasta que no me acordase ni de mi nombre y no me importara un pimiento dormir al lado de Álvaro, cosa que sobria se me hacía insoportable.

Me di cuenta de que estaba desnuda y que sentía un escozor en mis partes íntimas que notaba más húmedas de lo habitual, no tuve que recapacitar demasiado para saber que había tenido sexo con Álvaro la noche anterior. Él estaba a mi lado, desnudo, dormido con la boca abierta y apeataba a alcohol tanto como supuse apeataba yo. Me di asco, mucho asco por dejar que me tocara. No recordaba demasiado, solo tenía algún flashback de la noche anterior y no me gustaba. Recordaba haber discutido, algún grito, algún empujón. Cómo pasamos de eso a la cama era un misterio para mí, pero había sucedido. Escuché un leve ruido lejano, que llevaba rato sonando y no había logrado identificar aún como el vibrador de mi móvil, que descansaba en la mesa de noche de mi lado. Lo cogí y miré la pantalla, era Carlos.

Tenía la sensación de haberle traicionado y me vino un sabor amargo a la

boca. Corrí hasta el baño donde vomité, la cabeza me palpitó y no me moví ni un milímetro hasta que otro vómito subió por mi garganta quemándome al salir. Me senté en el suelo y desde esa posición abrí el grifo del lavamanos y me mojé la nuca lo mejor que pude, apoyé la cabeza en los azulejos fríos del baño, me sentía algo mejor. El teléfono comenzó de nuevo a vibrar y me di cuenta de que lo tenía en la mano. Con el pie izquierdo empujé la puerta y la cerré sin hacer ruido. Hablé en susurros.

—Hola —contesté y al escuchar mi propia voz retumbó en mi cabeza provocándome un dolor insoportable.

—¡Por fin! ¿Estás bien? Te he llamado un montón de veces. ¿Dónde te has metido? —me preguntó Carlos entre alterado y preocupado.

—Mierda, no me grites —me llevé la mano a la frente e intenté contener una nueva arcada, pero no fui capaz. Aparté el móvil de mi oreja y hundí de nuevo la cabeza en el wáter.

—Ostras, estás fatal. ¿Estás enferma? ¿Necesitas algo? —soltó cuando me oyó gruñir al otro lado.

—Estoy bien —era la primera vez que hablaba con Carlos y tenía ganas de colgarle el teléfono.

—Llevo horas esperándote.

—¿Cómo? —se me abrieron los ojos de par en par y miré mi muñeca, en busca de algo que me dijera fecha y hora, pero allí no había nada.

—Anoche me mandaste un mensaje y me dijiste que te apetecía pasar el día conmigo hoy, que si podías venir a mi casa a primera hora — ¡Ostras! Ahora recordaba levemente que en un momento en que Ebba y yo nos quedamos solas le había estado enviando WhatsApp. No parecía enfadado, solo sorprendido.

—Mierda, Carlos... lo siento, no me acordaba. Me iría contigo ahora mismo, no me apetece otra cosa, pero estoy... como explicártelo... medio muerta tirada en el wáter de un hotel vomitando hasta la primera papilla — empecé a llorar, estaba mareada, me dolía la cabeza, y todo el cuerpo, además el escozor de la entrepierna se había intensificado y me volvían a subir las arcadas que pude controlar volviendo a mojarme la nuca.

—¿Estás llorando? Adriana, no llores. No importa —más sorprendido aún intentaba calmarme al otro lado—. ¿Ha pasado algo?

—No recuerdo una mierda lo que ha pasado, estoy desnuda y me duele todo —dije entre hipidos.

—Pero no llores, mujer. Qué mal beber tienes —intentó bromear.

—Creo que me he acostado con Álvaro —me sequé las lágrimas con el dorso de la mano libre.

—Oh. Ah. Vale. Bueno, es tu novio, es normal.

—¡Mierda, Carlos! No digas gilipolleces —él no sabía la mitad de la historia y tampoco iba a contársela, al bajar la vista vi moratones en los muslos y di un respingo soltando un pequeño grito que logré ahogar a tiempo tapándome la boca. *Pero esto qué es*, pensé asustada.

Carlos seguía hablándome al otro lado, pero dejé de escucharlo unos instantes, me levanté y me miré en el espejo. Tenía un morado en una de las mejillas. *Oh, Dios mío...* ¿Álvaro me había hecho aquello?

—¿Adriana? ¿Estás ahí? —escuché de lejos y volví a ponerme el móvil en la oreja.

—Sí, sí... perdona, Carlos... oye, tengo... tengo que colgar, no me encuentro bien. Perdona que te haya dejado colgado, pero ahora no puedo... no puedo...

—No pasa nada. Llámame cuando te encuentres mejor. Un beso —me dijo antes de colgar y seguía sin parecer enfadado ni molesto.

Me moví con sigilo, rezando todo lo que sabía porque Álvaro no abriera los ojos, para ser bastante agnóstica de pronto me sabía todas las oraciones habidas y por haber. Me puse un albornoz que estaba colgado en el cuarto de baño, cogí mi mochila con las pocas cosas que había traído y mis zapatos en la mano, mi móvil y mi bolso antes de salir en silencio. El frío de las baldosas era reconfortante y pensé durante un minuto qué podía hacer.

Llamé con suavidad a la puerta de la habitación donde se alojaban mi hermano y Ebba, unos segundos después ella abría la puerta, con los ojos casi pegados.

—¿Qué pasa? —Preguntó entre susurros y se le abrieron los ojos como platos al comprobar mi aspecto—, pero ¿qué te ha pasado? —levantó la voz.

—Scchsss... no grites, por favor. Déjame entrar.

Pasé a la habitación y me di cuenta de que temblaba como un flan. Sin decirle nada fui hasta el cuarto de baño, mi hermano roncaba ajeno a todo y eso me tranquilizó un poco. Ebba me siguió y cerró tras de mí.

—Necesito hacer pis —me senté en el wáter, me estaba reventando. Un escozor me hizo ver las estrellas— Oh Dios, ¡mierda!

Las lágrimas se me saltaron de nuevo. Era una molestia desagradable. No podía estar segura de lo que había pasado la noche anterior pero no pintaba nada bien. Ebba me miraba asustada. Me sequé y tenía rastros de sangre, podía ser que me hubiera venido el periodo, no sabía exactamente cuando me tocaba, pero no podía quedar mucho. No quise pensar peor.

Me quité el albornoz y la boca de Ebba se abrió sorprendida, no podía disimular las marcas, que no eran pocas. La mejilla me latía y me dolía todo. Me metí en la ducha.

—¿Qué haces? ¿Qué haces? No te duches, ahora mismo nos vamos a urgencias a que te examinen a ver quién te ha hecho esto. ¿Pero qué pasó a noche? ¿Dónde está Álvaro? —exclamó a susurros histéricos mientras tiraba de mi mano intentando sacarme de la bañera.

—No hace falta, Ebba.

Y lo entendió todo, pero no quería asumirlo y negaba con la cabeza. Yo agaché la mía y me zambullí, abriendo el grifo para darme una ducha rápida y poder vestirme, luego tenía que hacer algo, no sabía exactamente qué, necesitaba pensar con rapidez antes de que se despertaran Álvaro y Martín.

—Pero, ¿por qué? —me encogí de hombros sin mirarla, aún tenía que asumir lo que había pasado, no podía explicarle el motivo porque lo desconocía—. ¿Desde cuándo?

—Mira, a lo mejor no me vas a creer —dije saliendo de la ducha y tomando una toalla de la repisa para secarme con suavidad—, pero esto es la primera vez que ocurre. Además, estoy confundida, ni siquiera sé lo que ha pasado. Anoche bebimos mucho, igual me di algún golpe. No quiero pensar

que esto no sea más que un accidente, sumado a... bueno, no lo sé. Estoy confundida. Lo cierto es que Álvaro se ha vuelto algo violento últimamente y me da miedo.

—Oh Dios, tu hermano lo va a matar —Ebba se tapó la boca—. Tenemos, tenemos que ir a la comisaría.

—No voy a pasar por eso, no sabemos qué ha pasado, él no es así, tiene problemas con el alcohol. No pasa nada Ebba. Pero ahora que me he sincerado, no quiero volver a casa con Álvaro, no quiero vivir más con temor hacia él.

—Tú te vienes a Berlín con nosotros —dijo convencida—, ahora mismo pasamos por tu casa, coges lo imprescindible y vamos a sacarte billete. ¡Mierda! Tu madre tenía razón, algo grave pasaba y no habías dicho nada.

—No voy a irme a ninguna parte. Tengo un trabajo nuevo, puedo salir adelante yo sola —dije auto-convenciéndome.

—Esto no va a acabar aquí Adriana, ¿no lo ves? Si no lo denuncias, si no haces nada, que parece exactamente lo que has hecho hasta ahora, va a ir a peor, aunque lo dejes, aunque no estés en casa. Te buscará y volverá a hacerlo y puede que vaya a peor, eso no lo sabes.

—No puedo irme, el trabajo, Carlos... yo... no quiero.

—¡Mierda! —Ebba se levantó cabreada y me dejó sola en el baño, terminé de vestirme y cuando salí fuera mi hermano estaba levantado. Tenía puesto unos vaqueros y una camiseta y andaba descalzo hablando por el móvil. Había cogido mi DNI del bolso y le daba mis datos a la persona del otro lado.

Me enfadé, me enfadé mucho pero antes de hablar recapacité todo lo deprisa que pude, solo temblaba de pensar en un enfrentamiento entre mi hermano y Álvaro, o en Álvaro insultándome o pegándome, pero no sabía exactamente lo que había ocurrido la noche anterior, estaba muy borracha, quizás me caí, quizás... quizás... pero... me había forzado a acostarme con él, aquel dolor no era normal.

Acababa de empezar a trabajar, no tenía ni un céntimo ahorrado, no cobraría al menos hasta dentro de tres semanas y con una sola de las nóminas no podría buscarme un alquiler, tendría que pedir ayuda a Carlos o a mi

madre, y a ambos tenía que darles una explicación de lo que había sucedido para que quisiera marcharme tan rápido. Además cuando Carlos me viera llena de marcas y moratones iba a sacar conclusiones, no quería que él se enterara de lo que había pasado.

Carlos me había ofrecido su casa, pero me agobiaba la idea, no lo soportaba y no quería que me presionara, si algo iba mal todo se complicaría aún más. Y mi madre, bastantes problemas tenía para tirar con su salario de media jornada como para tener que dejarme un dinero, que estaba segura que no tenía y tendría que pedir favores aquí y allá.

¿Qué narices iba a hacer yo en Alemania? No había hablado alemán en la vida, tendría que quedarme de nuevo sin trabajo, encerrada en otra casa, dependiendo de mi hermano pequeño, su novia, su suegra, sin amigos, sin Carlos.

Entonces escuché lo que mi hermano hablaba por teléfono.

—Barcelona salida a las cuatro de la tarde, llegada a Gran Canaria a las seis y media, con el cambio horario, sí perfecto. Vale, gracias. Lo imprimiré antes de ir al aeropuerto. Gracias —mi hermano me miró preocupado y me agarró de la mano, tiró de mí para que me sentase frente a él en la cama—. No puedo meterme en medio de esto, Ebba me ha hecho un resumen, demasiado corto y demasiado abstracto que no entiendo, solo sé que tengo que alejarte de Álvaro, pero no puedo llevarte a casa de mi suegra así sin más, sin avisar, ni hablar las cosas. Nos vamos a casa de mamá a pasar unos días, para que pienses un poco con claridad en todo y luego decidas lo que quieres hacer.

—Yo... yo... —me quedé sin palabras. No podía volver a casa de mi madre, cómo iba a explicarle todo aquello, no quería separarme de Carlos.

—Si me dices que no iré yo mismo a la comisaría, te arrastraré conmigo si hace falta y denunciaré lo que me ha contado Ebba —me amenazó y sabía que lo decía en serio.

Salimos de la habitación, Álvaro no había dado señales, si se había despertado no había tenido el valor suficiente para salir a buscarme. Cogimos un taxi hasta mi casa donde metí rápidamente en un par de maletas de viaje la ropa más buena que tenía, los efectos personales que no quería perder y poco

más. No abrí la boca en todo el camino. No estaba feliz ni tranquila. No quería alejarme de Carlos pero en ese momento no podía pensar con claridad qué era lo mejor que podía hacer.

Para cuando me subí al avión me animé a pensar que Carlos me iba a odiar tanto cuando supiera que me había ido sin más que no querría volver a saber de mí y eso lo facilitaría todo. Todavía no estaba enamorada de él, ¿verdad? *No lo quieres, no lo quieres. No es más que una fantasía*, me dije. Tenía un contrato, se suponía que al día siguiente a las ocho de la mañana tenía que estar en la oficina de nuevo, para entonces ya estaría en Las Palmas. No quería pensar, no podía pensar. Estaba cansada y dolorida. Mi hermano me dio un ibuprofeno y una botella de agua helada que bebí casi de un trago antes de apoyar la cabeza en la butaca del avión y quedarme completamente dormida. Justo antes de pensar que cuantos más kilómetros ponía de por medio entre Álvaro y yo más aliviada me sentía.

Capítulo 12

Eran las seis de la mañana y estaba despierta. Me envolvían mis antiguas y reconfortantes sábanas, que olían a flores, al suavizante de siempre, a hogar. Con la vista clavada en el immaculado techo del que hasta hacia unos años había sido mi dormitorio le daba vueltas a la cabeza, la noche anterior había sido agradable: ver a mi madre, abrazarla, mirarla a los ojos. Sentí alivio reflejado en su rostro, ella sabía que ocurría algo aunque yo se lo ocultara y aunque había intentado evitarlo, al final había terminado huyendo bajo su cobijo. En aquel momento no me sentía nada bien porque tenía demasiadas cosas en la cabeza, sabía que aquello era lo mejor, tenía que haberlo hecho mucho antes. Aparcar mi orgullo y hablar con mi madre, con mi familia, pedir ayuda y decirles que no era feliz, que necesitaba separarme de Álvaro.

Agradecí infinitamente que mi madre no me pidiera explicaciones, que ni siquiera me preguntase por las marcas en mi mejilla, el resto me encargué de que quedara a buen recaudo. Martín y Ebba tampoco parecían tener intención de sacar el tema, así que en definitiva podría ahorrarle a mi madre los detalles escabrosos que lo único que conseguirían sería hacerla sufrir. Acoplados en el sofá de nuestro salón, con mi cabeza en las piernas de mi madre mientras me acariciaba el cabello y hablábamos sin parar, comiendo chuches y chocolate a kilos, me sentí por primera vez en muchísimo tiempo en casa.

Ebba y Martín cambiaron con mucho gusto sus planes de pasar unos días en Barcelona conmigo y luego recorrer ciudades europeas por pasar el resto del verano en la isla, la familia unida al completo, amigos cerca. No era exactamente lo que habían planeado pero dormir bajo el mismo techo todos juntos provocaba en todos nosotros una sensación agradable y reconfortante. Había decidido pensar en positivo y buscar mi felicidad en aquellas pequeñas cosas. Desde luego, mi vida había cambiado mucho en dos días.

Mi móvil estaba apagado en la mesa de noche, lo desconecté según salí del hotel y no me había atrevido a encenderlo en ningún momento, de costado en la cama lo observaba intentando decidir qué hacer. En Barcelona ya había amanecido, Carlos estaría duchándose, en unos minutos se vestiría y sacaría a Bender a pasear y luego notaría mi ausencia y se extrañaría, quizás iría hasta la oficina y cuando no me viera por ninguna parte se iba a preocupar y si era

necesario iría a buscarme a casa, así que... tenía que enfrentarme a él antes de que él lo hiciera con Álvaro, no se lo iba a tomar bien, eso seguro. Me preparé para oír reproches mientras tecleaba el pin de mi móvil.

Esperé unos minutos, sonaron notificaciones de todo tipo, mensajes, llamadas perdidas, buzón de voz, WhatsApp. No miré nada de nada, no tenía fuerzas para aquello: Álvaro, sus desvaríos, sus disculpas, sus reproches o amenazas, ahora no.

Busqué el número de Carlos y dio la señal varias veces, imaginé que aún no había salido de la ducha, así que esperé unos minutos antes de volver a intentarlo. Respiré hondo para aliviar el nudo de mi estómago, probablemente sería la última vez que hablase con él, era lo mejor, al menos para mí, intenté convencerme.

—¡Hola! Chica, me coges empapado, un segundo —contestó al otro lado.

—Vale —respondí escuetamente y esperé paciente un momento. Al cabo de unos segundos estaba de nuevo al otro lado del aparato.

—¿Qué tal? ¿Quieres que vaya a recogerte? —preguntó y supe que sonreía. Suspiré antes de hablar. A la mierda todos mis sueños contigo, me dije.

—Carlos, tengo que contarte algo —no me apetecía nada sonreír así que no iba a hacerlo y darle un rodeo al asunto no serviría de nada.

—Oh, vaya. ¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

—Seguro que no vas a entenderlo —dije, aunque realmente no pensé que lo hubiera dicho en alto hasta que escuché su voz.

—Inténtalo —su sonrisa se había volatilizado.

—No voy a ir a trabajar —dije, intentando buscar una forma de explicar todo sin contarle nada.

—Vale, bueno, es un poco pronto para que te tomes días libres, pero entiendo que si estás intentando hacer las paces con Álvaro, además tu hermano ha venido a verte desde tan lejos... es eso, ¿verdad? —De pronto le cambió la voz, grave, asustada —no te está presionando para que dejes el trabajo, ¿verdad?

—Estoy en Gran Canaria —no sabía explicárselo, no podía. Mejor acabar pronto.

—¿Cómo?

—Que estoy en...

—Ya te he oído —me cortó—. ¿Me dejas tirado? —bufó, refunfuñó algo ininteligible—. ¿En serio, Adriana? ¿Desde cuándo sabías que te ibas a marchar? ¿Por qué no me lo dijiste? Te lo pregunté expresamente. ¿Por qué? —con cada pregunta sonaba más enfadado—. Mierda, Adriana. ¿Por qué?

—Te voy a hacer un resumen porque son las seis de la mañana y apenas he pegado ojo en toda la noche, estoy agotada y necesito dormir un poco. No me vas a creer, lo sé, pero no tenía pensado marcharme, ha surgido la oportunidad así de pronto y he dicho que sí, ya está.

—¿Y tu contrato? —yo sabía que era una pregunta a la desesperada porque la respuesta estaba clara.

—Lo siento. No voy a volver. Aún estoy en período de prueba, no necesito preaviso. Dadme de baja, por supuesto no espero que me paguéis ni un céntimo, sé que esto es muy poco profesional, pero no hay vuelta atrás.

—No pensé que fueras tan irresponsable —me reprochó tras unos segundos de silencio—. ¿Es porque intenté acostarme contigo? ¿Piensas que te estaba acosando? Joder, Adriana, nunca lo hubiera hecho si no hubiese pensado que era correspondido... Yo... yo, estoy avergonzado, esto es... lo siento.

—¡Carlos! —Le corté—, no digas tonterías. ¿Crees que me he sentido acosada por ti? Ni un solo minuto. No, no y no. No es eso.

—¿Es por el dinero? Ya te lo dije, si quieres dejar a Álvaro mi casa es tuya. Vivo en una casa gigante con un perro que cualquier día aprenderá a hablar para mandarme callar porque lo vuelvo loco. No me gusta vivir tan solo, hay muchas habitaciones, tú y yo nos llevamos bien, somos buenos amigos... quédate un par de días y luego vente a casa.

—No. Lo siento, no —y si hay algo que tenía claro era que no quería depender de él más incluso de lo que dependí un día de Álvaro.

—Vale... yo, no lo entiendo —volvía a estar molesto y supongo que seguiría estándolo porque no podía decirle más.

—Lo siento —me disculpé de nuevo.

—Vale. Adiós.

Me colgó el teléfono. Estaba enfadado pero no había sido tan malo como pensaba. No había habido gritos, al menos.

Me acerqué a la cocina y bebí un vaso de agua fría antes de volverme a la cama. Tan solo apoyé la cabeza en la almohada y me quedé dormida de nuevo.

Sobre el medio día sentí unos brazos que me rodeaban y por un momento di tal respingo que pensé que iba a salirse el corazón. Por un instante pensé que quien me abrazaba era Álvaro, pero entonces abrí los ojos, observé mi habitación y vi a Ebba que me miraba sorprendida por el susto que acababa de llevarme. Me abracé a ella y empecé a llorar intentando no hacer ruido para que nadie pudiera escucharme.

Ella no decía nada, solo me acariciaba el pelo y así estuvimos un buen rato hasta que logré calmarme. Pensé en Álvaro y tenía una sensación contradictoria de alivio y por otra parte de preocupación. Estaba enfermo, deprimido, yo lo merecía, me había portado mal con él y ahora me había largado y lo había dejado solo. Lo quería. Bueno, quizás no con un amor romántico, pero sí que tenía un cariño especial hacia una persona con la que compartí tantos años de mi vida. Debería llamarlo, me dije, levántate de la cama y llámalo de una vez, me exigí.

Recorrí con la mirada la mesa de noche, la cama y el resto de la habitación, buscando dónde había dejado mi móvil. Al final Ebba suspiró, se lo sacó del bolsillo del pantalón y me lo tendió.

—Esta mañana te oí hablar por teléfono, por un momento pensé que hablabas con Álvaro y que ese... no sé cómo llamarlo, se me hace duro asumir todo esto, siempre lo he tenido en muy alta estima. Bueno, pensé que vendría a buscarte y te arrastraría con él o yo que sé, algo peor. Vine a hablar contigo pero me di cuenta de que te habías quedado dormida, así que me llevé tu móvil. Te he cambiado el número y te he formateado el aparato. Por tu bien. Sé que no sería difícil localizar su número, solo intentaba alejarte de

la tentación. Espero que tengas la suficiente cabeza como para no llamarlo. No sería buena idea que viniera a buscarte aquí.

Me incorporé en la cama y trasteé con el aparato. No estaban mis aplicaciones, ni mi agenda, ni mis fotos. Solo había tres números grabados: Mama, Ebba, Martín.

—Pero, pero... ¿Y Carlos? —pregunté desconcertada.

—Déjalo estar, Adriana. No es para ti. No tienes nada en común con él salvo kilos de tensión sexual no resuelta.

Por un momento iba a enfadarme, pero luego me di cuenta de que tenía razón. Borrón y cuenta nueva, es lo que tenía que hacer. Olvidarme de todo. Desconectar de Barcelona y seguir mi vida como si nunca me hubiese marchado. Buscaría algún trabajo y viviría con mi madre, eso me haría bien y seguro que ella estaba encantada.

Al fin asentí y le di un abrazo a Ebba.

Su decisión fue acertada porque los siguientes días pasé una especie de mono en el que me volví insoportable. De pronto pensaba que me había equivocado, que ni siquiera sabía con certeza lo que había ocurrido aquella noche y que Álvaro no tenía trabajo, yo debía estar allí con él, era mi novio, para lo bueno y lo malo, estaba enfermo yo le ayudaría. Otros momentos lo odiaba, lo maldecía, pero lo echaba terriblemente de menos y empezaba a recordar solo las cosas bonitas, tenía que repetirme una y otra vez lo que había pasado. Luego pensaba en Carlos, en el trabajo, en todo aquello y era peor. Me tuve que contener mucho, triste y enfadada toqueteaba el móvil a cada rato, pero al final lo soltaba. Si llamaba a Carlos en mi situación actual terminaría contándole todo lo que había pasado con Álvaro y eso tampoco sería bueno, pues ellos estaban cerca uno del otro y Carlos sabía dónde vivía Álvaro, se podía meter en problemas por mi culpa y nunca me lo podría perdonar.

Así que los días posteriores lloré, pataleé, me auto-compadecí un poco más pero en el fondo agradecía que Ebba me hubiera quitado la tentación de las manos. Realmente no era tan difícil localizar a Carlos por ejemplo, una simple búsqueda en Internet me daría el teléfono de la asesoría y localizarlo a través de él y a Álvaro, pues seguro que también encontraría alguna forma de

contactar, pero solo con el tiempo en que tardaba en pensarlo ya me arrepentía y me decía que debía dejar pasar el tiempo.

Una semana después tenía una horrible sensación de pérdida, como si se hubiera muerto alguien a quien yo quería mucho, no me daba cuenta de que lo que había muerto era mi vida, de la noche a la mañana, tenía que emprender un nuevo camino y dejar todo lo demás atrás.

Poco a poco me fui animando, ver a mis amigos de toda la vida y a la familia me ayudó a salir adelante. Nadie, absolutamente nadie me hizo preguntas. Era fácil imaginar que mi hermano y Ebba se habían encargado de dar las explicaciones pertinentes y habían advertido a todo el personal para que no me nombraran lo ocurrido y yo lo agradecía.

Al levantarme una mañana escuché sonar el teléfono fijo, al salir de mi habitación escuché a mi madre hablar y me acerqué al salón de dónde venía su voz, Ebba y Martín estaban a su lado tomando un café apostados en el sofá y ninguno se percató de mi presencia.

—Hola. No, Álvaro, no está aquí. Ya te dije que no está. Se ha ido a Alemania con su hermano... ¡Álvaro! A mí no me grites, te lo advierto —la voz de mi madre se volvió de hielo y yo, que escuchaba los gritos de Álvaro desde la otra punta de la habitación me llevé la mano a la boca ahogando un sollozo. Quería hablar con él, yo podía arreglarlo, el problema era conmigo y no quería que acosara a mi familia.

Me acerqué a ellos.

—Quiero hablar con él —susurré.

Mi madre cortó la llamada de repente y se me saltaron las lágrimas. Nadie dijo nada, todos con la cabeza gacha se centraron en remover su taza de café así que simplemente me retiré confundida a mi habitación, dónde me puse ropa cómoda y unas deportivas y salí de casa con unas cuantas monedas en el bolsillo, las llaves y mi móvil, necesitaba estar sola.

Desde que había vuelto de Barcelona no me había dedicado ni un solo minuto a escuchar música, temía que me hiciera sentir peor, así que ni siquiera me había molestado en descargar la aplicación de *Spotify* cuando Ebba formateó mi teléfono, lo hice mientras caminaba deprisa calle abajo. Respiré con alivio al introducir mi usuario y contraseña y encontrarme allí

con mi *playlist* de siempre. Sonreí y me puse los auriculares, lejos de entristecerme fue como aferrarme a lo único que quedaba de mí, sin pensarlo más comencé a correr bajando la calle principal y atravesé la estación de *guaguas* hasta llegar a la Avenida Marítima donde seguí corriendo.

Busqué en la lista *Efecto Pasillo*, necesitaba una inyección de positivismo y sus canciones siempre me llenaban de energía. El sol comenzaba a picar ya a esas horas, pero la brisa marina me reconfortaba. Corrí por toda la avenida, pasando la playa y llegando hasta el muelle, donde me paré a comprar una botella de agua que bebí observando los barcos que estaban afincados allí y a los trabajadores de la zona de aquí para allá.

Reemprendí el camino de vuelta a buen trote concentrada en la música, las zancadas y los latidos de mi corazón, debí hacerlo demasiado tiempo pues cuando me di cuenta había pasado hacía rato ya la zona por donde había accedido y llegaba a San Cristóbal. Notaba el sol quemando mi piel, me dolían los hombros que dejaban mi top al aire y supe que me estaba quemando. Paré agotada, agaché la cabeza apoyando las manos en mis muslos e intenté recobrar el aliento. Mi corazón latía fuerte y deprisa y las gotas de sudor caían al suelo alrededor de mis deportivas.

Decidí acercarme dando un paseo hasta el barrio pesquero, estaba todo muy tranquilo y desierto. Eran las once de la mañana de un lunes, por primera vez desde que había pisado la isla me sentía bien de verdad. Había logrado dejar la mente en blanco durante un par de horas, había disfrutado del sol en mi piel, de la brisa del mar, del olor a salitre. La marea estaba baja y accedí a la pequeña playa de piedras en la que a esa hora no había nadie, tenía calor y aunque había parado de correr hacía rato, aún sudaba a mares, así que sin pensar me quité toda la ropa y me quedé en braguitas antes de meterme en el agua helada. Hundí la cabeza varias veces y nadé un rato. Salí fuera y dejé que el sol, que ya pegaba con fuerza seca mi piel y me arrullara reconfortándome. Apenas unos minutos más tarde me vestí y me encaminé dando un paseo hacia la Avenida Marítima de nuevo.

Cuando llegué a la altura de la *estación de guaguas* tomé el acceso hasta llegar al parque, donde en una terraza me pedí una cola light. Tranquilamente fui descargando *Apps* en mi móvil mientras degustaba la bebida fría, no era lo más sano para desayunar pero era lo que me pedía el cuerpo en ese momento,

así que la disfruté haciendo tintinear el hielo en el vaso de vez en cuando.

Sin pensarlo demasiado abrí una pestaña de *Google* y escribí *MBF Asesores* en la casilla de búsqueda. Tardé unos diez segundos en tener el número de teléfono en mi pantalla.

—MBF Asesores, ¿en qué puedo ayudarle? —reconocí la voz alegre y cantarina de Mónica al otro lado.

—¿Mónica? ¡Hola! Soy Adriana. ¿Me puedes pasar con Carlos, por favor? —pregunté con un pequeño temblor en mi voz.

—¡Adriana, cielo! ¡Qué alegría oírte! ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —noté que bajaba el tono de voz y hablaba en susurros—, en la oficina se especula de todo, hasta que Carlos te acosó y te largaste del trabajo sin avisar.

Suspiré.

—Es una historia tremendamente larga, pero no, para nada. Carlos nunca se ha portado mal conmigo. ¿Puedo hablar con él? Por favor, dame tu número de móvil y en otro momento te llamo y nos ponemos al día.

Mónica me dio el número y siguió hablando, seguía sin pasarme con Carlos y yo empezaba a desesperarme.

—Mónica —le corté—. Necesito hablar con Carlos, es urgente.

—Ay Adriana... es que, no puedo. No puedo pasarte con él —noté un deje amargo en su voz.

—¿Por qué no puedes? —pregunté extrañada.

—Es que... ay, me caes bien, no me gustan estas cosas y más si no las entiendo, como es el caso. La cuestión es que ha prohibido expresamente a todo el personal que le desvíen llamadas tuyas.

—¿Cómo? —palidecí, no esperaba eso de él.

—No sé más, cariño.

—Oh, vale. Yo... vale —dije al fin resignada.

—Llámame, ¿vale? Quedemos para tomar un café, ¿puedes esta tarde? Y nos ponemos al día.

Me reí.

—Cielo, no estoy en Barcelona. No puedo quedar esta tarde. Pero te llamaré, ¿vale? Y hablaremos largo y tendido. Ya te contaré.

—Anda, pues vale. Ya me contarás —respondió sorprendida.

Capítulo 13

Desde ese día instalé unos hábitos en mi vida que ya me habían ayudado una vez, salía cada mañana a correr cuando los rayos de sol se asomaban tímidamente en la isla. Ebba me había insistido para que la dejara acompañarme, pero prefería ir sola, con mi música, mi ritmo, hasta donde yo quisiera. Cambiaba de vez en cuando la ruta y nunca me aburría.

En cuanto llegaba a casa, después de una reconfortante ducha, me sentaba delante del ordenador a buscar trabajo. Mi madre había insistido en que me tomara el verano de descanso, pero ya había descansado demasiado durante tres años, necesitaba volver a trabajar para establecer una rutina que me ayudara a olvidarme de todo. El primer pensamiento cada mañana era para Carlos y el último también, a veces me sorprendía perdiéndome en fantasías sexuales que me llevaban a buscar mi sexo con desesperación y desahogarme hasta que un clímax rápido y eficaz me dejaba relajada. ¿Entre nosotros solo había tensión sexual no resuelta? Él se había portado bien conmigo, entendía que estuviera enfadado porque no sabía nada de lo que había pasado y, a pesar de ello, prefería que no lo supiera. Además había llegado un punto en el que no sabía si todo lo había exagerado yo en mi cabeza para no sentirme tan mal por lo de Carlos o realmente había sido tan grave. No creía en absoluto que solo fuera deseo, tensión sexual. Él me gustaba, cuando estaba cerca cualquier roce o mirada producía en mí un pellizco característico en la boca del estómago y cuando me acordaba de él, de los besos en su casa mientras desabrochaba mi blusa me volvía la misma sensación. Lo echaba de menos, su conversación, los desayunos en su casa, los paseos con Bender por el parque, su olor por las mañanas, su aspecto impecable cada día en la oficina, su expresión seria mientras tecleaba y su sonrisa cuando captaba mi mirada. Lo extrañaba.

Dispuesta a insistir hasta hablar con él se me ocurrió que podía buscar el número de su casa en las *Páginas Blancas* a través de Internet, no debería ser difícil dar con él. Ya había tomado tiempo y distancia y no lo olvidaba, no sabía cómo explicarle lo que había pasado sin contarle nada pero necesitaba escuchar su voz de nuevo. Efectivamente en pocos minutos tenía su nombre, dirección y teléfono delante de mis narices.

Sobre las nueve de la noche de un día cualquiera aproveché que mi madre había salido con unas amigas y podría hablar con tranquilidad. Fui hasta el fijo de casa y estuve al menos quince minutos delante pensando si debía hacerlo o no. Marcando y cortando antes de que diera la señal. Quizás debería dejarlo pasar, pero no quería. Finalmente tragué fuerte y marqué. Sonó varias veces, ya estaba a punto de cortar cuando escuché una voz al otro lado.

—¿Sí, diga? —solo que aquella voz no era la de Carlos, era la de una mujer.

Corté rápido, sin hablar. El corazón se me aceleró. Volví a marcar el número, segura de que lo había hecho mal

—¿Si? —la misma voz que segundos antes me respondía.

Volví a cortar sin responder. Me agobié. Me desesperé y un estúpido ataque de celos me embargó. Le di vueltas a la cabeza durante la noche. A lo mejor era la chica de la limpieza, ¿a las diez de la noche?, me pregunté, era improbable. ¿Algún familiar? ¿Una hermana? Quizás no era nadie.

Me puse el despertador a las siete. En cuanto sonó lo paré y marqué el mismo número que la noche anterior esta vez desde mi móvil para evitar que nadie me escuchase salir de la habitación y hablar por teléfono.

—¿Sí, buenos días? —una voz femenina respondía extrañada al otro lado.

Volví a cortar y recapacité. ¿Para qué lo llamaba? ¿Qué quería de él? Volver a Barcelona para mí era inviable, llamarlo sin querer contarle la verdad no me iba a ayudar en nada. Así que simplemente desistí y lo dejé estar. Además si estaba con otra mujer para qué molestarlo.

Decidida me volví a tumbar y me tapé con las sábanas, rememoré sus besos, sus ojos mirándome con deseo, esa chispa simpática, sus dedos buscando mi piel a través de mi ropa. Cerré los ojos y busqué mis pezones bajo mi camiseta, los pellizqué con suavidad y recorrí despacio mi piel desde ahí a mi entrepierna, para cuando llegué estaba húmeda, visualizaba a Carlos encima de mí, desnudo, a punto de entrar en mi cuerpo. Acaricié mi sexo y me penetré con dos dedos moviendo las caderas y susurrando su nombre hasta que alcancé el clímax. No me sentía mejor. Lo seguía echando de menos. ¿Y si hablaba con él una última vez? No me gustaba que hubiera ordenado que no le pasaran llamadas mías, no me gustaba que ya estuviera

con otra mujer. Cierto que nosotros no teníamos nada pero... no era justo, me gustaba, lo quería.

Volví a marcar notando un nudo en la garganta.

—¿Sí? —la mujer parecía ya enfadada.

—Buenos días. ¿Podría hablar con Carlos? —hablé rápido, medio tartamudeando, nerviosa.

—No, él no está. ¿Quién eres? —la voz de la mujer pareció relajarse al obtener respuesta al fin.

—Mi nombre es Adriana Vidal, ¿podría dejarle un recado para que se ponga en contacto conmigo?

—¿Adriana? ¡Hola! Soy Isabel —me quedé sin respiración. ¿Qué hacía su ex en su casa a última hora de la noche y primera de la mañana? No hacía falta ser muy listo para sacar conclusiones. No supe qué contestar— Isabel, de MBF asesores.

—Sí, sí. Hola Isabel. Eeehh... —no se me ocurría nada agradable que decirle —. ¿Puedes tomar nota de mi nuevo número para dárselo a Carlos?

Le facilité mi número de móvil y le di las gracias antes de colgar. ¿Había vuelto con su ex? Quizás solo se había acostado con ella, sexo esporádico y sin compromiso, eso dolía menos... pero ella estaba casada, ¿desde cuándo eso era un impedimento?, me recliné, cada vez menos triste y más enfadada.

Ese día, después de correr, desayunar algo y pasar por la ducha, me tiré en el sofá a hacer zapping. Mi madre no estaba y yo no estaba de humor para nada. Pasé canales sin ton ni son, di una cabezada y di un respingo cuando mi móvil sonó sacándome de mi letargo. El corazón se me puso en la garganta cuando descolgué aún medio adormilada.

—¿Sí, buenos días? —contesté con un hilo de voz.

—Buenos días, le llamo de P&P supermercados por un currículum suyo que hemos recibido —una voz de hombre me habló al otro lado.

—Ah sí, dígame —me espabilé de golpe.

—¿Puede pasarse mañana a primera hora por las oficinas centrales?

Haremos una prueba, necesitamos cubrir varios puestos para sustituir las vacaciones de verano del personal de caja. ¿Le interesa? —habló de forma mecánica como si se hubiera aprendido el repertorio y lo hubiera soltado ya unas cien veces.

—Sí, claro —anoté la dirección. No es que un trabajo de cajera fuera el sueño de mi vida, pero como si lo fuese, que me llamaran para una entrevista era un gran paso y di saltos de felicidad en el sofá.

Unos días más tarde empezaba a trabajar en un supermercado cercano a casa. Me habían dicho que como se necesitaban cubrir vacaciones en varias tiendas de la capital, mi contrato se extendería hasta finales de septiembre o incluso mediados de octubre y luego, pues ya se vería. Era un comienzo.

De nuevo tenía una oportunidad de empezar de cero, con mi uniforme y una sonrisa entré por la puerta de mi nuevo trabajo.

Con mi nueva rutina tenía tiempo de ir a correr, había bajado mucho de peso en las últimas semanas y el uniforme de cajera me sentaba bien, elegí falda en lugar de pantalón, pensando en Carlos, en que si él estuviera allí conmigo hubiera preferido verme las piernas. Me sentía guapa y sexy. El horario de trabajo era bastante cambiante, pero no me importaba, no tenía otras responsabilidades ni otra cosa que hacer.

El día que recibí mi primera nómina me acerqué a un cajero automático para retirar algo de dinero, en mi cuenta corriente había unos quinientos euros que antes no estaban, al comprobar los movimientos vi que constaban como Nómina y finiquito en MBF Asesores. Al final me habían pagado y ni me había enterado. Me encogí de hombros. Fui hasta una pastelería cercana y compré una bandeja bien cargada para celebrar con mi madre mi primer sueldo.

—Mmmm esto está delicioso —se recreó mi madre degustando el pastel que acaba de morder.

—Mmgrrrrrffffmmmm —respondí con la boca llena dejando los ojos en blanco.

Le di un sobre a mi madre con buena parte de lo que acababa de cobrar, ella sabría administrarlo mejor que yo, había facturas que pagar y compras que hacer. Mi madre lo rechazó de lleno.

—De eso nada, guárdalo, es tuyo —exigió.

—No, no. No pienso vivir aquí de gorra —volví a tenderse.

—No vives de gorra, eres mi hija. No necesito ese dinero, las facturas están controladas. Piensa en algo útil que hacer con él.

—¿Qué hay más útil que pagar los suministros de casa? —reí.

—Guárdalo, cariño. Piensa en algo que te apetezca hacer y hazlo.

Y se me encendió una lucecilla en la cabeza. Siempre había querido estudiar Relaciones Laborales, pero hasta ahora nunca había tenido ocasión ni dinero para hacerlo. Ahora tenía un trabajo que me permitiría ahorrar durante unos meses y estudiar. No quería matricularme de forma presencial porque necesitaba trabajar, si no en ese, en otro trabajo, pero podía apuntarme en la modalidad *on-line* e ir haciéndolo a mi ritmo. Ahora mismo no tenía gastos y no me apetecía derrochar el dinero, era una buena forma de invertirlo y mi madre me apoyó feliz de mi decisión. Por primera vez en mucho tiempo volvía a estar ilusionada.

Capítulo 14

—Hola, piernas —me saludó Fernando, un compañero que trabajaba de cajero en la nueva tienda de la cadena en la que llevaba unos días sustituyendo una baja que me habían asegurado se alargaría algunas semanas. Me llamaba así porque era la única compañera que llevaba falda, todas las demás habían elegido pantalón con el uniforme. Había bajado aún más de peso desde que había empezado a trabajar y pedí que me lo cambiaran por una talla menos, aun así seguí decantándome por la falda porque me sentía guapa y sexy con ella—, ¿te apetece hacer algo mañana por la noche?

—No, gracias, Fernando —sonreí y lo rechacé amablemente. Me caía bien, era un chico simpático, joven, no aparentaba tener más de veinte años. Pelirrojo, con el cabello algo largo, suave y sedoso, parecía mejor cuidado que el mío incluso. Los ojos grandes color miel, unas pocas pecas asentadas en su nariz y mejillas, y una sonrisa pícaro que se contagiaba fácilmente con dos hoyuelos que le daban un aspecto encantador, de no haber roto un plato en su vida. Una pequeña pelusa a forma de barba que lejos de hacerle parecer mayor, le daba un aspecto más aniñado, sensual, pero pueril.

—¿Por qué no? No seas sosa —rechistó.

—Soy un poco mayor para ti —sonreí y Fernando soltó una buena carcajada.

—Pero chiquilla, ¿tú qué edad tienes? ¿Cuarenta? Te conservas bien —bromeó.

—Ja y ja. Veinticinco —sonreí.

—¡Madre mía qué mayor! —Fernando se burló—. Anda tonta, si solo tienes un par de años más que yo. Venga, hagamos algo, no puede ser todo trabajar.

—Es que no me apetece, de verdad, Fernando. No me parece una buena idea.

—No me digas que no, no seas aburrida. Llamaré a unos cuantos compañeros y nos vamos por ahí en plan cervezas y picoteo y más cervezas y luego... más cervezas. Charla agradable y distendida, desconectar del estrés

de la semana.

—Pues la verdad es que no suena mal —no me apetecía mucho, pero podría conocer un poco más a otros compañeros del súper.

—Bien, piernas, bien —me dijo sonriendo—, ¿tienes coche o a tu edad ya te han retirado el carnet de conducir?

—Adriana, no piernas. Estás gracioso hoy, ¿no? —Rechisté colocándome el bolso al tiempo que él cerraba la reja del establecimiento—. No tengo coche.

—¿Te recojo en mi moto? —debí poner cara de haber chupado un limón porque se partió de risa.

—No, Fernando, gracias. Tú me dices el sitio y yo voy cómodamente en el transporte público —sonreí.

—Anda que no eres carca ni nada. Ven, te llevo a tu casa y así compruebas que conduzco como una persona adulta y responsable —me guiñó un ojo tirando de mi mano. La verdad era que lo que me daba miedo no era la moto, ya había montado en infinidad de ocasiones, sino la cercanía con alguien que insistía tanto en verme fuera del trabajo.

Me reí y lo seguí, al fin y al cabo eran cerca de las diez de la noche y estaba agotada después de un turno bastante movidito, estaba deseando llegar a mi casa, ponerme el pijama y tirarme delante de la tele a ver cualquier basura mientras vaciaba la nevera. Sacó un casco del maletero y me lo tendió. Me subí sin pensarlo demasiado, me agarré a los lados y en unos diez minutos llegamos a casa de mi madre.

—Gracias, Fer —le di el casco y se quitó el suyo.

—Eh, eh, eh... que a mí solo me llama Fer mi abuela —rio—. Bueno, vale, como tú eres como una abuela abducida en un cuerpo de una joven preciosa te lo paso —me ruboricé pero no le dije nada, le di dos besos—. ¿Mañana vienes conmigo? los dos volvemos a tener turno de tarde, así que vamos después del trabajo. Los chicos nos esperan en un bar cercano.

—Bueno, vale. Pero si te tomas una sola copa no pienso volver en tu moto.

—Yo no bebo, piernas bonitas. No me gusta el alcohol, solo cerveza *sin* o cola —dijo poniéndose el casco y supe que escondía una sonrisa de satisfacción porque había conseguido lo que quería.

—Oye, tú, simpático, que me llamo Adriana. ¿No te gusta o no tienes edad para beberlo? —bromeé y se volvió a quitar el casco.

—Muy bien Adriana, vamos progresando, ya te parezco simpático al menos —contestó ignorando mi burla.

—No seas tonto —sonreí y me ruboricé agachando la mirada porque no la apartaba de mis ojos y me estaba intimidando.

—Hasta mañana, Adriana —se volvió a poner el casco.

—Hasta mañana —me giré para entrar en mi portal y volví a darme la vuelta antes de que arrancara—Oye y gracias —asintió con la cabeza—, no solo por traerme, sino por todo, en el trabajo eres buen compañero, me has hecho sentir bien. Gracias.

—¿La he hecho sentir bien, señora? —volvió a quitarse el casco. Al parecer no tenía pensado irse nunca.

—Sí, apenas llevo unos días en la tienda y me siento muy a gusto, hay buen rollo, buen ambiente. Me gusta trabajar con vosotros.

—Estaba pensando —sonrió al decirme—, que mi abuela cuando se despide de mí me da como veinte besos.

Solté una carcajada y me arrimé a él, me pasó la mano por la cintura y acerqué mi cara a la suya dispuesta a darle un beso de abuela de esos en cadena. Seguía intimidándome, me miraba a los ojos y también a la boca. Debía admitir que sentía cierta predilección por los pelirrojos y que Fernando era muy guapo, así que sin pensarlo, me atreví a rozar mis labios con los suyos. Me apretó de la cintura para que no me apartara y coló su lengua en mi boca, buscando la mía con desesperación.

Me aparté un poco, él no soltaba mi cintura, mi pecho subía y bajaba con rapidez, de pronto me sentía húmeda. ¿Cómo podía ser? Si hasta hace unas horas me parecía un crío.

—Oye, que... no me parece buena idea —dije, pero él ignorándome

volvió a besarme y yo le dejé hacer unos segundos más hasta que lo aparté suavemente—, es que trabajamos juntos y yo...

—¿Túúú? —me preguntó a susurros sin soltarme, se mordió el labio esperando a que yo contestara pero no encontraba las palabras, me había perdido en ese mordisco y quería devorarlo allí mismo— ¿Qué ibas a decir? ¿No quieres complicarte la vida?

—La verdad es que no, lo último que me apetece es complicarme la vida —y me aparté un poco más.

—Bueno, yo tampoco. Solo pretendo que una mujer tan mayor como tú me enseñe todo lo que sabe hacer.

—¿Sin complicaciones? —le pregunté sopesando la posibilidad de divertirme un rato, pues ya me tocaba.

—Sin complicaciones —me besó de nuevo y necesitaba tanto aquella sensación que estaba a punto de arrancarle la ropa allí mismo y hacerlo en el portal de mi casa si hacía falta—. Sube —me tendió el casco de nuevo. Le hice caso, abrazándome a su espalda y cuando arrancó bajé la mano hasta su entrepierna que estaba dura como una piedra, me empapé, literalmente, me empapé. Me gritó para que pudiera escucharlo —Mientras conduzco no, Adriana, no quiero tener un accidente. Escucha, no puedo llevarte hoy a casa, está mi hermano pequeño con unos amigos haciendo una fiesta de niños, seguramente hartándose a porros y alcohol de garrafón —habló más bajo ahora que habíamos parado en un semáforo y lo escuchaba mejor.

—Oh, vaya y, ¿a dónde vamos?

—Improvisemos —contestó antes de arrancar.

Era tarde, debía rondar la media noche ya, las calles estaban tan desiertas como el parque donde acabábamos de aparcar. Normalmente, por el día, era una zona muy concurrida, pero la noche había caído hacía horas y no había nadie allí. Tiró de mi mano y caminó decidido, sin mirar atrás, sin mirarme a mí.

Subimos unas escaleras que nos llevaban a una zona más alejada del parque que normalmente servía de acceso a una estación de *guaguas* a unos pocos metros de allí, que a esa hora ya estaba cerrada. Había poca

iluminación, algunos árboles aquí y allá y bancos de cemento. No solo no había nadie sino que no se oía ni un solo ruido, un sitio en el que no me gustaría nada estar a esas horas si no fuera acompañada.

Fuimos hasta uno de los bancos más apartados y escondidos, se sentó, poniendo una pierna a cada lado y tiró de mi mano para que hiciera lo mismo frente a él, tuve que remangar un poco la falda para poder sentarme. Me agarró por los muslos y levantó mis piernas moviéndose, hasta dejarlas encima de las suyas. Mi sexo rozaba el suyo a través de la ropa y se me escapó un gemido, a cambio me regaló una media sonrisa que hizo que un pellizco fuerte apareciera en la boca de mi estómago, antes de devorarme a besos. Desabrochó los primeros botones de mi blusa y coló sus manos por mi sujetador, bajándolo un poco para poder acceder a mi pecho, lo pellizcó con suavidad. Me mordí los labios, para no gemir como una loca en medio de un parque abandonado, cuando su boca caliente buscó con desesperación uno de mis pezones, al tiempo que colaba su mano entre mi ropa interior, hundió los dedos empapándose de mi sexo y acarició mi clítoris. Jadeé lo más bajito que pude, mirándole esta vez a los ojos, en otro momento eso me hubiera hecho morir de la vergüenza, pero él se mordía el labio mientras me hacía disfrutar y eran unas vistas tan maravillosas que me dejé llevar.

Noté cómo mis músculos se tensaban y se contraía mi sexo cercano al orgasmo. Paró de moverse y me ayudó a quitarme las bragas sin cambiar mi postura, cosa harto difícil, y terminaron por rasgarse.

—Ay, lo siento Adriana —palideció y paró lo que estaba haciendo.

—Son una jodidas bragas, no importa... ven aquí —le desabroché el cinturón mientras él me miraba divertido—, ¿qué?

—Mmmm... me gustan las señoras mayores que sueltan tacos.

—Anda, calla —le besé mientras terminaba de desabrocharle.

Se puso un preservativo y me coloqué muy cerca para facilitarle la entrada. Me penetró despacio, y aunque en ese momento mi cuerpo me exigía velocidad y ritmo le dejé hacer. Sentí como me llenaba completamente de él. Me agarró por la cintura haciendo que me moviera al ritmo que él necesitaba, con esa postura notaba el roce en mi clítoris y estaba a punto de acabar. Mis jadeos se volvieron más intensos y me ayudó a moverme con mayor

profundidad hasta que no pude soportarlo más y todo mi sexo se convulsionó.

—Síí, preciosa, apriétame, sí... —susurró entre gruñidos. Eché la cabeza hacia atrás para disfrutar de cada uno de los espasmos de un intenso orgasmo. Me sujetó fuerte por la cintura y se incorporó, haciendo que me agarrara rápidamente al banco para no caerme. Se movió con mayor rapidez e igual profundidad, a cada embestida sentía que me llenaba completamente. Coló su mano en mi entrepierna y me acarició de nuevo, quería pararlo porque no soportaba más el roce, pero no podía soltar las manos para no caer y pronto dejó de molestarme—. Estás preciosa y quiero que te corras de nuevo para mí.

Sus palabras surtieron efecto, no podía controlar el movimiento, solo mantener mi cuerpo con los brazos que ya me temblaban, esperaba que no me diera un calambre. Me dejó ir y luego noté cómo terminaba él. Unos segundos después salió con cuidado y me dejó con suavidad sobre el banco, apoyó su frente sobre la mía y me besó en los labios.

En una papelería cercana tiró el preservativo usado y lo observé colocarse la ropa. Me abotoné la blusa empezando a avergonzarme. Había echado el polvo del siglo con un compañero de trabajo en mitad de un sitio público sin cortarme un pelo. ¡Ay Dios! ¡Qué vergüenza!

Aún me temblaban las piernas y mi pulso se tomaba su tiempo para estabilizarse. Estiré lo mejor que pude la falda y me acerqué a la papelería a tirar mis bragas, se habían quedado inservibles.

—Oye, Fer... que... me voy caminando a casa, nos vemos mañana. ¿Vale? —me miró sorprendido.

—Lo he tenido que hacer de pena para que no me dejes ni acercarte hasta tu casa —dijo escrutándome con una media sonrisa.

—No es eso, tonto, es que, no tengo ropa interior e ir en moto...

—Joder, calla, que me vuelvo a poner —me interrumpió, acercándose de nuevo y cubriendo mi boca de besos durante largo rato, fue hasta mi cuello y me devoró a pequeños mordiscos—, ¿tienes prisa? —preguntó colando las manos por debajo de mi falda y apretando mis nalgas.

Cuando se dio cuenta de que no iba a contestarle me giró de espaldas a él

y me apoyó en el muro que estaba a nuestro lado. Lo sentí trastear con un preservativo y segundos después volvía a penetrarme, despacio primero, fuerte después. Estaba incómoda en esa postura y sabía que no iba a terminar, pero le dejaría hacer y así quedaríamos empatados.

—No me pienso ir sin ti —susurró como si me leyera la mente. Salió de mí me volvió a girar y me agarró por los muslos empujándome contra el muro que había quedado detrás de mí, dónde me ayudó a subir y quedar sentada frente a él. Volvió a entrar despacio, estaba duro como una piedra y me hacía contraerme. Me miraba a los ojos y gruñía algo ininteligible. Pasé una mano entre mi cuerpo y el suyo, en búsqueda de mi clítoris, que estaba sensible, dolorido y abultado y no tardó en responder a mis caricias. Pronto me derretí en sus brazos, cuando notó que empezaba mi orgasmo se dejó ir él también.

—Oh Dios —le besé en los labios y acaricié sus hoyuelos que aparecían al sonreír—, ¿Cómo voy a poder trabajar ahora contigo tranquilamente? cada vez que te vea en el trabajo voy a visualizar esto.

—Mejor, así cada vez que nos apetezca estarás calentita y preparada para mí —dijo con una sonrisa y le correspondí—, creo que ya te he dejado lo suficientemente exhausta como para no pensar en ir “dando un paseo” en medio de la madrugada hasta tu casa. Y no me digas que no porque no me quedan condones.

—No, que va —reí a carcajadas—, nada de paseos. Llévame a casa por favor, estoy agotada.

Me dejó en el portal y entré sigilosa. Mi madre veía la tele en el salón y sacudí un poco mi ropa antes de pasar. No me quedaba más remedio que cruzarme con ella, para ir a mi habitación tenía que pasar por allí.

—Hola cariño. ¿Qué tal la jornada? Ya estaba preocupada —me preguntó mi madre en voz baja para no molestar a los demás.

—Buenas noches, mamá. ¿Qué haces despierta todavía? Son más de las dos —me acerqué para darle un beso.

—Nada, haciendo zapping. ¿Y tú? ¿Lo has pasado bien? —me examinó con una sonrisa. Vaya con el sexto sentido de las narices. Miré hacia abajo y me di cuenta de que tampoco hacía falta ser muy inteligente, tenía la blusa

mal abotonada, por fuera de la falda. Ambas piezas bastante arrugadas, vamos que se notaba que de trabajar no venía precisamente.

—Eeeee... sí, la verdad es que sí —nos reímos las dos.

—Bien. Me alegro. Me voy a la cama —apagó el televisor con el mando y ambas recorrimos el pasillo.

Capítulo 15

Mi móvil sonó temprano y me dieron ganas de estamparlo. Estaba agotada, me dolía todo y tenía hasta agujetas. Sonreí al recordar la noche anterior, hacía siglos que no me sentía tan deseada y disfrutaba tanto y, desde luego, nunca me había acostado con otro hombre que no fuera Álvaro, pero Dios mío de mi vida, Fernando era una bestia, esos tíos que te hacían desear más y más de forma insaciable.

Contesté sin mirar la pantalla, por mucho que intentara abrir los ojos no podía enfocar la vista aún.

—¿Umgrrrrfr?

—¿Adriana? —Oí una carcajada al otro lado—, ¿qué te pasa?

Ahora sí me despegué el móvil de la oreja e intenté visualizar el nombre de la pantalla: Mónica.

—¡Mónica! ¡Hola cariño! —le dije realmente feliz de escucharla y me senté en la cama.

—¿Estabas acostada? Tienes voz de estar dormida.

—No, que va. No, no... Sí, la verdad es que sí —me reí—. Anoche salí tarde de trabajar y me entretuve con, digamos con algo.

—¿Te entretuviste con *algo*? —Soltó otra carcajada—, ya me explicarás cómo es ese entretenimiento que te has echado. ¿Estás trabajando? ¡Genial! Entonces te perdono que no me hayas llamado ni una sola vez, ya hace casi un mes que hablamos y aún estoy esperando tu llamada.

—Oh, es verdad. Lo siento, Mónica. ¿Qué tal todo por ahí? —me refería a Carlos, lo demás me daba igual. Entonces recordé que no me había llamado y me salió un puchero sin querer. ¿Se habría vuelto a juntar con su ex?

—Bien. Igual que siempre. Este mes esto es un muerto, no hay mucho trabajo y me aburro como una ostra —contestó.

—Estaba pensando —suspiré—, ¿todavía están prohibidas mis llamadas?

—Pues, no lo sé, cariño. Carlos no ha dicho nada más, así que supongo

que sí.

—Oh —dije decepcionada.

—Si me cuentas lo que pasó entre vosotros me jugaré el cuello y te pasaré a su extensión, eso sí, si viene a despedirme le diré que tú me engañaste y no sabía quién eras —hablaba divertida al otro lado de la línea.

—Vale, me parece justo. ¿Versión resumida o extendida?

—Hazme un resumen que no puedo estar toda la mañana pegada al móvil —espetó.

—Carlos se portó muy bien conmigo, me ayudó a resolver problemas que tenía con mi pareja, me ayudó a conseguir el trabajo, me ayudó en todo y lo dejé tirado y me vine a Gran Canaria con mi familia.

—Chica, demasiado esquemático, o me cuentas algo de provecho o paso de jugarme el cuello —rechistó y sabía a ciencia cierta que lucía esa sonrisa tan simpática y traviesa que me encantaba.

—Carlos me tenía loca, suspirando por sus huesos —se rio por lo bajini—, creo que él también estaba un poco colado por mí, pero yo tenía novio y tenía problemas muy serios con él. Al final los dejé colgados a los dos por mi bien.

—Vaya, así que esto es un asunto de faldas... —dijo pensativa al otro lado.

—No lo sabes tú bien —dije recordando con tristeza la falda de mi uniforme que Carlos había elegido.

—Espera —espetó.

—MBF Asesores —no me esperaba que me fuera a pasar con él tan pronto y mi corazón dio un vuelco al escuchar su voz. Supuse que no sabía que era yo, oía un tecleo de fondo. Lo imaginé serio, concentrado en la pantalla de su ordenador y recordé su sonrisa cada vez que mi cabeza se perdía entre los recovecos de su cuerpo.

—No me odies —silencio al otro lado, el ruido de teclas también cesó—. Carlos, soy Adriana. No te enfades con Mónica, la he engañado para que pasara la llamada —silencio— Carlos, me gustaría contarte lo que pasó para que me marchase de Barcelona.

—Ya no me interesa —y me colgó. Sin más, me colgó el teléfono. Me quedé mirando el móvil y por un momento deseé no haber contestado la llamada de Mónica.

Me acosté y enredé mis piernas con las sábanas, deseando que pudiera coger el sueño de nuevo. A los cinco minutos mi móvil volvió a sonar.

—Dime, Mónica —respondí, dándome golpes en la frente con la palma de mi mano.

—Creo que no ha ido muy bien, ¿no? Le he oído salir y tenía una cara de malas pulgas impresionante. Ha venido y me ha ordenado que no le pase ninguna llamada más en todo el día, se ha encerrado en el despacho y ha pegado un portazo de cuidado.

Se me saltaron las lágrimas, no solo por el hecho de que estuviera enfadado conmigo, sino porque él era un jefe simpático y alegre, que se preocupaba de sacarle una sonrisa a sus empleados, no solo a mí, lo había visto actuar decenas de veces con los demás. Por mi culpa iba a tener un día de mierda él y todo el que estuviera cerca, le había hecho enfadar.

—No, no ha ido muy bien —me limpié las lágrimas que caían.

—Pues sabes que te digo, que si no le puedo pasar ninguna llamada a él e Isabel está de vacaciones, no tengo nada que hacer, así que quiero la versión extendida.

—¿En serio?Es que necesito dormir un poco —protesté sin ganas de hablar.

—Ya dormirás esta noche, venga, cuéntamelo —exigió.

—Vaaaale, pero no tengo intención de dormir esta noche, que lo sepas. Te contaré todo si me prometes que no se lo dirás a nadie, a nadie Mónica. Ni a Carlos, ni a Isabel, a nadie —ella rio.

—Soy una tumba —dijo al fin y me arranqué a hablar.

Le conté todo. Todo. Todo. Sentada en mi cama, con las piernas cruzadas, concentrada en las uñas de mis manos, le relaté desde que salía a correr cada mañana y pasaba a posta siempre a la misma hora por el parque para tropezarme con él, que me gustaba y había tenido unos sueños eróticos

increíbles antes de que cruzáramos palabra. Todo. Cómo se acercó la primera vez y por qué, cómo me había conseguido un puesto de trabajo en su empresa. Cómo nos habíamos besado, su primer beso sabor bombón. Ella suspiraba al otro lado dejándome hablar y yo también lo hice al sentir de nuevo esa presión en la boca del estómago que volvía cada vez que recordaba ese instante. Le hablé del vestido que me había regalado. Los desayunos y almuerzos en su casa. Y por primera vez decidí contarle tal cual había sido. Álvaro, su desprecio, sus amenazas, sus empujones, sus agresiones, sus arrebatos de ira sobre todo después de verme besándome con Carlos.

—Para, para, para... —me interrumpió—, me estás diciendo que tu novio te trataba así y Carlos no hizo nada para solucionarlo.

—Mónica, Carlos no sabía nada, se lo oculté. No quería que se inmiscuyera o que me presionara para que dejase a Álvaro, no quería, no podía... —se me escaparon las lágrimas y le conté lo último, el detonante, el por qué ahora vivía en la isla y me había alejado con todo el dolor de mi alma de Carlos.

—Vaya. Ahora lo entiendo —Mónica estaba sorprendida y ya no sonreía, hubiera jurado que se había emocionado escuchándome.

—Es la primera vez que lo cuento, nadie sabe toda la historia, salvo tú.

—Qué responsabilidad —dijo seria.

—No tienes ninguna responsabilidad. Me has prometido que no se lo ibas a contar a nadie, así que ahora cuando colguemos, tú sigues trabajando como si nada y te olvidas de todo.

—Vale... se me ha quedado un mal cuerpo, no me esperaba nada de esto —y estaba triste de verdad, lo notaba y me sentía mal.

—¿Quieres que te cuente algo más alegre? —pregunté con una sonrisa.

—Por favor.

—Anoche eché el polvo de mi vida con un semidios del sexo que trabaja conmigo en el supermercado —Mónica soltó una carcajada y le conté con pelos y señales mi encuentro con Fernando—, lo pasé bien, nunca había tenido relaciones con otro hombre que no fuera mi ex y estuvo bien, muy

bien. Fue divertido y muy satisfactorio.

—Y... ¿sales con ese chico?

—¡No! Que va, ni quiero —reí—, es un crío, no es mi tipo para nada, pero es divertido, simpático y es muy guapo y la verdad es que... te advierto que va a sonar muy vulgar, me disculpo ya: echa unos polvos increíbles.

Ambas nos reímos, se me saltaron las lágrimas, esta vez por las risas. En dos días había tenido una terapia que me había hecho sentirme mucho mejor: Fernando y Mónica.

—Genial entonces, porque Carlos aún suspira por ti.

—No digas chorradas, si ni siquiera quiere hablar conmigo por teléfono —protesté.

—Tienes que verlo, desde que no estás está diferente, tenso, tirante, serio, antipático y exigente... un amor, vamos.

—Lo siento. Pero que no, Mónica, que no. Además, no cuentes nada, pero yo creo que entre él e Isabel hay algo de nuevo —la carcajada que soltó casi me deja sorda—, que sí, que lo estuve llamando a su casa y me contestó ella en varias ocasiones a horas intempestivas.

—Cuando Carlos se va de viaje Isabel suele ir a pasear al perro —me cortó Mónica.

—¿En serio? Pero cuando él estaba en Madrid y yo me quedé en su casa por allí no apareció nadie.

—La avisaría para que no fuera.

—¿Tú crees? —pregunté divertida—. Mira Isabel, no vayas a sacar a Bender, porque tengo a una adolescente en bragas y camiseta, comiéndose toda mi despensa tirada en mi cama, abrazada a mi perro.

Nos reímos las dos.

—Ups, sale el jefe, tengo que dejarte.

—Por favor, no le cuentes nada —le rogué, pero ella ya había colgado. Esperaba que no abriera la boca, no quería más problemas.

Volvió a sonar mi móvil y di un respingo.

—Hola piernas, digo, Adriana. ¿Qué haces? —respiré aliviada cuando escuché a Fernando al otro lado.

—Intentando que me dejen dormir, no sé por qué hoy todo el mundo tiene ganas de parlotear y me muero de sueño.

—Oh, perdona —dijo riéndose—. ¿Quieres venir a dormir a mi casa?

—Ni de coña.

—¿Por qué, mujer? —insistió.

—Adiós Fer, nos vemos después.

—Espera piernas, no me cuelgues —rio—. Mira, vivimos muy cerca y estaba pensando que como yo voy en moto a trabajar y tú vas caminando y hoy estas tan, tan, tan cansada, aunque yo ignoro el motivo. Igual querías venir en mi moto. Tenemos el mismo turno hoy, ¿te recojo?

—No tienes que hacer esto, Fernando. Lo bueno de los polvos sin complicaciones es que luego no te tienes que preocupar de que la otra persona esté bien o mal —espeté claramente. No es que yo tuviera mucha experiencia, pero hablaba por lógica.

—Mira que eres bruta. Te recojo luego. Adiós —y me colgó. Hundí la cabeza bajo la almohada. ¡Cabezota!

No tardé mucho en quedarme dormida de nuevo.

Capítulo 16

—¿Me puedes contar quien es ese *yogurazo* que está en el portal del edificio en una moto? —me preguntó Ebba con los brazos cruzados apoyada en el quicio de la puerta del baño, donde yo me maquillaba para irme al trabajo.

—¿*Yogurazo*? No sé de qué me hablas —me hice la loca.

—¿Te has ruborizado? ¡Tía! Te has ruborizado. Vengaaa, cuéntamelo —no respondí, seguí haciéndome la raya del ojo con el *eye liner*—. No seas bruja, tiene el mismo uniforme que tú.

—Pues la falda ha de quedarle como una patada en la entrepierna —contesté al fin entre risas.

—No como a ti —me dio una torta en el culo—, que te estás poniendo cañón.

—Anda bobá, no seas pelota. Se llama Fernando, ¿quieres que te lo presente o qué?

—Nooooo ¡idiota! —Se carcajeó—, pero está buenísimo.

—Sí, un poco.

—¿Yyyyyy? —intentaba sonsacarme.

—Y no veas los polvos digo... no veas como hace el amor. ¡Ay! ¡Jolín! —de la risa me había temblado el pulso y la raya del ojo quedó hecha un desastre. Tomé una toallita húmeda de la estantería y me limpié antes de volver a intentarlo. Ebba me miraba con la boca abierta. Me divertía esta nueva faceta de chica soltera que podía hacer lo que le viniera en gana.

—Me alegro de que te hayas olvidado de Carlos —a ella le asomó una sonrisa en sus labios y la mía se desvaneció.

—No he olvidado a Carlos, pero no hay nada que hacer con él. No quiere saber nada de mí. Fer es divertido, está buenísimo y busca lo mismo que yo, pasar un buen rato sin complicarse la vida.

—Vaya con la cuñi moderna que tengo —me dijo con una sonrisa

sorprendida. Me encogí de hombros.

Bajé las escaleras de dos en dos y cuando llegué al portal sonreí y saludé a Fernando, no se había quitado el casco, así que nos ahorramos ese momento incómodo en el que no sabíamos si debíamos besarnos o no. En el trabajo la jornada transcurrió tranquila y después de cerrar nos reunimos con los compañeros. Por la actitud que ambos habíamos adoptado no parecía en absoluto que el día anterior hubiéramos acabado como acabamos. Bebí unas cuantas copas de más y él iba por su tercera Coca cola, reía y charlaba con los compañeros y me miraba de vez en cuando de soslayo, esperando a que yo me percatara y nos sonriéramos. Yo me había apostillado cerca de las chicas y las seguía en la conversación más o menos, me estaban contando un montón de anécdotas del súper que me hacían partirme de risa. El alcohol había hecho su efecto y ya se me había pasado la timidez inicial. Fernando se acercó por mi espalda.

—¡Eh! Piernas. ¿Me acompañas a la barra a pedir algo más para picar? El personal se muere de hambre y hay tantos pidiendo que no dejan moverse a los camareros de allí —asentí y los colores me subieron rápidamente, eso no había sido muy discreto. Lo seguí hasta la barra—. Vamos por el otro lado que parece que hay menos gente.

Me encogí de hombros y caminé tras él por el bar, a mí me parecía que estaba igual de atestado en un lado que en otro pero me daba igual. A pesar de haber tanta gente se estaba muy bien allí, el aire acondicionado a una buena temperatura mantenía fresco el local. La música pop no estaba demasiado alta y se podía mantener una conversación sin tener que desgañitarse, a pesar del bullicio de la gente. No era demasiado amplio y la decoración era bastante sencilla con unos pocos cuadros con imágenes antiguas de la isla y algún objeto típico de nuestra tierra, pero era bonito y acogedor.

—Pasa tú delante, que el camarero no es tonto, prefiere atender a una chica guapa antes que a mí, seguro —me agarró por la cintura y me hizo colarme entre la gente, él detrás. Pegó su cuerpo al mío y di un respingo cuando noté al rozarse su sexo duro, se me secó la garganta e, ironías de la vida, se me mojó otra parte del cuerpo.

—¿Qué te pongo, linda? —me preguntó sonriente un camarero con rasgos

asiáticos y piel morena, cabello azabache que le llegaba a la cintura, que además estaba cañón. Si tú supieras lo que me pones, me dije. Por qué no podían simplemente desaparecer todas las personas a nuestro alrededor y quedarnos Fer, el de ojos rasgados y yo, mmm... me sonrojé avergonzándome de mis pensamientos desinhibidos por el alcohol.

Fui repitiendo lo que me decía Fernando, que sin cortarse un pelo había metido la mano por debajo de la minifalda de mi vestido y, colándose a través de mi ropa interior, me tocaba, allí, en medio del bar, mientras yo hablaba con el camarero.

—¿Qué haces con este grupo de niñatos, bonita? —Me preguntó el camarero mientras servía lo que le había pedido—, ¿de dónde habéis sacado este bombón, Fernando? —le preguntó a mi compañero. Fer sacó los dedos de mi interior y se dirigió a mi clítoris, me obligó con sus rodillas a abrir un poco las piernas para poder acceder mejor a él y a mí me estaban dando flatos y un mareo que no era normal.

—¿A mí qué me cuentas? Se llama... ¿cómo te llamabas? Perdona, no me acuerdo —bromeó.

—Adriana —susurré.

—Ah sí, Adriana. Es una compañera nueva del supermercado.

—Encantado, Adriana —la gente alrededor lo miraba con una cara de mosqueo increíble, estaban todos esperando a que les atendiera y estaba allí tranquilamente charlando conmigo.

—Igualmente —mis mejillas ardían y me agarré a la barra para que el temblor de mis piernas no me dejara caer.

—¿Quieres hacer algo luego? —me preguntó. ¿En serio? Solté una carcajada.

—Me parece que no, cariño. Otro día.

—¿Por qué no, mujer? Hay que ver que sosa eres —espetó Fernando a mi espalda. Me giré y lo miré sorprendida.

—Para —le rogué en voz baja porque estaba a punto de correrme y dudaba mucho que en mi estado de embriaguez pudiera disimular un

orgasmo. Pero él no paró, solo me sonrió y me guiñó un ojo.

—Claro, Adriana. Espera —agarró una servilleta y escribió su número de teléfono—, por si te pierdo la pista.

—Me... me pones otro cubata —tenía los dedos entumecidos de lo fuerte que me había aferrado a la barra, los muslos completamente tensos, notaba la humedad en mi sexo y un placer increíble con cada suave movimiento de los dedos de Fer alrededor de mi clítoris.

—No deberías beber más alcohol si vas a venir en mi moto —me advirtió—, debes mantenerte despejada porque te puedes caer.

—No puedo, Fer, no puedo, para, para... —me acerqué a su oído y le susurré.

—No quiero —dijo con una sonrisa acelerando el ritmo. Intenté volverme, se me ocurrió que si lo besaba igual lo sorprendía y podría lograr que se detuviese de una vez, pero me tenía inmovilizada. Apretó más su bulto contra mi espalda y sentí que me iba. Me tapé la cara con las manos y me mordí con fuerza el labio para no gemir, me quedé en la misma postura mientras mi cuerpo alcanzaba un clímax bestial.

—Necesito sentarme Fer, me tiemblan las piernas y tengo mareo.

—Espera... ¡Oye, Ákira! —Le gritó al camarero que levantó la cabeza de las copas que servía— déjame un poco de hielo que se encuentra mal.

Ákira, el camarero buenorro, el Dios asiático, me miraba sorprendido, puso unas cuantas piedras de hielo en un trapo, lo envolvió todo y se lo tendió a Fernando, que apartó el pelo de mi nuca y lo colocó allí.

—¿Estás bien? —me preguntó Ákira.

—Sí, la poca costumbre de beber —la poca costumbre de tener un orgasmo mientras pido un cubata, pensé.

—Toma Fernando, llévala al baño y refréscala un poco —le dio una llave y no oí lo que respondió mi compañero, solo sentí que me arrastraba pasillo a través mientras me daba vueltas el local.

Fernando me metió en el baño de chicos, cerró con llave y se empezó a carcajear.

—¿En serio te encuentras mal? —me preguntó al percatarse de que mi tono amarillento se iba tornando al blanco.

Sin perder la sonrisa se acercó a mí, me bajo la cremallera del vestido que dejó caer al suelo, abrió el grifo y me mojó un poco la nuca. Me refresqué y en unos minutos el color volvió a mis mejillas. Le sonreí.

—Gracias —me reí—. ¡Estás loco! ¡En qué estabas pensando! —le di un golpe en el brazo.

—¡Ay! ¡Bruta! No vi yo que opusieras mucha resistencia —reía a carcajadas y se acercó a besarme—, si tienes fuerzas para pegarme tienes fuerzas para esto.

De un movimiento me quitó el sostén y lo tiró al suelo, me devoró y yo, que aún estaba un poco mareada, cerré los ojos deleitándome de las sensaciones.

—¿Te encuentras bien? ¿Sigo? —me preguntó.

—Si se te ocurre parar ahora te corto los testículos —exigí y soltó una carcajada.

Me apoyó en la puerta, me levantó una pierna que agarró con fuerza y tras bajarse los pantalones y apartar mi tanga me penetró, fuerte, hasta el fondo, haciéndome gemir ahora sin evitarlo. Cuando entraba dentro de mí tenía la sensación de que me llenaba por completo, notaba su sexo en cada terminación nerviosa del mío y me hacía perder el control. Exploté y noté como me apartaba bruscamente antes de correrse.

—¡Fernando! —Lo empujé—, ¿no te has puesto protección?

—Yooo... eeh... perdona. Es que se me olvidó reponerlos ayer en la cartera y he perdido el control. Perdona, perdona.

—¡Eres un imbécil, descerebrado! —volví a empujarlo hasta quitármelo de encima. Me coloqué rápidamente el sujetador y el vestido y salí del cuarto de baño dejándolo allí con los pantalones por los tobillos. Me temblaba todo el cuerpo, con él los orgasmos eran realmente intensos y sin preservativo de por medio había sido mucho más, pero eso no había estado bien. No me preocupaba un embarazo, tomaba las pastillas anticonceptivas hacía años, pero no me parecía adecuado hacerlo sin protección con un tío al que acababa

de conocer y con el que no tenía ninguna intención de mantener una relación.

Caminé por el pasillo medio tambaleándome, con la intención de acercarme a mis compañeros de trabajo, por el camino me tropecé con Ákira que volvía de dejar la comanda en nuestra mesa.

—¿Mejor? —me preguntó con una sonrisa.

—Sí, no he bebido tanto. Debió ser un golpe de calor — me excusé.

—¿Me das tu número de teléfono? —me preguntó sin venir a cuento, qué pesadito. ¿Acaso tenía un cartel en la cabeza que ponía necesitada? ¿Fácil?

Bufé y seguí de largo. Me despedí de los compañeros, cogí mi bolso y me fui del bar. Me había puesto de mal humor. No tenía quince años, no me gustaban esos calentones sin control que te hacían perder el norte. Además, ¿ese espectáculo en público? Imposible que nadie se hubiera percatado. Ahora que el alcohol iba bajando poco a poco yo me iba abochornando, solo rogaba porque ningún compañero del trabajo se hubiera dado cuenta.

Mi casa no estaba demasiado lejos de la zona, en una media hora podría llegar a pie. Hacía una noche preciosa, el cielo estaba despejado, corría una suave brisa muy agradable. Saqué el móvil del bolso dispuesta a ponerme los auriculares y perderme en la música de mi *playlist* de *Spotify*, vi que tenía una llamada perdida y un WhatsApp de un número desconocido. El mensaje ponía escuetamente: “*Hola. ¿Cómo estás?*”, pero un vistazo a la foto de perfil me bastó para saber de quién se trataba. Conocía esa foto, conocía ese perro: Bender, Carlos. ¡No me lo podía creer! ¡Mónica me había traicionado! Había ido corriendo a contarle a Carlos lo que había pasado, me puse de peor humor aún.

Busqué en mi lista de contactos y abrí el de Mónica antes de escribir:

“Cómo has podido traicionarme, te ha faltado tiempo para ir a contar la exclusiva, ¿no? ¡Joder tía! ¡Qué imbécil! Vete un poco a la mierda”.

Eran más de las tres de la madrugada así que imaginé que no lo leería hasta el día siguiente y de pronto se me encendió una bombillita y pensé que quizás le tenía que haber preguntado primero lo que había pasado, pero estaba claro, ¿no? No quería saber absolutamente nada de mí y de pronto se interesaba y en mi nuevo número: blanco y en botella. Me encogí de hombros

y caminé hasta mi casa cantando cada canción que sonaba en mi aparato. Me acosté con la clara idea de que no iba a llamar a Carlos, ¿para qué? No quería que se compadeciera de lo que había ocurrido, no quería que se enfrentara a Álvaro, no quería que me diera la lata para que volviera a Barcelona porque no lo haría. Decidí zanjar el asunto: “*Déjame en paz*”, fue lo único que escribí y se lo envié.

Cuando me estaba quedando dormida recibí un nuevo WhatsApp: “*Lo siento*”, era Fernando. “*No pasa nada. Hasta el lunes. Un beso*”, le contesté. Estaba enfadada pero no tanto con él como conmigo misma, no me había preocupado en mirar si él llevaba protección, solo me dejé hacer y ya, era fácil exigirle ahora todas las responsabilidades. Además, trabajábamos juntos, no quería mal rollo en el ambiente por un lío de una noche.

Capítulo 17

“Adriana, ¿qué ha pasado? Te prometo que yo no he abierto la boca. Cómo te has pasado, ¿no?”, era Mónica.

Releí el mensaje tres veces según despegué los ojos por la mañana, me fue viniendo todo lo de la noche anterior. Me sentí fatal. Oí el timbre, pero me tapé la cabeza con la almohada. Lo había echado todo a perder, la única oportunidad que había tenido para volver a hablar con Carlos y encima había tratado a Mónica fatal cuando no lo merecía. Me ardían lágrimas en los ojos, pero no dejé que resbalaran. El timbre sonó otra vez.

¿Por qué nadie va a abrir la puerta? El sonido del timbre resonó una tercera vez en mi cabeza produciéndome una jaqueca insoportable.

—Arggggg —me levanté y me puse unos vaqueros que había tirados por ahí, salí fuera y vi una nota en la mesa del comedor. “*Salimos a desayunar y dar un paseo, si te levantas pronto y te apetece venir llámanos. Mamá*”.

Me rugieron las tripas del hambre, la palabra desayuno lo había intensificado. Volvió a sonar el timbre y fui a abrir gruñendo algo ininteligible.

—Hola.

—¿Qué haces tú aquí? —palidecí. Álvaro parecía muy cansado y evidentemente no estaba de muy buen humor.

—¿Me dejas pasar?

—Claro —me aparté de la puerta y luego caí en la cuenta de que estaba sola en casa y que quizás no era una buena idea.

Pasó delante de mí, tenía un aspecto deplorable y desaliñado. Sin decirle nada fui hasta la cocina, preparé la cafetera y coloqué un par de tazas encima de la barra, intentando hacer tiempo, pensar en algo, intentando recapacitar. No le pregunté cómo lo quería, lo sabía de memoria. Le puse la taza delante y me quedé al otro lado de la barra americana de mi cocina mientras intentaba ocultar el temblor en mis manos.

—Adriana, tengo un problema con el alcohol —hizo una pausa esperando

que yo dijera algo pero no tenía nada que decir—, tengo una imagen bastante abstracta de lo que pasó la última noche que te vi, pero creo que no fue bonita, lo siento —me aferré con las dos manos a mi taza, y bebí un trago, le había puesto una cantidad ingente de azúcar y reconfortaba el líquido dulzón y caliente bajando por mi garganta. Todavía no se me ocurría nada que decirle, desde luego no sería: pues venga, todo olvidado —Fui a buscarte, te busqué por todas partes, averigüé la dirección de tu trabajo y me apostillé en la puerta pero tú no entrabas ni salías, imaginé que estabas en casa del tío ese del parque y lo seguí, bueno supongo que ya sabrás lo que pasó entonces.

—¿Cómo? —le interrumpí, apoyando la taza sobre la barra.

—Pues eso, y, lo siento, de verdad Adriana. Ya estoy mejor, estoy recuperado. No he probado una gota de alcohol desde entonces porque me di cuenta de que había rebasado mi límite.

—¿Cómo exactamente rebasaste el límite? —pregunté entornando los ojos.

—No me hagas quedar como un idiota, Adriana, sé que lo sabes. Esto es tan culpa tuya como mía, así que necesito ayuda, no puedo pagar la multa.

—¿Multa? ¿Has venido hasta aquí a buscar dinero? —pregunté alucinada, sobre todo porque un viaje a Canarias en pleno verano no era barato.

—¡No! ¡Leches Adriana! ¡No! He venido aquí a disculparme, a decirte que no volverá a pasar, que te echo de menos cada día, que te quiero y no puedo vivir sin ti. Me he sentido morir todas estas semanas lejos de ti.

—Álvaro, para. Vuelve a casa y déjame en paz —le rogué.

—No sé lo que pasó, no me acuerdo, creo que fui un bruto pero luego hicimos el amor, eso creo, tengo imágenes instantáneas de aquella noche.

—Álvaro, no importa, no te tortures con eso. Ya te he perdonado, pero no voy a volver contigo y mucho menos a Barcelona.

—Me quedaré aquí contigo, es más, no tengo billete de vuelta. He llegado hace un par de días y me he instalado en casa de mi padre —dijo con una sonrisa como si acabara de solucionar todos los problemas del mundo. Los padres de Álvaro estaban separados desde que él era pequeño, su madre, Catalana, había decidido volver a su tierra con su familia después del

divorcio y su padre vivía en Canarias. Álvaro se quedó con su padre hasta acabar el instituto, ese era el plan, luego iría a vivir con ella. Entonces aparecí yo, comenzamos a salir y todo se retrasó un poco más hasta que terminé de estudiar mi ciclo superior de Administración y Finanzas y Marisol me consiguió trabajo en la empresa de su hermano en Barcelona, en aquel momento me sentí una privilegiada al poder desempeñar un puesto de trabajo acorde a lo que había estudiado y no dudé en irme con Álvaro, en aquel momento estábamos muy enamorados y él, aunque añoraba a su madre y le apetecía mucho volver a verla a menudo, no quería marcharse sin mí. No podía creer que estuviera diciendo en serio que se iba a quedar a vivir de nuevo aquí, con su padre, con el que nunca se había llevado demasiado bien —. Yo... —se le llenaron los ojos de lágrimas—. Ha sido difícil para mí superar esto solo. Pensé que estaríamos juntos en los momentos buenos y los malos y sé que me he ganado a pulso que te fueras de mi lado pero cuando me di cuenta de que tampoco estabas con ese hombre supe que me querías, que me querías de verdad y que tenía un motivo por el que luchar, por el que vivir. Sin ti Adriana, no quiero seguir viviendo, de verdad que no.

—No digas tonterías, Álvaro —sus lágrimas rodaron mejillas abajo.

—Eres toda mi vida, Adriana, lo eres todo para mí.

Dio la vuelta a la barra y vino a abrazarme, no ofrecí resistencia, me daba lástima verlo en aquel estado lamentable, como no lo había visto en la vida. Parecía otra persona diferente, no era el chico con el que había compartido parte de mi vida. Respondí a su abrazo.

—Perdóname por todo, por favor —me suplicó. Me aparté un poco de él para mirarlo a los ojos.

—Ya te lo he dicho, Álvaro, te he perdonado.

—Bien. Estás preciosa, cariño, te veo muy bien —se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y sorbió. Intentó besarme, pero aparté la cara.

—Lo siento. Te perdono, pero ya no te quiero, no quiero estar contigo.

—Nadie te va a querer como lo he hecho yo, Adriana. ¿No te das cuenta?
—Replicó desesperado—, si no vuelves conmigo te vas a quedar sola y amargada toda tu vida por un simple error que ya he solventado.

—Seguramente tengas razón, pero no me importa, prefiero estar sola.

—Te estás pasando Adriana —me agarró la cara obligándome a que lo mirara a los ojos, pero giré la cabeza aún más intentando apartarlo— ¡Joder! ¿Qué es eso que tienes en el cuello? ¿Tienes una marca? ¿Un chupetón? Pero ¿esto qué es?

¿Tenía una marca? ¿Un chupón como una adolescente? Intenté apartar las manos de Álvaro que de pronto me apretaba más fuerte, me estaba agarrando el cuello y me hacía daño.

—No me rechaces —me pidió, pero no contesté—. ¡Mierda! Eres mi novia, no puedes ir por ahí acostándote con todo el que se te ponga por delante.

—Yo no soy de tu propiedad —solté con asco mirándole a los ojos—, no soy nada tuyo ni lo seré jamás.

En ese momento me agarró por el brazo y me arrastró.

—Tú te vienes conmigo.

—Que no, Álvaro, que me dejes tranquila —me aferré a la barra con todas mis fuerzas mientras él tiraba de mí. Tiró y tiró y cuando vio que no iba a conseguir nada me soltó el brazo y me dio una patada en la cadera con todas sus fuerzas. Intentó arrastrarme de nuevo pero cerré los ojos intentando obviar el dolor y me resistí con todas mis fuerzas. Una nueva patada voló un poco más arriba, en las costillas, me golpeé contra la encimera al encogerme por el dolor. Me agarró del pelo y tiró de él, pasándome el brazo por el cuello. Me costaba respirar así que me solté.

—Putas asquerosas —me lanzó al suelo—. Bah, no vale la pena. Me largo.

Me quedé allí tirada, llorando, intentando recuperar el aliento y palpándome el cuerpo para comprobar si me había roto algo. Temblaba. ¿Había tocado fondo ya o faltaba algo más?

Cuando el temblor de mi cuerpo se atenuó lo suficiente como para poder levantarme del suelo, salí de casa y cogí un taxi camino a la comisaría. Denuncié a Álvaro, porque en algún momento me sentí culpable, pero que hubiera cruzado todo el país para venir a darme una paliza no se lo iba a perdonar. En la comisaría le expliqué a un agente lo que había ocurrido, aún

temblaba y las palabras no me salían como yo quería, estaba nerviosa y aunque pude controlar las ganas de llorar no lograba serenarme lo suficiente como para explicar lo sucedido. El agente se portó muy bien conmigo, cuando comprobó que venía sola, sin planteárselo ni un momento me llevó hasta el hospital más cercano. No tuve que esperar, el policía intervino para que me pasaran con prioridad. Me hicieron un reconocimiento y un informe. Marcas violáceas empezaban a distinguirse donde me había pateado Álvaro. Volvimos a comisaría y el policía añadió el informe médico a la denuncia. Tal como me recomendó, junto a la denuncia inicié los trámites para una orden de alejamiento, le di al policía la dirección de casa del padre de Álvaro para que pudieran hacerle la notificación, aunque en el fondo tenía la esperanza de que me hubiera mentado y saliera en el primer avión con destino a Barcelona, sobre todo después de lo que había ocurrido.

El policía acababa el turno y me dijo que podía acercarme a casa, él o cualquiera de sus compañeros o compañeras, si así me sentía más cómoda, pero la realidad era que prefería volver sola, dando un paseo. Aunque en un principio se opuso, al final logré convencerlo de que me encontraba bien, que estaba más tranquila y que necesitaba tomar un poco el aire para despejarme, así que tal como estaba con una camiseta de pijama, vaqueros y unas viejas chanclas crucé de la Comisaría a la Avenida Marítima y di un paseo hasta llegar a San Telmo, donde me pedí un café en la terraza.

Capítulo 18

Remoloneé con el segundo café, removía la cuchara en la taza una y otra vez dándole vueltas a la cabeza. Necesitaba hablar con alguien, necesitaba desahogarme y tenía la sensación de que la única amiga que tenía era Mónica y había metido mucho la pata con ella, le debía una disculpa. Lo pensé unos minutos, antes de marcar su número.

—Lo siento, lo siento, lo siento... soy la peor amiga del mundo. Perdóname Mónica, de verdad que lo siento.

—No pasa nada, son cosas que se suelen decir cuando uno ha bebido — contestó al otro lado sin parecer molesta ni enfadada.

—¿Y cómo sabes que estaba bebida? —le pregunté secándome las lágrimas.

—Me mandaste el WhatsApp a las tres de la madrugada y sabía que ibas a salir. ¿Pero qué diantres pasó?

—Carlos me mandó un mensaje.

—Anda, ¿sí? ¡Biiieen! —y juraría que estaba aplaudiendo al otro lado.

—Le respondí que me dejase en paz, así que tampoco aplaudas tanto — protesté amargada.

—Pero, ¿por qué?

—Mónica, pensé que le habías contado lo de Álvaro y que había sentido pena y por eso me había intentado localizar. Además ya venía enfadada, muy enfadada y me sentó como una patada en el estómago.

—Bueno, ¿quieres parar de llorar? No pasa nada, lo llamas y le explicas lo que se te ocurra.

—¿Para qué? —me encogí de hombros como si hubiera podido verme.

—No es para tanto, de verdad.

—Ay, no es eso, es que se me junta todo. Ahora que estaba feliz se me vuelve a derrumbar el mundo.

—Qué dramática eres, chica, qué mal beber tienes —lloré y reí.

—Ha aparecido Álvaro por casa de mi madre esta mañana. Ha sido muy bestia, Mónica. Acabo de regresar de la comisaría de poner una denuncia que espero sirva de algo, porque ese tío no está bien de la cabeza. Encima dice que ha venido a buscarme y que no va a volver a Barcelona. Me vine aquí huyendo de él y ahora está aquí y ha vuelto a pegarme.

—¡La madre que lo parió! Bueno, has hecho bien en denunciarlo.

—No lo sabe nadie, no quiero contárselo a mi madre, no quiero que se preocupe y si se lo digo a Ebba y Martín me arrastrarán con ellos a Alemania, se van en cuanto acabe el verano y es lo último que quiero.

—¿Y por qué no te lo planteas? No sería mala idea, quizás allí se amplíen tus oportunidades laborales, aprender un nuevo idioma, conocer un país nuevo. Eres joven, no tienes responsabilidades.

—No puedo estar toda la vida huyendo de Álvaro. Además, no quiero, no quiero irme.

—Cariño, tranquila. No se enterarán —intentó serenarme.

—Gracias Mónica y perdona, de verdad que lo siento.

—Bueno, qué te pasó anoche, por qué te cabreaste con el mundo.

—¿Con el mundo? Bufff —bufé—, si es que los tíos que están muy buenos tienen el cerebro del tamaño de una nuez.

Le relaté lo que había pasado con Fernando y la tía se partía de la risa al otro lado, a mí no me hacía ninguna gracia.

—Pues no sé por qué te enfadas así, tampoco es para tanto, si tomas precauciones no tienes de qué preocuparte. Un calentón, un aquí te pillo aquí te mato. Frenó a tiempo que es lo importante. Además fuiste tú la que le dijiste que si paraba le cortabas los huevos ¿no? Pues solo te hizo caso.

—Vale, muy graciosa. Oye, otra cosa —cambié de tema porque yo no tenía ganas de reírme, no me parecía nada cómico—. ¿Sabes si Carlos ha tenido algún tipo de altercado? Álvaro me insinuó que había tenido un enfrentamiento con él y que tenía que pagar una multa que no podía asumir.

—No sé nada de eso, cariño. Tendrás que preguntarle a Carlos.

—Vale. Bueno guapa, estoy medio en pijama con un careto de niña del

exorcista que me doy miedo hasta yo. Me duele todo el cuerpo, me voy a casa a descansar un poco. Gracias, por no enfadarte. Ojalá no estuvieras tan lejos.

—De nada cielo, yo también tengo que dejarte. Mi bichita se está despertando de la siesta y me toca tirarme en el suelo a jugar.

Cuando corté la llamada vi que tenía un WhatsApp de Fernando.

“¿Sigues enfadada?”

“Que nooo”, le contesté, “ya te dije que no pasaba nada”.

“¿Dónde estás?”, escribió él.

“Pues tomándome un café en San Telmo, ahora mismo me voy a casa que estoy agotada”.

Me quedé esperando a que contestara pero se desconectó. Me encogí de hombros y fui hasta la agenda, era ahora o nunca. Busqué el número de Carlos y marqué.

—Hola —contestó al otro lado y se me hacía difícil saber su estado de ánimo.

—Hola. Soy... soy Adriana. Bueno, eso ya lo sabes, seguro.

—Sí —respondió escuetamente.

—¿Cómo estás? —no sabía qué decirle.

—Deberías plantearte seriamente qué es lo que quieres, Adriana. Ahora me borras de tu vida, ahora apareces, ahora desapareces, déjame en paz, ahora me llamas. ¿Qué quieres de mí? —su tono era seco y cortante. Me armé de paciencia.

—Perdona, anoche no sabía que eras tú. No tenía tu número grabado.

—Lo sé, pero sabías perfectamente que era yo —me interrumpió.

—Vale. No puedo explicártelo. Sí sé lo que no quiero, no quiero que desaparezcas de mi vida.

Oí un estruendo a pocos metros y levanté la cabeza, vi que Fer aparcaba la moto en una zona de carga y descarga junto a la terraza del parque y se quitaba el casco. Me quedé paralizada, sin poder reaccionar. Dejé de hablar a Carlos, Fernando me buscaba con la mirada y si hubiera sido más rápida me

hubiera escondido bajo la mesa, pero no me dio tiempo. Le cambió el semblante cuando me localizó y venía directo hacia mí.

—Carlos, tengo que colgar. Te prometo que te llamaré y lo hablaremos, ¿vale?

—Haz lo que quieras, Adriana.

—No te estoy cortando ni escaqueándome. Tengo algo que hacer ahora mismo. Te llamo más tarde, de verdad.

No había terminado la explicación y ya me había colgado el móvil. No podía hacer mucho, ahora tenía que encargarme de Fernando. Se paró en el kiosco de la terraza un minuto y vino con dos cervezas, dio un sorbo a la suya, sin alcohol y me tendió la otra dejándose caer en la silla que estaba frente a mí.

No había comido nada en todo el día y no era buena idea beber, pero con tal de no tener que darle explicaciones le di un trago.

—Gracias —susurré.

Me escrutaba al otro lado, supongo que mi cara completamente hinchada por el llanto le había descolocado.

—¿Podemos hablar? —preguntó.

—Tú dirás.

—Aquí no. ¿Vamos a mi casa?

—Fer, no pienso ir a tu casa.

—No seas inmadura, Adriana. Tenemos que hablar —y solté tal carcajada que me dolió el golpe que tenía en las costillas haciéndome encoger por el dolor, disimulé todo lo que pude. Él parecía enfadarse por minutos.

—Lo siento. No te enfades, me ha hecho gracia. Tengo que irme —dije poniéndome de pie.

—No te vayas. Acábate la cerveza por lo menos —cogí mi móvil de encima de la mesa y me lo metí en el bolsillo trasero del pantalón.

—No puedo. Tengo que irme a casa. Tengo un poco de prisa, pero gracias. Y no te preocupes, no tenemos que hablar de nada, todo está bien.

—Te llevo —dijo poniéndose de pie.

—No, no. No te molestes. Prefiero ir caminando. Gracias.

Me giré y noté que me seguía. Cuando había caminado cinco minutos me volví hacia él.

—¿A dónde vas? —intenté no enfadarme y guardar las formas.

—Te acompaño. Estás horrible.

—Oh vaya, gracias. No sabía que eso te daba derecho a acosarme.

—No te acoso, Adriana, no me jodas —contestó sorprendido.

—¿Qué quieres, Fernando? —empezaba a perder la paciencia.

—Solo quiero que aclaremos las cosas. Creí que éramos amigos, no quiero que quedemos así de mal. Me parece increíble que estés así por lo que pasó anoche. Sé que fui un inconsciente, no se me hubiera ocurrido en la vida hacerlo así y menos sin decirte nada, pero... bueno, con el calentón se me fue de las manos. De verdad Adriana, no quiero que te preocupes, controlé, ya me entiendes y, estoy sano, te lo puedo demostrar, en casa tengo analíticas, ven conmigo y...

—Fer, ¡para! Esto que ves no es por ti, deja de preocuparte. Ya te dije que no pasa nada, fue responsabilidad de los dos. Pero ahora quiero irme.

Me di la vuelta y empecé a caminar de nuevo.

—Si me haces seguirte caminando me van a multar y una grúa se llevará mi moto.

—Pues será el polvo más caro de tu vida —refunfuñé sin mirarlo.

—Te sigo porque eres mi amiga y te veo mal, fatal y quiero saber qué te pasa. Solo eso.

—Mierda, vale... está bien. Qué pesado eres. Vamos.

A regañadientes lo seguí hasta su moto y me puse un casco que llevaba en el maletero. Condujo hasta mi casa sin decirme nada, cuando llegamos vi el coche de mi madre aparcado, ya habían vuelto. Estarían todos dentro y no me apetecía que me vieran con aquel aspecto y tener que responder a un montón de preguntas.

—Oye, Fer —dije sin hacer amago de bajarme—. ¿Puedes llevarme a tu casa?

No contestó, simplemente arrancó la moto. Me abracé a él y empecé a llorar esperando que no lo notara, los baches de la carretera me rebotaban en la cadera y las costillas, me dolía horrores. Se había pasado el efecto de los analgésicos que me habían dado en urgencias. Supuse que lo había notado porque de pronto aceleró y me llevó a toda prisa, en unos quince minutos aparcó dentro de un garaje particular. Me bajé, me quité el casco y se lo tendí, me limpié las lágrimas disimuladamente.

Fernando se quitó el suyo y los guardó. Sin decir nada más vino hasta mí y me abrazó. Quise controlarme. Me intentaba gritar a mí misma que estaba haciendo una montaña de un grano de arena, que no pasaba nada, que solo eran un par de golpes, que después de la denuncia estaba protegida... y Carlos, y perder los papeles como la noche anterior y cagarla con Mónica... todo, era todo. Se apartó un poco de mí.

—Por favor, Adriana. Dime que no te pasó nada anoche cuando volvías a casa.

—No me pasó nada anoche, tranquilo.

Tiró de mi mano y pasé a su casa, no vi demasiado porque me llevó a toda prisa hasta llegar a un dormitorio, el suyo, supuse. Cerró la puerta.

—Siéntate. Perdona el desorden —Estaba todo hecho un desastre, ropa tirada por ahí, algunos libros y revistas desparramados a un lado de la cama, vasos y servilletas sucios por aquí y allá, parecía más la habitación de un adolescente pero a mí me daba exactamente igual, no quería estar en otro sitio en aquel momento. Me senté en la cama e hizo lo mismo frente a mí—. Cuéntamelo.

Trataba de poner las ideas en orden, pero se me agolpaban en la cabeza y se me acumulaban en el lagrimal, me contuve con todas mis fuerzas, no podía hablar. Sopesé cuánto podía y quería contarle. No daba con las palabras, así que me puse de pie y me desabroché los vaqueros.

—¿Qué haces? —me miró flipando—. No, no, Adriana... yo... solo quiero hablar.

No iba a ver nada nuevo, así que dejé caer los vaqueros al suelo y me quité la camiseta. No llevaba sujetador así que crucé los brazos delante del pecho y dejé que viera los moratones en mi cadera y las costillas.

—¡Joder! ¡Joder Adriana! ¿Te hicieron eso anoche? ¿Has ido a la policía?
—vociferó poniéndose en pie.

—Tranquilo, tranquilo Fernando —cogí la camiseta del suelo y volví a ponérmela—. Es una historia muy larga. Pero no tiene nada que ver contigo, ni con anoche, llegué enseguida a casa. No estoy enfada contigo, ya te lo dije, yo tengo parte de culpa y me lo pasé bien —intenté sonreír.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Pues ahora que lo dices. Si tienes algún calmante te lo agradecería eternamente.

Asintió y me trajo en unos segundos un par de ibuprofenos y un vaso de agua. Se sentó y empecé a hablar, le conté toda mi historia con Álvaro sin que abriera la boca una sola vez, le hablé también de Carlos, de todo lo que había pasado y de esa misma mañana, para cuando terminé de hablar las lágrimas ya estaban controladas, me había desahogado y me había sentado bien.

—Gracias —le dije al fin—, no tengo muchos amigos en los que confiar. Cuando volví de Barcelona vi a todos mis antiguos amigos, pero han vuelto a su vida, ya estaban acostumbrados a estar sin mí y no encuentro el hueco para encajar de nuevo.

Me acerqué e intenté besarle pero Fernando me apartó.

—No me parece buena idea, estás hecha polvo, luego te vas a arrepentir, Adriana.

—Fer, ¿quieres ayudarme?

—¡Claro, piernas! —intentó bromear y disimular su cara de susto pero lo cierto era que no lo conseguía.

—Necesito olvidarme de todo, un poco de cariño —dije quitándome de nuevo la camiseta.

—Ven aquí —me pidió dando un par de golpes a su lado en la cama. Se

tumbó y yo lo hice a su lado. Me abrazó y me besó en la frente acariciando mi espalda desnuda.

Le acaricié su estómago y colé mi mano dentro de los pantalones en busca de su miembro, que enseguida reaccionó. Me agarró la mano.

—No quiero hacerlo, Adriana, no ahora, no así.

—Perdona —saqué la mano y me abracé a él.

En algún momento me quedé dormida. Me despertó mi móvil que sonaba dentro del bolsillo de mis vaqueros, que aún yacía en el suelo. La habitación estaba completamente a oscuras, por lo que me costó dar con el aparato.

—Hola cuñi, ¿qué haces? ¿Dónde andas? Tu madre me ha pedido que te llame para saber si vendrás a cenar.

—¿A cenar? —dije con voz adormilada. Me aparté el móvil de la cara y comprobé que eran más de las seis de la tarde—. ¡Ostras! Eeeh, pues no sé.

—¿Estabas dormida? —se carcajeó—. ¿Estás en casa del buenorro ese de ayer? Jolín, tú sí que sabes. No te interrumpo más, ya me inventaré algo.

—Vale. Gracias.

Colgué la llamada, el cuerpo me latía de dolor por todas partes y la cabeza se me iba a estallar, además me sonaban las tripas, tenía un hambre que podía haberme comido mi propio brazo. Alumbré con el móvil hasta dar con el interruptor con el que encender la luz. Fer no estaba en la cama. Me puse la camiseta antes de salir a buscarlo. No conocía la casa, pero no parecía demasiado grande, se oía ruido y fui hasta él. Caminé hasta la última habitación del pasillo.

—¿Fernando?

Me quedé allí petrificada cuando vi a una señora planchando y a una chica tomando un café sentada en una silla en la mesa comedor. Fernando cocinaba algo.

—Eeehhh, oh, hola... yo... —miré hacia abajo y me vi medio desnuda—, voy, voy a vestirme —dije mirando a Fernando y poniéndome tan colorada que pensé que me iba a estallar la cabeza.

—Tranquila —me dijo la señora.

Fernando dejó el cuchillo y se secó las manos, vino tras de mí.

—Leches, qué vergüenza. ¿Por qué no me has avisado de que no estábamos solos? Me voy —dije poniéndome rápidamente los vaqueros y buscando las chanclas.

—Tranquila, no se te ha visto nada y estás preciosa —bromeó pero a mí no me hacía ninguna gracia.

Me paré a mirarlo con ganas de matarlo y vi que se aguantaba las ganas de reír.

—Pensé que estaba horrible.

—Eso era antes de dormir todo el día. Ahora estás preciosa.

—¡Qué simpático! Me voy, nos vemos mañana en el trabajo.

—Espera, espera... estoy preparando la cena, no has comido nada hoy, quédate.

—Tu familia acaba de verme medio desnuda —rebatí como única explicación.

—Exagerada. Venga, quédate, por favor —se acercó y me robó un beso, al ver que me quedaba quieta, coló su lengua en busca de la mía, eso era chantaje emocional.

—Estás loco. Me voy —dije riéndome y apartándolo—. Gracias, Fer. Gracias. Sé que no hace falta decirlo, pero, por favor, lo que te he contado no salga de aquí.

—Tranquila. No te vayas, por favor —casi suplicó.

—No quiero quedarme, me muero de vergüenza —protesté con un mohín.

—Bueno, vale. Espera, te llevo.

—Tu madre va a denunciarme por abusar de un menor —bromeé.

—Que idiota eres—rio—. Venga, vamos.

Lo seguí, fui tras él hasta la cocina y murmuré un “hasta luego” sin levantar la cabeza del suelo y en unos pocos segundos me sentí aliviada cuando me vi encima de su moto. Paró a un par de manzanas y se bajó frente a un bar donde pidió un par de bocatas y refrescos.

—¿Tú has visto las pintas que llevo? No quiero que me vea nadie.

—Bah, no es para tanto. Venga, come —se sentó en la terraza del local y lo imité resoplando, me moría de hambre.

Devoré el bocadillo en pocos minutos y me bebí la cola de un par de tragos.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —preguntó cuándo acabó de comer y bebía él también de la suya.

—Ya te lo he dicho, lo he denunciado y si todo sale bien pronto tendrá una orden de alejamiento. No puedo hacer más.

—Ya. No me refería a eso.

—Pues... —intentaba averiguar qué me estaba preguntando—. No entiendo tu pregunta. En mi casa desde luego no, está toda mi familia, si quieres podemos ir al parque del otro día y esperar que oscurezca un poco más—me encogí de hombros, ya no me apetecía, pero igual más tarde me entraban ganas—, ¿me invitas a una cerveza?

—Oye Adriana, ¿tú alguna vez cuando me miras piensas en otra cosa que no sea sexo?

—Oh, perdona, perdona. ¿No estabas hablando de sexo? —pregunté abochornada—. No, no es eso hombre.

—¡No! Me siento un objeto sexual —me guiñó un ojo y pidió una cerveza y otra cola más a un camarero que pasaba por delante—. Me refería a Carlos, ¿qué vas a hacer?

—Nada. Ya pasó nuestra oportunidad. Lo llamaré, intentaré aclarar la situación, que me perdone. Disculpame por lo que quiera que le hiciera Álvaro...

—¿Y ya está? ¿Lo vas a dejar escapar?

—Bueno, intento rehacer mi vida aquí. Me olvidaré de él y encontraré a otra persona. En su debido momento, me refiero, no te vayas a pensar ahora que voy a enamorarme de ti y complicarte la existencia.

Fernando rio y le salió la bebida por la nariz. Me reí yo también.

—¡Qué dices! Ni lo había pensado. ¿Te vas a enamorar de mí? Somos... somos amigos.

—¡Imbécil!

—Solo bromeaba —me dijo levantando las palmas de las manos.

—Solo amigos, ¿vale? —dije esta vez poniéndome seria—. Ya bastante difícil lo tengo todo.

—Tranquila. Amigos —levantó el vaso a modo de brindis y choqué mi botellín con él antes de beber—. Tengo una cosa para ti.

—¿Para mí? —pregunté extrañada—. ¿Un regalo? —pregunté horrorizada esta vez.

—Pues no sé qué decirte —sonrió y sacó algo de su cartera que me tendió. Era un pedazo de papel con un número escrito, parecía un teléfono.

—¿Y esto es?

—El número de teléfono de Ákira.

—¿Quién es Ákira? —pregunté sorprendida al tiempo que mi mente daba con la respuesta.

—Ákira, el camarero asiático ese que hizo que se te empaparan las bragas.

—¡Pero qué dices! —Me ruboricé tanto que no sabía dónde meter la cabeza, lo había dicho en alto como el que dice la hora y lo debían haber escuchado todos los que estaban a nuestro alrededor—. No le habrás dicho eso, ¿verdad? No crees que la humedad de mi ropa interior se debía a otra cosa. ¿Ahora me vas ofreciendo por ahí?

—Claro, y yo me chupo un dedo —se carcajeó—. Tranquila. Es que me cogió por banda y me pidió que te lo diera cuando te viera. Además, Adriana, deja de hacerte la ofendida. Tú no eres nada mía, él me dio su número yo te lo doy, tú sabrás lo que haces con él.

—Vale, perdona. Gracias —refunfuñé cogiendo el papelito y metiéndomelo en el bolsillo lateral del vaquero.

—¿Por qué no lo llamas?

—Ya me lo pensaré —le respondí dándole un buen trago a la cerveza.

—Llámale ahora — insistió.

—No me apetece, Fer. No me presiones —protesté.

—¿Por qué no te apetece, Adriana?

—Pues no sé, porque ahora estoy aquí contigo tomando una cerveza tranquilamente. Porque hoy me ha pasado de todo y estoy agotada y me duelen hasta las pestañas. Porque estoy horrible, porque... porque... porque ahora lo que me apetece es echar un polvo bestial contigo que se me olvide hasta mi nombre.

—Será quizás porque no quieres rehacer tu vida aquí, porque te mueres por hablar con Carlos y suplicarle que venga a buscarte, porque no quieres renunciar a él.

—Estás un poco pesadito hoy, ¿no? Bah, paso de ti. Tú te lo pierdes.

Sonrió y di otro trago vaciando mi botellín.

—Vamos, te llevo a casa — dijo poniéndose de pie.

—Sí, por favor, estoy agotada. Necesito una ducha caliente y mi pijama.

—Pensé que el pijama ya lo llevabas puesto —sonrió y me dieron ganas de darle una patada en la canilla pero me contuve porque, al fin y al cabo, tenía razón—. ¿Qué dirá tu madre cuando te vea entrar vestida así después de haber desaparecido todo el día?

—Mierda. No lo sé —no había pensado en ello.

—Vamos a mi casa otra vez.

—No, no. Ya se me ocurrirá algo.

Cogió mi móvil que estaba encima de la mesa y me lo tendió.

—Llama a tu madre y dile que aún tardarás. No has aparecido por tu casa en todo el día —me pidió.

—Ni de coña —me reí.

—No te has mirado la cara en el espejo, ¿verdad?

—No —se volatilizó mi sonrisa.

—¿No te duele? —dijo rozando mi mejilla.

—Me duele todo el cuerpo — murmuré.

—Tienes un buen golpe aquí, esta mañana no se notaba casi pero a lo largo del día se te ha ido amaratando. Le conté a mi familia que habías tenido un problema personal, sin entrar en demasiados detalles, y que necesitabas descansar, por eso nadie se sorprendió ni dijo nada al verte allí. Ven a casa, toma una ducha, mi hermana o mi madre pueden dejarte maquillaje y alguna camiseta. No te harán preguntas. Se los pedí expresamente y me lo prometieron.

—Bueno, vale —suspiré—. Vamos.

Un par de horas más tarde llegaba a mi casa, efectivamente la madre y la hermana de Fernando fueron simpáticas y agradables y hablaron lo justo y necesario para no incomodarme más de lo que estaba, lo cual me era imposible disimular.

Me uní a mi familia y sonreí todo lo que pude, seguí las bromas de Ebba, me tomé un par de ibuprofenos y me metí en la cama esperando que hiciera pronto efecto para poder dormirme de una vez.

Capítulo 19

A la mañana siguiente remoloneé entre las sábanas, tenía turno de tarde y me dolía tanto el cuerpo que el simple hecho de respirar se me hacía insoportable. Cuando escuché a mi madre y a Ebba en la cocina riendo y hablando me levanté y corrí hasta el cuarto de baño, que estaba muy cerca de mi dormitorio. Me encerré con llave y me quité toda la ropa.

— Dios mío.

El moratón de la cara seguía allí, no sería difícil ocultarlo, pero el de las costillas y la cintura se había ido extendiendo y tomando un color horroroso. Tendría que evitar que mi familia me viera sin camiseta durante unos días, la playa estaba totalmente descartada, desde luego. Tomé una ducha y me maquillé sutilmente para disimular el golpe.

Me reuní con mi madre y Ebba, me derrumbé en uno de los taburetes de la barra y mi cuñada, que estaba de pie al otro lado, me sirvió un café y me tendió un bollo relleno de chocolate.

— No sé por qué narices compráis estas cosas, tiráis por la borda todas las horas que me paso corriendo — refunfuñé dándole un buen mordisco, el chocolate delicioso y cremoso me hizo poner los ojos en blanco —, ¿por qué tiene que estar tan bueno el chocolate? — Saboreé y le di otro mordisco mientras Ebba y mi madre reían.

— Pero si estas guapísima — rechistó mi madre —, no te he visto tan delgada y guapa en la vida — me acarició el pelo y me dejé hacer dándole otro mordisco al bollo que se estaba acabando, ya visualizaba otro de la bolsa —, te ha crecido mucho el pelo, la verdad es que me sorprendió vértelo tan corto, en la vida te habíasdejado cortar la melena — dejé de masticar y me quedé en blanco.

— ¡Ostras! — Exclamé, no había llamado a Diana, ni siquiera le había pagado el corte de pelo. No sabía qué podría pensar de mí, no había vuelto a pasar por su peluquería después del favor que me había hecho.

— ¿Qué pasa? — Preguntaron las dos.

— Nada, nada... tengo que hacer una llamada.

Fui a buscar mi móvil en la mesa de noche y me tiré en la cama con otro bollo. No recordaba exactamente el nombre de la peluquería, había grabado su número por el nombre de ella y para mí era la peluquería de Diana, así que pensé un rato hasta que se me ocurrió que podía descargarme la *App* de *Google Earth* y buscar la dirección. La peluquería quedaba muy cerca del piso donde vivía con Álvaro, en calle Praga, apenas un par de manzanas caminando y se me puso la piel de gallina cuando vi mi portal en la pantalla, agité la cabeza y me moví con agilidad por toda la zona hasta dar con la peluquería, allí estaba el cartel, apunté el nombre para poder buscar su teléfono en Internet. De pronto una sensación de añoranza me invadió al ver aquella calle por la que tantas veces había caminado, me moví en sentido contrario y enfilé el camino hasta llegar al edificio donde se encontraba la asesoría, segura de que Carlos estaba allí en aquel momento, el único sitio donde había sido feliz en Horta en los últimos tres años. De ahí me moví por las calles hasta dar con Garriga i Roca y me quedé mirando embobada la casa de Carlos. Fui hasta el parque donde cada día nos encontrábamos, su ausencia me dolía más que nunca, pero aún no se me había ocurrido nada convincente para contarle, así que evité llamarlo por el momento.

Después de suspirar un par de veces, cerré la aplicación y busqué el teléfono de la peluquería.

— Hola, buenos días. ¿Podría hablar con Diana por favor?

— Sí, soy yo. ¿Es para una cita? — Contestó mecánicamente al otro lado.

— No, no es para una cita. Es que... aún te debo mi último corte de pelo. Soy Adriana.

— ¡Adriana! ¡Gracias a Dios! ¡Estás bien! Pensé que te había pasado algo, te perdí la pista completamente. Estaba preocupada, pensé que el lunático ese con el que sales te había hecho algo — esperaba que no hubiera gente en la peluquería porque lo había vociferado a gritos.

— Salía... Diana, me he vuelto a Canarias.

— ¡Hala! Lo has dejado por fin. Bien, bien. Qué alivio.

— Sí, lo he dejado, aunque me ha costado más caro de lo que hubiera deseado. En fin, siento mucho no haberte llamado, tuve que cambiar de número de teléfono y perdí toda mi agenda. Dime cuánto te debo y un

número de cuenta donde pueda hacerte una transferencia, te haré el ingreso con una buena propina por la demora, te lo prometo.

— Calla Adriana, no te voy a cobrar.

— Pero, pero... no, no puedo permitirlo — negué.

— Pues vienes aquí y me pagas en efectivo, bonita — rio.

— Perdona Diana, la verdad es que llevo unos meses un poco locos y no me había acordado de ti — me disculpé nuevamente.

— No te preocupes. Bueno y cuéntame, qué haces ahí. No tengo a nadie en la peluquería, tengo un ratillo para hablar.

— Pues me he afincado en casa de mi madre, mi hermano y su novia pasan unas semanas de vacaciones aquí y estamos todos en familia. Estoy trabajando de cajera en un supermercado y ahorrando un poco de dinero. No me ha servido mucho venirme huyendo de Álvaro porque me ha seguido hasta aquí y se ha mudado acasa de su padre para poder seguir tocándome las narices — gruñí.

— ¿En serio? ¡Qué pesadito! ¿Y qué pasó con el chico ese que te gustaba? Ese que lo cabreaba tanto.

— Buff... digamos que no quiere saber nada de mí — me lamenté con un puchero.

— Anda, él se lo pierde. Un idiota menos que tienes que aguantar — dijo tajante al otro lado.

— No Diana, es que él no sabe nada de nada, lo dejé colgado, me marché sin decirle nada... en fin, un desastre. No me apetece mucho hablar de ello.

— Oh, bueno cariño, el mar está lleno de peces.

— Sí, ya — me repateaba esa expresión —, tengo que colgar, guapa. Dame tu número de móvil y ya seguimos en contacto — Diana rio al otro lado —, ¿de qué te ríes?

— Nada Adriana, que en cuanto te he dicho lo que seguramente te habrán dicho todos y no quieres oír te has venido abajo.

— Sí, un poco. ¿Alguna vez esa frase le ha servido de consuelo a alguien?

— Le pregunté, no quería ser desagradable ni descortés, pero no me consolaba en absoluto, me hacía sentir peor.

— Pues vente Adriana, si te importa tanto que ha pasado tanto tiempo y sigues hecha polvo, si piensas que hiciste mal y quieres enmendarlo, ven a buscarlo.

Ahora la carcajada la solté yo.

— Ojalá fuera tan fácil. Gracias Diana, al menos me haces reír.

— Mira Adriana, las cosas no son difíciles, las personas las hacemos difíciles.

— De verdad, Diana. Tengo que dejarte, tengo que vestirme para ir al trabajo. Hablaremos en otro momento.

— Como quieras, linda. Si quieres seguir quejándote allí pues tú misma. Que conste que yo estoy de tu parte, haz lo que tengas que hacer, lo importante es no lamentarse luego de las decisiones que tomamos. Oh, entra alguien, tengo que cortar.

Le di mi nuevo número de móvil antes de despedirnos. Ya tenía que empezar a arreglarme para volver al trabajo.

Cuando llegué al super a Fer le faltaban un par de horas para salir de su turno, hoy no coincidiríamos mucho. Antes de irse se acercó por detrás.

— ¿Cómo estás? — Me preguntó en un momento de tranquilidad.

— Bien, mejor. Muchas gracias por todo. Pase señora — le dije a una mujer muy mayor que llevaba unas pocas cosas en la mano — , yo le cobro.

Fer se colocó al otro lado de la caja y le embolsó la compra.

— No dejes que este sinvergüenza te tome el pelo con esa cara de bueno — dijo la mujer.

— ¿Cómo? — Preguntamos Fernando y yo a la vez, reí.

— Ya le vale, señora Hidalgo — protestó él — . Pero si yo soy un santo.

La señora me ofreció una risilla desdentada.

— Los hombres son todos iguales, siempre quieren lo mismo, si le das la mano te cogerá el codo y en cuanto te despistes se aprovechará de ti. Siempre

con esa idea en la cabeza — la señora reía sin parar.

— Lo que me faltaba por oír — rechistó —, sí, anda que las hay que también siempre están pensando en lo mismo señora Hidalgo, que las hay que tienen cara de buena o de tontas y luego se las traen.

Ruborizada enterré la cabeza en mi caja registradora, le cobré el importe a la mujer y enfilé el camino muerta de la risa hasta la puerta.

— Anda que... ya te vale — protesté. Fernando se encogió de hombros.

— ¿Acaso he dicho alguna mentira? — Se encogió de hombros —, no tengo la culpa de que cuando me miras veas escenas pornográficas y tengas ganas de desmelenarte.

Me ruboricé más aún y esperaba que no lo hubiera escuchado ningún compañero. Me quedé en silencio mientras cogía un trozo de papel y el limpiador para repasar la cinta. Fernando cogió también un buen pedazo y se puso a ayudarme.

— Oye, ¿ya lo has llamado? — Me preguntó.

— ¡Que no! Pesado, ya me pensaré si llamo al camarero buenorro cuando se acerque el fin de semana.

— Me refería al chico ese... ¿Carlos? — Se esfumó mi sonrisa y negué con la cabeza.

— No sé qué contarle, no quiero que sepa la verdad.

— ¿Por qué no? — Qué empeño tenía todo el mundo con que llamara a Carlos.

— Porque no, no quiero — me puse a la defensiva.

— Vale, vale. No he dicho nada. Me voy, bonita, nos vemos mañana.

— ¡Fer! — Llamé antes de que se fuera —. Gracias por todo, por lo de ayer, por no seguirme el juego, tenías razón, me hubiera arrepentido.

— Lo sé.

Los días fueron transcurriendo rápido, sin tener tiempo a pensar demasiado en nada, había compañeros de vacaciones y los turnos se intensificaron. Con el comienzo de septiembre había salido la isla en tropel a

hacer la compra, así que las horas laborales volaban.

Una tarde, justo antes de acabar el turno, mientras terminaba de hacer el arqueo, Marcos, el encargado, se afincó delante de mi caja registradora. Intenté concentrarme en las monedas para no perderme y él esperó pacientemente a que terminara antes de hablar.

—Día movidito, ¿verdad?— preguntó amable con una sonrisa, asentí — ¿Puedes venir un momento a mi despacho?

— Claro, enseguida voy.

Me senté delante de él.

— Lo siento Adriana, pero la persona que estabas sustituyendo se incorpora mañana al trabajo. Al final se ha recuperado antes de lo que esperábamos de su fractura y ya tiene el alta.

— Oh, vale — me sentó como un jarro de agua fría.

— Trabajas muy bien, he hablado con la central y por el momento no tenemos ninguna otra sustitución que puedas cubrir pero te tendremos en cuenta y a la mínima oportunidad volveremos a llamarte. A finales de octubre vuelve a salir otra de las compañeras de vacaciones, se va casi veinte días, así que te contactaremos unos días antes para saber si sigues interesada.

— Gracias, Marcos.

— Te corresponde una semana de vacaciones, luego podrás ir a la oficina de empleo a solicitar la tarjeta de demandante, intentaré encontrarme algún puesto antes, no me dejan contratar personal nuevo en la tienda, pero haré todo lo que esté en mi mano.

— Vale. Muchas gracias, de verdad, Marcos. He estado muy a gusto, sobre todo en esta tienda, hay buen ambiente y muy buenos compañeros.

Salí del supermercado de bastante mal humor, no pensaba que se me acabaría el contrato tan pronto, se había ido el verano y casi no me había enterado. Caminé un buen rato y me senté en una terraza de una plazoleta cercana. A esa hora solía estar atestada de gente tomando algo al fresco de la noche, pero la vuelta de septiembre había dejado a muchos jóvenes en casa por los exámenes de recuperación, otros volvían a trabajar y ya no se podían

permitir quedarse hasta tarde por la noche entre semana, en definitiva, solo había tres mesas ocupadas. Me pedí una cerveza y me la tomé observando a los pocos que habían a mi alrededor. Me pregunté por qué yo estaba sola allí, la verdad es que mis viejos amigos del instituto estaban todos sumergidos en sus vidas, y aunque los había visto en alguna ocasión después de volver, la distancia se había vuelto a hacer presente. Después de tanto tiempo viviendo en Barcelona era complicado integrarme en la vida de los demás. Así que ahora no tenía demasiados amigos, me encogí de hombros pedí un segundo botellín y le mandé un WhatsApp a Mónica.

“Buenas noches guapa, ¿estás despierta?”

“Sí, Daniela acaba de quedarse dormida y me iba a poner a planchar. ¿Qué tal? ¿Qué haces?”

Marqué su número en el móvil y no acababa de sonar el primer tono cuando descolgó.

— ¡Hola! ¿Qué tal? — Me contestó al otro lado — , ¿hoy le has dado día libre al *semidios* del sexo?

— Hola — contesté riendo — , anda que, vaya fama... me acaban de avisar de que mi contrato se ha terminado y me he quedado como fuera de juego.

— Oh, lo siento, cariño.

— A finales de Octubre podré sustituir de nuevo y tendré trabajo unos veinte días, así que tengo unas vacaciones obligadas.

— ¿Por qué no te vienes a casa unos días? — Me reí, me reí mucho, pero qué cantinelale había entrado a todo el mundo con que me fuera unos días a Barcelona — ¿qué te hace tanta gracia? Lo digo en serio. Ahí no tienes nada que hacer, ¿te vas a tirar en el sofá a ver la tele durante más de mes y medio viendo cómo crece tu culo?

— ¿Y qué propones que haga en Barcelona? No me irás a decir que puedo hacer turismo, ¿no? — Pregunté incrédula.

— Mira, yo estoy de vacaciones, Unai está de viaje de trabajo en Bilbao y va a estar allí hasta finales de la próxima semana. Luego ya tenemos unas vacaciones planeadas a la casa de la playa de sus padres. Vente, mañana

mismo, hoy mismo. Unos días conmigo y con Daniela y tu instinto maternal morirá fulminado o revivirá del todo — reí de nuevo.

— Estás loca. No lo sé Mónica. Yo... no quiero, no quiero ir.

— ¿Por Carlos?

— Básicamente — para qué negarlo.

— Está de vacaciones también, mañana y el miércoles tiene que pasar por la oficina a resolver unos pagos y a una reunión con un cliente importante, pero luego estará todo el mes fuera. Supongo que se irá de viaje, suele ir a Teruel unos días a casa de sus padres.

— Oh — desde luego ir y no verlo me apetecía aún menos.

— ¿Quieres verlo o no?

— Sí, no... no lo sé.

— Pues piensa lo que quieres y actúa, deja de gimotear — me amonestó.

— Pero qué os pasa a todos conmigo, porque no dejáis que me lamente y me auto compadezca en paz — refunfuñé.

— Tú misma — me respondió al otro lado —. Piénsatelo al menos. Venga, planearé algo chulo para hacer juntas.

— ¿Con Daniela? No se me ocurren muchas cosas chulas que hacer con un bebé — rezongué. Mónica se rio.

— Venga, confía en mí — insistió.

— No lo sé, Mónica. Me lo pensaré.

— Bueno, vale. Tengo que dejarte que tengo kilos de ropa que planchar.

— Vale guapa, gracias por escucharme y estar ahí.

Pagué las cervezas y enfilé el camino a casa. No. Me dije. No tengo nada que hacer en Barcelona. Caminaba por una calle peatonal y oí unos pasos detrás de mí. La calle estaba desierta, pero no me volví, era un acceso a una de las zonas más concurridas del barrio y no me resultaba extraño que alguien más anduviera por ahí.

— ¡Adriana!

Me giré y vi a Álvaro que corría en mi dirección, la carne se me puso de gallina.

— ¡No te acerques, Álvaro! O llamaré a la policía. Te he denunciado — lo amenacé.

— Lo sé, lo sé. No voy a hacerte daño. No voy a tocarte — se aproximaba y me puse a temblar. Busqué el móvil en mi bolso.

— Lo digo en serio, esta vez no esperaré a ver cómo te portas, si sigues caminando hacia aquí llamaré a la policía.

— Solo quiero hablar, te lo prometo. Estamos en la calle, no te voy a hacer nada en un sitio público. De verdad, Adriana.

— ¿Qué quieres?

— Quería disculparme por haber perdido los papeles — definitivamente a Álvaro le faltaba un hervor. Lo quería lejos y ya.

— No. No Álvaro.

— Vale, lo entiendo. Estoy intentando solucionar mis problemas. Mira, quería avisarte. He dejado el piso de Barcelona y todas tus cosas están en cajas en casa de mi madre, me ha advertido de que no tiene espacio y que esperará un par de semanas antes de tirarlo a la basura. Por si quieres mandar a un mensajero o a alguien a buscarlo. Me ha dicho que te pida que la llames.

— ¿Qué le has contado a tu madre? — Ya me imaginaba que Marisol trataría de convencerme para que volviera con Álvaro, no me apetecía un ápice hablar con ella.

— Nada. Que nos hemos separado de mutuo acuerdo y que te has vuelto a Canarias con tu familia. Le he dicho que venía a ver a mi padre una temporada ahora que me había quedado sin trabajo — Álvaro había seguido caminando y estaba justo frente a mí.

— Vale, bueno ya hablaré con ella. Ahora vete antes de que llame a la policía.

— Adriana, por favor. No seas así — me sujetó con delicadeza del brazo.

— ¡Vete! ¡Que te largues, Álvaro! ¡Fuera! — Me zafé de su mano y empecé a llorar histérica.

— Vale, vale... tranquila. Ya me voy.

Se dio la vuelta y se largó e intenté tranquilizarme antes de retomar el camino. Todavía temblaba cuando llegué a casa. No había nadie, habían salido todos a cenar. Al día siguiente Ebba y Martín se irían a Alemania, desayunaríamos juntos y los acompañaría al aeropuerto.

No podía dormirme, me rondaba en la cabeza volver a Barcelona, ver a Carlos. Podría pasar a devolverle el uniforme de trabajo y el vestido, bueno, el vestido no, que me encantaba y al fin y al cabo me lo había regalado.

Después de darle mil vueltas, tecleé rápido en mi móvil hasta dar con una web de vuelos económicos, de baratos tenían poco o nada si pretendías viajar de un día para otro, pero haciendo un cálculo rápido de lo que tenía en la cuenta, decidí que podía permitírmelo. No lo pensé más, compré el pasaje e hice el *check-in on-line*.

Al escuchar las llaves en la puerta y las voces y risas de mi familia, me asomé al salón.

— Hola, ¿qué tal lo habéis pasado?

— Bien, ¿te hemos despertado? — Me preguntó Martín dándome un abrazo y haciéndome girar por el aire. Me dolieron las costillas y la cintura como si me hubieran dado dos nuevas patadas, pero me contuve y sonreí.

— No, no. Acababa de acostarme.

Me senté en el sofá.

— Te hemos traído un trozo de pizza — me dijo Ebba enseñándome una caja que traía en la mano.

— Gracias, no he cenado. Ahora que lo pienso tengo hambre — abrí la caja y mordí un pedazo, estaba fría, pero muy buena — . Tengo que deciros algo. Acaban de avisarme de que se me ha acabado el contrato.

— Oh, qué pena cariño — dijo mi madre.

— No pasa nada, me ha dicho el encargado que están contentos con mi trabajo, que probablemente me llamarán a finales del próximo mes para otra sustitución. Yo... me voy a Barcelona unos días — anuncié sin querer postergarlo más, ni dar rodeos inútiles. Se quedaron los tres petrificados

mirándome.

— De eso nada, tú no te vas a Barcelona, lo siento pero no — protestó mi hermano.

— Bueno enano, te agradezco que te preocupes pero ya he comprado el pasaje. No os preocupéis. Voy a pasar unos días en casa de una amiga y a recoger mis cosas.

— No necesitas esas cosas — rechistó Ebba — . Aquí tienes todo lo que necesitas. No vuelvas, Adriana. Si Álvaro te encuentra...

— Álvaro se ha mudado con su padre. Está otra vez aquí — la interrumpí. En un principio no tenía intención de decirles nada, pero si así se iban a quedar más tranquilos prefería hacerlo.

— ¿Cómo? — Preguntaron los tres al unísono.

— No quería contarlo para no preocuparos, pero ya que me estoy sincerando os cuento la situación. Vino un día a casa que no estabais y me dio una paliza — bajé la cabeza, no quería ver la cara de mi madre al oírlo — . Él está aquí, anoche mismo me lo encontré, se acercó por la calle para disculparse y me dijo que todas mis cosas estaban en casa de su madre. Y la verdad es que ya me había rondado hacía días la idea de ir a Barcelona, voy a volver, solo voy unos pocos días, me quedaré en casa de una amiga que trabajó conmigo en la asesoría y con la que he mantenido el contacto.

— ¿Vas a ver a Carlos? — Me preguntó Ebba.

— ¿Quién es Carlos? — Preguntaron mi madre y Martín al mismo tiempo.

— No es nadie. No, no voy a verlo... no lo sé... puede que sí.

— Carlos es un tío de cuarenta y pico años que probablemente estará casado y tendrá cinco o seis hijos, que era jefe de Adriana y que está loco por tener un lío con ella.

Me reí a carcajadas porque realmente esa era exactamente la misma idea que yo tuve cuando lo había conocido. Nadie más reía, mi madre estaba horrorizada, desde luego.

— ¿Qué dices? — Preguntó mi madre alterada.

— Que no, que nooo. A ver, Carlos tiene cuarenta... bueno, cuarenta y

poco...

— Cuarenta y cinco — me interrumpió Ebba.

— Cuarenta y cinco — admití — . Éramos amigos y me consiguió trabajo en su asesoría. No está casado y no tiene hijos. Tiene un perro precioso, eso sí. Y lo más importante es que no quiere saber nada de mí, porque lo dejé colgado, me fui de un día para otro del trabajo y lo dejé tirado, quedando mal con su socia y con los clientes con los que yo me había comprometido. Además no es de vuestra incumbencia, me voy unos días, os guste o no, no tengo que pedir permiso, ya he comprado el pasaje y me voy mañana.

— ¿Hasta cuándo? — Preguntó mi madre.

— No tengo billete de vuelta aún.

— Vale, no vas a volver — me reprochó Martínmosqueado — . ¿Por qué no te vienes a Alemania? Allí estarás con Ebba y conmigo, estarás bien cuidada y muy lejos de Álvaro. Te podemos ayudar a buscar trabajo, se gana entre cuatro y diez veces más que aquí, será una buena experiencia para ti.

— No. No quiero. Gracias, de verdad. Pero no. Me iré a Barcelona, pasaré unos días con una buena amiga. Si decido encontrarme con Carlos, lo intentaré, aunque dudo que él quiera volver a verme. Voy a recoger mis cosas y me vuelvo.

— No me parece bien — Ebba estaba muy enfadada con los brazos cruzados en el pecho y no lograba comprender por qué le molestaba tanto que quisiera ver a Carlos de nuevo.

— Dejadla ya — protestó mi madre — . Si crees que tienes que ir, ve.

— Sí, mamá... es que... ¿si luego me arrepiento toda la vida?

— Bufff — bufó Ebba.

— ¡Ya! Ebba. Te agradezco tu ayuda, si no fuera por ti y por mi hermano no hubiera podido volver y estoy segura de que todo hubiera terminado muy, muy mal. Me ha hecho bien teneros cerca este verano, pero tengo que tomar mis propias decisiones.

— ¿Has denunciado a Álvaro? — Preguntó mi madre.

— Sí y pronto tendrá una orden de alejamiento, o eso espero. Tiene

problemas graves con el alcohol y de autocontrol. Está intentando recuperarse, se ha mudado con su padre. Yo espero que lo consiga, no le deseo ningún mal, pero no quiero que se vuelva a acercarme en la vida.

Me miraban todos preocupados, pero poco o nada podíamos hacer. La realidad era que Álvaro seguía cerca de mí, me gustase o no.

Capítulo 20

No quería pensar en nada de lo que ocurriría en Barcelona, pero aun así tenía un fuerte nudo que constreñía mi estómago. Mónica me recogería en el aeropuerto e iría con ella hasta su casa, ese era mi único plan, no quería pensar en más.

El viaje transcurrió tranquilo y puntual. Llegué después de las tres de la tarde, agotada y hambrienta. En cuanto encendí el teléfono me sonó una llamada, pensé que era Mónica para ver por dónde iba pero vi el número de Fernando en la pantalla y di un respingo de alegría.

— ¡Hola Fer!

— Eh ¡piernas! Me acabo de enterar de que ayer fue tu último día de trabajo.

— Sí.

— ¡Menuda putada!

— Esa boca — le sermoneé.

— Perdona, abuela — rio.

— No pasa nada, Fer. Marcos me comentó que tengo probabilidades a finales de octubre de cubrir otras vacaciones.

— Bien, bien. Genial. Te voy a echar mucho de menos por aquí hasta entonces. ¿Y cómo estás?

— Bien. Me voy unos días de vacaciones. Acabo de salir del avión.

— ¿Vacaciones? — Preguntóextrañado — . ¿Así? ¿De repente? ¡Bien! ¡Por fin te has decidido! Qué mala eres, ¿Por qué no me has avisado? Podríamos habernos despedido — , me reí a carcajadas.

— Luego soy yo la que piensa siempre en lo mismo. ¿Por fin me he decidido a qué?

— Apuesto a que estás en Barcelona — afirmé.

— Tú eres muy listo, me parece a mí — sonreí — . Tengo que dejarte, me está esperando una amiga que venía a recogerme.

— Vale, pásatelo bien.

— Gracias. Te llamaré cuando pueda — contesté.

— Vale. Adiós guapa. Suerte.

Vi a Mónica sonriente en la zona de desembarque, esperaba verla con su renacuaja, pero estaba sola.

— ¡Hola! — Le di un abrazo — ¿Dónde has dejado a tu niña?

— He encontrado la excusa perfecta para dejársela a la abuela, la recogeré mañana por la mañana. ¿Vamos? Tengo una cantidad ingente de dulces y cervezas en casa, para que nos pongamos al día de todo. Oye, estás guapísima — me hizo girar y soltó un silbido sonrojándome completamente porque toda la gente alrededor de nosotras se me quedó mirando.

Mónica vivía en un piso pequeño y coqueto en Chapí, una zona muy tranquila de la ciudad. Era muy amable al acogerme en su casa, ya me tenía una cama preparada, en el que sería el dormitorio de su pequeña que por ahora no necesitaba porque seguía durmiendo en la cuna, cerca de la cama de sus padres. Me sentí a gusto desde el primer momento.

Pasamos una tarde divertida, la cerveza subió rápido, nos reímos. Mónica me suplicó que le contara con pelos y señales todo lo de Carlos, lo hice, las dos suspiramos.

— ¿Cómo lo harás? — Me preguntó.

— ¿Cómo haré qué?

— Reencontrarte con él.

— No tengo ni idea — dije con un puchero —. Si me rechaza, si no quiere verme me va a destrozar viva.

— Tendrás que correr el riesgo. Si vas temprano al despacho lo cogerás solo. Isabel tenía una reunión fuera con un cliente a primera hora.

— ¿Y si no me abre? ¿Si no me deja entrar? Me moriré.

— ¡Adriana! Por favor, deja de compadecerte, da un poquito de asco.

— Vaya, qué sincera — me enfurruñé más aún.

— Haz algo, reacciona.

— Vale, vale... — dije levantando las manos en son de paz — . Iré a la oficina por la mañana. Uf, creo que necesito una sesión de belleza.

Mónica aplaudió y dio grititos. Fue en busca de un arsenal antes de que me arrepintiera. Me peinó con la plancha, me hizo la manicura y pedicura y me obligó a ponerme un potingue en la cara a modo de mascarilla, como me diera una reacción alérgica íbamos a vivir un drama, sin duda.

— ¿Qué te vas a poner? — Me preguntó.

— Yoqué sé. Unos vaqueros y un top — miré mi maleta tirada en un rincón del salón, que aún no había tocado. Ya lo pensaría al día siguiente.

— ¿En serio? ¿Así vas a reconquistarlo? — Me miró pasmada.

— Mónica, solo quiero hablar con él, no sé qué le contaré, pero lo único que pretendo es que me perdone y volvamos a ser amigos.

— Sí, claro. ¿Quién ha dicho lo contrario? — Abrió mi maleta. Lo que había en la parte de arriba era el vestido que él me había regalado con los zapatos y el bolso y el uniforme.

— Este es el vestido que él te regaló para la entrevista, ¿no? — Asentí mordiéndome el labio para no gimotear porque Mónica me mordería si me oía volvera hacerlo — . Bueno, le daré un repasito con la plancha, esto es perfecto.

— No quiero ir con eso, es ridículo. Me pondré otra cosa, no sé... déjame ver lo que he traído.

— ¡No! Hazme caso. Estás preciosa con ese vestido. Además te lo regaló él y tiene un significado especial — puse un puchero y se me saltaron las lágrimas, demasiadas cervezas, no me podía controlar. Mónica cogió un cojín del sofá y me lo tiró a la cara — . ¡Petarda! Deja de lloriquear y sé un hombre.

Me reí.

— Sí, sacaré huevos y estaré allí a primera hora. Necesito cinco o seis cervezas más para poder caer en coma.

— ¡Hecho!

La hora a la que nos habíamos acostado era un misterio para mí, pero

hacía unas cuantas que había anochecido, eso seguro. Tal como había previsto, cuando ya mi cuerpo no soportaba más alcohol, había caído en un sueño profundo.

Por eso cuando oí a Mónica que intentaba despertarme, cogí la almohada y me la puse encima de la cabeza.

— Que te levantes, levántate ya, so pesada. Venga, que tengo que maquillarte, no pensarás ir con esa cara de muerto viviente — exigió y un dolor de barriga horroroso me atenazó, quizás por los nervios, o por la cantidad inmensa de alcohol en sangre que todavía no habría eliminado del todo, o vete a saber por qué.

— No, Mónica, no puedo. Voy mañana, o lo llamo más tarde... no puedo, no puedo.

— De eso nada. Además yo me tengo que ir a buscar a la peque.

— Te odio — refunfuñé.

— Calla bobita, ya me lo agradecerás luego.

Me levanté y me di una ducha fugaz. Me maquillé yo, no dejé que Mónica me tocara con un pincel, no me fiaba un pelo de que fuera discreta. Me repasé un poco el pelo y me puse el vestido. Me quedaba enorme, había adelgazado tanto que me sobraba tela por todas partes, me quedaba horroroso.

— ¡S.O.S.! — Mónica vino corriendo hasta el cuarto de baño — . Estoy horrible, parezco un payaso y la verdad es que los zapatos y el bolso rosa sin el pelo a juego no es lo mismo. Estoy horrible, no quiero ir, no puedo presentarme allí con estas pintas.

— ¡Para! Para de una vez... jolín, me pones de los nervios. Te lo tenías que haber probado anoche, sí que has bajado de peso. ¡Estás cañón! — Reíentre lágrimas — . Venga, vamos a ver qué hay en tu maleta. ¿Alguna falda?

Pues sí que Mónica conocía bien a Carlos para saber que esa era la mejor opción. Rebusque entre mi ropa y vi una minifalda vaquera que me había comprado hacía un par de semanas. Solo me la había puesto una vez para ir a la playa, era demasiado corta y me daba vergüenza utilizarla para otra cosa. Tal como imaginaba fue lo primero por lo que ella se decantó.

— ¿Cómo hemos pasado de look formal a look putón verbenero? — Le pregunté con las cejas levantadas.

— Eh guapa, que esto es tuyo. Hay que adaptarse a lo que hay. A ver con qué te ponemos esto.

Sacó una blusa negra ancha por arriba y que se ajustaba en la cintura, sin demasiado escote. Luego me dio la lata para que me pusiera unos zapatos suyos con un taconazo de aguja que preferí no medir, empeñada en que no los había estrenado y eran perfectos para mí y yo estaba segura de que no lo había hecho porque tenía miedo a romperse una pierna, al final acepté para que me dejara de dar el coñazo. Me arrebató la blusa de las manos cuando empecé a plancharla.

— ¡Quita de aquí! No vamos a llegar en la vida.

— Jolín, sí, mamá.

Mónica sonrió y planchó todo rapidísimo en lo que yo esperaba en sujetador y bragas sentada en su sofá, histérica de los nervios, sin que desapareciera el dolor de estómago.

En poco menos de quince minutos me dejaba en la puerta de MBF, me dio las llaves de la oficina antes de salir del coche.

— ¡Estás loca! No voy a abrir sin llamar, no puedo... me puede denunciar, te puede echar a ti. Estás loca, estás loca.

— Deja de quejarte de una vez y sube ya — bufé, refunfuñé, remoloneé — . ¡Largo! — Chilló y di un respingo.

Salí del coche y abrí el portal del edificio, subí hasta la planta de la asesoría y temblando abrí con la llave. Iba a insultarme, a llamar a la policía y echarme de allí a patadas. Temblaba cuando cerré con sigilo. Escuché música y un tecleo constante. No podía evitar hacer ruido con los tacones, bastante difícil era ya caminar sin matarme y sin parecer un pato mareado, así que cuando di tres o cuatro pasos el tecleo cesó, supongo que estaba agudizando el oído.

La puerta del despacho estaba cerrada, temblé, temblé, temblé y estuve a punto de salir corriendo de allí. Toqué con los nudillos.

— ¿Si? — Escuché al otro lado.

Vale, venga, tú puedes. Giré el pomo y abrí.

— ¿Carlos? ¿Puedo pasar? — Estaba guapísimo, se notaba que no pensaba recibir a nadie porque llevaba una camiseta y el cabello algo revuelto, ni siquiera se había afeitado y así de desaliñado me parecía aún más sexy que con su habitual look formal.

— Adriana — susurró, pero no dijo nada más.

Me arriesgué y entré. Cerré la puerta tras de mí. Me acerqué mientras me miraba pasmado, me escrutaba de arriba abajo.

— ¿Puedo? — Señalé una silla frente a él. Asintió y me senté cruzando las piernas, no sabía cómo ponerme ni dónde dejar las manos — . Hola, no sé por dónde empezar.

— ...

— Vale — dije tras unos segundos en los que me di cuenta de que no iba a decir nada y que aunque estaba sorprendido no me lo iba a poner fácil.

— No quiero inventarme nada, Carlos, pero tampoco quiero contarte lo que pasó.

— No empezamos muy bien — contestó serio.

— Tenía una buena causa, una causa de peso y lo que te dije era cierto, no lo había planeado, surgió la oportunidad y me fui. Sé que te prometí que no me iría, pero algo me hizo cambiar de idea. Luego cambié el número y perdí la agenda y...

— Para — me cortó — . No quiero una lista de tus excusas, si no vas a ser sincera, vete.

— No son excusas, Carlos, es cierto. Ocurrió algo y fue mi única salida.

— Vete — me quedé unos segundos mirándolo, lo decía en serio, no veía atisbo de sonrisa, de simpatía o de comprensión en su mirada.

— Vale.

Salí del despacho con el mismo sigilo con el que había entrado. Cerré la puerta y a los dos pasos escuché de nuevo el tecleo. Suspiré y salí de la

oficina. Por lo menos no me había preguntado cómo había entrado, no quería que Mónica tuviera problemas por mi culpa. Al cerrar la puerta me senté en los escalones, no quería bajar aún, no quería admitir que había tardado diez segundos en estropearlo del todo. Lo daba por perdido, no sabía solucionarlo, y había hecho todo lo que podía. Había cogido un avión y había vuelto para verlo, estaba allí, había intentado explicarme pero él no había querido escucharme. En conclusión, ya me había crucificado, así que se acabó, no me arrepentía de haberlo intentado, tenía que hacerlo y darme cuenta por mí misma de que ya no había nada que hacer.

Unos cinco minutos después di un buen respingo cuando Carlos abrió la puerta de la oficina y me pilló allí sentada.

— Perdona, perdona, ya me iba — me levanté avergonzada y comencé a bajar los escalones.

— Adiós.

— Adiós — refunfuñé.

Él bajaba detrás de mí, tuve que esforzarme por no girarme para mirarlo. Ya fuera del edificio fui hasta el coche de Mónica, que estaba aparcado un poco más adelante.

— Vámonos, por favor — le dije al subir. Estaba enfadada con Carlos por no darme la oportunidad de explicarme, enfadada con Mónica por haberme empujado a hacer esto, enfadada con Fernando, por insistir en lo mismo, incluso con Diana que me había aconsejado de igual manera. Enfadada con Ebba por tener razón en que Carlos no era para mí y tenía que dejarlo pasar. Me enfurruñé de brazos cruzados mientras Mónica conducía, supo a ciencia cierta que aún no debía preguntar por lo que había sucedido allí arriba y yo no me atrevía a hablar porque sabía que se me saltarían las lágrimas y ella me daría la charla. Camino a la casa de su madre recogimos a la chiquitina que con una sonrisa llena de mocos y escasa de dientes me hizo sonreír al fin.

— ¿Te importa si vamos un rato al parque con Daniela? — Al fin rompió el silencio Mónica.

— ¿Pasamos un momento por tu casa? Prefiero ponerme unos vaqueros y unas sandalias.

Mónica asintió y decidí cambiar el chip y no amargarle el día a mi amiga, que no tenía ninguna culpa de lo que había pasado. Sonreí cuando me subí de nuevo al coche, la cara larga la había dejado junto a mi minifalda dentro de la maleta de nuevo.

— ¿Vamos?

Con todo lo grande y ancha que era Horta y con la cantidad de parques que había de todos los tamaños y colores, tuvo que llevarme al de Guinardó, con todo lo que ello suponía, pero no dije nada, no refunfuñé ni pataleé que era lo que tenía ganas de hacer. Le pedí que me dejara empujar el carrito de Daniela y fuimos hasta una terraza cercana donde nos pedimos un café para llevar. Nos sentamos en el césped con la niña, mientras ella jugaba y se divertía con sus juguetes yo la observaba. Era preciosa y parecía muy tranquilita y buena. ¿Sería madre alguna vez? No es que fuera algo en lo que hubiera pensado, no tenía muy buena mano con los niños y todavía era muy joven. ¿Pero y si saliera con Carlos? Él no era tan joven, igual quería tener niños y tendría que darme prisa. Agité la cabeza amonestándome por esos pensamientos. Mónica soltó una carcajada.

— Te lo dije.

— ¿Qué exactamente? — Pregunté perdida.

— Que Daniela tenía el efecto de despertar el instinto maternal o eliminarlo por completo, te ha tocado un día bueno, supongo que ahora mismo estás soñando en cómo sería tener un bebé así, jugando en el césped tranquilamente — me ruboricé y no dije nada — . Venga, cuéntame ya cómo has metido la pata.

— No me dejó hablar, me dijo que me fuera — resumí.

— No te creo — rasgó los ojos escrutándome — , venga explícamelo todo.

— Pasé a su despacho y me senté delante de él. No dijo nada, se quedó allí pasmado mirándome. Le expliqué que no quería mentirle, que tenía buenas razones para hacer lo que había hecho, que eran razones de peso pero que no podía contarle cuáles eran. Que había ocurrido algo y mi única opción había sido volver.

— ¿Se lo dijiste así tal cual?

— Sí, más o menos. Me contestó que no quería mentiras y cuando le repetí lo mismo me dijo vete.

— ¿Te dijo que no quería mentiras? ¿No te creyó? — Me preguntó incrédula, pero ¿esta mujer de qué lado estaba?

— Bueno, creo que dijo excusas, pero vamos, es lo mismo.

— ¿Y no sabes lo que has hecho mal? — Negué con la cabeza mordiéndome el labio inferior con fuerza para contener las lágrimas — . Te vio y te dejó pasar — asentí — . No te preguntó qué hacías allí o te dijo que no quería verte, solo pasaste y te sentaste — asentí — . Es decir, que te estaba dando una oportunidad.

— Lo intenté Mónica — rechisté.

— No. No lo intentaste. No le contaste nada. Solo que te había pasado “algo”, que había una “causa”.

— Pero no puedo decirle que Álvaro me pegaba, no puedo — se me saltaron las lágrimas.

— Ya. Pues el único problema que veo es que Carlos no sabe lo que ocurrió y cree que no confías lo suficiente en él para contárselo. ¿Alguien más a parte de mí sabe lo de Álvaro?

— Sí. Diana, mi peluquera, cuando me presenté de madrugada en su casa con el pelo hecho un desastre lo averiguó ella solita y bueno, cuando Álvaro me pegó en casa de mi madre, me encontré con Fernando cuando salí de la comisaría y se lo conté.

— Se lo has contado a tu peluquera y a un chico con el que te acuestas hace dos días, pero ¿no se lo puedes contar a Carlos?

— No puedo. No puedo permitir que si surge algo entre nosotros esté condicionado por eso. Si le hubiera contado todo desde un principio me hubiera presionado para dejar a Álvaro e irme a vivir con él. ¿Te imaginas qué hubiera sido para mí depender aún más de alguien de lo que dependí de mi ex? Me hubiera presionado para denunciarlo. Y cuando me fui de aquí, ni siquiera fue una decisión mía, acababa de darme la paliza de mi vida y

gracias al cielo Ebba y Martín estaban allí, me arrastraron con ellos... no quería que Carlos se metiera en problemas.

— Vale, te creo, no te pongas a la defensiva. Hasta ahora contárselo no era la mejor idea, pero ¿Y ahora?

— No quiero y no quiero hablar más del tema — me crucé de brazos dando por zanjada la conversación.

— ¿Me dejas darte un último consejo?

— Adelante.

— No te rindas.

Capítulo 21

El día transcurrió tranquilo, se me ocurrió que podría ir a correr a la mañana siguiente, era una forma un tanto “casual” de encontrarme con Carlos y tener una nueva oportunidad para hablar con él. No le dije a Mónica nada de mis motivos y cuando le comenté que pensaba salir a correr puso el grito en el cielo, tenía la intención de arrastrarme hasta la playa a primera hora de la mañana, lo que tampoco me hacía demasiada ilusión, todavía no se me habían quitado del todo los moratones por los golpes de Álvaro y tendría que pasar el día muriéndome de calor sin quitarme la camiseta.

Cuando el despertador sonó aún era de noche, sin embargo no me costó un ápice levantarme de un salto, pasar por la ducha rápidamente y enfundarme un top, leggings y deportivas. Fui hasta la cama de Mónica intentando no hacer ruido para que no se despertase Daniela que dormía plácidamente en su cunita aferrada a su peluchito, me daban ganas de apretarla y comérmela a mordiscos.

— Me voy, te traeré algo rico cuando vuelva — le dije.

— Grffmmmfrrr — refunfuñó haciéndome reír.

El aire de la mañana estaba helado, el sol se asomaba tímidamente y aún no había logrado calentar el ambiente, la vuelta de septiembre se notaba en el clima. Me enfundé mi sudadera y activé *Spotify* en mi móvil. Mónica vivía a una media hora del parque si se hacía el camino a pie, no quería llegar empapada en sudor, al fin y al cabo esperaba poder acercarme a Carlos y oler lo suficientemente bien como para que tuviera ganas de abrazarme, así que me dispuse, dando un paseo y repasando mil veces de qué forma podría abordarlo, a encontrarme de nuevo con él donde lo había visto cada día durante prácticamente el último año.

Cuando vi la entrada del parque empecé a trotar. Me temblaba el pulso y a mi corazón iba a darle un choque, subí el sonido de la música intentando liberar mi mente de los nervios que sentía. Lo vi, donde siempre solía apostarse con Bender, que jugueteaba con una pelota vieja. Sonreí maliciosamente, al menos, la primera parte del plan había funcionado, estaban allí. Borré la sonrisa *ipso facto* en cuanto comprobé que miraba en mi

dirección, parecía tan sorprendido como el día anterior.

Me paré cerca de él dando saltitos, como si perder el ritmo me importara algo. Estaba tan guapo que quitaba el hipo, tal como me había dicho Mónica tendría una reunión con un cliente importante porque iba trajeado, estaba segura de que se pondría la corbata según soltara a Bender en casa.

— Buenos días, ¿puedo? — Pregunté señalando a Bender. Carlos asintió. Bender me reconoció y empezó a dar saltos moviendo la cola de un lado a otro y ladrando como un loco, en cuanto me agaché me lamió toda la cara y me hizo caer al suelo.

— ¡Hola! — Le saludé feliz, eso sí era un recibimiento, pensé decírselo, pero tampoco era plan de mosquear al dueño — , quéperro más guapo y más bueno — le acaricié la cabeza y jugueteé un ratillo con él sin levantarme, remoloneando porque no me quería separar de ellos. Al fin me puse de pie — . Bueno, hasta luego — le dije a Carlos que no me había dado ni las buenas horas.

— Le caes bien — me dijo al fin justo cuando me ponía los auriculares de nuevo.

— Sí, lo sé. Es mutuo.

— Puedes saludarlo y jugar con él siempre que quieras. No soy su dueño, bueno, técnicamente sí lo soy, pero no quiero quitarle el privilegio de jugar con alguien que le gusta mucho.

— Gracias — murmuré — . No voy a estar mucho por aquí, solo unos días. He venido a recoger mis cosas y me vuelvo.

— ¿Vuelves a Canarias? — Preguntó y podía ver la decepción escrita en su mirada, suspiré antes de contestarle.

— Sí, aquí no me queda nada que hacer.

— Bender te va a extrañar, le gustas, te quiere mucho — dijo con el ceño fruncido mirándome a los ojos y no pude evitarlo, se me llenaron de lágrimas, si me hubiera visto Mónica me hubiera llevado una buena colleja, dudé por un instante si esas palabras se referían a el perro o a él, deseando con todo mi corazón que fuera la segunda opción.

— Lo sé, yo lo he echado de menos todos los días de los últimos dos meses y medio.

— ¿Cuándo te vas? — Me preguntó.

— Probablemente el viernes de la próxima semana.

— ¿Probablemente? — Bueno, era tonto o qué, qué quería que le respondiera “a menos que quieras que me quede”, “a menos que me supliques que no me vaya”, “a menos que quieras pasar conmigo el resto de mi vida”... cualquier opción era válida, pero no me atreví a decir ninguna.

— Aún no he comprado el pasaje, pero me estoy alojando en casa de una amiga y solo puedo quedarme hasta ese día.

— Ah, vale — respondió tajante, ¿la había vuelto a fastidiar? ¿En serio pretendía que me arrastrara un poco más y le suplicara que no me dejara marchar?

— ¿Puedo invitarte a un café? — Me arriesgué a sugerir.

— No. Lo siento. Tengo que irme.

— Vale, ya nos vemos, chao — dije levantando la mano —. Adiós Bender, guapo — le acaricié la cabeza y retomé el trote, esta vez corrí de verdad y con ganas, sin querer pensar en nada, la música a tope hasta llegar a casa de Mónica.

La jugada no me había salido del todo bien, pero al menos con la excusa de Bender pude acercarme de nuevo a él, según llegaba a casa de mi amiga se me fue quitando la sensación de pesadez en el pecho, dándole vueltas a la idea de que lo vería cada día hasta que me marchase, tendría más oportunidades y al final, lo conseguiría, seguro que lo lograba. Sonreí mientras subía las escaleras del piso de mi amiga.

Después de pasar de nuevo por la ducha, como la mañana se había presentado bastante nublada decidimos ir hasta un centro comercial cercano de tiendas y paseo.

Apenas tenía ropa que ponerme, había adelgazado tantísimo que todo me quedaba como un saco, no había estado tan estilizada en mi vida, así que tenía la excusa perfecta para ir de compras. Sonreí con malicia al pasar por

una tienda de deportes, me compré unos mini pantalones y un top deportivo ajustadísimo que dejaba los hombros y bastante escote al aire, jamás se me hubiera ocurrido ponerme algo así, es más, siempre me había parecido muy ridículo que las chicas se vistieran tan sexys para salir a correr, pero al fin y al cabo era por una buena causa, ver la cara de Carlos cuando me viera con eso no tendría precio. También me compré un par de vestidos, vaqueros ceñidos y tops variados y unos taconazos de vértigo que Mónica prácticamente me obligó a comprar, a mí me daba miedo caminar con ese tipo de zapatos. Todo aquello que me quedaba gigante no volvería a Canarias, así que tendría hueco de sobra en la maleta para las compras.

Comimos juntas en un *burger* del centro comercial mientras hablábamos sin parar.

— Te veo feliz, contenta — me dijo Mónica.

— Sí, estoy más tranquila — dije zampándome una patata —, además, esto de ir de compras siempre funciona de desestresante.

— ¿Ha pasado algo hoy que deba saber? — Me miraba con ojos inquisidores.

— Me encontré casuaalmente — me carcajeé — con Carlos en el parque y como estaba con Bender me atreví a acercarme a él para achuchar al animalillo. Estuvo seco y distante, pero se interesó por mí y me dio a entender que si iba a correr cada día podía acercarme a jugar con Bender, así que saldré a correr todas las mañanas.

— Vaya, buena jugada — sonrió —, te vas a poner como una sílfide — protestó con la boca llena —, bueno, ahí tienes tu oportunidad. Parece que no te lo va a poner fácil, pero al menos puedes ir recuperando su confianza poco a poco.

Asentí y le di un buen mordisco a mi hamburguesa.

— ¿Te apetece sesión de peluquería? Yo invito — le sugerí con la boca llena.

— Bueno, vale. Pero tú no me invitas. Te vas a fundir todos los ahorros en estos días.

— Como quieras — me encogí de hombros —, quiero ver a Diana.

Nos presentamos en la peluquería sin avisar, ya sabía que al medio día solía estar vacía, aunque Diana siempre dejaba abierto, siendo autónoma no se podía permitir cerrar si podía tener algún cliente.

Diana y yo nos abrazamos, le conté rápidamente que había venido de vacaciones y estaba pasando unos días en casa de Mónica.

— Oh, esto hay que celebrarlo. Me alegro mucho de verte. ¿Por qué no os venís a casa esta noche y nos emborrachamos y criticamos a todo el género masculino hasta que nos quedemos afónicas? — Propuso Diana y lo cierto era que me apetecía mucho.

— Me encantaría Diana, pero es que Mónica tiene un bebé — hablé señalando a la niña que dormía plácidamente en su carro con la chupita puesta y un muñequito de tela frotando su nariz. Procuraba no mirarla demasiado porque viéndola me daban ganas de traer tres o cuatro iguales.

— Eh, eh, eh... que yo puedo dejar a Daniela con mi madre, nunca le dejo a la niña, así que se pondrá súper contenta, las dos, porque mi madre la malcría. Me apunto, me apetece.

— ¡Hecho! — Dijo aplaudiendo Diana.

— ¿Tienes tiempo para atendernos? — Le pregunté.

— No, que va, ahora vendrá la reina y todo su séquito a cortarse las melenas — se carcajeó —. ¿No ves que tengo esto vacío? ¿Qué quieres hacerte Adriana?

— ¿Sabes qué? Hazme lo que te dé la gana, la última vez triunfó tu corte, así que tú misma.

— ¿En serio? ¿Me das carta blanca? — Aplaudió feliz.

— Carta blanca — afirmé con rotundidad.

— Tú estás loca — rio Mónica —, con lo que le gusta a una peluquera unas tijeras, yo solo quiero hacerme unas mechas y peinarme.

Estuve media hora con un kilo de potingue y papel de aluminio por todo el pelo y luego vi volar cabello por todas partes, Mónica me miraba con los ojos a punto de salirseles de las órbitas y yo confiaba en no arrepentirme de haberle dado permiso a Diana para experimentar.

— ¡Guau! ¡Estás increíble! Y no lo digo porque lo haya hecho yo — exclamó Diana satisfecha para cuando terminó.

Me miraba atónita al espejo, a punto del colapso, intentando averiguar si aquella persona que me miraba sorprendida al otro lado era yo. El corte era muy moderno y disparatado, corto por abajo y por arriba algo largo, a modo de flequillo. Me tiñó de castaño oscuro, casi negro, y las puntas de rojo fuego. Estaba guapa, pero me veía rarísima, no parecía yo. Con un poco de secador y tres o cuatro movimientos de la plancha me peinó, en apenas unos cinco minutos y me explicó las pautas de cómo debía hacerlo yo en casa, solo esperaba que se me quedara la mitad de bien de lo que lo había hecho ella porque si no tendría que correr a comprarme una peluca.

Una vez en casa de Mónica aparcamos todas las bolsas con las compras del día y fuimos dando un paseo hasta casa de su madre para dejarle a la pequeña, que al parecer había notado en el ambiente que su madre se iría de juerga sin ella y se había puesto a berrear como un pequeño demonio. Me parecía increíble que de una cosa tan pequeñita pudiera salir tantos mocos y lágrimas.

Pasamos por el súper antes de afincarnos en casa de Diana y llevamos cerveza y vino en cantidades industriales y algo de picoteo. Nos reímos tanto, tantísimo, que más de una vez nos salió la cerveza a chorros por la nariz. Lo pasamos de miedo y si fuera verdad esa leyenda que dice que las orejas se le ponen rojas a quien críticas, a más de uno se le hubieran caído al suelo. Nunca había tenido una noche así de chicas, tenía amigas en Canarias, claro, pero había empezado a salir con Álvaro muy jovencita y nunca tuve tiempo de este tipo de cosas. Esto es lo que necesitaba, unas amigas así, de verdad, que me apoyaran, que estuvieran para ir de compras y para una noche de borrachera y risas, o para llorar juntas si alguna se encontraba mal.

— Bueno y ahora que el macizo ese que te gusta te ha dado calabazas, ¿qué vas a hacer? — Me preguntó Diana sirviéndose su tercera copa de vino.

— Bufffff — bufé dando un largo trago a la cerveza — , me volveré a casa de mi madre y seguiré divirtiéndome con Fer, si le apetece, o con quien sea, pero no me pienso volver a enamorar en la vida.

Brindamos las tres por ello, el amor era un asco. Diana y yo le prohibimos

a Mónica que hiciera ningún tipo de sugerencia del tipo “*no todos son iguales*”, “*mi marido es perfecto*”, “*ya te llegará el que es para ti*”, la amenazamos con vomitarnos allí mismo si lo hacía y como éramos mayoría no le quedó más remedio que reír y aceptar, encogerse de hombros y brindar con nosotras a grito *pelao*: “*El amor es un asco, los tíos son un asco*”.

Seguimos bebiendo como cosacas encontrando veinte excusas más para volver a brindar por lo que a alguna hora incierta de la madrugada y sin recordar bien en qué momento caímos redondas. Mi cuerpo estaba alerta y me levanté antes de que sonara el despertador a las siete, con el estómago revuelto, no sabía bien si por los nervios o por todo lo que había bebido la noche anterior.

Pasé por la ducha, lo último que quería era que Carlos pudiera oler la borrachera de la noche anterior a metros de distancia. Había llevado mi ropa deportiva nueva, y me la colocaba en el salón. Mónica que estaba tirada en el sofá abrió un ojo y me miró como si estuviera loca.

— Pero ¿qué haces alma de cántaro? Ya te tiene que gustar ese hombre para salir a correr después de la noche que hemos pasado. Como te vomites en mitad del parque verás la que vas a liar.

— Bah, estamos cerca. Iré caminando y cuando llegué al parque fingiré que voy a tope — Mónica se rio y se tapó la cara con un cojín.

— Estás como una regadera. Venga ve. Te espero aquí.

— Vale, genial — me agaché para achucharla y besarla — . Gracias, eres la mejor.

— Lo sé, lo sé... no puedo evitarlo — bromeó correspondiéndome.

A hurtadillas me colé en el dormitorio de Diana para mirarme en su espejo de cuerpo entero, me quedé petrificada. No podía salir así, iba medio desnuda y me iba a coger una pulmonía.

— Oh, tía — dijo Diana, a la que había despertado sin querer — estás buenísima, si yo fuera ese tío y te viera aparecer así por el parque te arrastraba hasta casa.

— Es exagerado, no voy a ir así. No quiero salir así, parezco una buscona — estaba realmente incómoda, siempre salía a correr con unos

leggings viejos y el primer top que encontraba en el cajón.

— Pareces una tía guapísima, con un corte de pelo de la leche y con un cuerpazo que quita el hipo. Parece que vas a rodar un anuncio.

— ¡Qué exagerada! — Reí de buena gana.

— Pero cariño, tienes una cara horrible, maquíllate un poco y así luces look al completo.

— ¿Cómo me voy a maquillar para ir a correr? ¡Qué ridículo! — Seguí riendo, no, definitivamente no iba a ir con esa indumentaria y menos maquillada.

— Hazme caso, las ojeras te llegan al suelo, va a pensar que has estado toda la noche llorando por él.

Lo pensé durante un momento.

— Bueno, vale. ¿Me prestas algo? No he traído maquillaje.

— ¡Claro! — De un salto se levantó de la cama y me llevó a rastras hasta el salón, maletín de maquillaje en mano. Se empeñó en hacerlo ella, casi me lo rogó haciéndome chantaje emocional recordándome lo mucho que le había gustado a Carlos mi anterior corte de pelo.

— Por favor, por favor, no seas exagerada, que no parezca que me voy de fiesta — le rogué.

— Calla, quién es la experta aquí — rechistó Diana.

— ¿Pero qué demonios hacéis? Sois peor que mi hija, si hubiera sabido que no me ibais a dejar dormir la mona no hubiera bebido — protestó Mónica desde el sofá.

— Anda quejica, vete a mi cama — no hizo falta que se lo repitiera dos veces, Mónica se levantó del sofá y unos segundos más tarde se oyó una puerta cerrarse y abrirse de nuevo.

— ¡Suerte! Espero que no cojas una pulmonía — gritó Mónica antes de volver a cerrar.

— ¿Ves? Es excesivo. Me voy a enfermar.

— Calla. Qué va a saber una mujer casada y con hijos.

Reímos las dos. Unos minutos más tarde salía del portal de Diana y casi me da un soponcio cuando pisé la calle, el aire estaba helado, de pronto se me quitaron las ganas de ir caminando. Me puse los auriculares y corrí como si no hubiera un mañana intentando entrar en calor. Llegué al parque y se me cayó el mundo encima cuando no vi a Carlos. ¿En serio? Era la primera vez desde que lo conocía que no estaba allí a la hora habitual. ¿Dejaría de ir para no verme? Di tres vueltas al parque corriendo para hacer tiempo, ya iba a desistir cuando lo vi tirando del perro, me quité los auriculares y lo escuché.

— ¡Venga Bender! Se hace tarde, quieres caminar de una vez.

Suspiré aliviada, me coloqué de nuevo los auriculares y di la vuelta sin que él me viera para continuar corriendo como si acabara de llegar con la intención de disimular un poco. Desde el otro lado no le quité ojo, Carlos miraba en todas direcciones, pasó su vista por mí pero o no era yo lo que buscaba o no me había reconocido. Me acerqué rápidamente.

— Hola chicos — les saludé feliz trotando. Bender ladró, saltó, movió la cola, se colgaba a mí hasta que me hizo parar. Me lamía las manos y cuando me agaché a darle un beso en la parte superior de la cabeza aprovechó y me relamió por toda la cara. Cada vez me gustaba más aquel animalillo. Carlos me escrutaba de arriba abajo, pero no me dijo nada. No podía distinguir si mi nuevo look le gustaba o no. Siguió callado los diez minutos que estuve jugando con el perro —, ¿quieres un café? — No iba a perder nada por intentarlo de nuevo, ni siquiera la dignidad, ya que esa se había echado a la fuga hacía días.

— No — contestó firme, suspiré resignada. Noté que mi móvil vibraba en mi mano. Me puse los auriculares y descolgué con un movimiento sin ver quién era, pues el brillo daba de lleno en la pantalla y no distinguía nada.

— ¿Sí?

— Ya te vale — escuché al otro lado.

— ¿Fer? ¡Hola Fer! — Dije contenta.

— ¿Ya te has casado y vas camino de los mellizos? — Bromeó.

— Buffff. Creo que esa guerra está perdida — dije levantando automáticamente la vista para mirar a Carlos que parecía no prestarme

atención y ahora jugaba con Bender a lanzarle una pequeña pelota de tenis.

— ¿En serio? ¿Has ido a buscarlo y ha pasado de ti? — y ahí estaba mi amigo dando con el dedo en la llaga.

— Sí, mucho además — De pronto Carlos levantó la cabeza y me miraba extrañado y parecía un poco molesto, quizás escuchaba la conversación, o se imaginaba que hablaba de él. Lo que me faltaba, volver a meter la pata — . Fer, tengo que colgar porque me coges en mal momento. Te llamaré y te pondré al día.

Colgué después de despedirnos.

— Disculpa — murmuré.

— Adiós — dijo Carlos reemprendiendo el camino de vuelta — , vamos Bender — le colocó de nuevo la correa a Bender que acababa de traerle la pelota que él había lanzado.

— Adiós — le sonreí abiertamente. Bueno, mi táctica a partir de ahora consistiría en mostrarme siempre simpática, con una sonrisa abierta, agradable, dócil... en algún momento de los próximos días me funcionaría — . Adiós Bender. Hasta mañana.

— Mañana no lo verás — dijo cortante Carlos.

— Oh, vale — no me atrevía a preguntar pero me sentó como una jarra de agua fría. Aun así intenté mantener la sonrisa.

— Nos vamos de viaje unos días, no sé cuándo volveré — me explicó al ver el cambio en mi cara.

— ¿Te vas? — Pregunté en un susurro, mi estrategia se había esfumado, aniquilado, evaporado...

— Sí, me voy. No creo que llegue a tiempo para despedirnos.

— Vale — Se me habían quitado todas las ganas de sonreír, eso desde luego. Me moría por abrazarlo, por suplicarle. Me agaché y abracé a Bender y me contuve todo lo que pude para no tirarme en el suelo a berrear como una niña mimada a la que le habían quitado su juguete favorito. *Inténtalo, no pierdes nada*, me dije, *tu orgullo*, me reproché, *mi quéééé*, decía una voz en mi subconsciente. Agité la cabeza para no pensar más y tras ponerme en pie

decidí que no iba a tener otra oportunidad, me acerqué para darle dos besos a Carlos y como no me apartó lo abracé. En un primer momento se quedó tieso, pero unos segundos más tarde por fin me correspondió rodeándome con sus brazos — Lo siento. No he sabido cómo solucionarlo. Yo...

— Estás helada — me interrumpió, vas a coger una pulmonía.

— Ya. No pasa nada. En cuanto retome la carrera se me pasará.

Se quitó su sudadera y me la tendió.

— Toma, quédatela.

— Gracias — murmuré poniéndomela, me quedaba gigante pero agradecía el calor y el olor que desprendía la prenda.

— Adiós, Adriana — volvió a abrazarme y tiró de Bender para retomar el camino.

— Carlos — le agarré del brazo, se paró pero no se giró y lo agradecí porque se me habían saltado las lágrimas sin remedio, por qué tenía que ser tan duro conmigo — . He venido para verte, para intentar hablar las cosas y que entendieras lo que había pasado.

— Lo siento, tengo que irme — dijo sin volverse.

— Carlos. Vale, vale, joder... — desesperada lo agarraba para que no se marchara aún y me escuchara de una vez — . Te contaré la verdad, te lo contaré todo. Déjame explicártelo y luego decide si quieres seguir odiándome.

— No te odio, Adriana — se giró para mirarme a los ojos, no parecía que mis lágrimas surtieran ningún efecto en él, me sentí más estúpida aún — , solo que pensé que eras diferente, te tenía idealizada y me decepcioné, no eres la persona que yo creía y la verdad es que no sé si quiero saber lo que tienes que decirme.

— Por favor — supliqué y era la última vez que iba a pedírselo si me decía que no, no volvería a verme el pelo. No iba a arrastrarme más.

— Vamos a casa — dijo al fin después de resoplar.

Caminé a su lado con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos de la sudadera, hasta Bender se había dado cuenta de la tensión en el ambiente y

andaba tranquilo al lado de Carlos. Llegamos a su casa y soltó al perro en el jardín antes de invitarme a seguirlo hasta llegar a la cocina. Me senté en un taburete de la barra americana. No me miró, ni me dijo nada. Preparó un par de cafés como le había visto hacer durante días. Con leche, nata y canela por encima y me tendió uno.

— Gracias — nos lo tomamos despacio y en silencio. Me costaba abrirme porque estaba seco y no demasiado receptivo y aunque lo sabían más personas de las que yo desearía, no era algo que me gustase contar —. ¿Tienes prisa?

— No — contestó secamente, seguía sin ponerme las cosas fáciles.

Me aferré a mi taza y hundí la mirada dentro mientras empezaba a narrarle todo lo sucedido con Álvaro desde aquel día en el parque en que él se acercó a mí. Me escuchaba en silencio, no sabía cómo me miraba porque no había levando la vista ni una sola vez, hablé largo rato, intenté no dejarme ni un detalle. También le expliqué por qué y cómo había conseguido un número nuevo perdiendo todos los contactos. Aunque había pensado guardarme esa información finalmente también le solté que Álvaro me había seguido hasta Canarias y que se quedaría allí a vivir, cerca de mí, para amargarme la vida un poco más.

Para cuando terminé de hablar Carlos no soltaba prenda, al levantar la cabeza lo noté aún más enfadado, ignoraba si era porque no me creía o qué exactamente era lo que rondaba por su cabeza.

— No podía contarte nada de esto — me excusé mirándole a los ojos esta vez, quería que supiera que todo era cierto —. Me hubieras presionado para que me viniera aquí contigo y no quería depender de ti.

— Para mí se trata de una cuestión de confianza — abrió la boca al fin.

— No, no... no lo es. Yo confío en ti, Carlos, pero no quería que sintieras lástima o que te metieras en un lío por mi culpa. He intentado dejarlo pasar, olvidarme de ti, de todo... pero nunca he sido tan feliz como las dos semanas que trabajamos juntos — me estaba sincerando y no me servía de nada, algo me decía que era la última vez que iba a verlo, así que decidí ser completamente sincera —. Me gustas desde la primera vez que te vi en el parque, no sé exactamente en qué momento me enamoré de ti y aunque quise

hacerle caso a Ebba y pensar que entre nosotros solo había tensión sexual pendiente de resolver, pasaron los días y las semanas y seguía queriéndote. Si he venido hasta aquí es porque pensaba que había una mínima probabilidad de que tú sintieras algo parecido, no sé qué hubiera hecho en tal caso, pero para poder seguir adelante necesitaba saber qué sentías tú. Ahora me queda claro, no volveré a molestarte. Me voy ya. Gracias, gracias por todo lo que has hecho por mí.

Me levanté y me dirigí a la puerta sintiéndome más humillada que nunca.

— Adriana, espera — Carlos se acercó y me abrazó, me embriagó con el olor de su perfume. Mi cuerpo temblaba de arriba a abajo por la rabia y la impotencia de estar perdiéndolo en mis narices y no poder hacer nada por evitarlo.

— Eres muy joven. Tienes toda la vida por delante. No quiero atarte aquí, ni siquiera sé lo que siento por ti. Tienes que vivir tu vida.

Asentí encajando el golpe como pude y me aparté de él para marcharme.

— Pásalo bien, descansa. Solo una cosa más, no sé qué te pasó con Álvaro pero te pido disculpas por lo que has tenido que soportar solo por ser mi amigo.

Carlos asintió y me marché de su casa, pasando primero cerca de Bender para acariciarle la cabeza, se había quedado dormido y no quería molestarlo, así que lo dejé tranquilo. Definitivamente no me había servido de nada todo aquello, hubiera preferido no contarle nada. Quizás para él no era motivo suficiente, no lo sabía con exactitud o simplemente, nuestro momento ya había pasado.

Cogí un taxi hasta casa de Diana, no me apetecía nada correr, ni caminar más. Me tiré en el sofá de mi amiga, después de cogerle otra cerveza en la nevera. Lloré, me sequé las lágrimas con la sudadera de Carlos, que no me había quitado aún.

— Jolín, qué penita da — cuchichearon Mónica y Diana a mis espaldas.

— Tengo que irme a trabajar — respondió Diana — , ¿qué hacemos con ella?

— Vale, vale... no estoy sorda — me levanté del sofá — . Gracias chicas,

y perdonad, hoy no soy la alegría de la huerta.

Fuimos a buscar a Daniela y luego a casa de Mónica, me tiré toda la tarde jugando en el suelo con la chiquitina hasta que se enjugaba los ojos con los puñitos, muerta de sueño y Mónica me dijo que tenía que acostarla un ratito. Se la llevó a la cuna y salió unos minutos después, yo seguía en el suelo con un puchero.

— Pero ¿qué ha pasado hoy? — Mónica se sentó a mi lado y le agradecí que no se burlara de mi aspecto mustio.

— Le conté todo a Carlos, pero ya era tarde. Me ha dado un abrazo, me ha dicho que no tenía claro qué sentía por mí, que tenía que olvidarlo y seguir mi vida. Nos hemos despedido. Se va de viaje.

— Oh. Bueno, Adriana. Lo has intentado. Nunca podrás reprocharte lo contrario ni él tampoco — intentó animarme.

— Sí, es cierto. No pensé que sería tan duro y tajante.

— ¿Y ahora has decidido no quitarte nunca jamás esa sudadera que por alguna razón que desconozco te ha dejado? No volver a comer y beber cervezas hasta que te salga por las orejas — Mónica era una exagerada, solo había tomado dos cervezas y no había comido porque tenía el estómago revuelto y no me apetecía, pero debía admitirlo, ese era mi nuevo plan.

— Sí, más o menos — me encogí de hombros.

— Deberías volver a Canarias. No te estoy echando, para nada, Adriana — se excusó cuando vio mi cara — . Si te quedas aquí lo vas a pasar fatal, tienes que recuperarte del golpe. Sinceramente si insistí tanto en que vinieras fue porque estaba convencida de que podrías solucionar las cosas con Carlos, está claro que no, se te ha pasado ese tren. Vuelve y sigue tu vida allí, con tu familia, con tus amigos... quizás tengas ocasión de tener una relación con Fernando.

— ¿Con Fer? — Mecarcajeé — . No, para nada. No importa, no necesito a nadie, estaré bien sola, y me vendrá bien. Tienes razón, lo mejor que puedo hacer es volver, lo he intentado y ya está.

Mónica me abrazó.

— Perdona por haber sido tan dura contigo porque estabas mal, solo quería que espabilaras y reaccionaras de una vez. Al menos ya no vivirás con la incertidumbre, ya sabes lo que hay.

— No seas tonta, me has ayudado mucho — correspondí su abrazo — . Bueno, voy a mirar billetes y ya luego me cambio y hacemos algo — Mónica asintió y se fue a echarle un ojo a la pequeña.

Me tiré en el sofá, había pasajes para el día siguiente, carísimos, desde luego. Me puse a mirar horarios y vuelos directos cuando el teléfono empezó a vibrar y a sonar. Me quedé extrañada al ver el nombre de Carlos en la pantalla.

— ¿Sí? — Contesté prácticamente segura de que se había equivocado al marcar.

— Hola — dijo.

— Hola — respondí intrigada.

— ¿Cenamos juntos? — Fue directo al grano.

— ¡Sí! Sí, sí, claro.

— Vale, vente a casa cuando quieras, prepararé algo. ¿Te apetece? ¿O prefieres comer fuera? — Su tono se había suavizado una barbaridad con respecto a esa misma mañana.

— Me da igual. En un rato voy, me voy a duchar — contesté antes de que se arrepintiera.

— Vale.

Corté la llamada.

— ¡Mónica! ¡Mónica!

— ¿Qué pasa? ¿Por qué gritas? — Venía de la cocina con un paño en las manos y yo estaba clavada aún en el sofá sin poder moverme.

— Perdona, no me acordaba de que la niña duerme. Me ha llamado Carlos, me ha pedido que cenemos juntos en su casa.

— ¡A la ducha! ¡Ya! Voy a mirar tu ropa nueva — me ordenó.

Salí del cuarto de baño envuelta en una toalla.

— ¿No es muy exagerado eso para una cena en su casa?

Mónica había sacado uno de mis vestidos nuevos, azul eléctrico, ajustado, con minifalda y espalda totalmente descubierta y mis súper taconazos de vértigo.

— Es precioso, pónitelo. Además imagínate la cara de Carlos al saber de antemano que no llevas sujetador.

Sonreí dudosa con la clara idea de que ese vestido estaba fuera de lugar, pero le daría el gusto a Mónica, al menos le alegraría la vista a Carlos durante un rato.

Capítulo 22

Me bajé del taxi en la puerta de la casa de Carlos, Bender ladró corriendo de un lado a otro del jardín al olerme en cuanto me acerqué. Caminé despacio para no caerme con los tacones. Le había tomado prestado un abrigo precioso de paño negro a Mónica con la intención de no helarme, tal y como me había pasado esa misma mañana. No hizo falta llamar al timbre, en cuanto Carlos oyó a Bender revolucionado salió a abrirme.

—Hola, pasa— entré, aún con mis tacones kilométricos Carlos era mucho más alto que yo, se agachó un poco para darme dos besos, olía a recién duchado, se acababa de afeitarse también y estaba guapísimo, con unos vaqueros, camisa a botones de manga larga algo remangada y zapatos todo en color negro —. Déjame el abrigo si quieres.

Dejé que lo agarrara por detrás para quitármelo y disfrutara de mi espalda desnuda.

—Gracias— dije cuando noté que Carlos ni hablaba ni se movía. Sonreí disimuladamente, lo había noqueado.

Lo seguí hasta el salón, había puesto la mesa del comedor y estaba todo colocado de forma muy coqueta, mantel, velas y flores, copas y música española de fondo.

—Siéntate. La cena está aún en el horno. ¿Quieres un poco de vino?
—Asentí pensando que beber con el estómago vacío desde la noche anterior quizás no era muy buena idea. Carlos abrió una botella y se acercó hasta las copas para llenarlas —. Estás preciosa.

—Gracias— murmuré.

—No quería que la última vez que nos viéramos todo quedara tan frío como esta mañana— asentí—. Y quería que supieras que lo entiendo, me molesta que no me lo contaras, pero entiendo tus temores. Solo espero que tengas cuidado con Álvaro y no vuelva a hacerte daño.

—Tiene una denuncia— no sabía qué otra cosa decir.

—Eso no ha sido impedimento para muchos hombres.

— Ya — contesté, no me apetecía hablar de la proporción de posibilidades que existía de que Álvaro volviera a pegarme.

— Carlos se sentó frente a mí en la mesa.

— Bueno, cuéntame, ¿qué has hecho en Canarias todo este tiempo?
— Parecía mucho más relajado, no el Carlos de siempre pillo y simpático que me escrutaba con deseo, pero era un paso que de pronto se mostrara tan agradable.

— He estado trabajando como cajera, sustituyendo vacaciones aquí y allá en una importante cadena de supermercados de la isla. Se me acabó el contrato este mismo lunes, puede que en octubre tengan otra sustitución de un par de semanas y pueda seguir trabajando. Ha sido bueno para mí, ha estado bien, buen ambiente, buen rollo con los compañeros.

— ¿Sales con alguien?

— No, no, que va. He tenido un lío con uno de los compañeros, pero nada serio, solo amigos, diversión sin compromiso... — no cambió la expresión, no sabía si le parecía bien o mal, así que seguí explicándome — . Necesitaba un poco de cariño después de todo lo que había pasado — Carlos asintió — .
¿Y tú?

— No. No tengo mucho tiempo para conocer gente.

El ambiente se volvió un poco raro y tenso, así que ambos apuramos la copa que teníamos entre manos. Sonó un pitido que provenía del horno, Carlos se levantó y yo me serví otra que fui bebiendo a sorbos sintiendo que un ligero mareo ya se apoderaba de mí. Unos minutos después me ponía un plato delante con una lasaña que tenía una pinta deliciosa. Mis tripas rugieron quejándose para que atacara el plato de una vez y dejara de darle alcohol sin ton ni son.

— La especialidad de la casa. Lasaña. Espero que tengas hambre — sonrió Carlos, cogiendo la botella y rellenando de nuevo mi copa.

— Tengo mucha hambre — dije mirándole a los ojos y luego me ruboricé porque imaginaba cómo había sonado aquello. Carlos volvió a sonreír. Aquella era mi sonrisa, aquella sonrisa que ponía cada vez que me pillaba mirándole con deseo o se me iba la cabeza excitándome con mil situaciones

diferentes que imaginaba en su propia cara. Me relajé y sonreí yo también.

Para cuando terminamos de cenar ya había volado parte de la segunda botella de vino. Subió un poco el volumen de la música y tiró de mí para que me sentara junto a él en el sofá. Terminamos cantando juntos medio borrachos, por no decir borrachos hasta la médula.

— Estás preciosa — repitió en un murmullo.

— Tú estás muy guapo también — me mordí el labio deseando lanzarme a besarlo, pero si me volvía a rechazar no iba a soportarlo, así que no me moví.

La voz suave de Pablo Alborán nos arrullaba creando un momento íntimo, escuchábamos perdiéndonos en la mirada del otro:

“...Haré que olvides de una vez el mundo entero.

Déjame tan solo que hoy roce tu boca,

déjame que voy a detener las horas.

Volveré a pintar de azul el universo,

haré que todo esto solo sea un sueño...”

Carlos me quitó la copa de la mano y la colocó junto a la suya en la mesa de salón. Para cuando volvió frente a mí ya temblaba. Seguía sin atreverme a dar ningún paso.

Se puso de pie y me tendió una mano para que la cogiera e hiciera lo mismo. Se agachó un poco y me besó, cerré los ojos extasiándome en las sensaciones olvidadas que me provocaban sus labios. Todo mi cuerpo se inundó de un calor repentino. Carlos acarició mi espalda desnuda, se apartó para mirarme a los ojos mientras, sin dejar de acariciarme, hizo el recorrido necesario para dejar caer mi vestido al suelo. Solté un gemido cuando volvió a besarme y se apretó contra mí demostrándome que estaba completamente dispuesto. Le desnudé despacio, deleitándome de la suavidad de su piel bajo las yemas de mis dedos.

Subimos las escaleras cogidos de la mano y me tumbó en su cama, donde poco a poco fue besando cada rincón de mi cuerpo. Al llegar al interior de mis muslos se paró un minuto y me quitó los zapatos. Se tumbó encima de

mí, apretando su sexo contra el mío a través de la ropa interior.

Los besos se hicieron eternos, suaves y calientes, al igual que sus caricias. Deseaba que no se acabara nunca ese momento y no quería ni pensar en lo que pasaría después. Había deseado tanto aquello, durante tanto tiempo, que simplemente me dejé llevar. Él parecía pensar lo mismo que yo porque estuvimos así horas.

— Dame un minuto, me susurró al oído — se había rozado tanto contra mi sexo, que mi clítoris abultado estaba a punto de explotar en un intenso orgasmo — . Voy a coger un preservativo.

— Espera — le dije apretándole contra mí — . Tomo precauciones, quiero sentirte... si tú... ¿quieres? ¿Piel con piel?

A Carlos se le escapó un jadeo mientras se deshacía de nuestra ropa interior, se apoyó en mi entrada y estuvo allí unos segundos, quieto, sin moverse, sin entrar, sin hacer nada, solo apoyado.

— No deberíamos hacer esto así, es una locura — me dijo, pero lo ignoré, me daba igual, quería sentirlo de verdad y cuando por fin entendió que no iba a cambiar de idea, me penetró despacio y profundamente, haciéndome gemir y que mi espalda se arqueara. Entró y salió haciéndome disfrutar como no lo había hecho nadie. Temblaba de puro deseo, de pura necesidad de acabar. Besó mi boca, mordisqueó mi oreja, mi cuello mientras el ritmo aumentaba y yo me sentía ir. Gemí sin control, mi cuerpo se contraría por completo, se tensaba.

— Carlos, quiero sentir como acabas dentro de mí, hazlo.

— Oh, Adriana.

Se movió más deprisa y me corrí, mi sexo se contraría sin parar y él empujaba fuerte y rápido, segundos después acabó él, dentro de mí, tal como le había pedido. Se derrumbó a mi lado y me abrazó, besándome en la frente. Nos quedamos dormidos así, hasta que a una hora indeterminada escuché ruido abajo y me di cuenta de que Carlos no estaba a mi lado.

Me puse la única y minúscula pieza de ropa interior que había llevado, después de tardar varios minutos en encontrarlo entre aquel batiburrillo de sábanas y bajé las escaleras. Carlos estaba en la cocina preparando algo para

el desayuno. Parecía recién duchado, llevaba unos vaqueros azules y una camisa violeta de manga larga.

—Hola— dije, al mirarmese le resbaló la espumadera que tenía en la mano, se le cayó al suelo y me reí—, perdón, mi vestido se quedó por aquí abajo—. Tampoco lo sentía demasiado, no hice nada por cubrirme.

—No te lo pongas— me pidió mientras mordía su labio inferior. Mis pezones se endurecieron en el acto y mi ropa interior se humedeció de nuevo.

Apagó el fuego y dejó todo lo que estaba haciendo. Se acercó a mí y me besó, le desabroché la camisa y los pantalones y me llevó hasta el sofá, donde se sentó y me puse a horcajadas encima de él. Aferrándose a mis caderas entró dentro de mí, ayudándome a llevar el ritmo. Húmedos, calientes y con nuestras partes íntimas algo sensibles por la noche que habíamos pasado, no tardamos demasiado en estallar, dejó que lo hiciera yo y segundos después se dejó ir. Llenándome de él por segunda vez. Sonreí mirándole a los ojos.

—Te quiero, Carlos. Desde la primera vez que te vi.

—Adriana yo...— a Carlos le cambió el semblante y mi sonrisa se volatilizó—. ¿Te pongo un café? Tengo que irme en un rato.

Asentí y me aparté de él. Fui hasta el cuarto de baño a limpiarme y busqué mi vestido por el salón. Nos tomamos un capuchino y un par de tortitas con sirope y nata.

—¿Qué pasará ahora?— Pregunté al fin rompiendo el incómodo silencio.

—Que yo me iré a Teruel a ver a mis padres y tú volverás a tu casa, y seguiremos cada uno su camino— me quedé boquiabierta.

—¿En serio? ¿Esto ha sido un lío de una noche?— Pregunté incrédula.

—Eso parece. Bueno, pensé que ayer por la mañana te lo había dejado claro.

—Pues no tan claro— protesté enfadada.

Dejé de comer y subí las escaleras en busca de mis zapatos, me los coloqué rápidamente y cogí mis cosas.

—Siempre... nunca...— suspiré, no encontraba las palabras—. No sé qué decirte... Adiós.

Carlos no me contestó, no me siguió, no dijo absolutamente nada mientras salía de su casa. Me despedí de Bender y cogí un taxi rumbo a casa de Mónica.

Preparé la maleta de mal humor, sin ganas de contarle nada, ella tampoco me preguntó. Mi cara y mis gruñidos le advirtieron lo suficiente de que la cosa no había ido muy bien. En unas horas salía un vuelo a Canarias e iba a cogerlo, aunque me costaría buena parte de mis ahorros, quería largarme de Barcelona cuanto antes.

Mónica me llevó al aeropuerto y me abracé a ella con la promesa de que nos veríamos pronto. Agradeciéndole todo lo que había hecho por mí. Me alegraba de haber pasado unos días juntas y descubrir lo que era tener una amiga de verdad. Me abracé a la pequeña Daniela también y la llené de besos antes de salir por la puerta de embarque.

Capítulo 23

Prácticamente durante todo el trayecto estuve llorando con la idea de que en cuanto me bajara del avión iba a olvidarme por completo de Carlos, iba a pasar página de una vez y ya no volvería a llorarle, ni a pensar en él. En dos ocasiones se acercó una de las azafatas para saber si me encontraba bien o necesitaba algo. Negué sin dejar de llorar, me daba igual quién me viera o qué pensarán de mí, no me conocían de nada y no volvería a verlos, necesitaba desahogarme. La azafata preocupada me trajo una tila cuando aún quedaba una hora de vuelo.

— Toma, invito yo — me tendió el vaso con una sonrisa.

— Gracias — gimoteé y sonreí entre lágrimas pensando que si hubiera sido Mónica me hubiera tirado el líquido hirviendo por encima.

Lo cierto era que al mirarme desde fuera daba bastante asquito, hecha un mar de lágrimas, lamentándome por no poder tener a Carlos, pero no era solo eso. La noche anterior, por un instante pensé que nos habíamos arreglado, que todo iría a más, me ilusioné. Sin embargo entendí lo que él había hecho, en la cama ambos cerrábamos capítulo, dejaríamos de imaginarlo y anhelarlo, ya había ocurrido, podríamos pasar página, o eso esperaba porque ahora dolía mucho más. Me sentía ridícula y utilizada, aunque yo lo había provocado desde el primer momento con la intención de que sucumbiera, lo que no imaginé era que después me daría con la puerta en las narices.

Cuando llegué al aeropuerto me senté a comer un bocadillo y una cola light en uno de los restaurantes. Después del tremendo sablazo que le había dado a mi cuenta unos euros más o menos me importaban bastante poco. No había avisado a nadie de que volvería ese día, así que nadie me esperaba. Mi móvil seguía apagado en el bolso y tampoco me apetecía demasiado encenderlo, así que remoloneé un buen rato por la zona.

Finalmente decidí tomar el transporte público que me llevara hasta la Estación central en San Telmo. Arrastré mi maleta hasta la terraza del parque y me pedí una cerveza. No quería volver a casa y por un momento pensé en irme a algún hotel unos días, al sur de la isla, quizás. A desconectar de todo, a emborracharme, comer, tomar el sol y darme un par de días más para auto-

compadecerme sin que nadie se metiera conmigo por ello.

Encendí mi móvil y accedí a la *app* de mi banco, mi cuenta había dado un bajón considerable, no me podía permitir dejarla a cero, así que me encogí de hombros. No me iba a quedar más remedio que volver a casa.

Busqué el número de Fernando con la intención de encontrar a alguien que me hiciera sonreír un poco.

— Hola piernas bonitas, ¿qué haces? — Esa expresión ya me bastaba para sonreír.

— Tomando una cerveza ¿y tú?

— Acabo de salir del curro, iba a subirme a la moto en un par de minutos.

— Te invito a algo, ¿quieres? Estoy en San Telmo, sola y cansada del viaje y no me apetece nada volver a casa.

— Voy.

En unos instantes aparcaba en la zona de carga y descarga y se acercaba a mí quitándose el casco.

— Sabes que un día te van a multar, ¿verdad? — Fernandose encogió de hombros, vino hasta donde estaba yo y me abrazó por la espalda, me dio un beso en la mejilla —, me gusta —. Dijo tocándome el pelo —. Estás diferente, estás guapísima.

— Gracias, me ha servido de poco.

— ¿No me dirás que te has puesto así de guapa por un tío que pasa de ti? Yo pensé que las mujeres eráis lo suficientemente inteligentes para hacerlo simplemente para gustaros a vosotras mismas no para contentar a nadie.

— ¿Me estás llamando tonta? — Se encogió de hombros, le pidió una cola a un camarero que pasaba cerca y se me quedó mirando —. No me apetece hablar de él.

— No te he preguntado — repitió el gesto.

— Vale.

— ¿No has pasado por tu casa? — Preguntó señalando mi maleta.

— No. No quiero que nadie me pregunte por Carlos y por el tremendo

ridículo que he hecho.

— ¿Quieres venir a la mía? — Me propuso.

— ¿Con tus padres y tus hermanos? No, gracias — sonreí.

— Vivo solo en un mini-estudio, el otro día fuimos a casa de mis padres porque mi hermano pequeño me había pedido quedarse unos días allí para poder empollar para los exámenes y no íbamos a tener intimidad.

— Anda que en casa de tus padres tuvimos mucha — protesté recordando que me había visto en bragas buena parte de su familia.

— Ya, tenía que haber hecho otra cosa, como lo que voy a hacer ahora. Dame un minuto — cogió su móvil y marcó un número — . Enano, necesito que salgas de ahí cagando leches... sí, ya sé que estás estudiando, pero te vas a la biblioteca o te buscas la vida, pero te quiero fuera en cinco minutos — me quedé mirándoloboquiabierta — . Sí, está buena, un rato, un polvazo vamos — me ruboricé — . Sí, sí, tengo una suerte de la leche, venga vete ya y procura dejarme eso decente — cortó la llamada — . Era solo para que se largara de allí, no creas que me voy a aprovechar de ti ahora que estás de bajón.

— Pues qué pena — dije con una sonrisa dándole un último trago a mi cerveza — . Dime la dirección, nos vemos allí. Cogeré un taxi, con la maleta no pienso ir en tu moto.

Un rato después subía cuatro plantas mientras Fernando, el caballeroso, se había empeñado en cargar mi maleta y maldecía mientras la arrastraba escaleras arriba. Tal como había dicho, su casa era un mini-estudio, boquiabierta comprobé que el televisor era más grande incluso que la cama. Wii, Play y Xbox y una estantería repleta de juegos.

— ¿En serio? ¿Te pegas el día pegado a esos aparatitos? — Le pregunté señalando a los videojuegos riéndome de él como si fuera un crío.

— No, el día no, pero cuando no tengo nada que hacer me entretiene. Echan humo, creo que mi hermano no ha estudiado mucho hoy — sonrió — . ¿Quieres probar?

— Buff, no soy mucho de estas cosas. Álvaro tenía una Play pero nunca me llamó la atención.

— Necesitas desahogarte. Déjame a mí. Buscaré algo facilito — fue hasta un armario y sacó dos pistolas, anduvo con los enchufes y me tendió una — . ¿Has jugado a *Resident Evil* alguna vez?

— Eeeh, no. He jugado a los *Sims*. Pero he visto la peli.

— Voy a hacer como que no he escuchado eso. Tú dispara a los zombis — exigió haciéndome coger el arma de una vez que todavía estaba en su mano.

Durante la primera partida iba maldiciendo, no atinaba a cambiar de arma, ni con los botones y acababan conmigo en un santiamén. Tres horas después estaba tirada en el suelo, muerta de risa, disparando como una loca. Me había tomado un par de cervezas más y Fernando pidió unas pizzas que nos comimos sentados allí, charlando de banalidades.

Aproveché un momento en que Fernando recogía el despliegue que habíamos armado e hice una llamada fugaz a mi madre diciéndole que me lo estaba pasando bien y que nos veríamos pronto, al fin y al cabo no era mentira, no quise alargarme para que no me sonsacara nada. Le mandé un WhatsApp a Mónica contándole que había llegado bien y de nuevo le di las gracias por todo. Luego nos tiramos en la cama a ver una peli.

Cuando acabó ya era tarde, Fernando tenía que trabajar al día siguiente, así que fue a darse una ducha y lavarse los dientes, yo hice lo mismo. Cuando me tiré en su cama Fer estaba en boxers, con las manos bajo la cabeza mientras veía un programa de monólogos en la tele y se partía de la risa. Estaba increíblemente guapo, tenía un cuerpazo y una cara de niño que no podía con ella, alguna vez había estado a punto de pedirle el DNI para comprobar que realmente tenía más de veinte años. Reí por lo bajini y me encogí de hombros, realmente me daba igual su edad, me caía bien y habíamos congeniado, era un buen amigo.

— ¿Vas a dormir así? — Le pregunté señalando su entrepierna.

— Hace calor. ¿Túvas a dormir con toda esa ropa? — Me había puesto unos leggins viejos de los que utilizaba para ir a correr y una camiseta.

— Sí — contesté. Se encogió de hombros y me hizo un gesto para que me tumbara a su lado y lo abrazara. Apagó la tele — . Buenas noches.

— ¿No me vas a contar qué te pasó con Carlos?

— Te hago un resumen, ¿vale? — Suspiré resignada.

— Vale.

— Nos acostamos y luego me dio con la puerta en las narices. Tú sigues tu camino, yo el mío y hasta luego.

— Oh, qué bruto.

— Sí, además hice el ridículo más grande de toda mi vida, porque después de hacer el amor con él por segunda vez le dije que le quería.

— Vaya, ¿y qué te dijo? — Preguntó en la oscuridad mientras acariciaba mi brazo.

— Literalmente, ¿quieres un café? Mientras me quitaba de encima suyo.

— Buf. Enamorarse está sobrevalorado — sentenció.

— Es verdad, no pienso volver a hacerlo en mi vida. Además fue tan humillante, no sabía que aquello era una cita de despedida, un polvo sin compromiso, yo no estoy acostumbrada a esas cosas — Fer carraspeó — . Bueno, contigo fue diferente desde el principio. Ambos lo teníamos claro, y ambos estábamos de acuerdo. Quizás si me hubiera dicho de qué iba aquello hubiera aceptado, era una fantasía que llevaba imaginando meses, algo que teníamos que resolver. En realidad lo entiendo, era una forma de pasar página de una vez sin seguir imaginando cómo sería, fantaseando con ese momento. Pero... me perdí algo, me ilusioné en cuanto me invitó a cenar en su casa. No sé, no esperaba que me pidiera de nuevo que viviéramos juntos, pero tampoco esperaba aquello. Ha sido una mierda.

— No sé qué decirte Adriana, quizás él nunca sintió lo mismo que tú, no lo sé, quizás esperabas demasiado de él, o lo tenías idealizado — intentó consolarme.

— Es curioso, esa fue la palabra que utilizó él, me dijo que se había decepcionado conmigo, que me tenía idealizada, que pensaba que yo era de otra forma.

— ¿Te dijo eso? — Preguntó sorprendido.

— Sí, me dijo eso, y aun así me acosté con él con la idea de casarnos y

tener tres o cuatro hijos. Pero a mi favor tengo que decir que fue antes de contarle lo de Álvaro, aún no sabía los motivos que había tenido para marcharme y dejarlo tirado.

— Pues no sé decirte si el tío siente algo por ti o no siente absolutamente nada y simplemente ha querido cerrar capítulo, como tú dices.

— ¿Tú hubieras hecho algo así? — Pregunté intentando entender algo de todo aquello.

— No lo sé, Adriana.

— Si una persona viajara un montón de kilómetros solo para disculparse contigo sería fácil averiguar que esa persona siente algo por ti, que no es solo atracción sexual. ¿Te acostarías con ella aunque luego la destrozaras, aunque le hicieras daño?

— Quizás, no sé decirte — Fernando no quería responder a una pregunta tan comprometida.

— Bueno, prefiero pensar que no, prefiero pensar que sí que siente algo por mí pero que ya lo da por perdido. Mi tren pasó.

— Tal vez.

Nos quedamos en silencio y pocos minutos después escuché que su respiración se volvía más profunda. Se había quedado dormido. Me zafé de su abrazo y me puse de lado en la cama rememorando los besos de Carlos, sus manos acariciándome, su sexo duro entrando dentro de mí hasta extasiarme. Mi ropa interior se fue mojando y sin hacer ningún ruido colé una mano dentro de mis braguitas en busca de mi sexo, agudizando el oído al máximo por si Fernando daba la más mínima señal de despertarse. Acaricié mi clítoris despacio, con suavidad, acelerando poco a poco hasta tener un orgasmo rápido que me ayudaría a conciliar el sueño.

Me desperté temprano, la habitación aún estaba a oscuras y Fernando roncaba suavemente a mi lado. Fui hasta el cuarto de baño a hacer pis y me llevé el móvil, iban a dar las siete en unos minutos. Ya no tenía sueño, pero tampoco quería despertar a Fernando, así que me quedé en el baño, sentada en el suelo, revisando las redes sociales y luego leyendo un par de páginas de un libro en la *App* que tenía sincronizada con mi lector electrónico. El móvil

estaba en silencio y de pronto noté que empezaba a vibrar, tardó unos segundos en aparecer el nombre de Carlos en la pantalla.

— Hola — contesté en voz baja para no despertar a Fernando. No sabía qué esperar de una llamada suya a esas horas.

— ¿Estabas dormida? — Preguntó al otro lado.

— No, llevo rato despierta — susurré.

— Me ha extrañado no verte por el parque. He venido a pasear a Bender.

— ¿Cómo? — Levanté la voz.

— He pospuesto mi viaje diez días, yo... me muero por verte, quiero disfrutar de cada minuto que estés en Barcelona.

— Carlos — intenté interrumpirlo.

— Sé que he sido muy duro contigo, sé que tenías un buen motivo para hacer lo que hiciste, pero me jodiste mucho Adriana, me destrozaste y ya no tengo edad para ir lloriqueando por una chica.

— Carlos...

— No pretendía decirte lo que te dije. ¿Tú por tu lado y yo por el mío? No quiero eso, pero no se me ocurre otra cosa. Me gustaría verte, pensé que saldrías a correr como todas las mañanas y llevo aquí apostillado media hora, necesito decirte algo.

— Carlos, espera.

— No quiero que me vuelvas a rechazar, ya te dije que no me gusta que me digan que no y sé que no quieres depender de mí, lo sé y lo entiendo.

— Carlos, quieres escucharme — levanté la voz — . Estoy en Canarias.

— ¿Cómo? — Preguntó confuso — . Dijiste que te ibas a quedar hasta finales de la semana que viene.

— Y tú dijiste que te ibas de viaje a ver a tus padres y que no volveríamos a vernos, dijiste que tenía que seguir mi camino sin ti, dijiste muchas cosas que dolieron. Solo había ido por ti, había ido a buscarte.

Fernando abrió la puerta del baño, lo había despertado, me miraba extrañado y con el ceño fruncido. Se me agolpaban las lágrimas en los ojos y

me hizo un gesto para advertirme de que no llorara, asentí y agaché la cabeza.

— Adriana... ¿Qué fue lo que te dolió tanto como para suspender tus vacaciones y marcharte en el primer avión de vuelta sin darme tiempo si quiera a rectificar? — Intentaba defenderse al otro lado y a mí me mosqueaba aún más que se hiciera el tonto y me diera por loca.

— Dijiste ¿quieres café? Me apartaste y prácticamente me diste con la puerta en las narices.

— Adriana.

— ¿¡Qué!?! — Estaba enfadada, dolida, me sentía pisoteada y vacilada.

— Vuelve. Ven a casa, ya buscaremos una forma de solucionarlo juntos.

— No, Carlos. Lo siento.

Y corté sin darle opción a decirme nada más. *El tren ya pasó*, me repetí una vez más, no se podía dar marcha atrás como si nada.

Capítulo 24

Cuando entré por la puerta de casa mi madre sonrió, su gesto era claro, se había quitado un peso de encima. Había vuelto y no tenía que preocuparse porque su niñita de veinticinco se liara con un señor mayor, casado y con hijos, porque a pesar de que yo le había explicado quién era Carlos, ella lo seguía imaginando tal como Ebba se lo describió.

Sabía que Ebba estaba enfadada conmigo, estaba totalmente en contra de que fuera a Barcelona a buscar a Carlos, y entendía que era porque se preocupaba por mí, pero me fastidiaba sobremanera que no contestara a mis mensajes. Al final lo dejé estar, ya se le pasaría, le agradecía de todo corazón lo que había hecho por mí, por lo que simplemente no me enfadé y dejé pasar el tiempo. En algún momento se le quitaría el mosqueo, seguro.

Sin embargo no esperaba recibir una llamada suya tan pronto, unas semanas después de llegar a Gran Canaria, cuando me pasaba media vida a la bartola y la otra media saliendo a correr o a tomar algo con Fernando. Era viernes y me estaba preparando para salir, Fer me había convencido para irnos de fiesta con los chicos del supermercado, pasaríamos primero por el bar en donde trabajaba Ákira, y esperaba tener la oportunidad de acercarme a él.

Con el fin de evitar situaciones comprometidas, había elegido un pitillo negro al tobillo con mi ropa interior lejos del alcance de Fernando. Me había calzado, no sin cierto reparo, mis taconazos kilométricos y un top descaradísimo que me había comprado en Barcelona que era un trozo de fina tela negra imitando cuero en forma de triángulo, atado con un fino cordel al cuello y a la espalda. Los moratones por los golpes de Álvaro ya habían desaparecido por completo y podía darme el lujo de lucir ombligo. Mi móvil sonó cuando acababa de maquillarme y agarraba la plancha para arreglarme el pelo.

— ¡Hola! ¿Qué tal la cuñada más guapa de toda Alemania? — Peloteé.

— ¡Holacuñi! Yo... te debo una disculpa — respondió Ebba al otro lado.

— No me debes nada, yo sé que todo lo que haces o dices es porque te preocupas por mí. Lo entiendo, y más después de lo de Álvaro.

— Me siento culpable. Si no te hubiéramos arrastrado hasta casa de tu madre, si no te hubiera quitado el teléfono y te hubiera borrado todos los números, igual ahora estarías con ese hombre que tanto te gusta.

— Ebba, era la única solución, estuvo bien, no te tortures. Igual hubiera estado con Carlos viviendo entre nubes de algodón de azúcar, o igual Álvaro me hubiera dado otra paliza que me hubiera dejado medio muerta, quién sabe.

— ¿No estás enfadada? — Me preguntó y sabía a ciencia cierta que lucía un mohín.

— ¡No! Que te quiero mucho, cuñi — sonreí.

— ¿Seguro que no te quieres venir a Alemania con nosotros?

— ¡No! Por Dios, no, ni muerta. Aquí estoy bien.

— ¿Qué tal con el tío bueno del supermercado? — Preguntó con picardía.

— Solo somos amigos, la verdad es que nos hemos hecho muy buenos amigos, pero no hay nada de nada — le expliqué poniendo los ojos en blanco, ¿por qué todo el mundo se empeñaba en que debía salir con alguien?

— Pero, ¿por qué? Está buenísimo.

— Pues no sé chica, pero no. No hay química, no hay tilín. Pero es muy buen muchacho, si algún día te quedas soltera te lo presento — bromeé.

— Anda, boba, no cambio yo a mi Martín por ningún guaperas de tres al cuarto. Que tu hermano está buenísimo, mona y además, que en la cama...

— Vale, vale, vaaaale. Stop. No quiero saberlo — Ebba se carcajeó al otro lado.

— Bueno, ¿qué tal tu viaje a Barcelona? ¿Qué tal con Carlos? — Se interesó.

— Bufff. Mal, fatal, un desastre absoluto — gimoteé.

— ¿En serio? ¿Por qué?

— Pues no sé... ya era tarde, había pasado el momento, o tú tenías razón y lo nuestro era tensión sexual no resuelta. La resolvimos y cada uno por su lado.

— ¿La resolvisteis? Hala. Entonces no fue tan mal.

— Bah, agua pasada. No quiero hablar más del tema. Oye, te tengo que ir dejando que he quedado y me tengo que peinar aún.

— Pero, ¿qué pasó? ¿Ya no lo quieres? ¿No sientes nada por él?
— Insistió.

— Sí, sí lo quiero, pero no puede ser.

— ¿Y qué vas a hacer ahora?

— Cogerme una borrachera como si no hubiera un mañana e intentar ligarme a un asiático que trabaja en un bar que está como un tren, igual puedo divertirme un rato.

— Chica, qué bruta eres. No me refería ahora, ahora. Me refería ahora que estás de nuevo en Canarias.

— Ah — me carcajeé — . Vale, pues no sé, Ebba. Buscar trabajo. Me he fundido los ahorros, así que lo de estudiar este curso queda descartado, pero no sé... algo haré.

— O sea, no tienes ni idea.

— Pues no, ni idea.

— ¿Y no te quieres venir a Alemania? — Se empecinó.

— ¡Que nooooo! Pesada, que yo no pinto nada allí.

— Vale, vale... solo quería asegurarme. Bueno bonita, que te lo pases bien y usa precaución.

— Sí, petarda. Dale un beso a Martín.

Colgué la llamada y seguí delante del espejo, en unos minutos me planché el pelo, me encantaba lo cómodo que era ese corte, me tendría que haber desecho de la melena mucho antes. Fui hasta mi dormitorio y me miré de arriba abajo en el gran espejo de mi armario. Sonreí al verme, estaba guapísima. Esa iba a ser mi noche, sin duda.

Oí el timbre y miré la hora extrañada, apenas eran las siete y media, Fernando llegaba pronto. Habíamos quedado a las ocho, me había arreglado con tiempo para tomarte un café tranquilamente antes de salir.

Al abrir me topé, dejándome bastante extrañada, con un chico joven que cargaba un paquete.

— Buenas tardes. ¿Eres Adriana Vidal? — Asentí más extrañada aún — . Soy de la mensajería, traigo un paquete para ti.

— ¿De quién? — Pregunté.

— No consta el remitente.

— Vale. ¿Tengo que firmar? — El chico me tendió un papel que firmé y entré en casa con el bulto.

Fui hasta el salón y me senté en el sofá a abrirlo. Dentro había un sobre tamaño folio y otro paquete más pequeño.

Abrí el sobre y saqué un fajo de páginas, en la primera ponía simplemente: *“Piénsatelo”*.

Levanté las cejas extrañadísima.

Cuando pasé la página vi un contrato, al leerlo comprobé que era para trabajar en MBF asesores en Barcelona de Oficial Administrativo, con fecha de inicio a principios de octubre y de duración indefinida.

Abrí la boca sorprendida. ¿Cómo narices había dado Carlos con mi dirección? Releí el contrato un par de veces.

Pasé las páginas.

Había otro folio que ponía: *“Contrato de alquiler”*, con mis datos, los de Carlos y la dirección de Carlos en Barcelona. Solté una carcajada cuando leí:

“El precio constará de:

Abrazos infinitos.

Sonrisas adormiladas cada mañana.

Risas, charlas, bromas, te quiero sinceros.

Paseos a solas y con Bender, que también se llevará alguna que otra ración de mimos.

De capuchinos tempranos y besos con sabor a café.”

Sonreí al comprobar que había firmado al final de la página y había estampado una huella de Bender también. Y sonreí tanto que me dolía la cara.

Y una página más en la que ponía: *“Te quiero, Adriana”*.

En el siguiente paquete había una bolsa cerrada, encima pegado un post-it que ponía: *“A ver si acierto”*.

Dentro de la bolsa había un uniforme exactamente igual al que tenía en mi armario pero de un par de tallas menos y estaba segura de que me quedaría como anillo al dedo.

Sonreí negando con la cabeza, no iba a aceptarlo, ya había pasado página. Había decidido olvidarlo y aunque mi corazón protestaba dando fuertes tumbos, exigiéndome que dijera que sí y corriera a su lado, me podía el orgullo.

Miré la hora, aún tenía un rato, no quería llamar a Carlos para no flaquear, así que abrí el WhatsApp y escribí todo lo rápido que mi pulso tembloroso me permitía:

“Hola, he recibido tu paquete. Agradezco tu oferta pero no es buena idea. Lo que sentía por ti lo dejé en el avión de vuelta. Te mandaré la ropa para que puedas devolverla. Un abrazo”.

Se me empezaban a llenar los ojos de lágrimas pero negué en alto una y otra vez dispuesta a auto-sermonearme si era necesario: *no, no, no... te destrozó. Le importó una mierda lo que habías pasado con Álvaro, y aún menos que viajaras un montón de kilómetros para verlo e intentar solucionar las cosas, te llevó a la cama y te dio con la puerta en las narices. Te humilló. No es buena idea. No puedes hacerlo.*

Oí el timbre mientras cavilaba.

— Por fin — bufé, ya pensaría en todo aquello en otro momento, ahora saldría a desmelenarme — ¡Voy! — Grité. Corrí hasta el cuarto de baño para comprobar que no se había corrido el maquillaje, cogí mi bolso y abrí de golpe con una sonrisa en la cara que se me quedó petrificada al ver a Carlos frente a mí. Me quedé paralizada y sin palabras, se me cortó hasta la respiración.

— Hola — dijo. No podía contestar, me habían empezado a temblar las

piernas — . Estás preciosa. Queee... bueno, como he venido en avión te he traído de vuelta eso que sentías, esas sonrisas pícaras, esas miradas de deseo, esas fantasías perdidas mientras te mordías el labio inferior, esa ilusión que veía cada día en ti.

— Yo... yo...

— Te quiero — seguía frente a mí. Trajeado y encorbatado, perfectamente peinado y afeitado. Podía oler su perfume desde donde estaba, podría deleitarme toda la vida en ese olor sin cansarme nunca.

— No, no... no puedo — murmuré.

— ¿Me dejas pasar? — Suspiré y me aparté a un lado para que pudiera entrar. Cerró la puerta y se colocó frente a mí, se acercó y acarició mi mejilla con suavidad pasando suavemente la yema de sus dedos hasta llegar a mi barbilla, que sujetó instándome a levantar la cabeza. Acercó sus labios sin dejar de mirarme a los ojos, estaba temblando, mi corazón saltaba de júbilo, mis bragas también, para qué negarlo, pero mi cabeza me gritaba no. Eran dos contra uno, no podía luchar más contra ello. Cerré los ojos y noté sus labios sobre los míos, su lengua buscando con desesperación la mía y sus manos viajando a mi espalda desnuda apretándome contra él.

Sonó el timbre, pero lo ignoré, perdida en aquel delicioso beso. Carlos se apartó un poco y apoyó su frente en la mía.

— ¿Esto es que sí? — Atisbé cierto temor en su voz.

— Yo... yo... — no me salían las palabras, el timbre volvió a sonar.

— Te quiero, Adriana.

— ¿Quieres tomar algo? — Respondí al fin y sonreí al ver su cara de pasmado — , te la debía — sonrió asintiendo.

Volvimos a besarnos y el timbre sonó una vez más.

— Dame un minuto — le pedí.

Abrí intentando mantener la compostura.

— Fer, lo siento, me ha surgido algo, no puedo salir — dije mordiéndome el labio, me miró boquiabierto e imaginé lo que pensaba. Mi lápiz de labios seguro que se había extendido, tenía las mejillas ruborizadas, notaba el calor

latiéndome en ellas y estaba segura de que aquella fina tela que imitaba el cuero no disimulaba en absoluto mis pezones endurecidos.

— ¡Pero bueno! ¿Qué? ¿Has llamado a Ákira para cortar camino? — Soltó una carcajada. Se me abrieron los ojos como platos.

— Pero qué dices, idiota. No. Tienes que irte, ya te lo explicaré.

— No me vas a dejar saludarlo, igual quiere que me una a la fiesta — bromeó de nuevo al ver mi cara horrorizada con los ojos desorbitados.

Oí una carcajada a mi espalda y Carlos tiró del pomo para abrir la puerta de par en par. A Fernando le cambió la expresión cuando lo vio.

— Ostras — susurró.

— Soy Carlos — Carlos le tendió la mano —, y la verdad es que no me apetece nada compartir a Adriana, aunque entiendo que quieras unirme, lo siento, es una fiesta solo para dos.

— Encantado — le tendió la mano —. Bueno, me voy. Hablamos. Por cierto, estás preciosa — dijo, sonrió y se puso el casco. Arrancó la moto y se marchó.

Cerré la puerta y Carlos me abrazó apoyando mi espalda contra ella.

— Pero bueno...veo que has sido muy, muy mala — protestó Carlos.

— ¡No! No, no... que va. Bueno, no pensaba portarme como un angelito precisamente esta noche — sonreí —, pero no me apetece ser la diablilla de nadie que no seas tú.

— Mmmm — eso suena de vicio. Dijo tirando del cordel de mi top.

Miré la hora, mi madre había salido con unas amigas a comer y luego tomarían una copa por ahí, normalmente se retrasaba, si llegaba y me veía allí con Carlos le iba a dar un soponcio, pero no quería ni pensarlo. Lo empujé hasta mi habitación, al menos si llegaba antes de lo previsto tendríamos tiempo de vestirnos.

Carlos se sentó en mi cama y me acercó a él, se perdió entre mis pechos, besándolos y mordisqueándolos, haciéndome gemir. Le quité la corbata y me la puse yo.

— Te queda mejor que a mí, sin duda — me dijo con una sonrisa pícaro mientras desabrochaba mis pantalones y colaba sus manos en busca de mis nalgas. Desabroché cada botón de su camisa perdiéndome en su mirada, en su boca, en cómo se mordía el labio.

No es que tuviéramos todo el tiempo del mundo pero nos lo tomamos con calma, dejé que me mimara y besara cada rincón de mi cuerpo y que hundiera su boca en mi sexo caliente haciéndome disfrutar con cada movimiento de su lengua. Deleitándome de él, también probé su sexo duro y salado, que se erguía apetecible llamándome a gritos y terminó hundiéndose dentro de mí con rápidas y fuertes embestidas que tensaron todo mi cuerpo y me hicieron estallar de placer sintiendo como me llenaba de él.

Intentaba recuperar el aliento con mi frente apoyada en la suya.

— ¿Esto es un sí? — Repitió.

— Sí, sí. ¡Sí! Te quiero Carlos, te quiero.

Sonrió y me abrazó.

Epílogo

Un rato después de vestirnos, mientras nos tomábamos un refresco en la barra americana de mi cocina, vi a Carlos trastear con el móvil y diez segundos después recibí un WhatsApp en mi móvil:

“Te visitaré en Barcelona las próximas vacaciones”, era de Ebba. La boca se me abrió instantáneamente y levanté la cabeza en busca de una explicación.

— No ha sido tan difícil como te crees. Me metí en Facebook, te busqué, miré tu lista de amigos y encontré a Ebba, era la única persona que me podía ayudar, aunque en el primer mensaje que le envié pidiéndole tu dirección me mandó al infierno. Tuve que acosarla y rogarle, para que se aliara conmigo. Lo organizamos todo y hace un rato te llamó para comprobar que estabas en casa e hizo tiempo hasta que prácticamente estaba en tu puerta, le mandé un mensaje para avisarla. Le pagué a un chico que pasaba por aquí para que te entregara el paquete. Lo más difícil de todo fue convencer a tu madre para que desapareciera hasta nuevo aviso.

— ¿Te has confabulado con toda mi familia para esto? — Realmente estaba muy sorprendida. Él asintió con una sonrisa.

— Lo eché todo a perder Adriana, estaba enfadado. ¿Sabes lo que supuso para mí no saber absolutamente nada de ti en tanto tiempo? Estaba enganchado a ti y de pronto desapareciste de la faz de la Tierra durante semanas. Me habías prometido que no te marcharías y yo te había ofrecido todo, no podía entenderlo. Sé que lo pasaste fatal. Ebba me ha contado todo y lo de Álvaro, me parece increíble que no me lo dijeras, podía haberte ayudado, hubiéramos buscado juntos una solución.

— Lo sé, lo sé, Carlos... pero no lo hice, y ya no puedo volver a atrás.

— Verte otra vez en Barcelona me descolocó completamente, quería dejarlo pasar, quería olvidarme de ti, pero yo tampoco podía. No pensaba ser tan cabrón, no quería portarme tan mal contigo... lo siento.

Asentí.

Me había ahorrado el trabajo, mi familia ya sabía antes que yo todo

aquello, mi madre apareció una media hora más tarde. Escrutaba a Carlos y la vi sonreír mucho, supuse como consecuencia de mi amplia sonrisa, que me sentía feliz de verdad después de todo lo que había pasado. Pensar en retomar mi vida donde la había dejado sin Álvaro para amargármela, era lo que más me apetecía del mundo. La mudanza fue rápida, no tenía casi nada, solo un par de maletas. Todo lo demás se había quedado en casa de la madre de Álvaro e imaginaba que ya estaba en algún vertedero, me daba igual, no necesitaba nada de todo aquello, era feliz con lo que tenía.

Hasta que empecé a trabajar vivimos una especie de luna de miel, pasamos juntos unos días en Gran Canaria en un hotel a todo lujo al sur de la isla y luego viajamos a Teruel donde conocí a su familia. Llegamos unos días antes de que acabara el mes a Barcelona y prácticamente no salimos de la cama, no había sonreído tanto en mi vida.

Ver la cara de Mónica la primera vez que entré en la oficina con mi uniforme fue indescriptible, tendría que haberla grabado o haberle hecho una foto para poder burlarme de ella más adelante. La abracé y le di las gracias mil veces, porque ella me había ayudado a que todo aquello se hiciera realidad. Aplaudimos y dimos grititos y saltitos. Carlos reía y fue hasta su despacho para dejarnos hablar un rato. Le hice un resumen y volví a abrazarla. En Barcelona no solo estaría cerca de Carlos, a quien quería con todo mi corazón, sino también de Mónica, que se había convertido en mi mejor amiga.

Por fin, en tierras catalanas, me sentí en mi hogar, con mi pequeña familia: Bender, Carlos y yo paseando juntos de la mano al amanecer, disfrutando de la brisa fresca de la mañana mientras nos fundíamos en abrazos infinitos antes de ir a trabajar, mientras planeábamos un futuro juntos que prometía ser alentador y muy feliz.

Álvaro no volvió a molestarme, supongo que al final aceptó que se había terminado y se centró en recuperarse, esperaba que lo consiguiera, pero lo más alejado de mí que fuera posible.

Y en mi nueva vida, me dediqué a disfrutar de Carlos, a hacernos el amor sin límites, llenando la casa de gemidos, risas y charlas agradables. Me dediqué a disfrutar de mi capuchino diario y besos con sabor a café tal y como indicaba mi contrato de alquiler.

FIN

Agradecimientos

El año 2016 ha sido un gran año, lleno de emociones y momentos bonitos, tenía mono de publicar, de compartir con todos mis lectores esta historia que me he encargado de pulir durante mucho tiempo y es por ello que quería culminar un año tan bueno con el nacimiento de *Besos sabor a café*, esta novela que es tan importante para mí.

Esto no hubiera sido posible sin la ayuda de mucha gente, en especial gracias a mi marido Germán y a mis príncipes Erik y César por dejarme disfrutar de algunos momentos de tranquilidad para poder teclear, pues a su manera, ellos entienden que lo necesito tanto como respirar. Quiero pedirles disculpas por todas las horas que les he robado, por esos días a lo “Walking Dead” agotada de cansancio por haberme pasado la noche escribiendo, por esas cosas que he dejado de hacer para poder escribir. Y gracias Germán, sobre todo, por apoyarme en todo lo que hago, en todas mis locuras, en todas mis ideas. Gracias a mis padres y familia en general por sentirse siempre orgullosos de mí y animarme a seguir escribiendo.

Gracias a mis chicas del grupo de escritoras románticas canarias, todas ellas han aportado su granito de arena, pero en especial: Yazmina Herrera, Jossy Loes, Yara Medina y Bárbara Padrón, gracias a todas ellas por su apoyo, su ayuda y sus consejos. En general, a todos los escritores con los que he hecho amistad en los últimos años y por los que me he sentido muy arropada en todo momento, un sinfín de ellos entre los que puedo nombrar a: Mélni Garzón, Jessica Herrera, Sylvia Martín, Rayco Cruz, Leandro Pinto, Ana González, Paula Lizarza, Romina Naranjo... También a todas las chicas de la “secta” de la túnica rosa que se pasan el día haciéndome reír. No puedo dejar de nombrar a Ángela Gutiérrez, Rubén Rodríguez y a Carlos Lamote por aportar su granito de arena. Así como a todos los bloggers amigos, que siempre están dispuestos a echar una mano. Gracias, como no, a mis primeras lectoras: Susy y Sole, que siempre devoran mis novelas como si no hubiera un mañana, mis fans número uno, sin duda.

Gracias, como no, a mis primeras lectoras: Susy, que además no solo es la primera en disfrutar lo que escribo sino que además siempre ejerce de correctora sin ánimo de lucro (millones y millones de gracias, no sabes lo que

me ayudan tus palabras y consejos) y Sole, mi amiga, mi hermana, que siempre devora mis novelas como si no hubiera un mañana, mi fan número uno, sin duda (y además la meto en unos embolaos a la pobre que no sé ni cómo me hace caso).

Por último, gracias a ti, lector, por haberle dado una oportunidad a esta novela que espero que hayas disfrutado.

Mil gracias a todos, hasta la próxima.

Raquel Antúnez.

Otras obras de la autora:

¡A otra con ese cuento!

Redes de Pasión

Las tarántulas venenosas no siempre devoran a los dioses griegos

Medios de contacto con la autora:

rqantunez@gmail.com

<https://www.facebook.com/raquelantunezc/>

<https://www.instagram.com/rqantunez/>

<https://twitter.com/RaquelAntunezC>